



EL GRAN CONFLICTO

Una saga milenaria y su sorprendente final

ELENA G. DE WHITE

Si apreciaste el mensaje de este libro y deseas más información sobre la Iglesia Adventista del Séptimo Día y sus servicios –tales como iglesias, colegios, universidades, hospitales, clínicas, casas editoras, proyectos de acción solidaria, *Vida por vidas*, *Basta de Silencio*, etc.–, visita:
adventistas.org/es/

El libro *El Gran Conflicto* puede ser leído en formato digital y enviado a un amigo. Busca:
libro.esperanzaweb.com

Conoce también la Radio y TV Nuevo Tiempo: **nuevotiempo.org**

Puedes solicitar mayor información en los siguientes correos electrónicos y teléfonos de tu país:

Argentina

libro.esperanza@adventistas.org.ar
WhatsApp: +54-9-1150025454

Bolivia

<http://ub.adventistas.org>
union.boliviana@adventistas.org.bo
Tel.: UB +591 67004392
CNT: 440-2685
WhatsApp: Nuevo Tiempo:
+591-72237330
Escuela Bíblica: +591-67407702
FB: @AdventistasBolivia/
[@nuevotiempobolivia/](https://www.facebook.com/nuevotiempobolivia/)

Chile

www.nuevotiempo.cl
www.adventistas.cl
esperanza@nuevotiempo.cl
Tel.: +56 (2) 2433 5800
WhatsApp: +569 64808088
WhatsApp: +569 64324347
WhatsApp: +569 73443393

Ecuador

esperanza@adventistas.ec
Tel.: Guayaquil: 04-236-1845
Quito: 02-2527631
nuevotiempo.ecuador@adventistas.org

Paraguay

esperanza.paraguay@adventistas.org
Tel.: +595-971-430222

Perú Norte

esperanza.upn@adventistas.org
Tel.: 416-9700
WhatsApp: +51 997 541 425

Perú Sur

esperanza.ups@adventistas.org
Tel.: 610-7700

Uruguay

esperanza.uy@adventistas.org
Tel.: 2303-8871

***Debes saber que Dios tiene un plan especial para tu vida.
Busca conocerlo mejor y vive con más esperanza.***

EL GRAN CONFLICTO

Una saga milenaria y su sorprendente final

ELENA G. DE WHITE



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Índice de contenido

Por qué debes leer este libro	5
Descorriendo el velo del futuro	7
1. Una revelación del destino del mundo	13
2. La lealtad y la fe de los primeros cristianos	20
3. Una era de tinieblas espirituales	24
4. Los valdenses defienden la fe	30
5. La luz emerge en Inglaterra	37
6. Dos héroes enfrentan la muerte	44
7. Lutero, el hombre para su tiempo	54
8. Un paladín de la verdad	65
9. Se enciende una luz en Suiza	77
10. Progresos en Alemania	83
11. La protesta de los príncipes	88
12. El amanecer en Francia	94
13. En los Países Bajos y Escandinavia	105
14. La verdad progresa en Inglaterra	109
15. El régimen del Terror en Francia: su verdadera causa	118
16. América, tierra de libertad	128
17. Una esperanza que infunde paz	133
18. Nueva luz en el Nuevo Mundo	141
19. Luz a pesar del chasco	153
20. Un gran movimiento mundial	158
21. Advertencias rechazadas	166
22. Profecías cumplidas	173
23. El misterio revelado con respecto al Santuario	179
24. ¿Qué está haciendo Cristo ahora?	186
25. La inmutable Ley de Dios	190
26. Se restaura la verdad	198
27. ¿Cuánto éxito tienen los reavivamientos modernos?	201
28. El registro de nuestra vida	208
29. El origen del mal y del dolor	214
30. El gran enemigo del ser humano	219

31. ¿Quiénes son los espíritus malignos?.....	221
32. Cómo derrotar a Satanás.....	224
33. ¿Qué hay más allá de la tumba?.....	229
34. ¿Quiénes son los “espíritus” del espiritismo?.....	236
35. La libertad de conciencia amenazada.....	241
36. El conflicto inminente.....	249
37. Nuestra única protección.....	254
38. El mensaje final de Dios.....	258
39. El tiempo de angustia.....	262
40. La liberación del pueblo de Dios.....	270
41. La Tierra en ruinas.....	277
42. Paz eterna: el fin del conflicto.....	281

Por qué debes leer este libro

Para millones de personas, la vida resulta absurda y carente de significado. La ciencia, la tecnología, y aun la filosofía y la teología, han considerado a los seres humanos como meros productos de la casualidad. Sin embargo, consciente o inconscientemente, tanto los hombres como las mujeres hallan difícil aceptar una existencia sin propósito. La violencia, las protestas, la rebelión y la drogadicción son, en muchos casos, las manifestaciones irracionales de personas que están luchando con un espantoso sentimiento de confusión, como de seres que están totalmente perdidos. Como huérfanos, claman en su soledad y desesperación: “¿Quién soy yo? ¿Quiénes son mis padres? ¿Por qué me abandonaron? ¿Cómo podría encontrarlos?”

Muchos acuden a la ciencia en busca de una respuesta, afinando los grandes radiotelescopios que pulsan el ritmo de las estrellas, como para preguntar: ¿Existe alguien por allí que me conozca? ¿Alguien que tenga interés en mí? Pero la ciencia no tiene respuesta. La ciencia puede contestar preguntas en cuanto al mecanismo de las cosas: ¿Cómo está hecho un átomo? ¿Cómo se divide? ¿Cómo funciona nuestra mente? ¿Cómo está hecho el universo? Pero es incapaz de explicar los propósitos de estas realidades.

La ciencia no puede decirnos por qué existe un átomo, por qué existen en el mundo seres humanos, cómo apareció un universo. Tampoco puede contestar los interrogantes angustiosos que se formulan en todos lados y aun a la gente pensadora: Si existe justicia y significado en el universo, ¿por qué el inocente sufre como el culpable? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Continúa viviendo la persona humana?

Las iglesias cristianas de hoy ¿representan en verdad a Dios? ¿Dónde está la verdad? ¿Qué futuro tiene nuestro mundo? ¿Terminará con el llanto de un niño que lucha en medio de la agonía de sus últimas inspiraciones en una atmósfera contaminada, o con el estallido formidable de un infierno atómico producido por una bomba de hidrógeno? ¿O es que los seres humanos –que en toda la historia nunca han conseguido dominar su propio egoísmo básico– repentinamente tendrán éxito en desterrar el mal, la guerra, la pobreza y aun la muerte?

Este libro brinda respuestas consoladoras. La vida tiene significado. ¡No estamos solos en el universo! ¡Hay Alguien que nos cuida y está interesado en nosotros! Alguien que, por cierto, está muy interesado en el desarrollo de la historia humana, que se unió con nuestra raza en persona, de manera que él pudiera alcanzarnos, y nosotros llegar a él. Alguien cuya mano todopoderosa ha estado sobre este planeta y lo conducirá de regreso a la paz, muy pronto.

Pero, hace muchísimos siglos, un ser cósmico persuasivo se propuso asumir el control de nuestro mundo y desviar el plan de Dios para la felicidad de la familia

humana. En lenguaje gráfico –que millares de personas han considerado un lenguaje inspirado– la autora de este libro descorre el velo de lo confuso y desconocido, y en forma valiente expone las estrategias de ese ser poderoso, aunque invisible, cuya mano está extendida para tomar posesión de la soberanía de nuestro mundo. En el escenario humano, gobernantes idólatras y organismos religiosos apóstatas son expuestos como participantes en esta gran conspiración.

Solamente en una época de libertad religiosa podía imprimirse un libro como este, y circular con tanta profusión, puesto que se refiere en forma muy directa a algunas de las instituciones más poderosas de nuestro tiempo. Nos explica la razón por la que se necesitó una Reforma, y por qué esta se detuvo; nos cuenta la triste historia de la iglesia apostólica, las alianzas persecutorias, la gestación de una peligrosa unión entre la Iglesia y el Estado, que jugará un papel importante antes de que finalice la lucha milenaria entre el mal y el bien. Y todo ser humano será participante en este tremendo conflicto.

Aquí la autora escribe acerca de cosas que ni siquiera existían en su época. Y habla con una honradez que perturba y alarma, pero a la vez orienta. Los diferentes aspectos del conflicto son tan grandes, y las posibles consecuencias tan enormes, que alguien tenía que hacerse eco forzosamente de estas palabras de advertencia e iluminación.

Ninguna persona que lea este libro pensará que el motivo que lo llevó a leerlo es obra de la casualidad.

Los editores

Versiones de la Biblia utilizadas

En la edición de este libro, los pasajes bíblicos se transcribieron por regla general de la *Nueva Versión Internacional*; pero donde, por motivos de mayor claridad, se consideró conveniente usar otra versión, se indicó según las siguientes abreviaturas:

BJ	<i>Biblia de Jerusalén</i>
JBS	<i>Biblia del Jubileo</i>
NBLA	<i>Nueva Biblia de las Américas</i>
NTV	<i>Nueva Traducción Viviente</i>
RV 1865	Reina-Valera 1865
RV 1909	Reina-Valera 1909
RV 60	Reina-Valera 1960
RV 77	Reina-Valera 1977
RV 95	Reina-Valera 1995
RVA-2000	Reina-Valera 2000 Actualizada
RVA-2015	Reina-Valera Actualizada 2015
RVC	Reina-Valera Contemporánea
VM	Biblia Versión Moderna

Descorriendo el velo del futuro¹

Antes de que el pecado entrara en el mundo, Adán gozaba de una comunión directa con su Creador; pero desde que el hombre se separó de Dios por causa del pecado, ese gran privilegio le ha sido negado a la raza humana. Sin embargo, mediante el plan de redención, se abrió un camino para que los habitantes de la Tierra pudieran seguir teniendo relación con el Cielo. Dios se comunicó con el ser humano mediante su Espíritu; y por medio de las revelaciones hechas a sus siervos escogidos la luz divina se esparció por el mundo. “Los santos hombres de Dios hablaron inspirados por el Espíritu Santo” (2 S. Pedro 1:21).

Durante los primeros dos mil quinientos años de la historia humana, no hubo revelación escrita. Los que eran enseñados por Dios comunicaban sus conocimientos a otros, y estos conocimientos eran así transmitidos de padres a hijos a lo largo de generaciones sucesivas. La redacción de la Palabra escrita empezó en tiempos de Moisés. Los conocimientos inspirados fueron entonces compilados en un libro inspirado. Esa labor continuó durante el largo período de mil seiscientos años; desde Moisés, el historiador de la Creación y de la Ley, hasta Juan, el narrador de las verdades más sublimes del evangelio.

La Biblia señala a Dios como Autor de ella; sin embargo, fue escrita por manos humanas, y la diversidad de estilo de sus diferentes libros revela las características de los diversos autores. Las verdades reveladas son todas inspiradas por Dios (2 Timoteo 3:16); aun así, están expresadas en palabras humanas. El Ser supremo e infinito iluminó con su Espíritu la mente y el corazón de sus siervos. Les daba sueños y visiones y les mostraba símbolos y figuras; y aquellos que recibían esta revelación plasmaban el pensamiento en palabras humanas.

Escritos en épocas diferentes y por personas que diferían notablemente en condición y ocupación, así como en facultades intelectuales y espirituales, los libros de la Biblia presentan contrastes en su estilo, como también diversidad en la naturaleza de los temas que desarrollan. Sus diferentes escritores se valieron de diversas formas de expresión; a menudo la misma verdad está presentada por uno de ellos de modo más impactante que por otro. Ahora bien, como varios de sus autores nos presentan el mismo tema según aspectos y relaciones diferentes, puede parecerle al lector superficial, descuidado o prejuiciado que hay discrepancias o contradicciones allí donde el estudioso atento y respetuoso percibe, con discernimiento más claro, la armonía subyacente.

¹Introducción de la autora.

Al ser presentada mediante diferentes personas, la verdad aparece en sus variados aspectos. Un escritor queda más fuertemente impresionado con un aspecto del tema; capta esos puntos que armonizan con su experiencia o con sus facultades de percepción y apreciación; otro nota un aspecto diferente; y cada uno, bajo la dirección del Espíritu Santo, presenta lo que ha quedado marcado con más fuerza en su propia mente: en cada uno hay un aspecto diferente de la verdad, pero de principio a fin hay en todos una perfecta armonía. Y las verdades así reveladas se unen para formar un todo perfecto, adaptado para satisfacer las necesidades de las personas en todas las circunstancias y las experiencias de la vida.

Dios se ha complacido en comunicar su verdad al mundo por medio de instrumentos humanos, y él mismo, mediante su Santo Espíritu, hizo idóneos a los hombres y los habilitó para realizar esa obra. Guio la mente de ellos en la elección de lo que debían decir y escribir. El tesoro fue confiado a vasijas de barro; pero no por eso deja de provenir del Cielo. El testimonio se transmite mediante la expresión imperfecta del lenguaje humano, y sin embargo es el testimonio de Dios; y el hijo de Dios que obedece y cree contempla en él la gloria de un poder divino, lleno de gracia y de verdad.

En su Palabra, Dios ha entregado a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como una revelación autorizada e infalible de su voluntad. Son la norma del carácter, nos revelan las doctrinas y son el criterio para evaluar la experiencia. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16, 17).

Sin embargo, el hecho de que Dios haya revelado su voluntad a la humanidad por medio de su Palabra no ha convertido en innecesaria la continua presencia y guía del Espíritu Santo. Por el contrario, el Salvador prometió que el Espíritu les facilitaría a sus siervos la comprensión de la Palabra, a fin de iluminar y aplicar sus enseñanzas. Y, como el Espíritu de Dios fue quien inspiró la Biblia, resulta imposible que las enseñanzas del Espíritu entren en contradicción con las de la Palabra.

El Espíritu no fue dado —ni puede jamás ser otorgado— para reemplazar a la Biblia, dado que las Escrituras declaran explícitamente que la Palabra de Dios es la regla por la que toda enseñanza y toda experiencia deben ser probadas. “Queridos hermanos, no crean a cualquiera que pretenda estar inspirado por el Espíritu, sino sométanlo a prueba para ver si es de Dios, porque han salido por el mundo muchos falsos profetas” (1 S. Juan 4:1). E Isaías declara: “¡A la enseñanza y al testimonio! Si sus palabras no corresponden a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Se ha traído gran oprobio sobre la obra del Espíritu Santo por los errores de una clase de personas que, pretendiendo ser iluminadas por él, aseguran no tener más necesidad de ser guiadas por la Palabra de Dios. Están dominadas por impresiones que consideran como la voz de Dios en el alma. Pero el espíritu que las controla no es el Espíritu de Dios. Dejarse guiar por impresiones y descuidar las Santas

Escrituras solo puede conducir a la confusión, el engaño y la ruina. Esto solo sirve para impulsar los designios del maligno. Y, como el ministerio del Espíritu Santo es de importancia vital para la iglesia de Cristo, una de las estrategias de Satanás consiste en provocar desprecio hacia la obra del Espíritu por medio de los errores de los extremistas y fanáticos, y en hacer que el pueblo de Dios descuide esta fuente de fortaleza de la que nuestro Señor nos ha provisto.

Según la Palabra de Dios, el Espíritu Santo habría de continuar su obra durante todo el período de la dispensación cristiana. Durante las edades mientras se impartían las Escrituras tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, el Espíritu Santo no cesó de comunicar luz a las mentes individuales, además de las revelaciones que debían ser incorporadas en el Canon Sagrado. La Biblia misma relata cómo, por intermedio del Espíritu Santo, las personas recibieron advertencias, reprensiones, consejos e instrucciones en asuntos que de ninguna manera se relacionaban con la entrega de las Escrituras. También menciona a profetas que vivieron en épocas diferentes, pero de cuyas declaraciones no tenemos registro alguno. Asimismo, una vez cerrado el canon de las Escrituras, el Espíritu Santo habría de continuar su obra de iluminar, advertir y consolar a los hijos de Dios.

Jesús les prometió a sus discípulos: “El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, los consolará y les enseñará todas las cosas, y les recordará todo lo que yo les he dicho”. “Cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad [...] y les hará saber las cosas que habrán de venir” (S. Juan 14:26; 16:13). Las Escrituras enseñan claramente que estas promesas, lejos de limitarse a los días apostólicos, se extienden a la iglesia de Cristo en todas las edades. El Salvador les asegura a sus seguidores: “Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (S. Mateo 28:20). Y Pablo declara que los dones y las manifestaciones del Espíritu fueron dados a la iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para desempeñar su ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un estado perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:12, 13).

El apóstol oró así por los creyentes de Éfeso: “Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él. Pido también que Dios les dé la luz necesaria para que sepan cuál es la esperanza a la cual los ha llamado [...] y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros, los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa” (Efesios 1:17-19, RVC). La bendición que Pablo pedía para la iglesia de Éfeso era que el ministerio del Espíritu divino iluminara el entendimiento y revelase a la mente las cosas profundas de la santa Palabra de Dios.

Después de la maravillosa manifestación del Espíritu Santo el Día de Pentecostés, Pedro llamó al pueblo al arrepentimiento y a que se bautizara en el nombre de Cristo, para el perdón de sus pecados; y dijo: “Recibirán el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para ustedes y para sus hijos y para todos los que están lejos, para tantos como el Señor nuestro Dios llame” (Hechos 2:38, 39, NBLA).

En inmediata conexión con las escenas del gran Día de Dios, el Señor prometió por medio del profeta Joel una manifestación especial de su Espíritu (Joel 2:28). Esta profecía se cumplió parcialmente con el derramamiento del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés; pero alcanzará su cumplimiento pleno en la manifestación de la gracia divina que acompañará la terminación de la obra del evangelio.

El gran conflicto entre el bien y el mal aumentará en intensidad hasta el mismo fin de los tiempos. En todas las edades, la ira de Satanás se ha manifestado contra la iglesia de Cristo; y Dios ha derramado su gracia y su Espíritu sobre su pueblo con el fin de fortalecerlo para oponerse al poder del maligno. Cuando los apóstoles de Cristo estaban por llevar el evangelio al mundo y registrarlos para provecho de todos los siglos venideros, fueron dotados especialmente con la iluminación del Espíritu. Pero, a medida que la iglesia se vaya acercando a su liberación final, Satanás oprimirá con mayor poder. Descenderá “lleno de ira, porque sabe que le queda poco tiempo” (Apocalipsis 12:12, RVC). Oprimirá “con poder, señales y milagros falsos” (2 Tesalonicenses 2:9, NTV). Por espacio de seis mil años esa mente maestra, después de haber sido la más alta entre los ángeles de Dios, no ha servido más que para el engaño y la ruina. Y en el conflicto final se emplearán contra el pueblo de Dios todos los recursos de la habilidad y la sutileza satánicas, y toda la crueldad desarrollada en esas luchas durante siglos. En ese tiempo de peligro, los discípulos de Cristo tienen que alertar al mundo acerca de la segunda venida del Señor, y se preparará a un pueblo “sin mancha y sin defecto” para comparecer ante él en su venida (2 S. Pedro 3:14). Entonces, el derramamiento especial de la gracia y el poder divinos no será menos necesario de lo que lo fue para la iglesia en los días apostólicos.

Mediante la iluminación del Espíritu Santo, las escenas de la prolongada lucha entre el bien y el mal fueron reveladas a quien escribe estas páginas. En varias ocasiones se me permitió contemplar, en diferentes épocas, las peripecias de la gran controversia entre Cristo, el Príncipe de la vida, Autor de nuestra salvación, y Satanás, el príncipe del mal, autor del pecado y primer transgresor de la santa Ley de Dios. La enemistad de Satanás contra Cristo se ha manifestado contra sus seguidores. En toda la historia pasada puede verse el mismo odio a los principios de la Ley de Dios, la misma táctica de engaño, mediante lo cual el error se hace aparecer como verdad, se hace que las leyes humanas sustituyan la Ley de Dios y se induce a los hombres a adorar a la criatura antes que al Creador. Los esfuerzos de Satanás para desfigurar el carácter de Dios, para hacer que los hombres adopten un falso concepto del Creador y así hacer que lo consideren con temor y odio antes que con amor; sus esfuerzos por suprimir la Ley divina y hacer creer a la gente que está liberada de sus requerimientos; sus persecuciones dirigidas contra quienes se atreven a resistir sus engaños; todo ha existido con rigor implacable en todas las épocas. Sus esfuerzos se pueden ver en la historia de los patriarcas, los profetas y los apóstoles, y en la de los mártires y los reformadores.

En el gran conflicto final, Satanás empleará la misma táctica, manifestará el mismo espíritu y trabajará con el mismo fin que en todas las edades pasadas.

Lo que ha sido volverá a ser, con el agravante de que estará señalado por una intensidad tan terrible que el mundo no vio jamás. Los engaños de Satanás serán más sutiles: sus ataques, más resueltos. Si le fuera posible, engañaría aun a los elegidos (S. Marcos 13:22).

A medida que el Espíritu de Dios abrió mi mente a las grandes verdades de su Palabra, y a las escenas del pasado y de lo por venir, se me ordenó que diera a conocer a otros lo que se me había mostrado, y que elaborase un bosquejo de la historia del Conflicto en las edades pasadas, y especialmente que la presentara de tal modo que derramase luz sobre la lucha futura que pronto se avecina. Con este fin, he tratado de escoger y reunir acontecimientos de la historia de la iglesia en forma tal que quedara bosquejado el desenvolvimiento de las grandes verdades probatorias que en diversas épocas han sido dadas al mundo, que han incitado la ira de Satanás y la enemistad de una iglesia amiga del mundo, y han sido sostenidas por el testimonio de aquellos que “no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte” (Apocalipsis 12:11).

En estos registros podemos ver un anticipo del conflicto que nos espera. Considerándolos a la luz de la Palabra de Dios, y por la iluminación de su Espíritu, podemos ver expuesta la astucia del maligno y los peligros que deberán evitar los que quieran ser hallados “sin mancha” ante el Señor cuando él venga.

Los grandes acontecimientos que marcaron los pasos de reforma que se dieron en siglos pasados son hechos históricos tan bien conocidos, y tan universalmente aceptados, que nadie puede negarlos. He presentado esa historia en forma resumida, de acuerdo con el objetivo de este libro y con la brevedad que necesariamente debe observarse, condensando los hechos en forma comprensible y relacionándolos con las enseñanzas que de ellos se desprenden. En algunos casos, cuando encontré que un historiador había reunido los hechos y presentado en pocas líneas un claro conjunto del tema abordado, o resumido los detalles en forma conveniente, he reproducido sus palabras. Pero en otros no se ha mencionado al autor, puesto que las citas fueron usadas no tanto para referirse a esos escritos como fuente de autoridad, sino porque sus palabras ofrecían una presentación pulida y contundente del tema. Y, al referir los casos y los puntos de vista de quienes siguen adelante con la obra de reforma en nuestro tiempo, utilicé en forma similar las obras que han publicado.

El objetivo de este libro no consiste tanto en presentar nuevas verdades relativas a las luchas de edades pasadas, como en hacer resaltar hechos y principios que tienen relación con eventos futuros. Sin embargo, cuando se los considera como parte del conflicto entre las potencias de la luz y las de las tinieblas, todos esos registros del pasado cobran un nuevo significado; y se desprende de ellos una luz que proyecta rayos sobre el futuro e ilumina el sendero de quienes, como los reformadores de los siglos pasados, serán llamados, aun a costa de sacrificar todo bien terrenal, a testificar de “la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 1:2).

El objetivo de esta obra es (1) revelar las escenas del gran conflicto entre la verdad y el error; (2) descubrir los engaños de Satanás y la manera en que se lo puede

enfrentar con éxito; (3) presentar una solución satisfactoria al gran problema del mal, derramando luz sobre el origen y el fin del pecado en forma tal que la justicia y la bondad de Dios en sus relaciones con sus criaturas queden plenamente manifiestas; y (4) dejar en claro el carácter sagrado e inmutable de su Ley. Mi ferviente oración es que, por su influencia, muchos se libren del poder de las tinieblas y sean facultados “para participar de la herencia de los santos en el reino de la luz” (Colosenses 1:12), para la gloria de aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.

Elena G. de White

Una revelación del destino del mundo

Desde la cumbre del Monte de los Olivos, Jesús contemplaba Jerusalén, donde resaltaban las magníficas construcciones del Templo. El sol poniente doraba la nivea blancura de sus muros de mármol y se reflejaba en la parte superior del Templo y su torre. ¿Qué miembro del pueblo de Israel podía observar la escena sin sentir gozo y admiración? Pero eran otros los pensamientos que ocupaban la mente de Jesús. “Cuando se acercaba a Jerusalén, Jesús vio la ciudad y lloró por ella” (S. Lucas 19:41).

Jesús no derramaba lágrimas por sí mismo, aunque ante él se encontraba el Getsemaní, el escenario de su próxima agonía, y poco más allá estaba el Calvario, el lugar de su crucifixión. Pero, no eran estas las escenas que ensombrecían esta hora de alegría. Lloraba por el fatal destino de los millares de Jerusalén.

Jesús observaba la historia de más de mil años en que el favor especial y el cuidado protector de Dios se habían manifestado hacia el pueblo elegido. Jerusalén había sido honrada por Dios más que cualquier otro lugar de la Tierra. El Señor “eligió a Sión, y decidió establecer allí su santuario” (Salmo 132:13, RVC). Durante siglos, los santos profetas habían anunciado mensajes de advertencia. A diario, la sangre de los corderos había sido ofrecida para representar la del Cordero de Dios.

Si Israel se hubiera mantenido leal al Cielo, Jerusalén habría permanecido para siempre como la elegida de Dios. Pero la historia de este pueblo favorecido era un registro de apostasías y rebeliones. Con más amorosa compasión que un padre, Dios había tenido “amor a su pueblo y al lugar donde habita” (2 Crónicas 36:15).

Dado que las amonestaciones y las reprensiones habían fallado, él envió el mayor don del Cielo, el Hijo de Dios mismo, para exhortar a la ciudad obstinada.

Durante tres años, el Señor de luz y gloria había caminado entre su pueblo “haciendo el bien y sanando a todos los que estaban oprimidos por el diablo”, poniendo en libertad a los cautivos, devolviendo la vista a los ciegos, haciendo andar a los cojos y oír a los sordos, limpiando a los leprosos, resucitando a los muertos y predicando el evangelio a los pobres (ver Hechos 10:38; S. Lucas 4:18; S. Mateo 11:5).

Como un peregrino sin hogar, vivió para suplir las necesidades y aligerar las penas de la humanidad, y para rogarles que aceptaran el don de la vida. Las olas de misericordia, rechazadas por esos corazones obstinados, regresaban en una marea más

fuerte de amor compasivo e inexpressable. Pero Israel había rechazado a su mejor Amigo y a su único Ayudador. Los ruegos de su amor habían sido despreciados.

La hora de esperanza y perdón se estaba esfumando rápidamente. La tormenta que se había estado formando durante siglos de apostasía y rebelión estaba por estallar sobre un pueblo culpable. El único que podía salvarlos de su destino inminente había sido despreciado, maltratado y rechazado, y pronto iba a ser crucificado.

Cuando Cristo contempló Jerusalén, lo angustiaba la condenación de toda una ciudad, de toda una nación. Contempló al ángel destructor con la espada levantada contra la ciudad que durante tanto tiempo había sido la morada de Dios. Desde el mismo lugar que más tarde fue ocupado por Tito y su ejército, contempló, al otro lado del valle, los atrios y los pórticos sagrados. Con ojos inundados por las lágrimas, vio las murallas rodeadas de tropas enemigas. Oyó la marcha de los ejércitos que avanzaban en son de guerra, la voz de las madres y los niños que clamaban por pan en la ciudad sitiada. Vio su santo Templo, sus palacios y sus torres entregados a las llamas, y reducidos a un montón de ruinas humeantes.

Al mirar a lo largo de los siglos, vio al pueblo del Pacto esparcido por todos los países, “como náufragos en una playa desierta”. La piedad divina y el sublime amor de Cristo se volcaron en las amorosas palabras: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste!” (S. Mateo 23:37).

Cristo vio en Jerusalén un símbolo del mundo endurecido en la incredulidad y la rebelión, que está pronto a recibir los juicios retributivos de Dios. Su corazón se conmovió de piedad por los que en la Tierra estaban afligidos y sufrían. Anhelaba aliviarlos, y estaba dispuesto a derramar su alma hasta la muerte para poner la salvación a su alcance.

¡La Majestad del Cielo envuelta en lágrimas! Esa escena muestra cuán dura es la tarea de salvar al culpable de las consecuencias de la transgresión de la Ley de Dios. Jesús vio al mundo envuelto en el engaño, un engaño similar al que causó la destrucción de Jerusalén. El gran pecado de los judíos fue que rechazaron a Cristo; el gran pecado del mundo sería rechazar la Ley de Dios, el fundamento de su gobierno en el Cielo y en la Tierra. Millones de personas esclavizadas por el pecado, en peligro de sufrir la muerte eterna, rehusarían escuchar las palabras de verdad el día que se las dijeran.

El magnífico Templo, condenado

Dos días antes de la Pascua, Cristo fue de nuevo con sus discípulos al Monte de los Olivos, que dominaba la ciudad. Una vez más, observó el Templo con su deslumbrante esplendor, una joya de hermosura. Salomón, el más sabio de los reyes de Israel, había completado el primer Templo, el edificio más magnífico que el mundo haya visto. Después de su destrucción por parte de Nabucodonosor, fue reedificado alrededor de quinientos años antes del nacimiento de Cristo.

Pero el segundo Templo no había igualado al primero en esplendor. No hubo una nube de gloria, no descendió fuego del Cielo sobre su altar. El Arca, el Propiciatorio y las Tablas del Testimonio no se encontraban allí. No se escuchaba una voz procedente del Cielo que le manifestara al sacerdote la voluntad de Dios. El segundo Templo no fue honrado por la nube de la gloria de Dios, pero sí con la presencia viva de aquel que era Dios mismo manifestado en carne. El “Deseado de todas las gentes” había venido a su Templo cuando el Hombre de Nazaret enseñaba y sanaba en los atrios sagrados. Pero Israel había rechazado el Don ofrecido por el Cielo. Junto con el humilde Maestro que ese día había salido por sus doradas puertas, la gloria se había apartado para siempre del Templo. Ya se estaban cumpliendo las palabras del Salvador: “La casa de ustedes va a quedar abandonada” (S. Mateo 23:38).

Los discípulos se habían llenado de asombro ante el anuncio profético de Cristo de que el Templo sería destruido, y anhelaban entender el significado de sus palabras. Herodes el Grande había contribuido tanto con tesoros romanos como con recursos judíos para darle mayor hermosura. Enormes bloques de mármol blanco, traídos desde Roma, formaban parte de su estructura. A estos, los discípulos habían llamado la atención de su Maestro, diciendo: “¡Mira, Maestro! ¡Qué piedras! ¡Qué edificios!” (S. Marcos 13:1).

Pero Jesús respondió con estas solemnes y terribles palabras: “¿Ven todo esto? Les aseguro que no quedará piedra sobre piedra, pues todo será derribado” (S. Mateo 24:2). El Señor les había dicho a los discípulos que él vendría por segunda vez. Por lo tanto, ante la mención de los juicios que caerían sobre Jerusalén, sus mentes se concentraron en su venida, y preguntaron: “¿Cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?” (S. Mateo 24:3).

Cristo presentó delante de ellos un delineamiento de los principales acontecimientos que ocurrirían antes del fin del tiempo. La profecía que pronunció tenía un doble significado. En tanto que anunciaba la destrucción de Jerusalén, predecía a la vez los terrores de los días finales del mundo.

Los juicios de Dios caerían sobre Israel por haber rechazado y crucificado al Mesías. “Así que cuando vean en el lugar santo ‘el horrible sacrilegio’, del que habló el profeta Daniel (el que lee, que lo entienda), los que estén en Judea huyan a las montañas” (S. Mateo 24:15, 16; ver también S. Lucas 21:20, 21). Cuando los estandartes idólatricos de los romanos se establecieran en los terrenos sagrados fuera de los muros de la ciudad, los seguidores de Cristo debían huir para salvarse. Los que escaparan debían hacerlo sin demora. Debido a los pecados de Jerusalén, la ira caería sobre la ciudad. Su persistente incredulidad hizo que su destrucción fuera segura (ver Miqueas 3:9-12).

Los habitantes de Jerusalén acusaron a Cristo de ser la causa de todos los problemas que les habían sobrevenido como consecuencia de sus pecados. Aunque sabían que él era sin pecado, declararon que su muerte era necesaria para la seguridad de la nación. Aceptaron la sentencia del sumo sacerdote, que les dijo que sería mejor que muriera un hombre y no que toda la nación se perdiera (ver S. Juan 11:47-53).

Aunque mataron a su Salvador porque él censuró sus pecados, ¡se consideraban a sí mismos como el pueblo favorecido de Dios y esperaban que el Señor los libertara de sus enemigos!

La paciencia de Dios

Durante casi cuarenta años, el Señor retrasó sus juicios. Había todavía muchos judíos que ignoraban el carácter y la obra de Cristo. Y los hijos no habían disfrutado del conocimiento que sus padres habían despreciado. Mediante la predicación de los apóstoles, Dios hizo que la luz brillara sobre ellos. Veían cómo la profecía se había cumplido no solamente con el nacimiento y la vida de Cristo, sino también con su muerte y su resurrección. Los hijos no fueron condenados por los pecados de sus padres; pero cuando ellos rechazaron el conocimiento adicional que les fue concedido, se hicieron partícipes de los pecados de sus mayores y colmaron la medida de su iniquidad.

Los judíos, en su obstinada rebeldía, rechazaron el último ofrecimiento de misericordia. Entonces, Dios retiró su protección de ellos. La nación fue abandonada al control del líder que había escogido. Satanás despertó las pasiones más feroces y degradadas del alma. Las personas eran irrazonables, y estaban dominadas por el impulso y el odio ciego, y actuaban con crueldad satánica. Amigos y parientes se traicionaban unos a otros. Los padres mataban a los hijos; y los hijos, a los padres. Los gobernantes no tenían poder para gobernarse a sí mismos. Las pasiones desordenadas los convertían en tiranos. Los judíos habían aceptado un falso testimonio para condenar al inocente Hijo de Dios. Ahora, falsas acusaciones hacían insegura su vida. El temor de Dios ya no les preocupaba. Satanás estaba a la cabeza de la nación.

Los líderes de partidos opositores combatían entre sí y se mataban sin misericordia. Incluso la santidad del Templo no detenía su horrible crueldad. El Santuario fue profanado con los cadáveres de los asesinados. Sin embargo, los promotores de esta obra infernal declararon que no tenían temor de que Jerusalén fuera destruida. Era la ciudad de Dios. Incluso cuando las legiones romanas rodearon el Templo, las multitudes se aferraron a su creencia de que el Altísimo se interpondría para derrotar a los adversarios. Pero Israel había despreciado la protección divina, y ahora no tenía defensa.

Presagios de una calamidad

Todas las predicciones dadas por Cristo acerca de la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra. Aparecieron señales y milagros. Durante siete años, un hombre estuvo recorriendo las calles de Jerusalén, declarando las desgracias que vendrían. Este extraño personaje fue apresado y azotado, pero ante el insulto y los maltratos, solamente contestaba: “¡Ay, ay de Jerusalén!” Finalmente, fue asesinado durante el sitio de la ciudad que él predijo.

Ni un solo cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Después de que los romanos habían rodeado la ciudad bajo el mando de Cestio, inesperadamente

abandonaron el sitio cuando todo parecía favorable para el ataque. El general romano retiró sus fuerzas sin la menor razón aparente. La señal prometida había sido dada a los cristianos que la esperaban (S. Lucas 21:20, 21).

Los hechos se desarrollaron de tal manera que ni los judíos ni los romanos hubieran podido evitar la huida de los cristianos. Ante la retirada de Cestio, los judíos lo persiguieron, y mientras ambas fuerzas estaban así completamente ocupadas en batalla, los cristianos de todo el país pudieron escapar sin problemas a un lugar seguro: la ciudad de Pela.

Las fuerzas judías, al perseguir a Cestio y a su ejército, lo atacaron por la retaguardia. Solo con gran dificultad pudieron los romanos efectuar su retirada. Los judíos, con sus despojos, regresaron en triunfo a Jerusalén. Sin embargo, este aparente éxito les trajo solo el mal. Inspiró ese espíritu de tenaz resistencia a los romanos que trajo indescribibles sufrimientos a la ciudad condenada.

Terribles fueron las calamidades que cayeron sobre Jerusalén cuando Tito reanudó el sitio. La ciudad fue rodeada en ocasión de la Pascua, cuando millones de judíos se reunían dentro de sus muros. Anteriormente, muchos depósitos de provisiones habían sido destruidos debido a las luchas de las facciones contendientes. Ahora empezaron a experimentarse todos los horrores del hambre. Los hombres roían el cuero de sus cinturones y sus sandalias, y las cubiertas de sus escudos. Gran cantidad salía de noche para juntar plantas silvestres que crecían fuera de los muros de la ciudad, aunque muchos eran capturados y muertos en medio de crueles torturas. A menudo, a los que regresaban salvos se les robaba todo lo que habían recogido. Los esposos despojaban a sus esposas; y las esposas, a sus maridos. Los hijos arrebataban el alimento de las bocas de sus padres ancianos.

Los dirigentes romanos trataron de aterrorizar a los judíos y así obligarlos a rendirse. Los prisioneros eran azotados, torturados y crucificados ante los muros de la ciudad. A lo largo del valle de Josafat y en el Calvario, se levantaron cruces en tal cantidad que apenas había lugar para moverse entre ellas. De esta manera, fue castigada aquella imprecación terrible pronunciada ante Pilato: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (S. Mateo 27:25).

Tito se llenó de horror al ver los cadáveres amontonados en los valles. Como si estuviera en trance, observó el magnífico Templo, y ordenó que no se tocara ninguna piedra de su estructura. Dirigió un ferviente llamamiento a los líderes judíos para que no lo obligaran a contaminar con sangre el Lugar Sagrado. ¡Si lucharan en cualquier otro lugar, ningún romano violaría la santidad del Templo! Josefo mismo les rogó que se rindieran para salvarse, y para salvar también la ciudad y el lugar de culto; pero fue rechazado con amargas maldiciones. Arrojaron flechas contra él, su último mediador humano. Los esfuerzos de Tito para salvar el Templo fueron en vano. Uno mayor que él había declarado que no sería dejada piedra sobre piedra.

Finalmente, Tito, determinado a salvar el Templo de la destrucción, si era posible, decidió tomarlo por asalto. Pero sus órdenes fueron desobedecidas. Un soldado, aprovechándose de una abertura en el pórtico, arrojó un leño encendido, e inmediatamente las salas revestidas de cedro que rodeaban la casa santa estuvieron

envueltas en llamas. Tito se precipitó al lugar y ordenó a los soldados que apagarán las llamas, pero sus palabras no fueron obedecidas. En su furia, los soldados arrojaron antorchas encendidas a las salas adjuntas del Templo y masacraron a los que habían hallado refugio en ellas. La sangre corría como agua por las escaleras del Templo.

Después de la destrucción del Templo, la ciudad entera cayó en poder de los romanos. Los dirigentes judíos abandonaron sus torres impenetrables. Tito declaró que Dios los había entregado en sus manos, pues ninguna maquinaria, por poderosa que fuera, podría haber prevalecido contra esas estupendas fortalezas. Tanto la ciudad como el Templo fueron arrasados hasta sus fundamentos, y el terreno en el que estaba edificada la Casa Santa fue “arada como un campo” (ver Jeremías 26:18). Más de un millón de personas perecieron; los que sobrevivieron fueron conducidos como cautivos, vendidos como esclavos, arrastrados a Roma, arrojados a las bestias salvajes en los anfiteatros o dispersados como errantes peregrinos por la Tierra.

Los judíos habían colmado la copa de la venganza. En todas las desgracias que siguieron a su dispersión, estaban recogiendo la cosecha que sus propias manos habían sembrado. “Voy a destruirte, Israel, porque estás contra quien te ayuda. [...] ¡Tu perversidad te ha hecho caer!” (Oseas 13:9; 14:1). A menudo, los sufrimientos de los judíos son representados como un castigo ordenado directamente por Dios. De este modo, el gran engañador trata de disfrazar su propia obra. A causa de un rechazo caprichoso del amor y la misericordia divinos, los judíos habían hecho que se les retirara la protección de Dios.

No podemos saber cuánto le debemos a Cristo por la paz y la protección que disfrutamos. El poder refrenador de Dios impide que la humanidad caiga enteramente bajo el dominio de Satanás. Aun los desobedientes y desagradecidos tienen muchas razones para agradecer a Dios por su misericordia. Pero, cuando los seres humanos traspasan los límites de la tolerancia divina, el poder refrenador es quitado. Dios no actúa como el verdugo de la sentencia contra la transgresión. Él deja que los que rechazan su misericordia cosechen aquello que han sembrado. Cada rayo de luz rechazado es una semilla sembrada que produce su infalible cosecha. El Espíritu de Dios, persistentemente resistido, al fin se retira. Entonces no queda ningún poder para controlar las malas pasiones del alma, ninguna protección contra la malicia y la enemistad de Satanás.

La destrucción de Jerusalén es una solemne advertencia dirigida a todos los que rechazan las súplicas de la misericordia divina. La profecía del Salvador con relación a los juicios sobre Jerusalén todavía tendrá otro cumplimiento. En el destino de la ciudad escogida podemos ver el destino funesto de un mundo que ha rechazado la misericordia de Dios y pisoteado su Ley. Oscuros son los registros de la miseria humana que el mundo ha presenciado. Terribles han sido los resultados de rechazar la autoridad del Cielo. Pero una escena aún más tenebrosa es lo que se presenta en las revelaciones del futuro. Cuando el Espíritu refrenador de Dios se haya retirado totalmente, para no contener más el estallido de

la pasión humana y de la ira satánica, el mundo contemplará, como nunca antes, los resultados del gobierno de Satanás.

En ese día, como en la destrucción de Jerusalén, el pueblo de Dios será librado (ver Isaías 4:3; S. Mateo 24:30, 31). Cristo vendrá por segunda vez para reunir a sus fieles consigo, “y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo” (S. Mateo 24:30, 31).

Los hombres deben cuidarse de no menospreciar las palabras de Cristo. Así como advirtió a sus discípulos acerca de la destrucción de Jerusalén para que huyeran de ella, así ha advertido al mundo acerca del día de la destrucción final. Todos los que quieran podrán huir de la ira que vendrá. “Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. En la tierra, las naciones estarán angustiadas y perplejas” (S. Lucas 21:25; ver también S. Mateo 24:29; S. Marcos 13:24-26; Apocalipsis 6:12-17). “Por lo tanto, manténganse despiertos”, es la amonestación de Cristo (S. Marcos 13:35). Los que escuchen la advertencia no serán dejados en tinieblas.

El mundo no está más dispuesto a creer el mensaje para este tiempo de lo que estaban los judíos para recibir la advertencia del Salvador con relación a Jerusalén. Sin importar cuándo venga, el día de Dios sobrevendrá en forma inadvertida para los impíos. Cuando la vida continúe su curso invariable; cuando los hombres estén embelesados en el placer, en los negocios, en la persecución del dinero; cuando los dirigentes religiosos estén admirando el progreso del mundo, y el pueblo esté adormecido en una falsa seguridad; entonces, así como el ladrón a medianoche entra en una casa sin custodia, vendrá la destrucción sobre los indiferentes e impíos, y “de ninguna manera podrán escapar” (ver 1 Tesalonicenses 5:2-5).

Capítulo 2

La lealtad y la fe de los primeros cristianos

Jesús les reveló a sus discípulos la historia de su pueblo, desde el tiempo en que él sería arrebatado al Cielo hasta su regreso con poder y gloria. Penetrando profundamente en el futuro, su ojo vislumbró las violentas tempestades que caerían sobre sus seguidores en los años futuros de persecución (ver S. Mateo 24:9, 21, 22). Los seguidores de Cristo deben recorrer la misma senda de humillación y sufrimiento que transitó su Maestro. La enemistad que soportó el Redentor del mundo se manifestaría contra todos los que creyeran en su nombre.

El paganismo se dio cuenta de que, si triunfaba el evangelio, sus templos y sus altares serían arrasados; por lo tanto, se encendieron los fuegos de la persecución. A los cristianos se los despojaba de sus posesiones y se los expulsaba de sus hogares. Nobles y esclavos, ricos y pobres, cultos e ignorantes, fueron sin misericordia sacrificados en gran número.

Comenzando bajo Nerón, las persecuciones continuaron durante siglos. Se declaró falsamente que los cristianos eran la causa del hambre, las plagas y los terremotos. Había acusadores listos (bajo soborno) para traicionar a los inocentes, y acusarlos de rebeldes y dañinos para la sociedad. Muchísimos fueron arrojados a las bestias salvajes o quemados vivos en los anfiteatros. Algunos fueron crucificados; otros fueron cubiertos con pieles de animales salvajes y arrojados a la arena para ser despedazados por los perros. En las fiestas públicas, grandes multitudes se reunían para gozar del espectáculo y festejar con risas y aplausos la agonía mortal de los mártires.

Los seguidores de Cristo se veían obligados a ocultarse en lugares aislados. Fuera de los muros de la ciudad de Roma, entre las colinas, se habían construido largas galerías subterráneas, a través de la tierra y la roca, de muchos kilómetros de longitud. En estos refugios ocultos, los seguidores de Cristo enterraban a sus muertos. Allí también, cuando eran perseguidos, hallaban un hogar. Muchos recordaron las palabras de su Maestro de que, cuando fueran perseguidos por causa de Cristo, debían alegrarse en gran manera. Grande sería su recompensa en los Cielos, porque de la misma forma habían sido perseguidos los profetas antes que ellos (ver S. Mateo 5:11, 12).

Canciones de triunfo ascendían de en medio de las llamas crepitantes. Por fe, vieron a Cristo y a los ángeles observándolos con el más profundo interés y

aprobando su firmeza. Resonaba la voz desde el Trono de Dios: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10).

Satanás se esforzó en vano por destruir a la iglesia de Cristo por medio de la violencia. Los obreros de Dios eran sacrificados, pero el evangelio continuaba esparciéndose y sus adherentes aumentaban. Dijo un cristiano: “Más somos cuanto derramáis más sangre; que la sangre de los cristianos es semilla”.¹

Frente a ello, Satanás formuló sus planes para tener mayor éxito en su lucha contra Dios, poniendo su bandera dentro de la iglesia cristiana para obtener por engaño lo que no podía conseguir por la fuerza. La persecución cesó, y fue reemplazada por los atractivos de la prosperidad temporal y el honor. Los ídólatras fueron inducidos a recibir una parte de la fe cristiana, mientras que rechazaban verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús, pero no tenían convicción del pecado y no sentían ninguna necesidad de arrepentimiento o de un cambio de corazón. Hicieron algunas concesiones de su parte, y propusieron que los cristianos hicieran también las suyas, para que todos pudieran unirse sobre la plataforma de “la fe en Cristo”.

Ahora, la iglesia se encontraba ante un terrible peligro. ¡El encarcelamiento, la tortura, el fuego y la espada eran bendiciones en comparación con esto! Algunos cristianos se mantuvieron firmes. Otros estaban a favor de modificar su fe y, bajo el manto de un cristianismo fingido, Satanás se fue introduciendo en la iglesia para corromper su fe.

Finalmente, la mayoría de los cristianos rebajó las normas. Se formó una unión entre el cristianismo y el paganismo. Aunque los adoradores de ídolos profesaban unirse a la iglesia, continuaban aferrándose a su idolatría, cambiando únicamente los objetos de su culto por imágenes de Jesús, y aun de María y de los santos. Doctrinas falsas, ritos supersticiosos y ceremonias ídólatras se incorporaron a la fe y al culto de la iglesia. La religión cristiana llegó a corromperse, y la iglesia perdió su pureza y su poder. Sin embargo, algunos no fueron engañados. Continuaron manteniendo su fidelidad al Autor de la verdad.

Dos clases en la iglesia

Siempre ha habido dos clases entre los que profesan seguir a Cristo. Mientras que una clase de personas estudia la vida del Salvador y trata con todo fervor de corregir sus defectos y conformar su vida con el gran Modelo, la otra clase evita las verdades sencillas y prácticas que exponen sus errores. Aun en su mejor estado, la iglesia nunca estuvo totalmente compuesta por personas veraces y sinceras. Judas fue contado con los discípulos, para que por la instrucción y el ejemplo de Cristo pudiera ser inducido a ver sus errores. Pero, al ceder al pecado, atrajo las tentaciones de Satanás. Se enojó cuando sus faltas fueron reprobadas, y eso lo llevó a traicionar a su Maestro (ver S. Marcos 14:10, 11).

Ananías y Safira fingieron hacer un sacrificio completo en favor de Dios, pero retuvieron en forma codiciosa una porción para sí mismos. El Espíritu de verdad

¹Tertuliano, *Apología*, cap. 50.

les reveló a los apóstoles el verdadero carácter de estos farsantes, y los juicios de Dios libraron a la iglesia de aquella inmundicia que mancillaba su pureza (ver Hechos 5:1-11). Cuando la persecución sobrevino a los seguidores de Cristo, solamente los que estaban dispuestos a abandonarlo todo por la verdad deseaban llegar a ser sus discípulos. Pero, cuando cesó la persecución, se añadieron conversos que eran menos sinceros, y el camino quedó abierto para la infiltración de Satanás.

Cuando los cristianos consintieron en unirse con los que eran semiconvertidos del paganismo, Satanás se regocijó, y entonces los inspiró a perseguir a los que se mantenían fieles a Dios. Estos cristianos apóstatas, al unirse con compañeros semipaganos, dirigieron su guerra contra los rasgos más esenciales de las doctrinas de Cristo. Se necesitaba una lucha desesperada para mantenerse firme contra los engaños y las abominaciones introducidas en la iglesia. La Biblia no era aceptada como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa fue calificada como herejía, y los que la sostenían fueron perseguidos.

Tras largo conflicto, los fieles vieron que era absolutamente necesario separarse. No se atrevían a tolerar errores fatales para su propia alma y poner así en peligro la fe de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Sentían que sacrificar un principio por amor a la paz era un precio demasiado alto. Si solo se podía asegurar la unidad haciendo concesiones a la verdad y la justicia, entonces habría diferencias e incluso guerra.

Los primeros cristianos ciertamente eran un pueblo peculiar. Eran pocos en número, sin riquezas, sin jerarquía ni títulos honoríficos, y los impíos los odiaban, como Caín odió a Abel (ver Génesis 4:1-10). Desde los días de Cristo hasta hoy, sus fieles discípulos han suscitado el odio y la oposición de los que aman el pecado.

Entonces, ¿cómo es que el evangelio puede considerarse un mensaje de paz? Los ángeles cantaron en las llanuras de Belén: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad" (S. Lucas 2:14). Existe aparente contradicción entre estas declaraciones proféticas y las palabras de Cristo: "No vine a traer paz, sino espada" (S. Mateo 10:34). Sin embargo, si ambas declaraciones se entienden correctamente, existe entre ellas perfecta armonía. El evangelio es un mensaje de paz. La religión de Cristo, recibida y obedecida, extendería la paz y la felicidad por el mundo entero. La misión de Jesús fue reconciliar a los seres humanos con Dios, y así reconciliarlos mutuamente. Pero el mundo en general está bajo el control de Satanás, el enemigo más acérrimo de Cristo. El evangelio presenta principios de vida que están en total desacuerdo con los hábitos y los deseos de los seres humanos, y estos se rebelan contra él. Odian la pureza que condena el pecado, y persiguen a los que los instan a obedecer sus santas demandas. Es en este sentido que el evangelio se convierte en una espada.

Muchos que son débiles en la fe pierden su confianza en Dios, porque él permite que las personas malas prosperen, en tanto que las mejores y más puras son atormentadas por el cruel poderío de los malvados. ¿Cómo puede alguien que es justo y misericordioso, y que tiene poder infinito, tolerar tal injusticia? Dios nos ha dado suficientes pruebas de su amor. No debemos dudar de su bondad porque

no podamos entender su providencia. El Salvador dijo: “Recuerden lo que les dije: ‘Ningún siervo es más que su amo’. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán” (S. Juan 15:20). Los que son llamados a soportar la tortura y el martirio simplemente están siguiendo los pasos del amado Hijo de Dios.

Los justos son colocados en el horno de la aflicción para ser purificados, para que su ejemplo convenza a otros acerca de la realidad de la fe y la bondad, y para que su conducta consecuente condene a los impíos e incrédulos. Dios permite que los malvados prosperen y revelen su enemistad contra él con el fin de que todos vean la justicia del Señor y su misericordia en la total destrucción que sufrirán los malos. Todo acto de crueldad hacia los fieles de Dios será castigado como si hubiera sido realizado contra Cristo mismo.

Pablo declara que “serán perseguidos todos los que quieran llevar una vida piadosa en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:12). ¿Por qué, entonces, la persecución parece actualmente adormecida? La única razón es que la iglesia se ha conformado con las normas del mundo y, por lo tanto, no despierta ninguna oposición. La religión de nuestros tiempos no es la religión pura y santa de Cristo y sus apóstoles. Puesto que las verdades de la Palabra de Dios son tratadas con indiferencia, puesto que existe tan poca piedad vital en la iglesia, el cristianismo resulta popular en el mundo. Si se produjera un reavivamiento de la fe como en la iglesia primitiva, los fuegos de la persecución volverían a encenderse.

Una era de tinieblas espirituales

El apóstol Pablo declaró que el día de Cristo no vendría “sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, es decir, el hijo de perdición, el cual se opone y se enfrenta a todo lo que se llama Dios o es objeto de culto. Llega al grado de sentarse en el templo de Dios y de ocupar su lugar, haciéndose pasar por Dios”. Además, declaró que “el misterio de la iniquidad ya está en acción” (2 Tesalonicenses 2:3, 4, 7, RVC). Aun en esas primeras décadas, el apóstol vio que algunos errores ya se estaban introduciendo en la iglesia, los cuales prepararían el camino para el papado.

Poco a poco “el misterio de la iniquidad” fue desarrollando su obra engañosa. Las costumbres paganas se fueron introduciendo en la iglesia cristiana, aunque fueron restringidas por un tiempo por las terribles persecuciones que se realizaron bajo el paganismo; pero cuando cesó la persecución, el cristianismo abandonó la humilde sencillez de Cristo, y la reemplazó por la pompa de los sacerdotes y los gobernantes paganos. La conversión nominal de Constantino causó gran regocijo. Ahora la obra de corrupción progresaba rápidamente. El paganismo, que parecía conquistado, se convirtió en el conquistador. Sus doctrinas y sus supersticiones fueron incorporadas en la fe de los profesos seguidores de Cristo.

Esta alianza entre el paganismo y el cristianismo dio como resultado la formación del “hombre de pecado” predicho en la profecía. Esa falsa religión es una obra maestra de Satanás, y de su esfuerzo para sentarse en el trono con el fin de gobernar la Tierra de acuerdo con su voluntad.

Una de las principales doctrinas del romanismo enseña que el Papa se halla investido de suprema autoridad sobre los obispos y pastores de todo el mundo. Más que esto, el Papa ha sido denominado “Señor Dios el Papa” y declarado infalible. Satanás sostiene la misma pretensión que tuvo en el desierto de la tentación, ahora por medio de la Iglesia de Roma, y vastas multitudes le rinden homenaje.

Pero, los que reverencian a Dios hacen frente a esta pretensión, como Cristo hizo frente a su astuto enemigo: “Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él” (S. Lucas 4:8). Dios nunca ha nombrado a ser humano alguno como cabeza de la iglesia. La supremacía papal es algo contrario a las Escrituras. El Papa no puede tener poder sobre la iglesia de Cristo, excepto por usurpación. Los partidarios de Roma presentan ante los protestantes la acusación de haberse separado obstinadamente de la verdadera iglesia. Pero ellos son los que se han apartado de “la fe que una vez fue dada a los santos” (S. Judas 1:3, RVC).

Satanás sabe bien que el Salvador resistió sus ataques mediante las Sagradas Escrituras. Ante cada asalto, Cristo presentaba el escudo de la verdad eterna, diciendo: “Escrito está”. Para que Satanás pueda ejercer su dominio sobre los seres humanos y establecer la usurpadora autoridad papal, necesita que ignoren las Escrituras. Las sagradas verdades de la Biblia debían ser ocultadas y suprimidas. Durante centenares de años, la circulación de la Biblia fue prohibida por la Iglesia Romana. Se le prohibía a la gente leerla. Sacerdotes y prelados interpretaban sus enseñanzas para sostener sus pretensiones. Así, el Papa llegó a ser reconocido casi universalmente como el vicario de Dios en la Tierra.

Cómo se “cambió” el sábado

La profecía declaraba que el papado iba a “cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25, RV 60). Para poder reemplazar el culto a los ídolos, se introdujo gradualmente la adoración de las imágenes y las reliquias en el culto cristiano. El decreto de un concilio general finalmente estableció esta idolatría. Roma se atrevió a borrar de la Ley de Dios el segundo Mandamiento, que prohíbe adorar imágenes, y a dividir el décimo en dos, con el fin de conservar el número total.

Dirigentes inconversos de la iglesia atentaron también contra el cuarto mandamiento de la Ley, para eliminar el descanso del sábado histórico, el día que Dios había bendecido y santificado (Génesis 2:2, 3), y exaltar en su lugar el día festivo observado por los paganos como “el venerable día del sol”. En los primeros siglos, todos los cristianos habían guardado el verdadero sábado, pero Satanás trabajó para alcanzar su objetivo. El domingo fue hecho un día festivo en honor de la resurrección de Cristo. Se realizaban servicios religiosos en él, aunque se lo consideraba como un día de recreación, mientras que el sábado continuaba siendo observado sagradamente.

Satanás había inducido a los judíos, antes del advenimiento de Cristo, a sobrecargar el sábado con exigencias rigurosas, y lo convirtió en una carga. Ahora, aprovechándose de la falsa luz que había arrojado sobre él, hizo que los cristianos lo despreciaran como una institución “judía”. Mientras que en general continuaban observando el domingo como día festivo de gozo, los indujo a considerar el sábado como un día de tristeza y de pesar, para manifestar odio hacia el judaísmo.

El emperador Constantino promulgó un decreto en el que convertía al domingo en una festividad pública para todo el Imperio Romano. El día del sol fue entonces reverenciado por sus súbditos paganos y honrado por los cristianos. Constantino fue instado a hacer esto por los obispos de la iglesia. Motivados por una sed de poder, percibieron que si tanto cristianos como paganos observaban el mismo día se haría progresar el poderío y la gloria de la iglesia. Pero, aunque muchos cristianos que temían a Dios fueron inducidos gradualmente a considerar el domingo como un día que poseía cierto grado de santidad, todavía se mantenían fieles al descanso sabático y observaban ese día en obediencia al cuarto Mandamiento.

El archiengañosador no había completado su obra, y estaba resuelto a ejercer su poder por medio de su vicario, el orgulloso pontífice que pretendía representar a

Cristo. Se realizaron grandes concilios en los que se reunieron dignatarios de todo el mundo. Prácticamente en cada concilio empequeñecían cada vez más el sábado, en tanto que exaltaban el domingo. Así, la festividad pagana llegó finalmente a ser honrada como institución divina, mientras que el sábado de la Biblia fue proclamado como una reliquia del judaísmo y su observancia fue declarada maldita.

El apóstata había tenido éxito en exaltarse a sí mismo sobre “todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de adoración” (2 Tesalonicenses 2:4). Se había atrevido a cambiar el único precepto de la Ley divina que señala al Dios vivo y verdadero. El cuarto Mandamiento revela a Dios como el Creador. Al ser la conmemoración de la obra de la Creación, el séptimo día fue santificado como el día de descanso para la humanidad, designado para mantener siempre al Dios vivo en la mente de los seres humanos como objeto de adoración. Satanás lucha para desviar a los seres humanos de la obediencia a la Ley de Dios; por lo tanto, dirige sus esfuerzos especialmente contra el mandamiento que señala a Dios como el Creador.

Los protestantes ahora alegan que la resurrección de Cristo en el día domingo lo convirtió en el sábado cristiano. Pero ni Cristo ni sus apóstoles le otorgaron tal honor a ese día. La observancia del domingo tuvo su origen en el “misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7, RVC) que, ya en los días de Pablo, había comenzado su obra. ¿Qué razón puede ofrecerse para justificar un cambio que las Escrituras no aprueban?

En el siglo VI el obispo de Roma fue declarado cabeza de toda la iglesia. El paganismo había dado lugar al papado. El dragón le había dado a la bestia “su poder, su trono y gran autoridad” (Apocalipsis 13:2).

Ahora habían empezado los 1.260 años de opresión papal, predichos en las profecías de Daniel y Apocalipsis (Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7). Los cristianos eran obligados a elegir entre abandonar su integridad y aceptar las ceremonias y el culto papal, por una parte, o pasar la vida en calabozos y sufrir la muerte, por la otra. Ahora se cumplían las palabras de Jesús: “Ustedes serán traicionados aun por sus padres, hermanos, parientes y amigos, y a algunos de ustedes se les dará muerte. Todo el mundo los odiará por causa de mi nombre” (S. Lucas 21:16, 17).

El mundo llegó a ser un extenso campo de batalla. Durante centenares de años, la iglesia de Cristo encontró refugio en la reclusión y la oscuridad. “Y la mujer [la iglesia verdadera] huyó al desierto, a un lugar que Dios le había preparado para que allí la sustentaran durante mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:6).

La llegada de la Iglesia Romana al poder señaló el comienzo de la Edad Media, la edad oscura. La fe fue transferida de Cristo al Papa de Roma. En lugar de confiar en el Hijo de Dios para el perdón de los pecados y la salvación eterna, el pueblo miraba al Papa y a los sacerdotes a quienes él había investido de autoridad. El Papa era su mediador terrenal. Ocupaba para ellos el lugar de Dios. Una desviación de los requerimientos que él había impuesto era suficiente para que fueran castigados severamente. De esta forma, las mentes del pueblo fueron desviadas de Dios hacia seres humanos crueles y falibles; más aún, hacia el mismo príncipe de las tinieblas, quien ejercía su poder por medio de ellos. Cuando se suprimen las Escrituras

y el ser humano empieza a considerarse como supremo, solo aparecen el fraude, el engaño y la vil iniquidad.

Días de peligro para la iglesia

Los fieles que sostenían el estandarte eran pocos. A veces parecía que el error prevalecería por completo, y que la verdadera religión sería desterrada de la Tierra. Se perdía de vista el evangelio, y el pueblo era recargado con rigurosos impuestos. Se enseñaba a la gente a confiar en las obras propias para conseguir el perdón de sus pecados. Largas peregrinaciones, actos de penitencia, el culto a las reliquias, la construcción de iglesias, santuarios y altares, el pago de grandes sumas a la iglesia: estas eran las cosas impuestas para aplacar la ira de Dios o para asegurar su favor.

Hacia el final del siglo VIII, los partidarios del Papa empezaron a sostener que, en los primeros siglos de la iglesia, los obispos de Roma habían poseído los mismos poderes espirituales que ahora ellos se arrogaban. Los monjes falsificaron escritos antiguos. Se descubrieron decretos conciliares de los que nunca se había oído, que establecían la supremacía universal del Papa desde los primeros tiempos.

Los fieles que edificaban sobre el seguro fundamento (1 Corintios 3:10, 11) estaban perplejos. Cansados de la lucha constante contra la persecución, el fraude y cualquier otro obstáculo que Satanás pudiera idear, algunos que habían sido fieles se desanimaron. Por el bien de la paz y la seguridad de sus propiedades y su vida, abandonaron el seguro fundamento. Pero otros no se dejaron intimidar por la oposición de sus enemigos.

El culto de las imágenes se hizo general. Se encendían velas ante ellas y se les ofrecían oraciones. Se practicaban las más absurdas costumbres y la razón misma parecía haber perdido su poder. Mientras los preladados y los obispos eran personas corruptas y amantes del placer, la gente que esperaba de ellos dirección estaba sumergida en la ignorancia y el vicio.

En el siglo XI el papa Gregorio VII proclamó que la iglesia nunca se había equivocado, y que jamás se equivocaría, y pretendió que eso estaba de acuerdo con las Escrituras. Pero ninguna prueba bíblica acompañaba esa declaración. El orgulloso pontífice también pretendía tener autoridad para remover emperadores. Una ilustración del carácter tiránico de este abogado de la infalibilidad fue la forma en que trató al emperador alemán Enrique IV. Por considerar que este había desestimado la autoridad del Papa, Enrique IV fue excomulgado y destronado. Sus propios príncipes fueron animados a rebelarse contra él por mandato papal.

Enrique sintió la necesidad de hacer las paces con Roma. Acompañado por su esposa y un fiel sirviente, cruzó los Alpes en pleno invierno para humillarse ante el Papa. Al llegar al castillo de Gregorio, fue conducido a un atrio exterior. Allí, en medio del severo frío del invierno, con la cabeza descubierta y los pies desnudos, esperó el permiso del Papa para aparecer ante su presencia. Solamente después de haber pasado tres días de ayuno y confesión, el pontífice le concedió el perdón. Y esto todavía con la condición de que debía esperar la autorización del Papa para

volver a usar las insignias reales o ejercer su poder. Gregorio, envanecido con su triunfo, se jactó de que era su deber humillar el orgullo de los reyes.

Cuán notable es el contraste entre este abusivo pontífice y Cristo, que se presenta a sí mismo pidiendo entrada a la puerta del corazón. Él les enseñó a sus discípulos: “El que entre ustedes quiera ser el primero, será su siervo” (S. Mateo 20:27, NBLA).

Aun antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían ejercido su influencia en la iglesia. Muchos aún se aferraban a los principios de la filosofía secular e instaban a otros a estudiarla como un medio para extender su influencia entre los paganos. Así se introdujeron serios errores en la fe cristiana.

Cómo se introdujeron las falsas doctrinas

Entre las falsas doctrinas, se destacan la creencia en la inmortalidad natural del ser humano y su estado consciente después de la muerte. Esta doctrina forma el fundamento sobre el que Roma estableció la invocación de los santos y la adoración a la Virgen María. De esto surgió también la herejía del tormento eterno para los que eran definitivamente impenitentes, que muy pronto fue incorporada al credo papal.

Estaba preparado el camino para otra invención del paganismo: el Purgatorio, empleado para aterrorizar a las multitudes supersticiosas. Esta herejía afirma la existencia de un lugar de tormento donde las almas de los que no habían merecido la eterna condenación sufren un castigo por sus pecados. Desde allí, cuando son limpiadas de la impureza, son admitidas en el Cielo.

Todavía se necesitaba otra mentira para permitir que Roma se beneficiara de los temores y los vicios de sus seguidores: la doctrina de las indulgencias. Se prometía la completa remisión de los pecados pasados, presentes y futuros a todos los que se alistaran en las guerras del pontífice para castigar a sus enemigos o para exterminar a aquellos que osaran negar su supremacía espiritual. Mediante el pago de dinero a la iglesia, las personas podían liberarse de sus pecados y también liberar a las almas de los amigos muertos que sufrían en las llamas atormentadoras. De esta manera, Roma llenó sus cofres y sostuvo la magnificencia, el lujo y el vicio de los que afirmaban ser representantes de aquel que no tenía dónde reclinar la cabeza.

La institución bíblica de la Cena del Señor fue reemplazada por el sacrificio idólatrico de la misa. Los sacerdotes papales pretendían convertir el sencillo pan y el vino en el verdadero “cuerpo y sangre de Cristo”.¹ Con blasfemia osadía, abiertamente reclamaban el poder de crear a Dios, el Creador de todas las cosas. Se exigía que los cristianos, bajo pena mortal, manifestaran su fe en esta herejía que ofendía al Cielo.

En el siglo XIII se estableció la más terrible maquinaria del papado: la Inquisición. En sus concilios secretos, Satanás dominaba la mente de esas personas perversas. Sin ser visto por ellas, un ángel de Dios tomaba nota de sus terribles e inicuos decretos y registraba la historia de hechos demasiado horribles para los

¹ Conferencias del cardenal Wiseman sobre “The Real Presence” [La presencia real], conf. 8, sec. 3, párr. 26.

ojos humanos. “La gran Babilonia” “se había emborrachado con la sangre de los santos” (ver Apocalipsis 17:5, 6). Los cuerpos mutilados de millones de mártires clamaban a Dios por venganza contra ese poder apóstata.

El papado había llegado a ser el tirano del mundo. Reyes y emperadores se inclinaban ante los decretos del pontífice romano. Durante centenares de años, las doctrinas de Roma se recibieron sumisamente. Se honró y sostuvo generosamente a sus clérigos. Desde entonces, nunca la Iglesia Romana alcanzó de nuevo tanto rango, brillo o poder.

Pero “el mediodía del papado fue la medianoche del mundo”.² Las Escrituras eran casi desconocidas. Los dirigentes papales odiaban la luz que revelaba sus pecados. Habiéndose eliminado la Ley de Dios, la norma de justicia, practicaban vicios sin restricción. Los palacios de los papas y los prelados eran escenarios de vil libertinaje. Algunos de los pontífices eran culpables de crímenes tan horrorosos que los gobernantes seculares intentaron destronarlos por ser monstruos demasiado viles para ser tolerados. Durante siglos, Europa se estancó en materia de saber, arte y civilización. Una parálisis moral e intelectual había dominado a la cristiandad.

¡Estos fueron los resultados de haber desterrado la Palabra de Dios!

² J. A. Wylie, *The History of Protestantism* [La historia del protestantismo], lib. 1, cap. 4.

Los valdenses defienden la fe

Durante el largo período de supremacía papal, hubo testigos de Dios que conservaron la fe en Cristo como el único Mediador entre Dios y los seres humanos. Consideraban la Biblia como la única regla de vida, y santificaban el verdadero día de reposo. Se los tildaba de herejes, y sus escritos eran confiscados, tergiversados o mutilados. Sin embargo, permanecieron firmes.

Su historia ocupa un lugar escaso en los registros humanos, excepto por lo que se encuentra en las acusaciones de sus perseguidores. Roma trató de destruir todo lo que era “herético”, ya sean personas o escritos. Se esforzó también por destruir todo registro de su crueldad hacia los que no estaban de acuerdo con ella. Antes de la invención de la imprenta, los libros eran escasos en número; por lo tanto, no era mucho lo que se podía hacer para impedir que los partidarios de Roma llevaran a cabo su propósito. Tan pronto como el papado obtuvo poder, la Iglesia Romana extendió sus brazos para aplastar a todo el que se negara a reconocer su dominio.

En Gran Bretaña, el cristianismo primitivo había echado raíces muy temprano, sin dejarse corromper por la apostasía romana. La persecución por parte de los emperadores paganos fue el único don que las primeras iglesias de Gran Bretaña recibieron de Roma. Muchos cristianos que huían de la persecución en Inglaterra hallaron refugio en Escocia; desde allí, la verdad fue llevada a Irlanda, y en estos países fue recibida con alegría.

Cuando los sajones invadieron Gran Bretaña, el paganismo logró predominar, y los cristianos fueron obligados a refugiarse en las montañas. En Escocia, un siglo más tarde, la luz brilló hasta llegar a países muy distantes. Columba y sus colaboradores llegaron desde Irlanda y convirtieron a la isla de Iona en el centro de sus esfuerzos misioneros. Entre estos evangelistas se hallaba un observador del sábado y, de este modo, esta verdad fue introducida entre el pueblo. Se estableció una escuela en Iona, y de ella salieron misioneros hacia Escocia, Inglaterra, Alemania, Suiza e incluso a Italia.

Roma hace frente a la religión bíblica

Pero Roma resolvió someter a Gran Bretaña bajo su autoridad. En el siglo VI, sus misioneros emprendieron la tarea de convertir a los sajones paganos. A medida que la obra progresaba, los dirigentes papales se encontraron con los cristianos primitivos; ellos eran sencillos y humildes, y tenían un carácter, una doctrina y una conducta consecuentes con las Escrituras. Esos dirigentes exhibían la superstición,

la pompa y la arrogancia propias del papado. Roma exigía que estas iglesias cristianas reconocieran la soberanía del pontífice. Los habitantes de Gran Bretaña respondieron que el Papa no tenía derecho a ejercer supremacía en la iglesia y que no podían rendirle más que la sumisión debida a todo seguidor de Cristo; no reconocían otro señor que Cristo.

Entonces, el verdadero espíritu del papado comenzó a revelarse. El dirigente romano dijo: "Si no reciben a hermanos que les traen paz, recibirán a enemigos que les traen guerra".¹ La guerra y el engaño fueron empleados contra estos testigos leales a la fe bíblica, hasta que las iglesias de Gran Bretaña fueron destruidas u obligadas a someterse al Papa.

En los países que estaban más allá de la jurisdicción de Roma, durante siglos los grupos cristianos permanecieron casi totalmente libres de la corrupción papal. Continuaron considerando la Biblia como la única regla de fe. Estos cristianos creían en la perpetuidad de la Ley de Dios y guardaban el sábado del cuarto Mandamiento. En África Central y entre los armenios de Asia había iglesias que adherían a esta fe y práctica.

De entre los que resistieron al poder papal se destacaron, en forma sobresaliente, los valdenses. En el propio país donde el papado había colocado su trono, las iglesias del Piamonte mantenían su independencia. Pero llegó el tiempo en que Roma insistió en que se sometieran. Sin embargo, algunos rehusaron ceder ante el Papa o los preladados, y determinaron preservar la pureza y la sencillez de su fe. Se realizó una separación. Los que adherían a la fe antigua ahora se retiraron. Algunos, abandonando sus Alpes nativos, levantaron el estandarte de la verdad en países extranjeros. Otros se refugiaron en las fortalezas rocosas de las montañas y allí conservaron su libertad para adorar a Dios.

Sus creencias religiosas se fundaban sobre la Palabra de Dios. Esos humildes campesinos, apartados del mundo, no habían llegado por sí mismos a la verdad en oposición a los dogmas de la iglesia apóstata. Su creencia religiosa la habían heredado de sus padres. Luchaban por la fe de la iglesia apostólica. "La iglesia del desierto", y no la orgullosa jerarquía entronizada en la gran capital del mundo, era la verdadera iglesia de Cristo, la guardiana de los tesoros de la verdad que Dios encomendó a su pueblo para que fuera dada al mundo.

Entre las causas más importantes que determinaron la separación entre la iglesia verdadera y Roma estaba el odio que esta última profesaba hacia el día de reposo bíblico. Como lo había predicho la profecía, el poder papal pisoteó la Ley de Dios en el polvo. Las iglesias sometidas al papado eran obligadas a honrar el domingo. En medio del error prevaleciente, muchos de los verdaderos hijos de Dios estaban tan confundidos que guardaban el sábado y al mismo tiempo no trabajaban el domingo. Pero esto no satisfacía a los dirigentes papales. Ellos exigían que el verdadero sábado fuera profanado, y denunciaban a los que se atrevían a honrar ese día.

¹ J. H. Merle D'Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century* [Historia de la Reforma del siglo xvi], lib. 17, cap. 2.

Centenares de años antes de la Reforma, los valdenses poseían la Biblia en su idioma nativo. Esto los convirtió en un objeto especial de persecución. Ellos declaraban que Roma era la Babilonia apóstata del Apocalipsis. Con peligro de su vida, se mantenían firmes para resistir sus corrupciones. Durante aquellos siglos de apostasía, hubo valdenses que negaban la supremacía de Roma, rechazaban el culto a las imágenes como idolatría y observaban el verdadero día de reposo.

Detrás de los majestuosos baluartes de las montañas, los valdenses establecieron un lugar de refugio. Esos fieles exiliados señalaban a sus hijos las alturas que se erguían majestuosamente sobre ellos y les hablaban acerca de aquel cuya palabra es tan duradera como las colinas eternas. Dios había establecido con firmeza las montañas; ningún brazo sino el del Poder infinito podía moverlas. De igual manera había establecido su Ley. Para el brazo humano, cambiar un solo precepto de la Ley de Dios era tan difícil como desarraigar las montañas y arrojarlas al mar. Esos peregrinos no se quejaban por las durezas que les tocaba enfrentar; nunca estaban solitarios en medio de la quietud de las montañas. Se regocijaban en su libertad para adorar. Desde muchas alturas majestuosas entonaban alabanzas, y los ejércitos de Roma no podían silenciar sus cánticos de acción de gracias.

Valiosos principios de verdad

Ellos valoraban los principios de la verdad por encima de casas y terrenos, amigos y parientes, y aun la vida misma. Desde los más tempranos años de su niñez, se les enseñaba a considerar como sagrados los mandatos de la Ley de Dios. Los ejemplares de la Biblia eran escasos; por lo tanto, aprendían de memoria sus preciosas palabras. Muchos eran capaces de repetir de memoria largas porciones tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento.

Se los ejercitaba desde la niñez para soportar durezas y para pensar y actuar por sí mismos. Se les enseñaba a llevar responsabilidades, a ser cuidadosos en lo que hablaban y a valorar la sabiduría del silencio. Una palabra indiscreta que llegara a sus enemigos podría hacer peligrar la vida de centenares de hermanos, pues, como lobos que buscan su presa, los enemigos de la verdad perseguían a los que osaban reclamar libertad para su fe religiosa.

Los valdenses, con perseverante paciencia, trabajaban para producir su pan. Aprovechaban toda porción de tierra cultivable que había entre las montañas. La economía y la abnegación formaban parte de la educación de los niños. El proceso era laborioso, pero sano; precisamente el que el ser humano necesita en su estado caído. A los jóvenes se les enseñaba que todas las facultades pertenecen a Dios, y que deben ser desarrolladas para su servicio.

Las iglesias valdenses se asemejaban a la iglesia del tiempo apostólico. Rechazando la supremacía del Papa y de los preladados, se aferraban a la Biblia como la única autoridad infalible. Sus pastores, a diferencia de los señoriales sacerdotes de Roma, alimentaban a la grey de Dios, conduciéndola a pastos verdes y a los vivos manantiales de su santa Palabra. La gente se reunía, no en iglesias magníficas o en grandes catedrales, sino en los valles alpinos o, en tiempos de peligro, en alguna

fortaleza rocosa, para escuchar las palabras de verdad de los siervos de Cristo. Los pastores no solo predicaban el evangelio, sino también visitaban a los enfermos y trabajaban para promover la armonía y el amor fraternal. A semejanza de Pablo, el fabricante de tiendas, cada uno aprendía un oficio con el que, si fuera necesario, pudiera proveerse sostén propio.

Los jóvenes recibían instrucción de sus pastores. La Biblia era el principal tema de estudio. Aprendían de memoria los evangelios de San Mateo y de San Juan, así como muchas de las epístolas.

Mediante un trabajo incansable, a veces en las oscuras cavernas de la Tierra, a la luz de las antorchas, copiaban las Sagradas Escrituras versículo por versículo. Ángeles del Cielo rodeaban a estos fieles obreros.

Satanás había instigado a los sacerdotes papales y a los prelados a enterrar la Palabra de verdad bajo los escombros del error y la superstición: pero de una manera maravillosa, esta fue conservada fielmente a través de todas las edades oscuras. Como el arca sobre las ondas tempestuosas, la Palabra de Dios atraviesa ileso las tormentas que amenazan destruirla. Así como la mina tiene sus ricas vetas de oro y plata ocultas bajo la superficie, las Sagradas Escrituras tienen tesoros de verdad que se revelan únicamente a los que los buscan en forma humilde y con oración. Dios se propuso que la Biblia fuera un libro de lecciones para toda la humanidad y una revelación de sí mismo. Cada verdad que se descubre es una nueva revelación del carácter de su Autor.

Desde las escuelas de las montañas, algunos jóvenes eran enviados a instituciones educativas en Francia o Italia, donde había un campo más amplio de estudios y observación que el de sus Alpes nativos. Los jóvenes enviados se veían expuestos a la tentación. Se encontraban con los agentes de Satanás que los instigaban con sutiles herejías y peligrosos engaños; pero su educación desde la niñez los preparaba para hacer frente a estos peligros.

En las escuelas adonde eran enviados no debían tener confidentes. Sus ropas eran preparadas de tal manera que podían esconder su gran tesoro: las Escrituras. Dondequiera que podían hacerlo, con mucho cuidado colocaban algunas porciones de estas al alcance de aquellos que parecían tener un corazón más receptivo a la verdad. En estas instituciones educativas ganaban conversos para la verdadera fe, y frecuentemente sus principios se dejaban sentir en toda la escuela. Sin embargo, los dirigentes papales no podían descubrir el origen de la así llamada "herejía" corruptora.

Jóvenes educados como misioneros

Los cristianos valdenses sentían la solemne responsabilidad de permitir que su luz brillara. Por el poder de la Palabra de Dios, trataban de quebrantar la esclavitud que Roma había impuesto. Los pastores valdenses debían servir tres años en algún campo misionero antes de hacerse cargo de una iglesia en su tierra natal: una iniciación adecuada para la vida pastoral en tiempos que constituían una prueba para el alma de los seres humanos. Los jóvenes veían delante de ellos no la riqueza

y la gloria terrenal, sino el trabajo arduo, el peligro y la posibilidad del martirio. Los misioneros salían de dos en dos, como Jesús solía enviar a sus discípulos.

Dar a conocer la misión que llevaban habría asegurado su derrota. Todo ministro poseía un conocimiento de algún oficio o profesión, y los misioneros proseguían su trabajo bajo el manto de una vocación secular, habitualmente la de comerciante. “Llevaban sedas, joyas y otros artículos, [...] y eran bienvenidos como comerciantes en lugares donde habrían sido despreciados como misioneros”.² Llevaban secretamente ejemplares de la Biblia, parciales o completos. A menudo se despertaba en algunos el interés de leer la Palabra de Dios, y ellos dejaban una porción de ella a los que la deseaban.

Descalzos y con una indumentaria tosca y gastada por el viaje, estos misioneros pasaban por las grandes ciudades y penetraban en tierras distantes. A su paso surgían iglesias, y la sangre de los mártires testificaba de la verdad. En forma oculta y silenciosa, la Palabra de Dios hallaba una alegre recepción en los hogares y el corazón de las personas.

Los valdenses creían que el fin de todas las cosas no estaba muy distante. Al estudiar la Biblia, resultaban profundamente impresionados por su deber de dar a conocer a otros sus verdades salvíficas. Hallaban consuelo, esperanza y paz por medio de su fe en Jesús. A medida que la luz les alegraba el corazón, anhelaban reflejar sus rayos sobre los que estaban en las tinieblas del error papal.

Bajo la dirección del Papa y los sacerdotes, se enseñaba a las multitudes a confiar en sus buenas obras para salvarse. Las personas siempre se miraban a sí mismas, su mente se espaciaba en su condición pecaminosa y, aunque afligían el alma y el cuerpo, no encontraban alivio. Millares pasaron su vida en celdas de conventos. Mediante repetidos ayunos y flagelaciones, observando vigiliias de medianoche, postrándose sobre piedras frías y húmedas, y con largas peregrinaciones –atormentados por el temor de la ira vengadora de Dios–, muchos continuaban sufriendo hasta que su naturaleza física, exhausta, cedía. Sin un rayo de esperanza, terminaban en la tumba.

Cristo, la esperanza del pecador

Los valdenses anhelaban mostrarles a estas personas los mensajes de paz que se hallaban en las promesas de Dios y señalarles a Cristo como su única esperanza de salvación. Consideraban que la doctrina de que las buenas obras pueden proporcionar el perdón del pecado estaba basada en la falsedad. Los méritos de un Salvador crucificado y resucitado son el fundamento de la fe cristiana. La dependencia del alma de Cristo debe ser tan íntima como la de un miembro con el cuerpo, o la de la rama con la vid.

Las enseñanzas de los papas y los sacerdotes habían inducido a las personas a considerar a Dios, y aun a Cristo, severo e intimidante, tan desprovisto de simpatía hacia el ser humano que se necesitaba invocar la mediación de los sacerdotes y

² Wylie, lib. 1, cap. 7.

los santos. Pero, aquellos cuya mente había sido iluminada anhelaban eliminar las obstrucciones que Satanás había acumulado, para que las personas fueran directamente a Dios, confesaran sus pecados, y obtuvieran el perdón y la paz.

Invadiendo el reino de Satanás

Con cautela, los misioneros valdenses presentaban las porciones cuidadosamente escritas de las Santas Escrituras. La luz de la verdad entró en muchas mentes entenebrecidas hasta que el Sol de Justicia brilló en el corazón trayendo en sus rayos salud. A menudo los oyentes deseaban que se repitiera una porción de las Escrituras, como para asegurarse ellos mismos de que habían escuchado correctamente.

Muchos veían cuán vana es la mediación de los seres humanos en favor del pecador. Exclamaban con gozo: "Cristo es mi Sacerdote; su sangre es mi sacrificio; su altar es mi confesionario". Tan grande era la profusión de luz que sobre ellos se derramaba que se sentían como transportados al Cielo. Todo miedo a la muerte se desvanecía. Ahora podían anhelar la prisión, si de esta manera podían honrar a su Redentor.

La Palabra de Dios era llevada a lugares secretos y leída, a veces, a una sola persona, y a veces a un pequeño grupo que anhelaba la luz. A menudo toda la noche transcurría de esta manera. Con frecuencia se pronunciaban palabras como estas: "¿Aceptará Dios mi ofrenda? ¿Me sonreirá? ¿Me perdonará?" La respuesta que se leía era: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso" (S. Mateo 11:28).

Felices, las almas regresaban a sus hogares para difundir la luz, para repetir a otros, lo mejor que podían, su nueva experiencia. ¡Habían hallado el verdadero camino viviente! Las Escrituras hablaban al corazón de los que anhelaban la verdad.

El mensajero de la verdad proseguía su camino. En muchos casos, sus oyentes no preguntaban de dónde había venido ni a dónde iba. Habían experimentado tanto gozo que ni se les había ocurrido averiguarlo. "¿Podría haber sido un ángel del Cielo?", se preguntaban ellos.

En muchos casos, el mensajero de la verdad se había dirigido a otras tierras o estaba desgastando su vida en alguna mazmorra, o quizá sus huesos se estaban blanqueando donde había muerto dando testimonio de la verdad. Pero las palabras que había dejado atrás estaban realizando su tarea.

Los dirigentes papales vieron el peligro que implicaban los trabajos de estos humildes itinerantes. La luz de la verdad disiparía las densas nubes del error que envolvían a la gente; dirigiría la mente únicamente a Dios, y en última instancia destruiría la supremacía de Roma.

Estas personas, al sostener la fe de la iglesia antigua, eran un testimonio constante de la apostasía de Roma; por tanto, excitaban el odio y la persecución. Su negativa a abandonar las Escrituras era una ofensa que Roma no podía tolerar.

Entonces, comenzaron las más terribles cruzadas contra el pueblo de Dios refugiado en sus hogares montañosos. Se enviaron inquisidores para que les siguieran el rastro. Una y otra vez arrasaron sus fértiles tierras y destruyeron sus casas

y capillas. Nadie podía formular acusación alguna contra el carácter moral de este pueblo desterrado. Su gran ofensa era que no adoraban a Dios de acuerdo con la voluntad del Papa. Por este “delito” se usaba contra ellos todo tipo de insultos y torturas que los seres humanos y los demonios podían inventar.

Cuando Roma se propuso exterminar a la odiada secta, el Papa proclamó una bula [un edicto] condenándolos como herejes y entregándolos a la matanza. No se los acusaba de holgazanes, ni de deshonestos ni de desordenados; se declaraba que tenían una apariencia de piedad y santidad que seducía a “las ovejas del verdadero rebaño”. Esta bula llamaba a todos los miembros de la iglesia a unirse a la cruzada contra los herejes. Como incentivo, “a todos los que se unían a la cruzada, [la bula] los liberaba de cualquier juramento que hubiesen hecho, legitimaba sus títulos a cualquier propiedad que hubieran adquirido ilegalmente y prometía la remisión de todos sus pecados a todo el que matara a algún hereje. Anulaba todos los contratos hechos en favor de los valdenses, prohibía a todas las personas que les dieran cualquier clase de auxilio y las autorizaba a tomar posesión de sus propiedades”.³ Este documento revela claramente el rugido del dragón y no la voz de Cristo. El mismo espíritu que crucificó a Cristo, que martirizó a los apóstoles y que movió al sanguinario Nerón a sacrificar a los fieles de su tiempo estaba en acción para eliminar de la Tierra a aquellos a quienes Dios amaba.

Pese a las cruzadas contra ellos y a la inhumana matanza a la que fue sometido, este pueblo temeroso de Dios continuó enviando misioneros para difundir la preciosa verdad. Se los perseguía para darles muerte y, sin embargo, su sangre regaba la semilla sembrada y producía fruto.

Así, los valdenses dieron testimonio en favor de Dios siglos antes de que apareciera Lutero. Plantaron la semilla de la Reforma que empezó en los días de Wiclef, se desarrolló y se afirmó en los días de Lutero, y avanzará hasta el fin del tiempo.

³Wylie, lib. 16, cap. 1.

La luz emerge en Inglaterra

Dios no había permitido que su Palabra fuera totalmente destruida. En diferentes países de Europa, hubo personas que fueron movidas por el Espíritu de Dios a buscar la verdad como si trataran de encontrar tesoros escondidos. Guiados providencialmente a las Sagradas Escrituras, estuvieron dispuestos a aceptar la luz a cualquier costo. Aunque no veían todas las cosas claramente, pudieron percibir muchas de las verdades por largo tiempo sepultadas.

Había llegado el tiempo en que las Escrituras le fueran dadas a la gente en su idioma nativo. El mundo había pasado su medianoche. En muchos países aparecían señales del amanecer que se aproximaba.

En el siglo XIV se levantó en Inglaterra “el lucero de la Reforma”. Juan Wiclef se destacaba en la universidad por su ferviente piedad, así como por su sana erudición. Educado en la filosofía escolástica, en los cánones de la iglesia y en la ley civil, estaba preparado para empeñarse en la gran lucha en favor de la libertad civil y religiosa. Había adquirido la disciplina intelectual de las escuelas y entendía las tácticas de los hombres instruidos. El carácter extenso y completo de su conocimiento le hizo ganarse el respeto tanto de amigos como de enemigos. Sus adversarios se veían en la imposibilidad de burlarse de la causa de la reforma, porque no podían encontrar ignorancia o debilidad en quien la sostenía.

Mientras Wiclef todavía estaba en la universidad, inició el estudio de las Escrituras. Hasta entonces había sentido una gran necesidad que ni sus estudios escolásticos ni la enseñanza de la iglesia pudieron satisfacer. En la Palabra de Dios encontró aquello que en vano había buscado en otros conocimientos. Allí vio a Cristo presentado como el único Intercesor en favor del ser humano, y se propuso proclamar las verdades que había descubierto.

Al principio, Wiclef no se levantó en oposición a Roma. Pero, cuanto más claramente comprendía los errores del papado, más fervorosamente presentaba las enseñanzas de la Biblia. Vio que Roma había abandonado la Palabra de Dios para reemplazarla por la tradición humana. Valientemente acusó a los sacerdotes de haber ocultado las Escrituras y exigió que la Biblia le fuera restaurada al pueblo y que su autoridad fuera restablecida en la iglesia. Era un predicador capaz y elocuente, y su vida diaria era una demostración de las verdades que predicaba. Su conocimiento de las Escrituras, la pureza de su vida y su valor e integridad ganaron la estima general. Muchos veían la iniquidad de la Iglesia Romana, y saludaron con alegría no disimulada las verdades presentadas por Wiclef. Pero los

dirigentes papales se llenaron de ira; el reformador estaba logrando una influencia mayor que la de ellos.

Un hábil detector del error

Wiclef se daba cuenta fácilmente del error, y con valor atacó los abusos aprobados por Roma. Cuando era capellán del rey, asumió una posición valiente en contra del pago del tributo reclamado por el Papa al monarca inglés. La pretensión del Papa de que tenía autoridad sobre los gobernantes seculares era contraria tanto a la razón como a la Revelación. La demanda del Papa había levantado indignación, y las enseñanzas de Wiclef ejercían su influencia sobre los pensadores más destacados de la nación. El rey y los nobles se unieron para rehusar el pago de este tributo.

Los frailes mendicantes pululaban en Inglaterra y atentaban contra la grandeza y la prosperidad de la nación. La vida de los monjes, ociosa y dependiente de las limosnas, era no solamente una pérdida para los recursos del pueblo, sino también hacía que el trabajo útil se mirara con desprecio. Por el ejemplo de ellos, los jóvenes se desmoralizaban y corrompían. Muchos eran inducidos a dedicarse a la vida monástica no solo sin el consentimiento de sus padres, sino aun sin su conocimiento y hasta en contra de sus órdenes. Debido a esta “monstruosa inhumanidad”, como Lutero la denominó más tarde, y “participando más del espíritu del lobo y del tirano que del espíritu de un cristiano y de un ser humano”, el corazón de los hijos se endurecía contra sus padres.¹

Aun los estudiantes de las universidades eran engañados por los monjes y seducidos para unirse a sus órdenes. Y, una vez apresados en la trampa, les resultaba imposible obtener libertad. Muchos padres rehusaban mandar a sus hijos a las universidades; las escuelas decayeron, y prevalecía la ignorancia.

El Papa les había concedido a estos monjes la facultad de escuchar confesiones y otorgar perdón, lo cual era una fuente de muchos males. Enfrascados en aumentar sus ganancias, los frailes estaban tan listos a conceder la absolución que los criminales recurrían a ellos, y los peores vicios aumentaban rápidamente. Los donativos que podrían haber aliviado tanto a enfermos como a pobres se entregaban a los monjes. La riqueza de los frailes aumentaba constantemente y sus magníficos edificios y mesas bien servidas hacían más evidente la pobreza creciente de la nación. Sin embargo, los frailes continuaban manteniendo su dominio sobre las multitudes supersticiosas y les hacían pensar que todo el deber religioso se reducía a reconocer la supremacía del Papa, adorar a los santos y hacer donaciones a los monjes; y que esto era suficiente para obtener un lugar en el Cielo.

Wiclef, con claro discernimiento, atacó las raíces de la maldad, declarando que el sistema mismo estaba mal y debía ser abolido. Se estaban despertando la discusión y la investigación. Muchos se preguntaban si no debían pedir perdón a Dios en vez de al pontífice de Roma. “Los monjes y los sacerdotes de Roma –decían

¹Barnas Sears, *The Life of Luther* [La vida de Lutero], pp. 70, 69.

ellos— nos están carcomiendo como un cáncer. Dios debe librarnos o el pueblo perecerá”.² Los monjes mendicantes decían estar siguiendo el ejemplo del Salvador, y declaraban que Jesús y sus discípulos habían sido sostenidos por la caridad del pueblo. Esta pretensión inducía a muchos a ir a la Biblia para descubrir la verdad por sí mismos.

Wiclef comenzó a escribir y a publicar folletos contra los frailes, para llamar la atención del pueblo a las enseñanzas de la Biblia y a su Autor. Él no podría haber elegido una forma más eficaz de derribar esa estructura gigantesca que el Papa había levantado, y en la que muchos estaban cautivos.

Wiclef, llamado a defender los derechos de la corona inglesa contra los abusos de Roma, fue nombrado embajador real en los Países Bajos. Aquí se puso en contacto con eclesiásticos de Francia, Italia y España, y tuvo oportunidad de observar las escenas que le estaban ocultas en Inglaterra. En estos representantes de la corte papal entendió plenamente el verdadero carácter de la jerarquía. Regresó a Inglaterra para repetir sus anteriores enseñanzas con mayor fervor, declarando que el orgullo y el engaño eran los dioses de Roma.

Después de que Wiclef regresara a Inglaterra, el rey lo nombró rector de Lutterworth. Esta era la confirmación de que al monarca no le desagradaba su manera directa de hablar. La influencia de Wiclef empezó a amoldar la creencia de la nación.

Pronto el papado lanzó sus truenos contra él. Se enviaron tres bulas en las que se ordenaba que se tomaran inmediatas medidas para silenciar al maestro de “herejías”.³

La llegada de las bulas papales le impuso a Inglaterra la orden de apresar al hereje. Parecía seguro que Wiclef pronto caería ante el espíritu de venganza de Roma. Pero aquel que había dicho antaño: “No temas [...]. Yo soy tu escudo” (Génesis 15:1) extendió su brazo para proteger a su siervo. La muerte sobrevino, no al reformador, sino al pontífice que había decretado su destrucción.

La muerte de Gregorio XI fue seguida por la elección de dos papas rivales. Cada uno de ellos exigía a los fieles que hicieran guerra contra el otro, y reforzaba sus demandas con terribles anatemas en contra de sus adversarios, y promesas de recompensa en los Cielos para sus partidarios. Los bandos rivales estaban ocupados en atacarse mutuamente, y el reformador tuvo descanso por un tiempo.

El cisma, con toda la lucha y la corrupción que produjo, preparó el camino para la Reforma, y le permitió a la gente ver lo que era realmente el papado. Wiclef llamó a la gente a considerar si estos dos papas no estaban diciendo la verdad al condenarse uno al otro como el anticristo.

Determinado a que la luz fuera llevada a todas partes de Inglaterra, Wiclef organizó un cuerpo de predicadores: hombres sencillos, devotos, que amaban la verdad y deseaban propagarla. Estos, al enseñar en los mercados, en las calles de las grandes ciudades y en los caminos del campo, buscaban a los ancianos, a los enfermos y a los pobres, y les presentaban las buenas noticias de la gracia de Dios.

² D'Aubigné, lib. 17, cap. 7.

³ Augustus Neander, *General History of the Christian Religion and Church* [Historia general de la religión cristiana y la iglesia], período 6, sec. 2, parte 1, párr. 8.

En Oxford, Wiclef predicó la Palabra de Dios en las aulas de la universidad. Recibió el título de “el doctor evangélico”. Pero la obra mayor de su vida fue la traducción de las Escrituras al inglés, de manera que toda persona de Inglaterra pudiera leer las maravillosas obras de Dios.

Atacado por una peligrosa enfermedad

Pero, repentinamente su obra se detuvo. Aunque no tenía todavía sesenta años de edad, el trabajo arduo e incesante, el estudio y los ataques de los enemigos lo habían debilitado y envejecido prematuramente. Fue atacado por una enfermedad peligrosa. Los frailes pensaban que se arrepentiría del mal que había hecho a la iglesia y rápidamente fueron a su casa, listos para escuchar su confesión. “Tienes la muerte en tus labios –le dijeron–; arrepiéntete de tus faltas, y retráctate en nuestra presencia de todo lo que has dicho contra nosotros”.

El reformador escuchó en silencio. Entonces le pidió a su criado que lo ayudara a incorporarse en su cama. Observando fijamente a los frailes, dijo con voz firme y fuerte, voz que a menudo los había hecho temblar: “No voy a morir, sino que viviré; y volveré a denunciar las maquinaciones de los frailes”.⁴ Sorprendidos y desconcertados, los monjes se apresuraron a salir de la habitación.

Wiclef vivió para colocar en manos de sus conciudadanos el arma más poderosa que existía contra Roma: la Biblia, el agente señalado por el Cielo para liberar, iluminar y evangelizar al pueblo. Él sabía que tenía solo unos pocos años para trabajar; vio la oposición a la que debía hacer frente, pero, animado por las promesas de la Palabra de Dios, avanzó. Con el pleno vigor de sus facultades intelectuales, con una experiencia rica, había sido preparado por las providencias de Dios para esta, la mayor de sus obras. En la rectoría de Lutterworth, sin prestar atención a la tormenta que rugía afuera, se dedicó a su tarea predilecta.

Por fin la obra fue completada: la primera traducción de la Biblia al inglés. El reformador había colocado en las manos del pueblo inglés una luz que nunca se apagaría. Había hecho más para quebrantar las cadenas de la ignorancia y para liberar y elevar a su país que lo que jamás se haya hecho por victorias logradas sobre el campo de batalla.

Únicamente por medio de un trabajo arduo y difícil se podían hacer copias de la Biblia. Tan grande era el interés por obtener el libro que los copistas apenas si podían satisfacer la demanda. Compradores adinerados querían tener la Biblia entera. Otros compraban solo una porción. En muchos casos, varias familias se unían para comprar un ejemplar. La Biblia de Wiclef no tardó en llegar a los hogares de la gente.

Wiclef ahora enseñaba las doctrinas distintivas del protestantismo: la salvación por la fe en Cristo y la infalibilidad únicamente de las Escrituras. La nueva fe fue aceptada casi por la mitad del pueblo de Inglaterra.

La aparición de las Escrituras produjo consternación en las autoridades de la iglesia. No había en ese tiempo ninguna ley en Inglaterra que prohibiera la Biblia,

⁴ D'Aubigne, lib. 17, cap. 7.

porque nunca antes había sido publicada en el idioma del pueblo. Esas leyes se sancionaron más tarde y se pusieron en vigencia con todo rigor.

De nuevo, los dirigentes papales se complotaron para silenciar la voz del reformador. Primero, un sínodo de obispos declaró que sus escritos eran heréticos. Luego, al lograr que el joven rey Ricardo II se pusiera de su parte, pronto obtuvieron un decreto real que condenaba al encarcelamiento a todos los que sostuvieran las doctrinas prohibidas.

Wiclef apeló del sínodo al Parlamento. Valientemente acusó a la jerarquía eclesiástica ante la autoridad nacional, y exigió la reforma de los enormes abusos promovidos por la iglesia. Sus enemigos quedaron confundidos. Se esperaba que el reformador, ya anciano, solo y sin amigos, se inclinara ante la autoridad de la Corona. En lugar de ello, el Parlamento, impulsado por la notable apelación de Wiclef, rechazó el edicto de persecución y el reformador se halló de nuevo en libertad.

Pero, una vez más fue llevado a juicio, y en este caso ante el tribunal eclesiástico supremo del reino. Allí, finalmente, la obra del reformador tendría que detenerse, pensaban los papistas. Si lograban su propósito, Wiclef saldría de este lugar solo para ir a la hoguera.

Wiclef se niega a retractarse

Pero Wiclef no se retractó. Valientemente mantuvo sus enseñanzas y repelió las acusaciones de sus perseguidores. Llevó a sus oyentes ante el tribunal divino, y pesó sus falsos argumentos y sus engaños en la balanza de la verdad eterna. El poder del Espíritu Santo se hizo sentir sobre los oyentes. Como flechas de Dios, las palabras del reformador les atravesaron el corazón. El cargo de herejía, con el que lo acusaban, ahora él se lo arrojaba a sus acusadores.

“¿Contra quién piensan ustedes que están luchando? –dijo–. ¿Contra un anciano que está al borde de la tumba? ¡No! Contra la verdad: la verdad que es más poderosa que ustedes y los vencerá”.⁵ Luego de decir esto se retiró, y ninguno de sus adversarios intentó impedirlo.

La obra de Wiclef estaba casi terminada, pero una vez más tendría que presentar su testimonio en favor del evangelio. Fue citado a juicio ante el tribunal papal de Roma, que tan a menudo había derramado la sangre de los santos; pero un ataque de parálisis le hizo imposible realizar el viaje. No obstante, aun cuando su voz no podía oírse en Roma, podía hablar por carta. El reformador envió al Papa un escrito que, aunque respetuoso y de espíritu cristiano, era un agudo reproche al lujo y el orgullo de la sede papal.

De esta forma presentó ante el Papa y sus cardenales la mansedumbre y la humildad de Cristo: exhibió, no solamente ante ellos, sino ante toda la cristiandad, el contraste entre ellos y el Maestro, cuyos representantes pretendían ser.

Wiclef tenía la plena convicción de que su fidelidad le costaría la vida. El rey, el Papa y los obispos estaban unidos para causarle la ruina, y parecía seguro que en solo unos meses iría a la hoguera. Pero su valentía estaba intacta.

⁵ Wylie, lib. 2, cap. 13.

El hombre que durante toda su vida había permanecido valientemente firme en defensa de la verdad no iba a caer víctima del odio de sus adversarios. El Señor había sido su protector; y ahora, cuando sus enemigos se sentían seguros de su presa, la mano de Dios impidió que lo atraparan. En su iglesia, en Lutterworth, cuando estaba por impartir la comunión, cayó herido por un ataque de parálisis, y después de un corto tiempo, falleció.

Precursor de una nueva era

Dios había puesto la palabra de verdad en la boca de Wiclef. Su vida fue protegida; y sus labores, prolongadas, hasta que se hubo colocado el fundamento para la Reforma. No hubo ninguna persona anterior a él cuya obra sirviera de molde para su sistema de reforma. Fue el precursor de una nueva era. Al mismo tiempo, la verdad que había presentado era tan plena y completa que los reformadores que lo siguieron no pudieron superarla, y algunos ni siquiera la alcanzaron. Tan firme y segura era la estructura que no necesitaba ser reconstruida por los que vinieran después de él.

El gran movimiento que Wiclef inauguró, para liberar a las naciones de tanto tiempo de esclavitud por parte de Roma, tenía su fundamento en la Biblia. Esta era la fuente del manantial de bendiciones que ha fluído a través de los tiempos desde el siglo XIV. Educado para considerar a Roma como la autoridad infalible y para aceptar con incuestionable reverencia las enseñanzas y las costumbres de mil años, Wiclef abandonó todas estas cosas para escuchar la santa Palabra de Dios. Declaró que la única verdadera autoridad era la voz de Dios que habla por medio de su Palabra, en lugar de la iglesia que habla por medio del Papa; y enseñó que el Espíritu Santo es el intérprete de la Palabra.

Este hombre fue uno de los más grandes reformadores, igualado por pocos de los que vinieron después de él. La pureza de vida, el infatigable esfuerzo en el estudio y el trabajo, la integridad incorruptible y el amor cristiano caracterizaron al primero de los reformadores.

Fue la Biblia la que hizo de él lo que fue. El estudio de la Biblia ennoblecerá todo pensamiento, sentimiento y aspiración como ningún otro medio puede hacerlo. Da estabilidad de propósitos, valor y fortaleza. El estudio ferviente y reverente de las Escrituras daría al mundo seres humanos de tremenda capacidad intelectual, al igual que principios más nobles, mayores de los que jamás haya producido la mejor instrucción que pueda otorgar la filosofía humana.

Los seguidores de Wiclef, conocidos como wiclefitas y lolardos, se extendieron a otros países llevando el evangelio. Después de que su líder murió, los predicadores trabajaron con un celo aún mayor que antes. Multitudes concurrían a escucharlos. Algunos miembros de la nobleza, y aun la esposa del rey, estuvieron entre sus conversos. En muchos países, los símbolos idolátricos del romanismo fueron quitados de las iglesias.

Pero pronto estalló una persecución despiadada contra los que se habían atrevido a aceptar la Biblia como su guía. Por primera vez en la historia de Inglaterra,

se decretó la hoguera para los discípulos del evangelio. Un martirio sucedía a otro. Perseguidos por ser adversarios de la iglesia y traidores de la fe, los defensores de la verdad continuaron predicando en lugares secretos, mientras hallaban refugio en los hogares humildes de los pobres, y a menudo se escondían en cuevas y cavernas.

Por siglos, continuó manifestándose una protesta tranquila y paciente contra la corrupción de la fe religiosa. Los cristianos de esos tiempos antiguos habían aprendido a amar la Palabra de Dios, y sufrieron pacientemente por su causa. Muchos sacrificaron sus posesiones mundanas por Jesús. Aquellos a quienes se les permitía habitar en sus hogares, alegremente, alojaban a sus hermanos desterrados, y cuando ellos también eran desalojados aceptaban con alegría el destino de los perseguidos. No fue pequeño el número de los que dieron un valiente testimonio de la verdad en los calabozos y en medio de las torturas y las llamas, regocijándose en ser contados por dignos de participar “en sus sufrimientos” (Filipenses 3:10).

El odio de los partidarios del papado no pudo quedar satisfecho mientras el cuerpo de Wiclef descansara en la tumba. Más de cuarenta años después de su muerte, sus huesos fueron exhumados y quemados públicamente, y las cenizas fueron arrojadas a un arroyo vecino. “Este arroyo –dijo un antiguo escritor– llevó sus cenizas hasta el río Avón; el Avón, al Severna; el Severna, hasta los mares; y estos, al océano. Y de este modo las cenizas de Wiclef son un emblema de su doctrina que ahora está dispersa por el mundo entero”.⁶

Por medio de los escritos de Wiclef, Juan Hus de Bohemia fue inducido a rechazar muchos de los errores del romanismo. De Bohemia, la obra se extendió a otros países. Una mano divina estaba preparando el camino para la gran Reforma.

⁶T. Fuller, *Church History of Britain* [Historia de la iglesia en Inglaterra], lib. 4, sec. 2, párr. 54.

Dos héroes enfrentan la muerte

En Bohemia, la Biblia había sido traducida ya por el siglo IX, y el culto público se realizaba en el idioma del pueblo. Pero Gregorio VII estaba decidido a esclavizar al pueblo, y se proclamó una bula que prohibía el culto público en idioma bohemio. El Papa declaró que “place al Omnipotente que su culto se celebre en un lenguaje desconocido”.¹ Pero el Cielo había provisto medios para la preservación de la iglesia. Muchos valdenses y albigenses, acosados por la persecución, llegaron hasta Bohemia y trabajaron diligentemente en secreto. Así se preservó la verdadera fe.

Antes de los días de Hus, había en Bohemia hombres que condenaban la corrupción de la iglesia. Pero el clero comenzó a temer, y se inició la persecución contra el evangelio. Después de un tiempo, se decretó que todos los que se apartaran del culto romano fueran quemados. Pero los cristianos tenían la esperanza de que su causa triunfaría. Uno de ellos pronunció al morir: “Se levantará uno de entre la gente común, sin espada ni autoridad, y contra él no podrán prevalecer”.² Ya había uno que estaba levantándose, cuyo testimonio contra Roma conmovería a las naciones.

Juan Hus había nacido en un hogar humilde y quedado huérfano a temprana edad por la muerte de su padre. Su piadosa madre, considerando que la educación y el temor de Dios eran las posesiones más valiosas, trató de proveerle esta herencia a su hijo. Hus estudió en la escuela provincial, y luego, por caridad, fue admitido en la Universidad de Praga.

En la Universidad, Hus pronto se distinguió por sus rápidos progresos. Su conducta bondadosa y amable hizo que todos lo apreciaran. Era un creyente sincero de la Iglesia Romana y un fervoroso buscador de las bendiciones espirituales que ella afirmaba otorgar. Después de completar su curso universitario, ingresó al sacerdocio. Se destacó rápidamente, y pronto llegó a formar parte de la corte del rey. Fue nombrado profesor y luego rector de la Universidad. El humilde alumno que fuera admitido por caridad había llegado a ser el orgullo de su país, y su nombre era famoso en toda Europa.

Jerónimo, que más tarde llegó a asociarse con Hus, había traído consigo de Inglaterra las Escrituras de Wiclef. La reina de Inglaterra, quien se había convertido a las enseñanzas de Wiclef, era una princesa bohemio. Por medio de su influencia, las obras del reformador circularon ampliamente en su Bohemia natal. Hus miraba

¹Wylie, lib. 3, cap. 1.

²*Ibid.*, lib. 3, cap. 1.

con buenos ojos las reformas propiciadas. Aunque él no lo sabía, ya había entrado en una senda que lo llevaría muy lejos de Roma.

Dos cuadros impresionan a Hus

Por esta época, dos desconocidos de Inglaterra, hombres instruidos, habían recibido la luz y habían venido a difundirla en Praga. Pronto se los obligó a guardar silencio, pero ellos no estaban dispuestos a abandonar su propósito, y recurrieron a otros medios. Como eran pintores además de predicadores, dibujaron dos cuadros en un lugar abierto al público. Uno representaba la entrada de Cristo en Jerusalén, “humilde y montado en un burro” (S. Mateo 21:5), y seguido por sus discípulos, vestidos con indumentaria gastada por los viajes y descalzos. El otro cuadro representaba una procesión pontificia: el Papa, con ricas vestimentas y una triple corona, montado sobre un caballo magníficamente adornado, precedido por trompetas y seguido por cardenales y prelados en un despliegue deslumbrante.

Las multitudes venían a observar los cuadros. Ninguno podía dejar de ver la moraleja. Se produjo gran conmoción en Praga, y los extranjeros vieron que era necesario partir de allí. Pero los cuadros dejaron una profunda impresión en Hus y lo indujeron a un estudio más profundo de la Biblia y de los escritos de Wiclef.

Aunque todavía no estaba preparado para aceptar todas las reformas propiciadas por Wiclef, vio el verdadero carácter del papado, y denunció el orgullo, la ambición y la corrupción del clero.

Praga puesta bajo interdicto

Las noticias llegaron a Roma, y Hus fue citado para presentarse ante el Papa. Obedecer significaría una muerte segura. El rey y la reina de Bohemia, la Universidad, miembros de la nobleza y altos funcionarios del Gobierno se unieron para pedir al pontífice que se le permitiera a Hus permanecer en Praga y responder mediante un enviado. En lugar de esto, el Papa procedió al juicio y la condena de Hus, y declaró que la ciudad de Praga estaba bajo interdicto [censura eclesiástica].

En aquella época, esta sentencia producía alarma. El pueblo consideraba al Papa como el representante de Dios, que tenía las llaves del Cielo y del infierno, y que poseía el poder para invocar juicios. Se creía que hasta que el Papa no quitara el interdicto los muertos estaban excluidos de las moradas celestiales. Todos los servicios religiosos quedaban suspendidos. Las iglesias se cerraban. Los matrimonios se celebraban en los cementerios adyacentes a las iglesias. Los muertos eran enterrados sin ceremonias en zanjas o en el campo.

Praga se llenó de disturbios. Muchos denunciaban a Hus y demandaban que fuera entregado a Roma. Para calmar la tormenta, el reformador se retiró por un tiempo a su aldea nativa; pero no cesó en sus labores, sino que viajó por el campo predicando a multitudes que escuchaban de buena gana. Cuando la efervescencia de Praga se apaciguó, Hus regresó para continuar predicando la Palabra de Dios. Sus enemigos eran poderosos, pero la reina y muchos nobles eran sus amigos; y el

pueblo, en gran número, estaba con él.

Hus había trabajado solo; pero ahora Jerónimo se unió a la Reforma. A partir de allí unieron fuerzas, y ni la muerte habría de separarlos. Hus se destacaba en las cualidades que constituyen la verdadera fuerza de carácter. Jerónimo, con verdadera humildad, percibía los valores de Hus y seguía sus consejos. Mediante los esfuerzos unidos de ambos, la Reforma se extendió rápidamente.

Dios permitió que brillara abundante luz en la mente de estos hombres escogidos, y les reveló muchos de los errores de Roma, pero ellos no recibieron toda la luz que debía ser dada al mundo. Dios estaba sacando al pueblo de las tinieblas del romanismo, y lo dirigía paso a paso, conforme podían sobrellevarlo. Como la plena gloria del sol del mediodía para los que han estado por largo tiempo morando en la oscuridad, toda la luz junta los habría hecho retroceder. Por lo tanto, Dios la reveló poco a poco, a medida que el pueblo era capaz de recibirla.

El cisma de la iglesia continuó. Ahora tres papas competían por la supremacía, y esto produjo gran inquietud en la cristiandad. No contentos con lanzarse anatemas entre sí, cada uno trataba de comprar armas y reclutar soldados. Para ello, había que tener dinero, y para conseguirlo se ofrecían a la venta las dádivas, los oficios y las bendiciones de la iglesia.

Con creciente valentía, Hus protestaba enérgicamente contra las abominaciones toleradas en nombre de la religión. El pueblo acusaba abiertamente a Roma como la causa de las miserias que agobiaban al cristianismo.

De nuevo, Praga se vio al borde de un conflicto sangriento. Como en los tiempos pasados, el siervo de Dios fue acusado de estar “creando problemas a Israel” (1 Reyes 18:17). La ciudad de nuevo fue puesta bajo interdicto, y Hus se retiró otra vez a su aldea nativa; pero iba a hablar desde un escenario mayor a toda la cristiandad, antes de dar su vida como un testigo de la verdad.

Se reunió un concilio general que debía sesionar en Constanza [al suroeste de Alemania], convocado de acuerdo con el deseo del emperador Segismundo por uno de los tres papas rivales, Juan XXIII. El papa Juan, cuyos carácter y conducta no soportaban la investigación, no se atrevió a oponerse a la voluntad de Segismundo. Los principales objetivos que se buscaban era solucionar el cisma de la iglesia y desterrar la “herejía”. Los otros dos antipapas fueron citados para presentarse, y también se requirió la presencia de Juan Hus. Los dos antipapas fueron representados por sus delegados. El papa Juan asistió con mucho recelo, temiendo que se le pidiera cuenta de los vicios con que había corrompido la tiara y de los crímenes por medio de los cuales la había conseguido. Sin embargo, hizo su aparición en la ciudad de Constanza con gran pompa, asistido por eclesiásticos y una comitiva de cortesanos. Por encima de su cabeza había un palio [dosel] de oro, sostenido por cuatro de los principales magistrados. Se llevaba delante de él la hostia, y las suntuosas vestiduras de los cardenales y de los nobles constituían una imponente ostentación.

Mientras tanto, otro viajero se acercaba a Constanza. Hus dejó a sus amigos como si nunca iría a encontrarse de nuevo con ellos, ya que sentía que su viaje lo conducía a la hoguera. Había obtenido un salvoconducto del rey de Bohemia y

otro del emperador Segismundo; pero hizo todos sus arreglos teniendo en mente la probabilidad de su muerte.

El salvoconducto del rey

En una carta a sus amigos, les decía: “Hermanos míos, [...] parto con un salvoconducto del rey para hacer frente a mis numerosos y mortales enemigos. [...] Cristo Jesús sufrió por sus muy amados; y por lo tanto, ¿habremos de extrañarnos de que él nos haya dejado su ejemplo? [...] Por lo tanto, amados, si mi muerte debe contribuir a su gloria, oren para que se realice rápidamente, y que él me habilite a soportar todas mis adversidades con perseverancia. [...] Oremos a Dios para que yo no suprima una sola tilde de la verdad del evangelio, con el fin de dejar a mis hermanos un ejemplo excelente para seguir”.³

En otra carta, Hus hablaba con humildad de sus propios errores, acusándose a sí mismo “de haber sentido placer al usar suntuosos ropajes y haber malgastado tiempo en ocupaciones frívolas”. Luego añadió: “Que la gloria de Dios y la salvación de las almas ocupen tu mente, y no la posesión de beneficios y propiedades. Cuida de no adornar tu casa más que tu alma; y, por encima de todo, presta atención al edificio espiritual. Sé piadoso y humilde con los pobres, y no consumas tus recursos en festines”.⁴

En Constanza, a Hus se le concedió plena libertad. Al salvoconducto del emperador se añadió una promesa personal de protección por parte del Papa. Pero violaron estas repetidas declaraciones, y después de muy corto tiempo el reformador fue arrestado por orden del Papa y los cardenales, y arrojado en un inmundo calabozo. Más tarde, fue transferido a un fuerte castillo que estaba al otro lado del Rin, y allí lo mantuvieron preso. Poco después, el Papa también fue confinado en la misma cárcel,⁵ luego de que se comprobara que era culpable de los delitos más indignos – además de asesinatos, simonía y adulterio –, “pecados que no podían ser mencionados”. Pronto fue privado de la tiara. Los antipapas también fueron depuestos, y se eligió un nuevo pontífice.

Aunque el Papa mismo era culpable de crímenes mayores que los que Hus les había atribuido a los sacerdotes, el mismo concilio que degradó al pontífice procedió a condenar al reformador. Su encarcelamiento levantó gran indignación en Bohemia. El emperador, determinado a no violar su salvoconducto, se opuso a la decisión tomada contra Hus. Pero los enemigos del reformador presentaron argumentos para probarle que “no debía cumplirse la palabra empeñada con herejes, y con personas sospechosas de herejía, aunque se les hubiera provisto de salvoconductos del emperador y los reyes”.⁶

Debilitado por la enfermedad –el húmedo calabozo le produjo una fiebre que casi terminó con su vida–, Hus fue llevado por fin ante el concilio. Encadenado,

³ Bonnechose, *The Reformer Before the Reformation* [El reformador anterior a la Reforma], t. 1, pp. 147, 148.

⁴ *Ibid.*, t. 1, pp. 148, 149.

⁵ *Ibid.*, t. 1, p. 247.

⁶ Jacques Lenfant, *History of the Council of Constance* [Historia del Concilio de Constanza], t. 1, p. 516.

compareció ante el emperador, quien había empeñado su buena fe para protegerlo. Mantuvo firmemente la verdad y expresó una solemne protesta contra las corrupciones del clero. Cuando se le pidió que eligiera entre retractarse de sus doctrinas o sufrir la muerte por medio del martirio, aceptó esto último.

La gracia de Dios lo sostuvo. Durante las semanas de sufrimiento que precedieron a su sentencia final, la paz del Cielo llenó su alma. “Escribo esta carta en mi prisión –le decía a un amigo–, y con mi mano encadenada, esperando que mañana se cumpla mi sentencia de muerte. [...] Cuando, con la ayuda de Cristo Jesús, nos encontremos de nuevo en la paz deliciosa de la vida futura, descubrirás cuán misericordioso se ha mostrado Dios hacia mí, cuán eficazmente me ha sostenido en medio de mis tentaciones y mis pruebas”.⁷

El triunfo previsto

En su calabozo, Hus previó el triunfo de la fe verdadera. En sueños, vio al Papa y a los obispos borrando los cuadros de Cristo que él había pintado en las paredes de la capilla de Praga. “Esta visión lo perturbó. Pero al día siguiente volvió a soñar, y entonces vio a muchos pintores ocupados en restaurar estos cuadros en mayor número y con colores más brillantes. [...] Los pintores, [...] rodeados por una inmensa multitud, exclamaron: ‘Ahora que vengan los papas y los obispos; ¡nunca los volverán a borrar!’” Dijo el reformador: “La imagen de Cristo nunca será borrada. Han querido destruirla, pero predicadores mucho mejores que yo la pintarán de nuevo en todos los hogares”.⁸

Por última vez, Hus fue llevado ante el concilio, una vasta y brillante asamblea: estaban el emperador, príncipes del imperio, representantes reales, cardenales, obispos, sacerdotes y una gran multitud.

Le pidieron que expresara su última decisión, y Hus declaró que se negaba a retractarse. Fijando su mirada en el monarca, que en forma tan vergonzosa había violado su palabra empeñada, declaró: “Resolví, de mi propia y libre voluntad, presentarme ante este concilio bajo la pública protección y la fe del emperador aquí presente”.⁹ El bochorno cubrió la cara de Segismundo mientras los ojos de todos se fijaban en él.

Habiéndose pronunciado la sentencia, comenzó la ceremonia de degradación. De nuevo se lo exhortó a retractarse, pero Hus replicó, volviéndose hacia el pueblo: “¿Con qué cara vería entonces los Cielos? ¿Cómo miraría yo a las multitudes de hombres a quienes les he predicado el evangelio puro? No; aprecio más su salvación que este pobre cuerpo, condenado ahora a la muerte”. Entonces le quitaron las ropas sacerdotales una por una, y cada obispo pronunciaba una maldición mientras realizaba su parte de la ceremonia. Finalmente, “colocaron sobre su cabeza una coraza (o capirote), un cono alargado de papel engrudado, que llevaba pintadas figuras de demonios, y con la palabra ‘archiereje’ bien clara al frente. Dijo Hus:

⁷ Bonnechose, t. 2, p. 67.

⁸ D'Aubigne, lib. 1, cap. 6.

⁹ Bonnechose, t. 2, p. 84.

‘Muy gozosamente usaré esta corona de vergüenza por tu causa, oh Cristo, porque por mí llevaste la corona de espinas’¹⁰

Hus muere en la hoguera

Entonces fue conducido hacia afuera. Una inmensa procesión lo siguió. Cuando todo estaba listo para encender el fuego, exhortaron una vez más al mártir a que se salvara renunciando a sus errores. “¿A qué errores renunciaré? –dijo Hus–. No me reconozco culpable de ninguno. Pongo a Dios por testigo de que todo lo que he escrito y predicado ha sido con el propósito de rescatar a las almas del pecado y la perdición; y, por lo tanto, muy gozosamente confirmaré con mi sangre la verdad que he escrito y predicado”.¹¹

Cuando se encendieron las llamas en torno a él, comenzó a cantar: “Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí”, y así continuó hasta que su voz fue silenciada para siempre. Un celoso partidario del Papa, describiendo el martirio de Hus, y el de Jerónimo, que fue realizado poco tiempo después, dijo: “Se prepararon para el fuego como si fueran a una fiesta de casamiento. No pronunciaron ningún clamor de agonía. Cuando se elevaban las llamas, comenzaron a cantar himnos; y apenas la furia de la hoguera pudo detener sus cantos”.¹²

Cuando el cuerpo de Hus se hubo consumido, arrojaron sus cenizas al Rin, y este las llevó al océano para que fueran semillas esparcidas por todos los países de la Tierra. Aun en lugares en aquel tiempo todavía desconocidos, iban a producir abundante fruto en forma de testigos de la verdad. La voz que se oyó en la sala del Concilio de Constanza despertaría ecos en todos los siglos venideros. Su ejemplo animaría a multitudes a permanecer firmes frente a la tortura y la muerte. Su ejecución exhibió ante el mundo la maligna crueldad de Roma. ¡Los enemigos de la verdad estaban promoviendo la causa que trataban de destruir!

Sin embargo, la sangre de otro testigo debía hablar de la verdad. Jerónimo había exhortado a Hus a mantener el valor y la firmeza, declarando que si cayera en peligro él se apresuraría en su ayuda. Al enterarse del apresamiento del reformador, el fiel discípulo se preparó para cumplir con su promesa. Sin un salvoconducto, se puso en marcha hacia Constanza. Al llegar, se convenció de que solamente se había expuesto a sí mismo al peligro sin la posibilidad de hacer nada por Hus. Huyó entonces, pero fue arrestado y traído de vuelta, encadenado. En su primera aparición ante el concilio, sus intentos de responder fueron apagados con gritos: “¡Tírenlo a las llamas!”¹³ Fue arrojado en un calabozo y alimentado con pan y agua. Las crueldades de su encarcelamiento le acarrearón enfermedad y amenazaron su vida; pero como sus enemigos temieron que la muerte lo librara de sus manos, lo trataron con menos severidad, aunque permaneció preso durante un año.

¹⁰ Wylie, lib. 3, cap. 7.

¹¹ *Ibid.*, lib. 3, cap. 7.

¹² *Ibid.*, lib. 3, cap. 7.

¹³ Bonnechose, t. 1, p. 234.

Jerónimo se somete al concilio

Como la violación del salvoconducto de Hus había despertado una tormenta de indignación, el concilio determinó que en lugar de quemar a Jerónimo lo obligarían a retractarse. Se le ofreció la alternativa de retractarse o morir en la hoguera. Debilitado por la enfermedad, por los rigores de la prisión y por la tortura de la ansiedad y la incertidumbre, separado de amigos y desmoralizado por la muerte de Hus, la fortaleza de Jerónimo se rindió. Se comprometió a adherir a la fe católica y aceptar la decisión del concilio al condenar a Wiclef y a Hus, exceptuando, sin embargo, las “sagradas verdades”¹⁴ que ellos habían enseñado.

Pero, en la soledad del calabozo vio claramente lo que había hecho. Pensó en el valor y la fidelidad de Hus, y reflexionó en su propio abandono de la verdad. Pensó en el Maestro divino, que por su causa había soportado la Cruz. Antes de retractarse, había hallado consuelo en la seguridad del favor de Dios, aun en medio del sufrimiento, pero ahora el remordimiento y la duda torturaban su alma. Sabía que debía retractarse de otras cosas antes de que pudiera estar en paz con Roma. El camino en el que estaba entrando podía terminar solamente en la apostasía total.

Jerónimo se arrepiente y cobra nuevo valor

Pronto, fue llevado de nuevo ante el concilio. Su sumisión no había satisfecho a los jueces. Jerónimo podía preservar su vida únicamente abandonando la verdad sin reserva alguna. Pero él ya había resuelto confesar su fe y seguir a su hermano mártir hasta las llamas.

Renunció a su primera retractación y, estando a punto de morir, solemnemente exigió la oportunidad de hacer su defensa. Los prelados insistieron en que sencillamente afirmara o negara los cargos hechos contra él. Jerónimo protestó contra una injusticia tan cruel. “Me han tenido encerrado durante 340 días en una espantosa prisión –dijo él–; ahora me traen delante de ustedes, y prestan atención a mis enemigos mortales mientras se niegan a escucharme. [...] No falten a la justicia. En cuanto a mí, soy solamente un pobre mortal; mi vida casi no tiene importancia, y cuando los exhorto a no proceder a una sentencia injusta, hablo menos en mi favor que en el de ustedes”.¹⁵

Por fin se le concedió su pedido. En presencia de sus jueces, Jerónimo se arrojó y oró para que el Espíritu divino dominara sus pensamientos, con el fin de no hablar nada en contra de la verdad o que fuera indigno de su Maestro. En aquel día se cumplió la promesa: “Cuando los arresten, no se preocupen por lo que van a decir o cómo van a decirlo. En ese momento se les dará lo que han de decir, porque no serán ustedes los que hablen, sino que el Espíritu de su Padre hablará por medio de ustedes” (S. Mateo 10:19, 20).

Por un año entero, Jerónimo había estado en un calabozo, sin poder leer o siquiera ver. Sin embargo, sus argumentos fueron presentados con tanta claridad y poder

¹⁴ *Ibíd.*, t. 2, p. 141.

¹⁵ *Ibíd.*, t. 2, pp. 146, 147.

como si no hubiera sido perturbado por la imposibilidad de estudiar. Señaló a sus oyentes la larga línea de santos hombres condenados por jueces injustos. En casi cada generación, los que trataban de elevar al pueblo de su época habían sido despreciados. Cristo mismo fue condenado como un malhechor en un tribunal injusto.

Jerónimo ahora declaró su arrepentimiento y testificó de la inocencia y la santidad del mártir Hus. “Lo conocí desde la niñez –dijo–. Era un hombre excelente, justo y santo; fue condenado pese a su inocencia. [...] Yo estoy listo para morir. No me retractaré ante los tormentos que mis enemigos y falsos testigos me han preparado. Ellos algún día tendrán que rendir cuenta de sus fraudes ante el gran Dios, a quien nadie puede engañar”.

Jerónimo continuó: “De todos los pecados que he cometido desde mi juventud, ninguno pesa tan tremendamente sobre mí y me causa tan agudo remordimiento como el que cometí en este lugar fatal cuando ratifiqué la infame sentencia pronunciada contra Wiclef, y contra el santo mártir, Juan Hus, mi maestro y mi amigo. ¡Sí! Lo confieso de todo corazón, y declaro con horror que desgraciadamente fui un cobarde cuando, aterrorizado por la muerte, condené su doctrina. Por lo tanto, suplico [...] al Dios omnipotente se digne perdonarme mis pecados, y en particular este, el más infame de todos”.

Señalando a sus jueces, dijo firmemente: “Ustedes condenaron a Wiclef y a Juan Hus. [...] Las cosas que ellos han afirmado, y que son irrefutables, yo también las pienso y las declaro, igual que ellos”.

Sus palabras fueron interrumpidas. Los prelados, temblando de rabia, gritaron: “¿Qué necesidad hay de más pruebas? ¡Hemos visto con nuestros propios ojos al más obstinado de los herejes!”

Imperturbable frente a la tempestad, Jerónimo exclamó: “¡Qué! ¿Suponen que le tengo miedo a la muerte? Me han tenido un año entero en un calabozo espantoso, más horrible que la muerte misma. [...] No puedo expresar mi asombro hacia una barbarie tan grande contra un cristiano”.¹⁶

Enviado a la prisión y a la muerte

De nuevo rugió la tormenta de furia, y Jerónimo fue arrastrado hacia la prisión. Sin embargo, había algunos que fueron profundamente impresionados por él y desearon salvarle la vida. Dignatarios lo visitaron y le aconsejaron que se sometiera al concilio. Le presentaron brillantes perspectivas como recompensa si lo hacía.

“–Pruébenme por las Sagradas Escrituras que estoy en error –dijo él–, y me retractaré”.

“–¡Las Sagradas Escrituras! –exclamó uno de los que lo tentaban–. ¿Ha de juzgarse entonces todo por ellas? ¿Quién puede entenderlas antes de que la iglesia las interprete?”

“–¿Son las tradiciones de los seres humanos más dignas de fe que el evangelio de nuestro Salvador?” –replicó Jerónimo.

¹⁶ Bonnechose, *The Reformer Before the Reformation* [El reformador anterior a la Reforma], t. 2, pp. 151, 153.

“–¡Hereje! –fue la respuesta–. Me arrepiento de haberte implorado tanto tiempo. Veo que estás dominado por el diablo”.¹⁷

Antes de mucho fue conducido al mismo lugar en el que Hus había dado su vida. Fue cantando por el camino, mientras su rostro brillaba con gozo y paz. Ya no estaba aterrizado por la muerte. Cuando el verdugo, a punto de prender la hoguera, se le acercó por detrás, el mártir exclamó: “Pon el fuego delante de mi cara. Si tuviera miedo, no estaría aquí”.

Sus últimas palabras fueron una oración: “Señor, Dios todopoderoso, ten piedad de mí, y perdóname mis pecados; pues tú sabes que siempre he amado tu verdad”.¹⁸ Las cenizas del mártir fueron recogidas y, como las de Hus, las arrojaron al Rin. Así perecieron los fieles portaantorchas de Dios.

La ejecución de Hus había encendido llamas de indignación y horror en Bohemia. La nación entera declaró que él había sido un fiel maestro de la verdad. Se acusó al concilio de asesinato. Sus doctrinas atraieron más atención que al principio, y muchos fueron inducidos a aceptar la fe reformada. El Papa y el emperador se unieron para aplastar el movimiento, y los ejércitos de Segismundo fueron despachados contra Bohemia.

Pero surgió un libertador. Ziska, uno de los generales más capaces de su época, fue el líder de los bohemios. Confiando en la ayuda de Dios, ese pueblo hizo frente a los ejércitos más poderosos que pudieran traer contra ellos. Una y otra vez el emperador invadió Bohemia, solo para ser repelido. Los husitas no le tenían miedo a la muerte, y nada podía oponérseles. El valiente Ziska murió, pero su lugar fue ocupado por Procopio, que en cierto sentido era un líder aún más capaz que él.

El Papa proclamó una cruzada contra los husitas. Un ejército inmenso se precipitó contra Bohemia, solamente para sufrir una terrible derrota. Se proclamó otra cruzada. En todos los países papales de Europa se reclutaban hombres y se reunió dinero y municiones de guerra. Multitudes acudieron a defender el estandarte papal.

El vasto ejército penetró en Bohemia. El pueblo se reunió para rechazarlo. Los dos ejércitos se acercaron mutuamente hasta que solamente un río los dividía. “Los cruzados constituían una fuerza muy superior, pero en lugar de lanzarse a pasar el río para entablar la batalla contra los husitas, a quienes habían venido a hacer frente desde tan lejos, se mantuvieron en su lugar observando en silencio a los guerreros”.¹⁹

Repentinamente, un terror misterioso cayó sobre ese ejército. Sin dar un solo golpe, esa tremenda fuerza se disolvió y se esparció como empujada por un poder invisible. El ejército husita persiguió a los fugitivos, y un inmenso botín cayó en manos de los vencedores. La guerra, en lugar de empobrecer a los bohemios, los enriqueció.

Pocos años más tarde, bajo un nuevo papa, se emprendió aún otra cruzada. Otra vez un ejército enorme entró en Bohemia. Las fuerzas husitas emprendieron

¹⁷ Wylie, lib. 3, cap. 10.

¹⁸ Bonnechose, t. 2, p. 168.

¹⁹ Wylie, lib. 3, cap. 17.

la retirada, atrayendo a los invasores más al interior del país, e induciéndolos a creer que ya habían ganado la victoria.

Por fin el ejército de Procopio avanzó para presentarles batalla. Tan pronto como oyeron el son del ejército que se les aproximaba, aun antes de que los husitas estuvieran a la vista, de nuevo el pánico se apoderó de los cruzados. Príncipes, generales y soldados rasos arrojaron sus armaduras y huyeron en todas direcciones. La derrota fue completa, y de nuevo un inmenso botín cayó en manos de los vencedores.

De esta manera, por segunda vez un ejército de hombres aguerridos, preparados para la batalla, huyó sin asestar un golpe contra los defensores de una nación pequeña y débil. Los invasores fueron dominados por un terror sobrenatural. El que hizo huir a los ejércitos de Madián ante Gedeón y sus trescientos hombres nuevamente había extendido su brazo (ver Jueces 7:19-25; Salmo 53:5).

Traicionados por la diplomacia

Los dirigentes papales por fin recurrieron a la diplomacia. Una traición entregó a los bohemios al poder de Roma. Los bohemios habían especificado cuatro puntos como condición para hacer las paces con Roma: (1) la predicación libre de la Biblia; (2) el derecho de toda la iglesia a participar tanto del pan como del vino de la Comunión y el uso del idioma nativo en el culto divino; (3) la exclusión del clero de todos los cargos seculares y de todo puesto de autoridad; y, (4) en caso de crímenes, la jurisdicción de las cortes civiles sobre clero y laicos por igual. Las autoridades papales estuvieron de acuerdo en que los cuatro artículos debían ser aceptados, “pero el derecho de interpretarlos [...] debía pertenecer al concilio. En otras palabras, al Papa y al emperador”.²⁰ Roma ganó por falsedad y fraude lo que no había podido ganar por la guerra. Dándoles su propia interpretación a los artículos husitas, así como a la Biblia, pudo tergiversar el significado para cumplir sus propósitos.

Un gran número del pueblo de Bohemia, viendo que sus libertades habían sido traicionadas, no aceptó el pacto. Surgieron disensiones y luchas entre los bohemios mismos. El noble Procopio cayó, y las libertades de Bohemia llegaron a su fin.

De nuevo los ejércitos enemigos invadieron Bohemia, y los que permanecieron fieles al evangelio fueron objeto de una sangrienta persecución. Sin embargo, su firmeza era inmovible. Aunque obligados a buscar refugio en las cavernas, seguían reuniéndose para leer la Palabra de Dios y unirse en adoración a él. Por medio de mensajeros enviados secretamente a diferentes países, llegaron a saber que “en medio de los Alpes había una iglesia antigua, que se basaba en las Escrituras, y que protestaba contra las corrupciones idolátricas de Roma”.²¹ Con gran gozo, entablaron correspondencia con los cristianos valdenses.

Fieles y firmes al evangelio, los bohemios, aun en la noche de su persecución y en la hora más sombría, dirigieron su mirada al horizonte como quienes aguardan la mañana.

²⁰ Wylie, lib. 3, cap. 18.

²¹ Wylie, lib. 3, cap. 19.

Lutero, el hombre para su tiempo

Martín Lutero sobresale claramente de entre los que fueron llamados a conducir a la iglesia desde la oscuridad del papismo hacia la luz de una fe más pura. Sin conocer otro temor fuera del temor de Dios, y sin aceptar ningún fundamento para la fe fuera de las Sagradas Escrituras, Lutero fue el hombre para su tiempo.

Pasó sus primeros años en el humilde hogar de un campesino alemán. Su padre quería que fuera abogado, pero Dios se proponía hacer de él un constructor del gran templo que se estaba levantando lentamente a lo largo de los siglos. Las durezas de la vida, las privaciones y la severa disciplina fueron la escuela en la que la infinita Sabiduría preparó a Lutero para la misión de su vida.

El padre de Lutero era un hombre de mente activa. Su sentido común lo llevó a considerar el sistema monástico con desconfianza. Quedó muy disconforme cuando Lutero, sin su consentimiento, entró en un monasterio. Pasaron dos años antes de que el padre se reconciliara con su hijo, y aun entonces sus opiniones seguían siendo las mismas.

Los padres de Lutero trataron de instruir a sus hijos en el conocimiento de Dios. Hicieron esfuerzos fervientes y perseverantes con el fin de preparar a sus hijos para una vida de utilidad. A veces demostraron excesiva severidad, pero el reformador mismo halló en la disciplina de ellos más cosas dignas de aprobación que de condenación.

En la escuela, Lutero fue tratado con dureza y aun con violencia. A menudo sufrió hambre. Las ideas religiosas que entonces prevalecían, lóbregas y supersticiosas, lo llenaban de temor. Solía ir a la cama con el corazón lleno de pesar, con un constante terror ante el pensamiento de que Dios era un tirano cruel, antes que un Padre celestial bondadoso.

Cuando entró en la Universidad de Érfurt, sus perspectivas eran más favorables que en sus primeros años. Sus padres, mediante el trabajo y la laboriosidad, habían adquirido estabilidad económica, y podían prestarle toda la ayuda necesaria. Además, amigos juiciosos aminoraron los efectos sombríos de su educación anterior. Con influencias favorables, su mente se desarrolló rápidamente. Una aplicación incansable lo colocó muy pronto entre los más destacados de sus compañeros.

Lutero no dejaba de empezar todos los días con oración, y su corazón suspiraba continuamente pidiendo la dirección divina. “Orar bien –decía a menudo– es la mejor mitad del estudio”.¹

Un día, en la biblioteca de la Universidad, descubrió una Biblia en latín, libro que jamás había visto. Había oído porciones de los evangelios y de las epístolas, que él suponía que constituían la totalidad de la Biblia. Ahora, por primera vez, contemplaba toda la Palabra de Dios. Con reverencia y admiración, hojeaba las sagradas páginas y leía por sí mismo las palabras de vida, deteniéndose para exclamar: “¡Ojalá que Dios me concediera poseer este libro!”² Los ángeles estaban a su lado. Rayos de luz de Dios revelaron tesoros de verdad a su entendimiento. La profunda convicción de su condición de pecador lo dominó como nunca antes.

Paz con Dios

El deseo de hallar la paz con Dios lo llevó a dedicarse a la vida monástica. En ella se le pidió que realizara los trabajos más humildes y que pidiera limosna de puerta en puerta. Pacientemente soportó esta humillación, creyendo que era necesaria a causa de sus pecados.

Privándose del sueño y aun del tiempo dedicado a sus escasas comidas, se deleitaba en el estudio de la Palabra de Dios. Había encontrado un ejemplar de la Biblia encadenado al muro del convento, y allí recurría a menudo.

Llevaba una vida muy rigurosa, tratando, mediante el ayuno, las vigiliass y los azotes, de dominar los males de su naturaleza. “Si alguna vez un monje pudiera obtener el Cielo por sus obras monásticas, yo ciertamente tendría derecho a ello. [...] Si hubiera continuado mucho tiempo más, mis mortificaciones me habrían llevado aun hasta la muerte”.³ Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, su alma cargada no encontró alivio. Finalmente, llegó al límite de la desesperación.

Cuando parecía que todo estaba perdido, Dios le dio un amigo. Staupitz ayudó a Lutero a comprender la Palabra de Dios, y le pidió que dejara de mirarse a sí mismo y fijara la vista en Jesús. “En vez de torturarte debido a tus pecados, arrójate a los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. [...] El Hijo de Dios [...] se hizo hombre para darte la seguridad del favor divino. [...] Ama al que te amó primero”.⁴ Sus palabras dejaron una profunda impresión en la mente de Lutero. Su alma afligida se vio inundada de paz.

Luego de ser ordenado sacerdote, Lutero fue llamado a dictar cátedra en la Universidad de Wittenberg. Comenzó a dar clases sobre los Salmos, los evangelios y las epístolas, que fueron escuchadas por multitudes y causaron deleite entre sus oyentes. Staupitz, su superior, lo instó a ocupar el púlpito y predicar. Pero Lutero se creía indigno de hablarle al pueblo en el nombre de Cristo. Solo después de una larga lucha, accedió a los pedidos de sus amigos. Era poderoso en las Escrituras,

¹ D'Aubigné, lib., 2, cap. 2.

² *Ibid.*, lib. 2, cap. 2.

³ *Ibid.*, lib. 2, cap. 3

⁴ *Ibid.*, lib. 2, cap. 4.

y la gracia de Dios descansaba sobre él. La claridad y el poder con los que presentaba la verdad convencían a sus oyentes, y su fervor conmovía los corazones.

Lutero, que todavía era un sincero hijo de la iglesia papal, nunca tuvo el pensamiento de que alguna vez podría abandonar la iglesia. Inducido a visitar Roma, realizó su viaje a pie y se alojaba en los monasterios del camino. Quedó maravillado por la magnificencia y el lujo que veía por doquier. Los monjes vivían en departamentos lujosos, se vestían con ropajes costosos y participaban de festines en torno a mesas espléndidas. La mente de Lutero se llenaba cada vez más de perplejidad.

Por fin contempló a lo lejos la ciudad de las siete colinas. Se postró sobre la tierra, exclamando: “¡Roma santa, yo te saludo!”⁵ Visitó las iglesias, escuchó los fabulosos cuentos repetidos por sacerdotes y monjes, y realizó todas las ceremonias requeridas. Pero por todas partes observaba escenas que lo llenaban de asombro: la iniquidad que reinaba entre el clero y las bromas durcientes de los prelados. Se llenó de horror por la profanidad de estos, incluso durante la misa. Presenció desenfreno y libertinaje. “Nadie puede imaginar –escribió– qué pecados y qué acciones infames se cometen en Roma. [...] Así acostumbran decir: ‘Si existe el infierno, Roma está edificada sobre él’ ”.⁶

La verdad sobre la escalera de Pilato

Se había prometido una indulgencia por parte del Papa para todos los que subieran de rodillas la “escalera de Pilato”, que se decía había sido milagrosamente transportada desde Jerusalén hasta Roma. Lutero estaba un día ascendiendo sus escalones, cuando le pareció oír una voz atronadora que decía: “El justo vivirá por la fe” (Romanos 1:17). De un salto se puso de pie con vergüenza y horror. Comenzó entonces a ver más claramente que nunca la falsedad de confiar en las obras humanas para la salvación. Le dio las espaldas a Roma. Desde ese momento, la separación fue aumentando, hasta que cortó toda conexión con la iglesia papal.

Después de regresar de Roma, Lutero recibió el título de Doctor en Teología. Ahora se hallaba en libertad para dedicarse al estudio de las Escrituras, a las que tanto amaba. Había formulado un voto solemne de predicar con fidelidad la Palabra de Dios, y no la doctrina de los papas. Ya no era sencillamente un mero monje, sino el heraldo autorizado de la Biblia, llamado como un pastor para alimentar el rebaño de Dios que estaba hambriento y sediento de la verdad. Declaró finalmente que los cristianos no deben recibir otras doctrinas que aquellas que tienen base en la autoridad de las Sagradas Escrituras.

Multitudes escuchaban con interés y atención sus palabras. Las buenas noticias del amor del Salvador y la seguridad del perdón y de la paz por medio de su sangre expiatoria regocijaban sus corazones. En Wittenberg se encendió una luz cuyos rayos aumentarían en brillo hasta el fin del tiempo.

⁵ D'Aubigne, lib. 2, cap. 6.

⁶ *Ibid.*, lib. 2, cap. 6.

Pero, entre la verdad y el error existe un conflicto. Nuestro Salvador mismo declaró: “No vine a traer paz, sino espada” (S. Mateo 10:34). Dijo Lutero, unos pocos años después de iniciada la Reforma: “Dios [...] me empuja. [...] Deseo vivir tranquilo; pero me veo lanzado en medio de tumultos y revoluciones”.⁷

Indulgencias para la venta

La Iglesia Romana hacía un comercio de la gracia de Dios. Bajo el pretexto de reunir fondos para la construcción de la iglesia de San Pedro en Roma, con autorización del Papa se ofrecieron en venta indulgencias por el pecado. Se iba a edificar un templo para el culto de Dios con el precio de crímenes. Fue esto lo que despertó a los más capaces enemigos del papado y llevó a la batalla que conmovió el trono papal y la triple corona de la cabeza del pontífice.

Tetzel, el funcionario designado para conducir la venta de indulgencias en Alemania, había sido condenado por delitos graves contra la sociedad y la Ley de Dios, pero fue empleado para promover los proyectos mercenarios del Papa en Alemania. Tetzel repetía falsedades deslumbrantes y cuentos fabulosos para engañar a un pueblo ignorante y supersticioso. Si la gente hubiera tenido la Palabra de Dios, no habría sido engañada, pero la Biblia había sido prohibida.⁸

Cuando Tetzel entraba en una ciudad, un mensajero iba delante de él anunciando: “La gracia de Dios y del santo padre está a vuestras puertas”.⁹ La gente le daba la bienvenida al farsante blasfemo como si fuera Dios mismo. Tetzel ascendía al púlpito en la iglesia y alababa las indulgencias como el más precioso don de Dios. Declaraba que, en virtud de sus certificados de perdón, todos los pecados que el comprador quisiera cometer después le serían perdonados, y que “ni siquiera era necesario el arrepentimiento”.¹⁰ Les aseguraba a sus oyentes que sus indulgencias tenían poder para salvar a los muertos; en el preciso instante en que el dinero llegara al fondo de su cofre, el alma en cuyo beneficio ese dinero había sido pagado escaparía del Purgatorio camino al Cielo.¹¹

El oro y la plata fluían a la tesorería de Tetzel. Era más fácil obtener una salvación que se compra con dinero que una salvación que requiere arrepentimiento, fe y esfuerzo diligente para resistir y vencer el pecado.

Lutero se horrorizó. Mucha gente de su propia congregación había comprado certificados de perdón. Pronto empezaron a venir a su pastor, confesando pecados y esperando absolución, no porque estuvieran arrepentidos y anhelaran reformarse, sino confiando en la indulgencia. Lutero se rehusaba, y les advertía que, a menos que se arrepintieran y se reformaran, perecerían en sus pecados. Esta gente volvía a Tetzel con la queja de que su confesor había rechazado sus certificados,

⁷ D'Aubigne, lib. 5, cap. 2.

⁸ Ver John C. L. Gieseler, *A Compendium of Ecclesiastical History* [Un compendio de historia eclesiástica], período 4, sec.1, párr. 5.

⁹ D'Aubigne, lib. 3, cap. 1.

¹⁰ *Ibid.*, lib. 3, cap. 1.

¹¹ Ver K. R. Hagenbach, *History of the Reformation* [Historia de la Reforma], t. 1, p. 96.

y algunos valientemente exigían la devolución de su dinero. Lleno de ira, el fraile expidió terribles maldiciones, hizo que se prendieran hogueras en las plazas públicas y declaró que “había recibido una orden del Papa de quemar a todos los herejes que tuvieran la presunción de oponerse a sus santísimas indulgencias”.¹²

Comienza la obra de Lutero

La voz de Lutero se oyó en solemnes advertencias desde el púlpito. Presentaba delante del pueblo el carácter ofensivo del pecado y enseñaba que es imposible que el ser humano, por sus propias obras, disminuya su culpa o escape del castigo. Nada sino el arrepentimiento para con Dios y la fe en Cristo puede salvar al pecador. La gracia de Cristo no puede comprarse; es un don gratuito. Aconsejó al pueblo que no comprara indulgencias, sino que mirara con fe al Redentor crucificado. Relataba su propia y dolorosa experiencia, y les aseguraba a sus oyentes que fue por la fe en Cristo como había encontrado la paz y el gozo.

Mientras Tetzl continuaba sus impías pretensiones, Lutero resolvió efectuar una protesta más eficaz. La iglesia del palacio de Wittenberg poseía reliquias que, en ciertos días santos, se exhibían al pueblo. Se concedía plena remisión de pecados a todos los que visitaban entonces la iglesia y se confesaban. Se acercaba una de las más importantes de estas ocasiones: la Fiesta de Todos los Santos. Lutero, uniéndose a las multitudes que se dirigían a la iglesia, clavó en sus puertas 95 declaraciones contra la doctrina de las indulgencias.

Estas proposiciones atrajeron una atención universal. Fueron leídas y repetidas por todas partes. Se creó un gran alboroto en toda la ciudad. Mediante estas tesis, se demostraba que el poder de otorgar el perdón del pecado y de anular su penalidad nunca había sido encomendado al Papa ni a ningún ser humano. Se mostraba claramente que la gracia de Dios se concede gratuitamente a todos los que lo buscan por medio del arrepentimiento y la fe.

Las tesis de Lutero se esparcieron por toda Alemania, y después de unas pocas semanas se divulgaron por toda Europa. Muchos devotos romanistas leían estas declaraciones con gozo, al reconocer en ellas la voz de Dios. Sentían que el Señor había extendido su mano para detener la creciente ola de corrupción que partía desde Roma. Príncipes y magistrados se regocijaban secretamente en que se pusiera límites al poder arrogante que negaba todo derecho a apelar contra sus decisiones.

Los eclesiásticos astutos, viendo sus ganancias en peligro, se enfurecieron. El reformador tuvo que hacer frente a terribles acusadores. “¿Quién no sabe –respondía él– que rara vez un ser humano presenta alguna idea nueva sin [...] ser acusado de suscitar problemas? [...] ¿Por qué se les dio muerte a Cristo y a todos los mártires? Porque [...] presentaron novedades sin haber aceptado humildemente primero el consejo de los representantes de las opiniones antiguas”.¹³

¹² D'Aubigne, lib. 3, cap. 4.

¹³ *Ibid.*, lib. 3, cap. 6.

Los reproches de los enemigos de Lutero, la tergiversación que realizaron de sus propósitos y las observaciones maliciosas que hicieron de su carácter lo abrumaron como un diluvio. Él había estado confiado de que los dirigentes alegremente se unirían con él en la reforma. Había previsto una época más brillante que amanecería para la iglesia.

Pero el apoyo se volvió censura. Muchos dignatarios de la Iglesia y del Estado pronto se dieron cuenta de que la aceptación de estas verdades prácticamente minaría la autoridad de Roma, detendría millares de caudales que ahora fluían hacia la tesorería y así restringiría el lujo de los dirigentes papales. Enseñarle al pueblo a fijar su mirada solo en Cristo para ser salvo derrocaría el trono del pontífice y finalmente destruiría la autoridad de ellos mismos; de manera que se pusieron en contra de Cristo y la verdad al oponerse al hombre que el Señor había enviado para iluminarlos.

Lutero temblaba cuando se contemplaba a sí mismo: un solo hombre oponiéndose a los más poderosos de la Tierra. “¿Quién era yo –escribe– para oponerme a la majestad del Papa, ante quien [...] los reyes de la Tierra y todo el mundo tiemblan? [...] Nadie sabe cuánto sufrí mi corazón durante esos primeros dos años y a qué profundidad caí en mi desaliento, e incluso desesperación”.¹⁴ Pero, cuando el apoyo humano fallaba, el reformador ponía su mirada solamente en Dios. Podía descansar con seguridad en el Brazo todopoderoso.

Lutero le escribió a un amigo: “Tu primer deber es comenzar con oración. [...] No esperes nada de tus propios trabajos, de tu propia comprensión; confía solamente en Dios, y en la influencia de su Espíritu”.¹⁵ Esta es una lección de importancia para los que sienten que Dios los ha llamado a presentar ante los demás las solemnes verdades para este tiempo. En el conflicto con los poderes del mal, se necesita algo más que el intelecto y la sabiduría humanos.

Lutero recurría solamente a la Biblia

Cuando los enemigos aludían a las costumbres de la tradición, Lutero les hacía frente solamente con la Biblia, y sus argumentos no podían ser contestados. De los sermones y los escritos de Lutero irradiaban rayos de luz que despertaban e iluminaban a miles de personas. La Palabra de Dios era como una espada de dos filos que se abría camino a los corazones de la gente. Los ojos del pueblo, por tan largo tiempo dirigidos a los ritos humanos y a los mediadores terrenales, ahora se fijaban con fe en el Cristo crucificado.

Este interés general despertó los temores de las autoridades papales. Lutero recibió la orden de comparecer en Roma. Sus amigos conocían bien el peligro que lo amenazaba en esa corrupta ciudad, ya ebria con la sangre de los mártires de Jesús. Solicitaron que fuera examinado en Alemania.

Así se convino, y el Papa nombró un legado para considerar el caso. Pero, en las instrucciones dirigidas a ese funcionario se hacía constar que Lutero ya había sido

¹⁴ *Ibid.*, lib. 3, cap. 6.

¹⁵ *Ibid.*, lib. 3, cap. 7.

declarado hereje. Por lo tanto, el enviado lo debía “procesar y detener sin demora alguna”. Recibió poder “para condenarlo en cualquier parte de Alemania; para prohibir, maldecir y excomulgar a todos los que lo siguieran”, y para excomulgar a todos los que, cualquiera que fuera la dignidad que tuvieran en la Iglesia o el Estado (excepto el emperador), desatendieran la orden de detener a Lutero y a sus adherentes y de entregarlos a la venganza de Roma.¹⁶

No había siquiera un rastro de principios cristianos o aun de justicia común en este documento. Lutero no había tenido oportunidad de explicar o de defender su posición; sin embargo, se lo declaró hereje, y en el mismo día fue exhortado, acusado, juzgado y condenado.

Cuando Lutero necesitaba mucho el consejo de un verdadero amigo, Dios envió a Melanchton a Wittenberg. El buen juicio de Melanchton, combinado con su pureza y rectitud de carácter, le ganaron universal admiración. Pronto llegó a ser el amigo de mayor confianza de Lutero; la bondad, la precaución y la exactitud de Melanchton eran un complemento del valor y la energía de Lutero.

Se estableció la ciudad de Augsburgo como lugar del juicio, y el reformador partió a pie para ese lugar. Se habían lanzado amenazas de que sería asesinado por el camino, y sus amigos le rogaron que no se aventurara. “Soy como Jeremías, un hombre de contiendas y disputas; pero cuanto más aumentan las amenazas de ellos, más se multiplica mi gozo. [...] Ellos ya han destruido mi honor y mi reputación. [...] En cuanto a mi alma, no la pueden tomar. El que desea proclamar la Palabra de Cristo al mundo debe esperar la muerte a cada momento”.¹⁷

Las noticias de la llegada de Lutero a Augsburgo le produjeron gran satisfacción al legado papal. El fastidioso hereje que atraía la atención del mundo parecía estar ahora en poder de Roma; no debía escapar. El legado planeaba forzar a Lutero a retractarse o, en caso contrario, hacer que lo trasladaran a Roma, para que siguiera la suerte de Hus y Jerónimo. Por lo tanto, por medio de sus agentes, trató de convencer a Lutero para que viniera sin un salvoconducto, confiándose a su misericordia. Pero él no apareció ante el embajador papal hasta que hubo recibido el documento en que el emperador se comprometía a protegerlo.

Como estrategia, los romanistas decidieron ganarse a Lutero con una apariencia de bondad. El legado profesó gran amistad, pero exigió que Lutero se sometiera completamente a la iglesia y cediera en todo punto sin argumento ni cuestión. Lutero, en respuesta, expresó su consideración por la iglesia y su deseo de la verdad, su disposición a responder a todas las objeciones hacia lo que él había enseñado, y de someter sus doctrinas a la decisión de las principales universidades; pero protestó contra la conducta del cardenal al exigirle que se retractara sin antes haber probado que él estaba en error.

La única respuesta fue: “¡Retrátate, retrátate!” El reformador mostró que su posición estaba sostenida por las Escrituras. No podía renunciar a la verdad. El legado,

¹⁶ *Ibid.*, lib. 4, cap. 2.

¹⁷ *Ibid.*, lib. 4, cap. 4.

incapaz de contestar los argumentos de Lutero, lo agobió con una tormenta de reproches, burlas, elogios, citas de la tradición y dichos de los Padres, sin concederle al reformador ninguna oportunidad de hablar. Lutero finalmente obtuvo, a duras penas, permiso para presentar su respuesta por escrito.

Dijo, escribiéndole a un amigo: “Lo que está escrito puede ser sometido al juicio de otros; y segundo, uno tiene una mejor oportunidad de trabajar en los temores, si no en la conciencia, de un déspota arrogante y balbuceante, que de otro modo dominaría por su lenguaje imperioso”.¹⁸

En la siguiente entrevista, Lutero presentó una exposición clara, concisa y vigorosa de sus puntos de vista, sostenidos por las Escrituras. Después de leer en voz alta este documento, se lo extendió al cardenal, quien lo arrojó orgullosamente a un lado, declarando que era un montón de palabras necias y de citas sin importancia. Lutero ahora hizo frente al orgulloso prelado en su propio terreno –las tradiciones y la enseñanza de la iglesia– y contradijo totalmente sus aseveraciones.

El prelado perdió por completo el dominio propio, y en un arranque de ira gritó: “¡Retráctate o te enviaré a Roma!” Y finalmente declaró en tono soberbio y airado: “Retráctate o no vuelvas más”.¹⁹

El reformador se retiró rápidamente junto con sus amigos, manifestando claramente de esta manera que no debía esperarse ninguna retractación de su parte. Esto no era lo que el cardenal se había propuesto. Ahora, quedando solo con sus partidarios, miró a uno y otro, disgustado por el inesperado fracaso de sus planes.

La gran asamblea reunida tuvo oportunidad de comparar a los dos hombres, y cada uno tuvo ocasión de juzgar por sí mismo el espíritu manifestado por ambos, así como la fuerza y la verdad de sus respectivas posiciones. El reformador, sencillo, humilde, firme, con la verdad de su lado; el representante papal, atribuyéndose importancia, intolerante, irrazonable, sin un solo argumento de las Escrituras, y sin embargo gritando con vehemencia: “¡Retráctate o serás enviado a Roma!”

Huida de Augsburgo

Los amigos de Lutero lo instaron a que, como era inútil para él permanecer allí, debía regresar a Wittenberg sin demora alguna, y tener el mayor cuidado. De acuerdo con este consejo, salió de Augsburgo a caballo antes del amanecer, acompañado solamente por un guía proporcionado por el magistrado. Sigilosamente recorrió las calles oscuras de la ciudad. Enemigos alertas y crueles estaban planeando su destrucción. Aquellos eran momentos de ansiedad y ferviente oración. Llegó a una pequeña puerta en el muro de la ciudad. Le fue abierta y, junto con su guía, pasó por ella. Antes de que el legado se enterara de la partida de Lutero, ya estaba fuera del alcance de sus perseguidores.

Al conocer las noticias de la huida de Lutero, el legado se llenó de sorpresa y de enojo, pues había esperado recibir gran honor por su firmeza al tratar con este

¹⁸ Martyn, *The Life and Times of Luther* [La vida y los tiempos de Lutero], pp. 271, 272.

¹⁹ D'Aubigné (ed. de Londres), lib. 4, cap. 8.

perturbador de la iglesia. En una carta dirigida a Federico, el elector de Sajonia, denunció amargamente a Lutero, y demandó que Federico enviara al reformador a Roma o lo desterrara de Sajonia.

El elector tenía hasta ese momento poco conocimiento de las doctrinas de la Reforma, pero estaba profundamente impresionado por la fuerza y la claridad de las palabras de Lutero. Hasta que no se probara que el reformador estaba en error, Federico resolvió permanecer a su lado como protector. En respuesta al legado, escribió: “Puesto que el Dr. Martín ha aparecido ante su presencia en Augsburgo, debe estar satisfecho. Nosotros no esperábamos que se esforzara por hacerlo retractarse sin haberlo convencido de sus errores. Ninguno de los sabios de nuestro principado me ha informado que la doctrina de Martín es impía, anticristiana o herética”.²⁰ El elector vio que era necesaria una obra de reforma, y secretamente se regocijó de que se hiciera sentir en la iglesia una influencia mejor.

Había pasado solamente un año desde que el reformador clavara sus tesis en la iglesia del palacio; sin embargo, sus escritos ya habían encendido por doquiera un nuevo interés en las Sagradas Escrituras. No solamente de todas partes de Alemania, sino también de otros países, llegaban estudiantes a la universidad donde él enseñaba. Los jóvenes que llegaban por primera vez a la ciudad de Wittenberg “elevaban sus manos al Cielo, y alababan a Dios por haber hecho que la luz brillara en esa ciudad”.²¹

Lutero por entonces estaba solo parcialmente convertido de los errores del romanismo, pero escribió: “Estoy leyendo los decretos de los pontífices, y [...] no sé si el Papa es el anticristo mismo, o su apóstol. De esta manera es Cristo mal representado y crucificado en ellos”.²²

Roma llegó a enardecerse más y más por los ataques de Lutero. Opositores fanáticos, incluso doctores de las universidades católicas, declararon que el que matara al monje estaría sin pecado. Pero Dios era su defensa. Sus doctrinas se escucharon por todas partes, “en las cabañas y los conventos, [...] en los castillos de los nobles, en las universidades y en los palacios de los reyes”.²³

Por ese tiempo, Lutero halló que la gran verdad de la justificación por la fe había sido proclamada por el reformador bohemio Hus. “¡Todos nosotros –dijo Lutero–, Pablo, Agustín y yo mismo hemos sido husitas sin saberlo!” “¡Dios le pedirá cuentas al mundo, porque la verdad fue predicada [...] hace un siglo, y la quemaron!”²⁴

Lutero escribió lo siguiente acerca de las universidades: “Mucho me temo que las universidades resulten ser los grandes portales del infierno, a menos que ellas trabajen en forma diligente para explicar las Santas Escrituras, y para grabarlas

²⁰ D'Aubigne, lib. 4, cap. 10.

²¹ *Ibid.*, lib. 4, cap. 10.

²² *Ibid.*, lib. 5, cap. 1.

²³ *Ibid.*, lib. 6, cap. 2.

²⁴ Wylie, lib. 6, cap. 1.

en el corazón de los jóvenes. [...] Toda institución en la que los seres humanos no estén incesantemente ocupados con la Palabra de Dios llega a corromperse".²⁵

Este llamamiento circuló por toda Alemania. La nación entera fue conmovida. Los oponentes de Lutero presionaron al pueblo para que tomara medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas debían ser condenadas inmediatamente. El reformador y sus seguidores, si no se retractaban, debían ser todos excomulgados.

Una terrible crisis

Esa resultó ser una terrible crisis para la Reforma. Lutero no dejaba de ver la tempestad que estaba por desatarse, pero confiaba en que Cristo sería su sostén y su escudo. "Lo que está por suceder no lo sé, ni me importa saberlo. [...] Ni siquiera una hoja cae sin la voluntad de nuestro Padre. ¡Cuánto más él cuidará de nosotros! Es poca cosa morir por la Palabra, puesto que la Palabra [o el Verbo] se hizo carne y murió él mismo por nosotros".²⁶

Cuando la bula papal le llegó a Lutero, dijo: "La desprecio y la ataco como algo impío y falso. [...] Es Cristo mismo el que resulta aquí condenado. Yo siento mayor libertad en mi corazón; porque al fin sé que el Papa es el anticristo, y que su trono es el de Satanás mismo".²⁷

Sin embargo, el mandato de Roma no dejó de tener efecto. Los débiles y supersticiosos temblaron ante el decreto del Papa, y muchos sintieron que la vida era demasiado valiosa para arriesgarla. ¿Estaba por terminar la obra del reformador?

Lutero se mantuvo intrépido. Con terrible poder, le arrojó de vuelta a Roma misma la sentencia de condenación. En presencia de una multitud de ciudadanos pertenecientes a todos los rangos, Lutero quemó la bula del Papa, diciendo: "Una lucha sería acaba de empezar. Hasta ahora solo he estado jugando con el Papa. Comencé esta obra en el nombre de Dios; ella terminará sin mí, y con su poder. [...] ¿Quién sabe si no es Dios el que me ha llamado y me ha escogido, y si cuando ellos me desprecian no debieran temer estar despreciando a Dios mismo? [...]".

"Dios nunca eligió como profeta al sumo pontífice o algún otro gran personaje; sino que, por lo general, eligió a personas humildes y despreciadas, y en una ocasión escogió aun a Amós, un pastor. En todas las edades, los santos han tenido que reprender a los grandes, a los reyes, a los príncipes, a los sacerdotes y a los sabios, bajo peligro de su propia vida. [...] No afirmo ser profeta; pero digo que ellos deberían temer precisamente porque yo estoy solo y porque ellos son muchos. De lo que estoy seguro es de que la Palabra de Dios está conmigo, y de que no está con ellos".²⁸

Sin embargo, no fue sino después de una lucha terrible consigo mismo que Lutero decidió separarse definitivamente de la iglesia. "¡Oh! ¡Cuánto dolor me ha causado, aunque tengo las Escrituras de mi lado, justificarme en el hecho de que debo tomar una decisión solo en contra del Papa y considerarlo a él como el anticristo!

²⁵ D'Aubigne, lib. 6, cap. 3.

²⁶ D'Aubigné, 3ª ed. (Londres: David Walther, 1840), lib. 6, cap. 9.

²⁷ D'Aubigne, lib. 6, cap. 9.

²⁸ *Ibid.*, lib. 6, cap. 10.

¡Cuántas veces me he hecho con angustia esa pregunta que con tanta frecuencia está en los labios de los partidarios del Papa: '¿Solo tú eres sabio? ¿Pueden todos los demás estar equivocados? ¿Qué pasará si al fin eres tú el que está engañado, y el que está induciendo al error a tantas almas, que serán eternamente condenadas?! Esta fue la lucha que tuve conmigo mismo y con Satanás, hasta que Cristo, por su propia Palabra infalible, fortaleció mi corazón contra estas dudas'.²⁹

Apareció entonces una nueva bula, que declaraba la separación definitiva del reformador de la Iglesia Romana, lo denunciaba como un hombre maldito por el Cielo, e incluía en la misma condenación a todos los que recibieran su doctrina.

La oposición es la suerte de todos los que Dios emplea para presentar verdades especialmente aplicadas a su tiempo. Hubo una verdad presente en los días de Lutero; hay una verdad presente para la iglesia hoy. Pero la mayoría de la gente en nuestros días no desea conocer la verdad más que lo que lo deseaban los papistas que se oponían a Lutero. Los que presentan la verdad para este tiempo no deben esperar ser recibidos con mayor favor que el que tuvieron los primeros reformadores. El gran conflicto entre la verdad y el error, entre Cristo y Satanás, se intensificará hasta el fin de la historia de este mundo (ver S. Juan 15:19, 20; S. Lucas 6:26).

²⁹ Martyn, pp. 372, 373.

Un paladín de la verdad

Un nuevo emperador, Carlos V, ascendió al trono de Alemania. El elector de Sajonia, con quien Carlos tenía una gran deuda por su obtención de la corona, le rogó que no tomara medidas contra Lutero antes de haberle dado la oportunidad de escucharlo. El emperador se hallaba así en una posición de gran incertidumbre y dificultad. Los papistas no estarían satisfechos con nada menos que la muerte de Lutero. El elector había declarado “que el Dr. Lutero debe ser provisto de un salvoconducto, para poder aparecer ante un tribunal de jueces imparciales, sabios y piadosos”¹.

La asamblea se reunió en Worms. Por primera vez los príncipes de Alemania habían de encontrarse con su joven monarca en una asamblea. Dignatarios de la Iglesia y del Estado, y embajadores de países extranjeros, todos se reunieron en Worms. Sin embargo el tema que despertaba más profundo interés era el reformador. Carlos V había encargado al elector que trajera consigo a Lutero, asegurando protección y prometiendo una libre discusión de las cuestiones que estaban en disputa. Lutero le escribió al elector: “Si el emperador me llama, no tendré ninguna duda de que es el llamado de Dios mismo. Si ellos desean usar violencia contra mí, [...] yo coloco el asunto en manos del Señor. [...] Si él no me salva, la vida es de poca importancia. [...] Ustedes pueden esperar de mí cualquier cosa [...] pero no la huida o la retractación. Huir no puedo, y menos retractarme”².

Cuando circularon las noticias de que Lutero se presentaría ante la Dieta, se produjo una agitación general. Aleandro, el legado papal, estaba alarmado e irritable. Analizar un caso en el que el Papa ya había pronunciado la sentencia de condenación podría arrojar dudas sobre la autoridad del pontífice. Además, los argumentos poderosos de ese hombre desviarían a muchos príncipes de su lealtad al Papa. Por eso insistió mucho ante Carlos V para que Lutero no compareciera en Worms, e indujo al emperador a ceder.

Aleandro no se sintió satisfecho con esta victoria, y se esforzó para obtener la condenación de Lutero, acusando al reformador de “sedición, rebelión, impiedad y blasfemia”. Pero su vehemencia reveló el espíritu que lo dominaba. “Está movido por el odio y la venganza”, era la observación general.³

Con mucha más energía, Aleandro urgió al emperador a ejecutar los edictos papales. Vencido por las insistencias del legado, Carlos V le concedió a este la oportu-

¹ D'Aubigné, lib. 6, cap. 11.

² *Ibid.*, lib. 7, cap. 1.

³ *Ibid.*, lib. 7, cap. 1.

tunidad de presentar el caso ante la Dieta. Con recelos, los que habían favorecido al reformador anticipaban el discurso de Aleandro. El elector de Sajonia no estaba presente, pero algunos de sus cancilleres tomaron nota del discurso del nuncio.

Lutero, acusado de herejía

Con instrucción y elocuencia, Aleandro se propuso acusar a Lutero como un enemigo de la Iglesia y del Estado. “En los errores de Lutero –declaró– hay suficiente motivo para condenar a la hoguera a cien mil herejes”.

“¿Qué son todos estos luteranos? Un puñado de insolentes pedagogos, sacerdotes corruptos, monjes inmorales, abogados ignorantes y nobles degradados. [...] ¡Cuán superior a ellos es el partido católico en número, capacidad y poder! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea iluminará a los simples, amonestará a los imprudentes, ayudará a decidir a los dubitativos y dará fuerza a los débiles”.⁴

Los mismos argumentos todavía se siguen esgrimiendo contra todos los que se atreven a presentar las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. “¿Quiénes son todos estos predicadores de nueva doctrina? Son ignorantes, pocos en número y pertenecen a la clase más pobre. Sin embargo, pretenden tener la verdad y ser el pueblo elegido de Dios. Son ignorantes y están engañados. ¡Cuán superior en número e influencia es nuestra iglesia!” Estos argumentos no son más concluyentes hoy que en los días del reformador.

Lutero no estaba presente, con las claras y convincentes verdades de la Palabra de Dios, para vencer al paladín papal. Se manifestó una disposición general no solo de condenarlo a él y sus doctrinas, sino también, si fuera posible, de desarraigar la herejía. Todo lo que Roma podía decir en su propia defensa había sido dicho. De allí en adelante, el contraste entre la verdad y el error se vería más claramente, porque la lucha ahora se daba públicamente.

En esa oportunidad, el Señor movió a un miembro de la Dieta para hacer una verdadera presentación de los efectos de la tiranía papal. El duque Jorge de Sajonia se puso de pie en esa asamblea de príncipes y especificó con terrible exactitud los engaños y las abominaciones del papado:

“Los abusos [...] claman contra Roma. Se ha abandonado toda vergüenza, y su único objeto es [...] dinero, dinero, dinero [...] de manera que los predicadores que deben enseñar la verdad no expresan sino falsedades, y no solo son tolerados, sino recompensados, porque cuanto mayores son sus mentiras, mayor es su ganancia. Es de esta fuente corrompida de donde manan las aguas contaminadas. El libertinaje conduce a la avaricia. [...] ¡Ah!, es el escándalo causado por el clero lo que precipita a tantas almas a la condenación eterna. Debe efectuarse una reforma general”.⁵ El hecho de que el orador era un enemigo declarado de la Reforma dio mayor influencia a sus palabras.

⁴ *Ibid.*, lib. 7, cap. 3.

⁵ *Ibid.*, lib. 7, cap. 4.

Ángeles de Dios arrojaron rayos de luz sobre las tinieblas del error y abrieron los corazones a la verdad. El poder del Dios de la verdad dominó aun a los adversarios de la Reforma y preparó el camino para la gran obra que estaba por realizarse. En esa asamblea se había oído la voz de Uno mayor que Lutero.

Se nombró una comisión para que preparara una lista de las opresiones papales que recaían pesadamente sobre el pueblo de Alemania. Se presentó esta lista al emperador, con un pedido de que tomara medidas para la corrección de esos abusos. Decían los peticionarios: “Tenemos el deber de prevenir la ruina y la deshonra de nuestro pueblo. Por esta razón, muy humildemente, pero con la mayor urgencia, le rogamos que ordene una reforma general, y que se aboque a realizarla”.⁶

Lutero es intimado a comparecer

El concilio ahora exigió que el reformador compareciera ante ellos. El emperador por fin estuvo de acuerdo, y Lutero fue citado. Con la notificación se expidió un salvoconducto. Un heraldo fue el encargado de llevar estos documentos a Wittenberg, para conducir a Lutero a Worms.

Conociendo el prejuicio y la enemistad que había contra él, los amigos de Lutero temieron que su salvoconducto no fuera respetado. Pero él contestó: “Cristo me dará su Espíritu para vencer a estos ministros del error. Los he despreciado durante mi vida; triunfaré sobre ellos en mi muerte. En Worms están ocupados en obligarme a retractarme; y esta será mi retractación: He dicho anteriormente que el Papa era el vicario de Cristo; ahora declaro que él es el adversario del Señor y el apóstol del diablo”.⁷

Además del mensajero imperial, tres amigos decidieron acompañar a Lutero. El corazón de Melanchton estaba unido al de Lutero, y anhela seguirlo. Pero sus ruegos le fueron negados. Dijo el reformador: “Si yo no regreso, y mis enemigos me dan muerte, sigue enseñando tú, y mantente firme en favor de la verdad. Trabaja en mi lugar. [...] Si tú sobrevives, mi muerte será de poca importancia”.⁸

Siniestros presentimientos embargaban la mente de la gente. Se supo que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. El heraldo, temiendo por la seguridad de Lutero en el concilio, le preguntó si todavía quería continuar su viaje. Él contestó: “Aunque se me ponga bajo interdicto en todas las ciudades, continuaré”.⁹

En Erfurt, Lutero pasó por las calles que había recorrido a menudo, visitó su celda del convento y pensó en las luchas mediante las cuales había penetrado en su alma la luz que ahora inundaba Alemania. Le pidieron que predicara. En realidad, al principio se le había prohibido que lo hiciera, pero luego el

⁶ *Ibid.*, lib. 7, cap. 4.

⁷ *Ibid.*, lib. 7, cap. 6.

⁸ *Ibid.*, lib. 7, cap. 7.

⁹ *Ibid.*, lib. 7, cap. 7.

heraldo le dio permiso, y Lutero, el fraile que una vez había sido el sirviente del convento, ahora ocupaba el púlpito.

El pueblo escuchó embelesado. El pan de vida fue repartido a esas almas hambrientas. Cristo fue elevado delante de ellos por encima de los papas, los enviados, los emperadores y los reyes. Lutero no hizo referencia a su propia situación peligrosa. En Cristo, se había perdido de vista a sí mismo. Se escondió detrás del Hombre del Calvario, tratando solamente de presentar a Jesús como Redentor del pecador.

El valor de un mártir

Mientras que el reformador continuaba su marcha, una ansiosa multitud lo rodeaba, y voces amigas le advertían de los romanistas. “Te quemarán –le dijo uno–, y reducirán tu cuerpo a cenizas, como hicieron con Juan Hus”. Lutero contestó: “Aunque encendieran un fuego tan grande que alcance desde Worms hasta Wittenberg [...] yo lo atravesaría en el nombre del Señor; compareceré delante de ellos [...] confesando el nombre de Cristo Jesús”.¹⁰

Su aproximación a Worms creó una tremenda conmoción. Sus amigos temblaban por su seguridad. Los enemigos temían por la causa de ellos. Por instigación de los papistas, se le pidió alojarse en el castillo de un caballero amigo, donde, según se declaró, todas las dificultades podrían ser amigablemente arregladas. Los amigos describieron los peligros que lo amenazaban. Lutero, sin inmutarse, respondió: “Aunque haya tantos demonios en Worms como tejas en los tejados, aun así entraré a ella”.¹¹

Al llegar a Worms, una vasta multitud acudió a los portales de la ciudad para darle la bienvenida. La emoción era intensa. “Dios será mi defensa”, dijo Lutero al descender de su carruaje. Su llegada sorprendió totalmente a los partidarios del Papa. El emperador citó a sus consejeros. ¿Qué conducta debía seguirse? Un rígido papista declaró: “Hemos hecho largas consultas sobre este asunto. Que Su Majestad Imperial se deshaga de este hombre de inmediato. ¿No decidió Segismundo hacer que Juan Hus fuera quemado? No estamos dispuestos ni a dar ni a respetar el salvoconducto de un hereje”. “No –dijo el emperador–, debemos mantener nuestra promesa”.¹² Se decidió que el reformador fuera escuchado.

Toda la ciudad estaba ansiosa por ver a este hombre notable. Lutero, cansado del viaje, necesitaba tranquilidad y descanso; pero había disfrutado solamente unas pocas horas de reposo cuando los nobles, los caballeros, los sacerdotes y los ciudadanos se reunieron y lo rodearon ansiosamente. Entre estos había nobles que habían exigido valientemente del emperador una reforma de los abusos eclesiásticos. Tanto enemigos como amigos vinieron a ver al intrépido monje. Su posición era firme y valiente. Su rostro pálido y delgado revelaba una expresión bondadosa y hasta llena de gozo. El profundo fervor de sus palabras transmitía un

¹⁰ *Ibid.*, lib. 7, cap. 7.

¹¹ *Ibid.*, lib. 7, cap. 7.

¹² *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

poder que aun sus propios enemigos no podían resistir completamente. Algunos se convencieron de que una influencia divina lo acompañaba; otros declararon, como los fariseos dijeron de Cristo: “Está endemoniado” (Juan 10:20).

Al día siguiente, se nombró a un funcionario imperial para que condujera a Lutero a la sala de audiencias. Todos los pasillos estaban colmados de espectadores ansiosos por observar al monje que se había atrevido a resistir al Papa. Un general anciano, héroe de muchas batallas, le dijo bondadosamente: “Pobre monje, tienes por delante una tarea más difícil que cualquiera de las que yo u otros capitanes hayamos enfrentado en nuestras batallas más sangrientas. Pero si tu causa es justa, [...] ¡avanza en el nombre de Dios y no temas nada! Dios no te abandonará”.¹³

Lutero hace frente al concilio

El emperador ocupaba el trono, rodeado por los personajes más destacados del imperio. Martín Lutero ahora tenía que responder por su fe. “Esta comparecencia era en sí misma una señal de victoria sobre el papado. El Papa había condenado al hombre, y este ahora estaba en presencia de un tribunal que, por ese mismo acto, se había puesto por encima del Papa. El Papa había puesto a Lutero bajo interdicto, y lo había privado de toda sociedad humana; sin embargo, fue citado a comparecer con un lenguaje respetuoso y recibido en la asamblea más majestuosa del mundo. [...] Roma ya estaba descendiendo de su trono, y fue la voz de un monje la que le causó esta humillación”.¹⁴

El humilde reformador parecía abrumado y confuso. Varios príncipes se acercaron a él, y uno susurró: “No temas a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma” (S. Mateo 10:28). Otro le dijo: “Cuando por mi causa los lleven ante gobernadores y reyes, el Espíritu de su Padre les dará lo que han de decir” (ver S. Mateo:18-20).

Un profundo silencio se posó sobre la numerosa asamblea. Entonces un funcionario imperial se levantó y, señalando los escritos de Lutero, exigió que el reformador contestara dos preguntas: si él los reconocía como suyos, y si estaba dispuesto a retractarse de lo que había escrito. Después de que se le leyeran los títulos de los libros, Lutero contestó, a la primera pregunta, que los libros eran de él. “En cuanto a la segunda –dijo–, yo actuaría en forma imprudente si contestara sin previa reflexión. Podría afirmar menos de lo que las circunstancias demandan, o más de lo que la verdad exige. Por esta razón ruego a Su Majestad Imperial, con toda humildad, que me dé tiempo para que pueda contestar sin ofender la Palabra de Dios”.¹⁵

Lutero convenció a la asamblea de que él no había actuado por pasión o impulso. Tal tranquilidad y dominio propio, que no se esperaban en un hombre osado e intransigente, le permitió más tarde contestar con una sabiduría y una dignidad que sorprendió a sus adversarios y condenó su insolencia.

¹³ D'Aubigné, lib. 7, cap. 8.

¹⁴ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

¹⁵ D'Aubigné, lib. 7, cap. 8.

Al día siguiente, el reformador tenía que presentar su respuesta final. Durante un momento, su corazón desfalleció. Parecía que sus enemigos estaban por triunfar. Las nubes lo rodearon y parecieron separarlo de Dios. Con angustia de espíritu, derramó su clamor de manera tan entrecortada y desgarradora que nadie más que Dios puede comprender por completo.

“Dios Todopoderoso y eterno –imploró–, si he de poner mi confianza solamente en la fuerza de este mundo, todo está perdido. [...] Ha llegado mi última hora, y mi condenación ha sido ya pronunciada. [...] Oh Dios, ayúdame a afrontar toda la sabiduría del mundo. [...] La causa es tuya [...] y es una causa justa y eterna. ¡Oh Señor, ayúdame! Dios fiel e inmutable, en ningún ser humano coloco mi confianza. [...] Tú me has elegido para esta obra. [...] Mantente a mi lado, por consideración a tu amado Hijo Jesucristo, quien es mi protector, mi escudo y mi torre inexpugnable”.¹⁶

Sin embargo, no era el temor al sufrimiento personal, la tortura o la muerte lo que lo abrumaba con terror. Sentía su insuficiencia y temía que, debido a su debilidad, la causa de la verdad pudiera ser perjudicada. Luchaba con Dios no por su propia seguridad, sino por el triunfo del evangelio; y en su total impotencia, su fe se aferró de Cristo, el poderoso Libertador. No comparecería solo ante el concilio. La paz inundó de nuevo su alma, y se regocijó de que se le permitiera elevar la Palabra de Dios ante los gobernantes de las naciones.

Lutero pensó en su respuesta, examinó los pasajes de sus escritos y extrajo de las Escrituras pruebas apropiadas para sostener su posición. Entonces, colocando su mano izquierda sobre el sagrado volumen, elevó la diestra al Cielo y se comprometió “a permanecer fiel al evangelio y libre para confesar su fe, aunque sellara su testimonio con su sangre”.¹⁷

Lutero comparece de nuevo ante la Dieta

Cuando Lutero fue conducido de nuevo ante la Dieta estaba calmo y sereno, a la vez que valiente y digno, como testigo de Dios ante los grandes de la Tierra. El funcionario imperial ahora demandó su decisión. ¿Deseaba él retractarse? Lutero pronunció su respuesta en tono humilde, sin violencia o pasión. Su porte era modesto y respetuoso; no obstante, manifestaba una confianza y un gozo que sorprendió a la asamblea.

“Su Alteza el emperador, ilustres príncipes, benignos señores –dijo Lutero–, comparezco delante de ustedes en este día, de acuerdo con la orden que me fue dada ayer. Si, debido a mi ignorancia, violara los usos y procedimientos de las cortes, ruego que me perdonen; porque no he sido criado en los palacios de los reyes, sino en el retiro de un convento”.¹⁸

Entonces declaró que en algunos de sus libros publicados había hablado de la fe y las buenas obras; y que aun sus enemigos los declararon provechosos. El retractarse de ello sería condenar las verdades que todos confesaban. La segunda

¹⁶ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

¹⁷ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

¹⁸ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

clase consistía en escritos que exponían corrupciones y abusos del papado. Revocar esas declaraciones sería fortalecer la tiranía de Roma y abrir una puerta más amplia a grandes impiedades. En la tercera clase, él había atacado a personas que defendían los males existentes. En cuanto a ellos, confesó francamente que había sido más violento de lo debido. Pero, ni aun estos libros podía desautorizar, pues los enemigos de la verdad aprovecharían la ocasión para maldecir al pueblo de Dios con una crueldad aún mayor.

“Me defenderé a mí mismo como Cristo lo hizo: ‘Si he dicho algo malo, demuéstrenmelo’. [...] Por la misericordia de Dios, los conjuro, serenísimo emperador, y a ustedes, ilustrísimos príncipes, y todos los hombres presentes de cualquier categoría, a probar por los escritos de los profetas y los apóstoles que me he equivocado. Tan pronto como esté convencido de esto, me retractaré de todo error, y seré el primero en tomar mis libros y arrojarlos al fuego [...]”.

“Lejos de estar desesperado, me regocijo al ver que el evangelio es ahora, como fue en los tiempos pasados, causa de problemas y disensiones. Este es el carácter, este es el destino de la Palabra de Dios. ‘No he venido a traer paz a la tierra, sino espada’, dijo Jesucristo. [...] Cuídense de que, al pretender sofocar las disensiones, no persigan la santa Palabra de Dios, y atraigan sobre ustedes un terrible diluvio de peligros insuperables, desastres en el tiempo presente y la desolación eterna”.¹⁹

Lutero había hablado en alemán; ahora se le pidió que repitiera lo mismo en latín. Repitió, pues, su discurso con la misma claridad que la primera vez. La providencia de Dios dirigió esto. Muchos príncipes estaban tan cegados por el error y la superstición que al principio no habían percibido la fuerza del razonamiento de Lutero, pero la repetición les permitió captar claramente los puntos presentados.

Los que en forma caprichosa cerraron los ojos a la luz se enfurecieron por el poder de las palabras de Lutero. El vocero de la Dieta dijo airadamente: “No has respondido la pregunta que se te ha hecho. [...] Se te exige que des una respuesta clara y precisa. [...] ¿Te retractarás o no te retractarás?”

El reformador contestó: “Puesto que Su Majestad y Sus Altezas exigen de mí una respuesta clara, sencilla y precisa, se la daré, y es la siguiente: No puedo someter mi fe ni al Papa ni a los concilios, porque es tan claro como el día que frecuentemente han errado y se han contradicho mutuamente. Por tanto, a menos que esté convencido por el testimonio de las Escrituras, [...] no puedo ni quiero retractarme de nada, pues no es seguro para un cristiano hablar contra su conciencia. Esta es mi posición, no puedo hacer otra cosa; que Dios me ayude. Amén”.²⁰

Así mantuvo su firmeza este hombre recto. Su grandeza y la pureza de su carácter, su paz y el gozo de su corazón resultaban notorios para todos mientras daba testimonio de la superioridad de la fe que vence al mundo.

En su primera respuesta, Lutero había hablado en una forma respetuosa y casi con sumisión. Los romanistas consideraron que el pedido de tiempo era meramente el

¹⁹ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

²⁰ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

preludio para su retractación. Carlos mismo, notando con un poco de desprecio el aspecto agotado y las ropas sencillas del monje, había declarado: “Este monje nunca me convertirá en hereje”. Pero el valor y la firmeza que ahora desplegaba, el poder de su razonamiento, llenó a todo el mundo de sorpresa. El emperador, movido a la admiración, exclamó: “Este monje habla con un corazón intrépido y un valor incommovible”.

Los partidarios de Roma estaban derrotados. Trataron de mantener su poder, no apelando a las Escrituras, sino haciendo amenazas, el argumento infalible de Roma. Dijo entonces el vocero de la Dieta: “Si no te retractas, el emperador y los Estados del imperio deliberarán qué curso de acción habrán de seguir contra un hereje obstinado”.

Lutero respondió con calma: “Que Dios sea mi ayudador, porque no puedo retractarme de nada”.²¹

Se le pidió a Lutero que se retirara mientras los príncipes consultaban. La persistente negativa de Lutero a someterse afectaría la historia de la iglesia durante siglos. Se decidió darle una oportunidad más para retractarse. De nuevo se formuló la pregunta. ¿Renunciaría él a sus doctrinas? “No puedo alterar mi respuesta –contestó–; mantengo lo que he dicho ya”.

Los dirigentes papales estaban molestos porque su poder era despreciado por un humilde monje. Lutero había hablado a todos con dignidad y calma cristianas, y sus palabras estaban libres de pasión y exageraciones. Se había perdido de vista a sí mismo y sentía que estaba en la presencia del Ser infinito, que es superior a los papas, a los reyes y a los emperadores. El Espíritu de Dios estaba presente, impresionando el corazón de los grandes del imperio.

Varios príncipes valientemente reconocieron la justicia de la causa de Lutero. Otros no expresaron en ese momento sus convicciones, pero más adelante llegarían a ser intrépidos sostenedores de la Reforma.

Federico, el elector, había escuchado con profunda emoción el discurso de Lutero. Con gozo y orgullo, presencié el valor y el dominio propio del erudito que estaba siendo juzgado, y determinó mantenerse firme en su defensa. Vio que la sabiduría de los papas, los reyes y los prelados había sido anulada por el poder de la verdad.

Cuando el legado percibió el efecto producido por el discurso de Lutero, resolvió emplear todos los medios a su alcance para acabar con el reformador. Con elocuencia y habilidad diplomática presentó al joven emperador los peligros de sacrificar, por causa de un monje insignificante, la amistad y el sostén de Roma.

Al día siguiente de la respuesta de Lutero, Carlos V anunció a la Dieta su determinación de mantener y proteger la religión católica. Debían emplearse vigorosas medidas contra Lutero y las herejías que él enseñaba: “Sacrificaré mi reino, mis tesoros, mis amigos y mi cuerpo, mi sangre, mi alma y mi vida. [...] Procederé contra él y sus adherentes como herejes tercios, por la excomunión, el interdicto y todos los medios calculados para destruirlos”.²² Sin embargo, el emperador declaró que

²¹ *Ibid.*, lib. 7, cap. 8.

²² *Ibid.*, lib. 7, cap. 9.

el salvoconducto de Lutero debía ser respetado. Se le debía permitir que llegara a su hogar con seguridad.

El salvoconducto de Lutero en peligro

Los representantes del Papa de nuevo demandaron que el salvoconducto del reformador fuera desestimado. “El Rin debe recibir sus cenizas, así como recibió las de Juan Hus hace un siglo”.²³ Pero los príncipes de Alemania, aunque eran declarados enemigos de Lutero, protestaron por semejante violación de la fe pública. Señalaron las calamidades que habían seguido a la muerte de Hus. No se atrevían a traer sobre Alemania una repetición de esos terribles males.

Carlos mismo, en respuesta a esa propuesta malvada, dijo: “Aunque el honor y la fe desaparezcan en todo el mundo, deben encontrar un refugio en el corazón de los príncipes”.²⁴ Aunque fue presionado por los enemigos papales de Lutero a hacer con el reformador lo que Segismundo había hecho con Hus, Carlos V evocó la escena en la que, en la asamblea pública, Hus había señalado sus cadenas y recordado al monarca el compromiso violado; y declaró: “No quiero avergonzarme como Segismundo”.²⁵

Sin embargo, Carlos rechazó deliberadamente las verdades presentadas por Lutero. No quiso abandonar el sendero de la costumbre para andar en los caminos de la verdad y la justicia. Debido a que sus padres lo hicieron, él también sostendría al papado. Así se dispuso a no aceptar más luz de la que sus padres habían recibido.

Muchos hoy también se aferran a las tradiciones de sus padres y, cuando el Señor les envía conocimiento adicional, rehúsan aceptarlo porque tampoco fue recibido por sus padres. Dios no nos aprobará si miramos el ejemplo de nuestros padres para determinar nuestro deber en lugar de estudiar la Biblia por nosotros mismos. Somos responsables por la luz adicional de la Palabra de Dios que ahora brilla sobre nosotros.

El poder divino había hablado por medio de Lutero al emperador y a los príncipes de Alemania. Su Espíritu instó por última vez a muchos en esa asamblea. Y, como Pilato siglos antes, Carlos V, cediendo al orgullo mundano, decidió rechazar la luz de la verdad.

Los planes que se tramaban contra Lutero circulaban ampliamente, y causaban agitación por toda la ciudad. Muchos amigos, conociendo la crueldad traidora de Roma, resolvieron que el reformador no debía ser sacrificado. Centenares de nobles se comprometieron a protegerlo. Se colocaron letreros en las puertas de las casas y en los lugares públicos, algunos contra Lutero y otros a su favor. En uno se hallaban las siguientes palabras significativas: “¡Ay del país que tiene por rey a un muchacho!” (Eclesiastés 10:16, RVC). El entusiasmo popular en favor de Lutero convenció al emperador y a la Dieta de que cualquier injusticia manifestada hacia él haría peligrar la paz del imperio y la estabilidad del trono.

²³ *Ibid.*, lib. 7, cap. 9.

²⁴ *Ibid.*, lib. 7, cap. 9.

²⁵ Lenfant, t. 1, p. 422.

Esfuerzos para llegar a un acuerdo con Roma

Federico de Sajonia ocultó cuidadosamente sus verdaderos sentimientos hacia el reformador. Al mismo tiempo, lo vigiló con incansable cuidado, alerta a sus movimientos y a los de sus enemigos. Pero muchos no hicieron ningún intento de ocultar su simpatía por Lutero. “En la pequeña pieza del Doctor –escribió Spalatin– no cabían todos los visitantes que venían a verlo”.²⁶ Aun aquellos que no tenían fe en sus doctrinas no podían sino admirar la integridad que lo inducía a una muerte valiente antes que violar su conciencia.

Se realizaron fervientes esfuerzos para lograr que Lutero consintiera en hacer un arreglo con Roma. Nobles y príncipes le manifestaron que, si continuaba sosteniendo sus opiniones contra la iglesia y los concilios, sería desterrado del imperio y no tendría defensa. De nuevo le aconsejaron someterse al juicio del emperador. Entonces no tendría nada que temer. “Consiento –dijo en respuesta–, con todo mi corazón, en que el emperador, los príncipes y aun los más humildes cristianos examinen y juzguen mis obras; pero con la condición de que tomen la Palabra de Dios como su norma. Los seres humanos no deben hacer otra cosa que obedecerla”.

En otra ocasión, respondió: “Consiento en renunciar a mi salvoconducto. Coloco mi persona y mi vida en las manos del emperador, pero renunciar a la Palabra de Dios, ¡nunca!”²⁷ Manifestó su disposición a someterse a un concilio general, con la condición de que se exigiese que ese concilio decidiera de acuerdo con las Escrituras. “En lo que concierne a la Palabra de Dios y a la fe, todo cristiano es tan buen juez como el Papa, aunque él esté apoyado por un millón de concilios”.²⁸ Tanto amigos como enemigos, por fin, se convencieron de que era inútil continuar esforzándose por lograr una reconciliación.

Si el reformador se hubiera sometido en un solo punto, Satanás y sus huestes habrían ganado la victoria. Pero su firmeza inmovible fue el medio de emancipar a la iglesia. La influencia de este único hombre, que se atrevió a pensar y obrar por sí mismo, había de afectar a la iglesia y al mundo, no solamente en su propio tiempo, sino en todas las generaciones futuras.

Por fin el emperador le ordenó a Lutero que regresara a su casa. Esta notificación sería rápidamente seguida por su condenación. Nubes amenazantes se cernían sobre su sendero; pero cuando partió de Worms, su corazón estaba lleno de gozo y alabanza.

Después de su partida, deseoso de que su firmeza no se entendiera como una rebelión, Lutero le escribió al emperador: “Tengo la más ferviente disposición de obedecer a Su Majestad, para honra o para deshonra, en la vida o en la muerte, y con ninguna excepción salvo la Palabra de Dios, por la que el ser humano vive. [...] En lo que se refiere a los intereses eternos, Dios no desea que las personas se sometan a los seres humanos; pues una sumisión tal en materia espiritual es una verdadera adoración, y esta debe ser rendida únicamente al Creador”.²⁹

²⁶ Martyn, t. 1, p. 404.

²⁷ D'Aubigné, lib. 7, cap. 10.

²⁸ Martyn, t. 1, p. 410.

²⁹ D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.

En el viaje de regreso de Worms, los príncipes de la iglesia le daban la bienvenida al monje excomulgado y los gobernantes civiles honraban al hombre a quien el emperador había denunciado. Era instado a predicar y, a pesar de la prohibición imperial, de nuevo subió al púlpito. “Nunca me comprometí a encadenar la Palabra de Dios –dijo–, ni lo haré”.³⁰

No mucho tiempo después de que el reformador dejara Worms, los partidarios del Papa convencieron al emperador de que este emitiese un edicto contra él. Lutero fue denunciado como “Satanás mismo bajo la forma de un hombre envuelto en hábito de monje”.³¹ Tan pronto como su salvoconducto finalizara, se prohibiría a todas las personas alojarlo, darle alimentos o bebida, ayudarlo o animarlo por palabra o de hecho. Debía ser entregado a las autoridades y sus adherentes también tenían que ser apresados; y sus propiedades, confiscadas. Sus escritos debían ser destruidos y, finalmente, todos los que se atrevieran a obrar en contra de este decreto se hallarían incluidos en su condenación. El elector de Sajonia y los príncipes más amigos de Lutero habían salido de Worms poco tiempo después de su partida, y los decretos del emperador recibieron la sanción de la Dieta. Los romanistas estaban jubilosos. Consideraban sellado el destino de la Reforma.

Dios usa a Federico de Sajonia

Un ojo vigilante había seguido los movimientos de Lutero, y un corazón noble y leal había resuelto rescatarlo. Dios le dio a Federico de Sajonia un plan para proteger al reformador. En su viaje de regreso, Lutero fue separado de sus ayudantes y transportado rápidamente a través de los bosques al castillo de Wartburgo, una aislada fortaleza en la montaña. Su ocultamiento estuvo tan envuelto en el misterio que ni aun Federico sabía adónde había sido conducido. Esto tenía un propósito: mientras el elector no supiera nada en cuanto a su paradero, no podía revelar nada. Satisfecho con la idea de que el reformador estaba a salvo, Federico estuvo conforme.

Pasaron la primavera, el verano y el otoño, y llegó el invierno; Lutero continuaba prisionero. Aleandro y sus partidarios estaban exultantes. Parecía que la luz del evangelio estaba por extinguirse. Pero la luz del reformador seguiría brillando con un fulgor aún más deslumbrante.

Seguridad en Wartburgo

En la amigable seguridad de Wartburgo, Lutero se regocijaba en estar libre del ardor y el tumulto de la batalla. Pero, acostumbrado a una vida de actividad y duro conflicto, no podía soportar permanecer inactivo. En esos días solitarios, la condición de la iglesia lo volvió a preocupar. Temía ser acusado de cobardía por retirarse de la lucha. Entonces, se reprochó a sí mismo por su indolencia y su complacencia propia.

Sin embargo, al mismo tiempo estaba realizando a diario más de lo que parecía posible para un solo hombre. Su pluma nunca estaba inactiva. Sus enemigos estaban

³⁰ Martyn, t. 1, p. 420.

³¹ D'Aubigné, lib. 7, cap. 11.

admirados y confusos por las pruebas tangibles de que él seguía en acción. Una multitud de folletos salidos de su pluma circulaban por toda Alemania. También tradujo el Nuevo Testamento al idioma alemán. Desde su “rocosa Patmos” continuó proclamando el evangelio, aproximadamente un año, reprendiendo los errores de aquellos tiempos.

Dios había retirado a su siervo del escenario de la vida pública. En la soledad y la oscuridad de su refugio montañoso, Lutero perdió todo sostén terrenal y quedó ajeno a toda alabanza humana. Así fue protegido contra el orgullo y la confianza propia que tan a menudo produce el éxito.

En tanto que los seres humanos se regocijan en la libertad que la verdad les depara, Satanás trata de distraer sus pensamientos y afectos de Dios y fijarlos en los agentes humanos, para honrar al instrumento e ignorar la mano que dirige los acontecimientos de la providencia. Demasiado a menudo, los dirigentes religiosos, alabados de esta manera, se ven inducidos a confiar en sí mismos, y el pueblo busca su dirección en lugar de la Palabra de Dios. Dios guardó a la Reforma de este error. Los ojos de los hombres se habían vuelto a Lutero como el expositor de la verdad; pero él fue retirado para que todos los ojos humanos se dirigieran al eterno Autor de la verdad.

Se enciende una luz en Suiza

Pocas semanas después de que Lutero naciera en la cabaña de un minero en Sajonia, Ulrico Zuinglio nació en la casita de un pastor de los Alpes. Se crió en medio de escenas de bellezas naturales y, en edad temprana, su mente fue impresionada con la majestad de Dios. De labios de su abuela escuchaba las pocas y preciosas historias de la Biblia que ella había extraído de las leyendas y las tradiciones de la iglesia.

A la edad de trece años fue a Berna, donde estaba la más distinguida escuela de Suiza. Sin embargo, aquí surgió un peligro. Los frailes hicieron esfuerzos decididos para inducirlo a entrar en un monasterio. Providencialmente, su padre se enteró de los propósitos de ellos y, viendo que la futura utilidad de su hijo se hallaba en peligro, le ordenó que regresara a su casa.

El joven obedeció la orden, pero no pudo conformarse por mucho tiempo con quedarse en su valle nativo, y pronto retomó sus estudios, para lo cual viajó, después de un tiempo, a Basilea. Fue allí donde Zuinglio oyó por primera vez el evangelio de la gracia de Dios. Wittembach, al estudiar griego y hebreo, fue inducido a escudriñar las Sagradas Escrituras, y por medio de él se derramaron rayos de luz divina sobre la mente de los estudiantes bajo su tutela. Declaraba que la muerte de Cristo es el único rescate del pecador, y para Zuinglio estas palabras fueron como los primeros rayos de luz que preceden a la aurora.

Zuinglio pronto fue llamado de Basilea para iniciar lo que llegaría a ser la obra de su vida. Su primer trabajo fue en una parroquia de los Alpes. Habiendo recibido la ordenación sacerdotal, “se volcó con toda su alma a estudiar la verdad divina”.¹

Cuanto más investigaba las Escrituras, tanto más claramente notaba el contraste entre la verdad y las herejías de Roma. Se sometía a sí mismo a la Biblia por ser la Palabra de Dios, la única regla suficiente e infalible. Vio que esta debía ser su propio intérprete. Buscó todos los medios para obtener una comprensión correcta de su significado, y para ello pedía la ayuda del Espíritu Santo. “Comencé pidiendo a Dios que me diera su luz –escribió más tarde–, y las Escrituras comenzaron a serme mucho más fáciles”.²

La doctrina que predicaba Zuinglio no provenía de Lutero. Era la doctrina de Cristo. “Si Lutero predica a Cristo –dijo el reformador suizo–, él hace lo que yo hago. [...] Nunca le escribí una sola palabra a Lutero, ni Lutero me escribió a mí. Y ¿por

¹Wylie, lib. 8, cap. 5.,

²*Ibid.*, lib. 8, cap. 6

qué? [...] Para que se demuestre cuán consecuente consigo mismo es el Espíritu de Dios, puesto que nosotros dos, sin habernos confabulado, enseñamos la doctrina de Cristo con semejante uniformidad”.³

En 1516, Zuinglio fue invitado a predicar en el convento de Einsiedeln. Allí habría de ejercer una influencia, como reformador, que se extendería mucho más allá de sus Alpes nativos.

Entre las principales atracciones de Einsiedeln se encontraba una imagen de la Virgen que, se decía, tenía el poder de obrar milagros. Sobre la puerta del convento estaba grabada esta inscripción: “Aquí puede obtenerse remisión plena de los pecados”.⁴ A este santuario de la Virgen concurrían multitudes, desde todas partes de Suiza, y aun desde Francia y Alemania. Zuinglio aprovechó la oportunidad para proclamarles libertad por medio del evangelio a estos esclavos de la superstición.

“No imaginen –decía él– que Dios está en este templo más que en cualquier otra parte de la Creación. [...] ¿Pueden las obras meritorias, los largos peregrinajes, las ofrendas, las imágenes, la invocación a la Virgen o a los santos, asegurarles la gracia de Dios? [...] ¿Qué eficacia tiene una lustrosa capucha de fraile, una cabeza rapada, un hábito largo y holgado o un calzado bordado en oro? Cristo –decía–, que una vez fue ofrecido sobre la Cruz, es el sacrificio y la víctima, que ha pagado por toda la eternidad los pecados de los creyentes”.⁵

Para muchos resultaba un amargo chasco que se les dijera que su trabajoso viaje había sido en vano. No podían comprender el perdón gratuito ofrecido por medio de Cristo. Estaban satisfechos con el método que Roma les había enseñado. Era más fácil confiar su salvación a los sacerdotes y al Papa que buscar pureza de corazón.

Pero había otra clase de personas que recibía con alegría la noticia de la rendición por medio de Cristo, y con fe aceptaba la sangre del Salvador como su propiciación. Estos regresaban a sus hogares y les contaban a otros la preciosa luz que habían recibido. Así, la verdad fue llevada de una ciudad a otra, y el número de peregrinos que concurría al santuario de la Virgen disminuyó notablemente. Hubo una merma en las ofrendas y, en consecuencia, en el salario de Zuinglio, que provenía de ellas. Sin embargo, esto tan solo le producía gozo, porque veía que el poder de la superstición se estaba quebrando. La verdad estaba ganando terreno en los corazones de la gente.

Zuinglio es llamado a Zúrich

Después de tres años, Zuinglio fue llamado a predicar en la catedral de Zúrich, la ciudad más importante de la Confederación Suiza. La influencia que allí ejerciera se sentiría en forma muy amplia. Los eclesiásticos procedieron a instruirlo con respecto a sus deberes:

“Harás todo el esfuerzo posible para recaudar las rentas de la catedral sin descuidar siquiera las menores. [...] Serás diligente para aumentar las entradas provenientes

³ D'Aubigné, lib., 8, cap. 9.

⁴ *Ibid.*, lib. 8, cap. 5.

⁵ *Ibid.*, lib. 8, cap. 5.

de los enfermos, de las misas y, en general, de toda ordenanza eclesiástica". "En cuanto a la administración de los sacramentos, la predicación y el cuidado del rebaño [...] puedes emplear a un sustituto, particularmente en la predicación".⁶

Zuinglio escuchó en silencio este encargo, y dijo en respuesta: "La vida de Cristo ha estado por demasiado tiempo escondida del pueblo. Predicaré sobre todo el Evangelio de San Mateo. [...] Consagraré mi ministerio a la gloria de Dios, a la alabanza de su Hijo, a la verdadera salvación de las almas y a la edificación en la verdadera fe".

La gente afluyó en gran número a escuchar su predicación. Comenzó su ministerio abriendo los evangelios, y explicando la vida, las enseñanzas y la muerte de Cristo. "Es a Cristo a quien deseo conducirlos –decía–; a Cristo, la verdadera fuente de salvación". Hombres de Estado, eruditos, artesanos y campesinos escuchaban sus palabras. Sin temor, reprochaba los males y las corrupciones de su tiempo. Muchos regresaban de la catedral alabando a Dios. "Este hombre es un predicador de la verdad –decían–. Él será nuestro Moisés, para sacarnos de las tinieblas de Egipto".⁷

Después de un tiempo se levantó la oposición. Los monjes lo atacaron con burlas y sátiras; otros recurrieron a la insolencia y las amenazas. Pero Zuinglio lo soportó todo con paciencia.

Cuando Dios se prepara para quebrantar las cadenas de la ignorancia y la superstición, Satanás trabaja con mayor empeño para sumir a las personas en las tinieblas y para retenerlas más firmemente con sus cadenas. Roma actuaba con renovada energía para abrir su mercado en toda la cristiandad, ofreciendo perdón a cambio de dinero. Cada pecado tenía su precio, y las personas recibían un permiso pleno para cometer el crimen si la tesorería de la iglesia se mantenía llena. Así avanzaban los dos movimientos: Roma autorizaba el pecado y hacía de este la fuente de sus entradas, y los reformadores condenaban el pecado y señalaban a Cristo como la propiciación y como libertador.

Venta de indulgencias en Suiza

En Alemania, la venta de indulgencias fue dirigida por el infame Tetzl. En Suiza, este tráfico fue puesto bajo el dominio de Samsón, un monje italiano. Samsón ya había obtenido inmensas sumas de dinero de Alemania y Suiza para llenar las arcas papales; ahora viajaba por Suiza, despojando a los pobres campesinos de sus escasas entradas y exigiendo ricas ofrendas por parte de la gente adinerada. El reformador inmediatamente se dispuso a presentar oposición a él. El éxito de Zuinglio fue tal al exponer las pretensiones del fraile que este se vio obligado a irse a otro sitio. En Zúrich, Zuinglio predicó celosamente contra los traficantes del perdón. Cuando Samsón se acercó al lugar, logró introducirse por medio de una estratagema; pero, despedido sin haber vendido un solo perdón, pronto abandonó también Suiza.

⁶ *Ibid.*, lib. 8, cap. 6.

⁷ *Ibid.*, lib. 8, cap. 6.

La peste negra [o muerte negra] atacó a Suiza en 1519. Muchos se dieron cuenta de cuán vano y sin valor era el perdón que habían comprado; anhelaban tener un fundamento más seguro de su fe. En Zúrich, Zuinglio sufrió el azote de esta enfermedad, y circuló por todas partes el informe de que había muerto. En esa hora de prueba, él contemplaba con fe a la Cruz del Calvario, y confiaba en la propiciación suficiente que esta ofrecía para el pecado. Cuando volvió de haber estado a las puertas de la muerte, lo hizo para predicar el evangelio con mayor fervor que nunca. La gente misma había tenido que atender a los enfermos y moribundos, y todos sentían como nunca el valor del evangelio.

Zuinglio había llegado a un entendimiento más claro de las verdades del evangelio y había experimentado más plenamente en sí mismo su poder reformador. “Cristo –decía él– [...] nos ha comprado una redención eterna. [...] Su muerte es [...] un sacrificio eterno, y un método eternamente eficaz para sanar; satisface la justicia divina para siempre en favor de todos los que confían en él con fe firme e inmovible. [...] Dondequiera que haya fe en Dios, existe un entusiasmo que alienta e impulsa a los seres humanos a las buenas obras”.⁸

Paso a paso, la Reforma avanzó en Zúrich. Alarmados, los enemigos comenzaron a organizar una activa oposición. Se lanzaron repetidos ataques contra Zuinglio. El maestro de herejías debía ser silenciado. El obispo de Constanza envió tres emisarios al concejo de Zúrich para acusar a Zuinglio de poner en peligro la paz y el orden de la sociedad. Si la autoridad de la iglesia es puesta a un lado, insinuó, ello resultará en una anarquía universal.

El concejo no quiso adoptar medidas en contra de Zuinglio, y Roma se preparó para un nuevo ataque. El reformador exclamó: “Que vengan; los temo como el acantilado imponente teme las olas que rugen a sus pies”.⁹ Los esfuerzos de los eclesiásticos solamente promovieron la causa que trataban de derribar. La verdad continuó esparciéndose. Sus adherentes en Alemania, abatidos por la desaparición de Lutero, recobraron el ánimo al ver progresar el evangelio en Suiza. Cuando la Reforma llegó a establecerse en Zúrich, sus frutos se notaron más ampliamente, pues estimularon la supresión del vicio y la promoción del orden.

Disputa con los romanistas

Al ver cuán poco habían logrado con la persecución al tratar de suprimir la obra de Lutero en Alemania, los romanistas decidieron organizar un debate con Zuinglio. Se asegurarían la victoria eligiendo no solamente el lugar del enfrentamiento, sino también los jueces que decidirían entre los oponentes; y si tan solo una vez pudieran aprehender a Zuinglio, tratarían de que no escapara. Este plan, por supuesto, fue mantenido cuidadosamente en secreto.

Se decidió que el debate se realizaría en Baden. Pero los miembros del concejo de Zúrich sospecharon de los planes de los partidarios del Papa y, advertidos por

⁸ *Ibid.*, lib. 8, cap. 9.

⁹ Wylie, lib. 8, cap. 11.

las ardientes hogueras que habían sido encendidas en los cantones papales para los que confesaban el evangelio, le prohibieron a su pastor exponerse a este peligro. Asistir a Baden, donde se acababa de derramar la sangre de mártires de la verdad, significaba ir a una muerte segura. Ecolampadio y Haller fueron elegidos para representar a los reformadores, mientras que el famoso Dr. Eck, apoyado por una hueste de versados doctores y prelados, era el paladín de Roma.

Los secretarios fueron todos elegidos por los partidarios del Papa, y se prohibió que los demás tomaran nota, bajo pena de muerte. Sin embargo, un estudiante que asistía al debate escribía todas las tardes los argumentos presentados ese día. Otros dos estudiantes se encargaban de entregar estos informes, con las cartas diarias de Ecolampadio a Zuinglio, que se hallaba en Zúrich. El reformador contestaba, dando su consejo. Para eludir la vigilancia de la guardia apostada en las puertas de la ciudad, estos mensajeros traían canastas con pollos sobre la cabeza, de modo que se les permitía pasar sin estorbo.

Zuinglio “ha trabajado más –decía Miconio– por sus meditaciones, sus noches de desvelo y los consejos que enviaba a Baden que lo que habría hecho debatiendo en persona en medio de sus enemigos”.¹⁰

Los romanistas habían venido a Baden con sus más suntuosos atuendos y con brillantes joyas. Se permitían todo tipo de lujo, y en sus mesas tenían manjares costosos y vinos escogidos. En señalado contraste aparecían los reformadores, cuyo frugal menú los mantenía poco tiempo a la mesa. El posadero de Ecolampadio, quien tenía ocasión de observarlo en su habitación, lo hallaba siempre estudiando o en oración, e informó que el hereje por lo menos era “muy devoto”.

En la conferencia, “Eck ascendió al púlpito en forma soberbia, espléndidamente adornado, mientras que el humilde Ecolampadio vestía pobremente, y se lo obligó a sentarse enfrente de su oponente, en un tosco taburete tallado”. La voz tronante de Eck y la seguridad ilimitada que sentía nunca lo abandonaron. Este “defensor de la fe” sería recompensado con una generosa retribución. Cuando fallaban sus mejores argumentos, recurría a insultos y aun a las groserías.

Ecolampadio, modesto y desconfiado de sí mismo, había rehuido el combate. Mediante un comportamiento cortés y bondadoso, reveló su capacidad y su entereza. El reformador adhirió firmemente a las Escrituras. “Las tradiciones –dijo él– no tienen fuerza en nuestra Suiza, a menos que estén de acuerdo con la Constitución; ahora bien, en materia de fe, la Biblia es nuestra constitución”.¹¹

El razonamiento sereno y claro del reformador, presentado en forma tan bondadosa y honesta, atrajo a las mentes que rechazaban con disgusto las jactanciosas pretensiones de Eck.

La discusión continuó durante 18 días. Los papistas se adjudicaron la victoria. La mayor parte de los parlamentarios apoyó a Roma, y la Dieta declaró que los reformadores habían sido vencidos, y que ellos, juntamente con Zuinglio, queda-

¹⁰ D'Aubigné, lib., 11, cap. 13.

¹¹ *Ibid.*, lib. 11, cap. 13.

ban separados de la iglesia. Pero el debate produjo un poderoso impulso para la causa protestante. No mucho tiempo después, Berna y Basilea, que eran ciudades importantes, se declararon en favor de la Reforma.

Progresos en Alemania

La misteriosa desaparición de Lutero produjo preocupación en toda Alemania. Circulaban extraños rumores y muchos creían que había sido asesinado. Se escuchaban grandes lamentos y varios se comprometían con solemnes juramentos a vengar su muerte.

Por eso, los enemigos de Lutero, aunque al principio se habían alegrado por su supuesta muerte, se llenaron de temor ahora que estaba cautivo. “La única manera que queda para salvarnos a nosotros mismos –dijo uno– es encender antorchas y buscar a Lutero por todo el mundo, para devolverlo a la nación que lo está reclamando”.¹ La noticia de que estaba a salvo, aunque prisionero, calmó a la gente, en tanto que sus escritos eran leídos con una avidez mayor que nunca. Un número creciente de personas se unía a la causa del hombre heroico que había defendido la Palabra de Dios.

La simiente que Lutero había sembrado estaba brotando por doquier. Su ausencia realizó una tarea que su presencia habría dejado de obtener. Siendo que el gran dirigente del pueblo había sido retirado, otros obreros avanzaron, de manera que la obra comenzada tan noblemente no pudiera ser estorbada.

Ahora Satanás intentó engañar y destruir al pueblo dándole una falsificación en lugar de la obra verdadera. Así como hubo falsos cristos en el primer siglo, así también se levantaron falsos profetas en el siglo XVI.

Unos cuantos hombres se imaginaron recibir revelaciones especiales del Cielo y creyeron haber sido divinamente comisionados para hacer avanzar la Reforma que, según afirmaban ellos, había sido iniciada por Lutero en forma débil. En verdad, estaban deshaciendo la obra que él había realizado. Rechazaron el principio de la Reforma, es decir, que la Palabra de Dios es la regla suprema y suficiente de fe y práctica. En lugar de esa guía infalible, colocaron las normas inciertas de sus propios sentimientos e impresiones.

Otros, naturalmente inclinados al fanatismo, se unieron con ellos. Los procedimientos de estos entusiastas crearon un gran alboroto. Lutero había despertado al pueblo para que sintiera la necesidad de una reforma, y ahora algunas personas verdaderamente honradas estaban siendo desviadas por las pretensiones de los nuevos “profetas”.

Los dirigentes del movimiento instaron a Melancthon a aceptar sus pretensiones: “Somos enviados por Dios para instruir al pueblo. Hemos tenido conversaciones

¹ D'Aubigné, lib., 9, cap. 1.

íntimas con el Señor; sabemos qué pasará; en una palabra, somos apóstoles y profetas, y apelamos al Dr. Lutero”.

Los reformadores estaban perplejos. Melancton dijo: “Existen por cierto espíritus extraordinarios en estos hombres; pero ¿qué espíritus? [...] Por una parte, cuidémonos de no apagar al Espíritu de Dios, y por la otra, de ser desviados por el espíritu de Satanás”.²

El fruto de la nueva enseñanza se hace evidente

La gente fue inducida a descuidar la Biblia o a ponerla completamente a un lado. Los estudiantes, despreciando todos los límites, abandonaban sus estudios y se retiraban de la universidad. Estos hombres que se creían capaces de dar nueva vida y dirigir la obra de la Reforma solo tuvieron éxito en conducirla hasta el borde de la ruina. Los romanistas recobraron su confianza y exclamaron con gozo: “Un esfuerzo más, y todo será nuestro”.

Lutero, en Wartburgo, al oír lo que había ocurrido, dijo con gran preocupación: “Siempre preví que Satanás nos enviaría esta plaga”.³ Él se dio cuenta del verdadero carácter de estos supuestos “profetas”. La oposición del Papa y del emperador no le había causado perplejidad y angustia tan grandes como las que ahora sentía. De entre los profesos “amigos” de la Reforma se habían levantado los peores enemigos para provocar luchas y causar confusión.

Lutero había sido impulsado y conducido por el Espíritu de Dios más allá de sí mismo. Sin embargo, a menudo temblaba por el resultado de su obra: “Si yo supiera que mi doctrina perjudicaría a un ser humano, a uno solo, por humilde y desconocido que fuera –lo cual no puede ocurrir, porque es el evangelio mismo–, moriría diez veces antes que no retractarme”.⁴

Wittenberg mismo estaba cayendo bajo el poder del fanatismo y el desorden. Por toda Alemania los enemigos de Lutero estaban echándole la culpa al reformador. Con amargura de alma, se preguntó: “¿Será posible que este sea el fin de la gran obra de la Reforma?” Nuevamente, al luchar con Dios en oración, la paz inundó su corazón. “La obra no es mía, sino tuya”, dijo Lutero. Entonces, decidió regresar a Wittenberg.

Lutero estaba proscrito en todo el imperio. Los enemigos tenían libertad para quitarle la vida, y a los amigos se les había prohibido darle albergue. Pero él vio que la obra del evangelio estaba en peligro, y en el nombre del Señor salió con todo valor a batallar por la verdad. En una carta al elector, Lutero dijo: “Voy a Wittenberg bajo una protección muy superior a la de los príncipes y electores. No pienso solicitar el sostén de Su Alteza, y lejos de desear su protección, quisiera más bien yo mismo protegerlos a ustedes. [...] No hay espada que pueda promover esta causa. Dios solo debe hacerlo todo”. En una segunda carta, Lutero añadió: “Estoy listo para incurrir

² *Ibid.*, lib. 9, cap. 7

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

en el desagrado de Su Alteza y en el enojo de todo el mundo. ¿No son los habitantes de Wittenberg mis ovejas? ¿Y no debiera yo, si fuera necesario, exponerme a la muerte por causa de ellos?”⁵

El poder de la Palabra

Pronto se supo por todo Wittenberg que Lutero había regresado y que iba a predicar. La iglesia estaba llena, y el reformador, con gran sabiduría y bondad, instruyó, exhortó y reprendió:

“La misa es algo malo; Dios se opone a ella; debe ser abolida. [...] Pero no aparten de ella a nadie por la fuerza. [...] La Palabra [...] de Dios debe actuar, y no nosotros. [...] Nosotros tenemos el derecho de hablar; pero no tenemos el derecho de actuar. Prediquemos; el resto le corresponde a Dios. Si yo empleara la fuerza, ¿qué ganaría? Dios conquista el corazón; y cuando el corazón es tomado, todo está ganado [...]”.

“Predicaré, estudiaré y escribiré; pero no obligaré a nadie, porque la fe es un acto voluntario. [...] Me opuse al Papa, a las indulgencias y a los partidarios del Papa, pero sin violencia ni disturbios. Expuse la Palabra de Dios; prediqué y escribí: eso es todo lo que hice. No obstante, mientras dormía [...] la Palabra que había predicado afectó al papado como nunca lo ha perjudicado príncipe o emperador alguno. Sin embargo, yo no hice nada; la Palabra sola lo hizo todo”.⁶ La Palabra de Dios quebrantó el hechizo de la agitación fanática. El evangelio trajo al pueblo de vuelta al camino de la verdad.

Varios años más tarde se suscitó de nuevo el fanatismo, y ahora con resultados aún más terribles. Dijo Lutero: “Para ellos, las Sagradas Escrituras eran solamente letra muerta, y todos empezaron a clamar: ‘¡El Espíritu! ¡El Espíritu!’ Pero, muy decididamente, no seguiré a donde el espíritu de ellos los conduzca”.⁷

Tomás Münzer, el más activo de los fanáticos, era un hombre de considerable habilidad, pero no había aprendido la verdadera religión. “Estaba poseído de un deseo de reformar al mundo, y olvidaba, como hacen todos los fanáticos, que la reforma debía comenzar con él mismo”.⁸ No estaba dispuesto a ser el segundo de nadie, ni siquiera de Lutero. Él mismo aseveraba haber sido comisionado por Dios para introducir la verdadera reforma, y decía: “El que tiene este Espíritu posee la verdadera fe, aunque nunca vea las Escrituras en toda su vida”.⁹

Los maestros fanáticos se dejaron gobernar por impresiones, y consideraban todo pensamiento e impulso como la voz de Dios. Algunos incluso quemaron sus Biblias. Millares recibieron las doctrinas de Münzer. Pronto él declaró que obedecer a los príncipes era intentar servir a Dios y a Belial al mismo tiempo.

⁵ *Ibid.*, lib. 9, cap. 8.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*, lib. 10, cap. 10.

⁸ *Ibid.*, lib. 9, cap. 8.

⁹ *Ibid.*, lib. 10, cap. 10.

Las enseñanzas revolucionarias de Münzer indujeron al pueblo a rechazar todo control. A esto le siguieron terribles escenas de lucha, y los campos de Alemania se tiñeron de sangre.

La agonía llena el alma de Lutero

Los príncipes partidarios del Papa declararon que la rebelión era el fruto de las doctrinas de Lutero. Esta acusación no podía dejar de causar gran angustia al reformador, siendo que la causa de la verdad caía en desgracia al ser clasificada con el más bajo fanatismo. Por otra parte, los dirigentes de los levantamientos odiaban a Lutero. Él no solamente había rechazado las pretensiones de ellos de poseer inspiración divina, sino también los había declarado rebeldes contra las autoridades civiles. Para desquitarse, lo acusaron de ser un vil farsante.

Los romanistas esperaban ver la ruina de la Reforma; y hasta acusaban a Lutero de los errores que él había tratado de corregir con el mayor fervor. El grupo fanático, reclamando falsamente que había sido tratado con injusticia, obtuvo simpatía y llegaron a ser considerados como mártires. Así, la gente se compadeció de los que se oponían a la Reforma y los elogiaba. Esta era la obra del mismo espíritu de rebelión que se manifestó por primera vez en el Cielo.

Satanás está constantemente tratando de engañar a los seres humanos e inducirlos a llamar al pecado justicia; y a la justicia, pecado. La falsa piedad, la santificación espuria, sigue exhibiendo el mismo espíritu que en los días de Lutero, pues distrae la mente de las Escrituras e induce a las personas a seguir más bien sentimientos e impresiones que a la Ley de Dios.

Con todo valor, Lutero defendió el evangelio, que estaba siendo atacado. Con la Palabra de Dios combatió la autoridad usurpada por el Papa, mientras que se mantenía firme como una roca contra el fanatismo que intentaba aliarse con la Reforma.

Cada una de estas partes opositoras rechazaba las Sagradas Escrituras, exaltando la sabiduría humana como la fuente de verdad. El racionalismo idolatra la razón y hace de esta el criterio de la religión. El romanismo, atribuyéndose una inspiración recibida de los apóstoles en línea ininterrumpida, abre la puerta a que la extravagancia y la corrupción se escondan bajo la comisión "apostólica". La pretendida inspiración de Münzer procedía de la fantasía de su imaginación. El verdadero cristianismo recibe la Palabra de Dios como la prueba de toda inspiración.

A su regreso de Wartburgo, Lutero completó su traducción del Nuevo Testamento, y pronto el pueblo alemán recibió el evangelio en su propio idioma. Esta traducción fue recibida con gran gozo por todos los que amaban la verdad.

Los sacerdotes estaban alarmados ante el pensamiento de que la gente común ahora era capaz de discutir con ellos la Palabra de Dios, y de que así quedaría expuesta su propia ignorancia. Roma utilizó toda su autoridad para impedir la circulación de las Escrituras; pero cuanto más prohibía la Biblia, tanto mayor era la ansiedad del pueblo por conocer lo que esta realmente enseñaba. Todos los que podían leer la llevaban consigo, y no quedaban satisfechos sino después de aprender

grandes porciones de memoria. Lutero inmediatamente comenzó la traducción del Antiguo Testamento.

Los escritos de Lutero fueron bien recibidos tanto en las ciudades como en las aldeas. “Lo que Lutero y sus amigos escribían, otros lo distribuían. Monjes, convencidos del carácter legítimo de las obligaciones monásticas, pero demasiado ignorantes para proclamar la Palabra de Dios, [...] vendían los libros de Lutero y de sus amigos. Alemania pronto se llenó de estos valientes colportores”.¹⁰

La Biblia es estudiada por doquiera

De noche, en las escuelas de las aldeas, los maestros leían en voz alta a pequeños grupos reunidos al calor del fuego. Con cada esfuerzo, algunas almas se convencían de la verdad. “La exposición de tus palabras nos da luz, y da entendimiento al sencillo” (Salmo 119:130, RVC).

Los partidarios del Papa, que habían dejado el estudio de la Biblia encomendado a los sacerdotes y los monjes, ahora pedían que estos refutaran las nuevas enseñanzas. Pero, ignorantes de las Escrituras, los sacerdotes y los frailes eran totalmente derrotados. “Desgraciadamente –dijo un escritor católico–, Lutero había persuadido a sus seguidores a depositar su fe únicamente en las Santas Escrituras”.¹¹ Multitudes se reunían para escuchar la defensa de la verdad hecha por hombres de poca educación. La ignorancia vergonzosa de los grandes hombres quedó en evidencia cuando sus argumentos fueron refutados por las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. Trabajadores, soldados, mujeres y aun niños estaban más familiarizados con la Biblia que los sacerdotes y los sabios doctores.

Jóvenes de mente noble se dedicaban al estudio, investigando las Escrituras y familiarizándose con las obras maestras de la antigüedad. Con mente activa y corazón valiente, estos jóvenes pronto adquirieron tal conocimiento que por largo tiempo nadie pudo competir con ellos. El pueblo había hallado en las nuevas enseñanzas lo que suplía la necesidad de su alma, y se separaron de aquellos que por tanto tiempo los habían alimentado con las cáscaras inútiles de ritos supersticiosos y tradiciones humanas.

Cuando se encendió la persecución contra los maestros de la verdad, ellos pusieron en práctica las palabras de Cristo: “Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra” (S. Mateo 10:23). Personas hospitalarias les abrían sus puertas a los fugitivos, y predicaban a Cristo, a veces en la iglesia o en casas privadas o al aire libre. La verdad se esparcía con irresistible poder.

En vano las autoridades eclesiásticas y civiles recurrían a la prisión, la tortura, el fuego y la espada. Miles de creyentes sellaron su fe con su sangre; sin embargo, la persecución solo sirvió para extender la verdad. El fanatismo con el que Satanás trató de mancharla trajo como resultado un mayor contraste entre la obra de Satanás y la obra de Dios.

¹⁰ *Ibid.*, lib. 9, cap. 11.

¹¹ D'Aubigné, lib., 9, cap. 11.

La protesta de los príncipes

Uno de los testimonios más nobles alguna vez pronunciado por la Reforma fue la protesta presentada por los príncipes cristianos de Alemania, en la Dieta de Espira, en 1529. El valor y la firmeza de esos hombres de Dios obtuvieron para las edades futuras libertad de conciencia, y le dieron a la iglesia reformada el nombre de protestante.

La providencia de Dios había mantenido a raya a las fuerzas que se oponían a la verdad. Carlos V estaba dispuesto a aplastar la Reforma, pero tan pronto como él levantaba su mano para asestar un golpe, se veía obligado a desviarla. Una y otra vez, en el momento crítico, los ejércitos turcos aparecían en la frontera; o el rey de Francia, o aun el Papa mismo le hacían la guerra. Así, en medio de la lucha y el alboroto de las naciones, la Reforma pudo fortalecerse y extenderse.

Sin embargo, al fin los soberanos papales hicieron causa común en contra de los reformadores. El emperador citó a una Dieta que debía reunirse en Espira, en 1529, con el propósito de aplastar la herejía. Si los medios pacíficos fallaban, Carlos V estaba preparado para recurrir a la espada.

Los partidarios del Papa en Espira manifestaron abiertamente su hostilidad contra los reformadores. Melancthon dijo: “Nosotros somos la escoria y la basura del mundo; pero Cristo cuidará de su pobre pueblo y lo preservará”.¹ El pueblo de Espira tenía sed de la Palabra de Dios y, a pesar de la prohibición, millares acudían a los servicios que se realizaban en la capilla del elector de Sajonia. Esto precipitó la crisis. La tolerancia religiosa había sido legalmente establecida, y los Estados evangélicos estaban resueltos a oponerse a la infracción de sus derechos. A Lutero no se le permitió estar presente en Espira, pero el lugar de Lutero fue ocupado por sus colaboradores y por los príncipes, a quienes Dios había levantado para defender su causa. Federico de Sajonia había muerto, pero el duque Juan, su sucesor, le dio una gozosa bienvenida a la Reforma y reveló gran valor.

Los sacerdotes exigieron que los Estados que habían aceptado la Reforma se sometieran a la autoridad romana. Los reformadores, por otra parte, no podían consentir en que Roma pusiera bajo su control a esos Estados que habían recibido la Palabra de Dios.

Finalmente, se propuso que donde la Reforma no se había establecido el edicto de Worms se pusiera en vigencia; y que “donde el pueblo no pudiera aceptarlo sin

¹ D'Aubigné, lib., 13, cap. 5.

peligro de levantamientos, al menos no deberían realizar una nueva reforma [...] no debían oponerse a la celebración de la misa y no debían permitir a ningún católico romano abrazar el luteranismo”. Esta medida fue aprobada por la Dieta, para gran satisfacción de los sacerdotes y los prelados.

Enormes asuntos en juego

Si este edicto era puesto en vigencia, “la Reforma no podría extenderse [...] ni podría establecerse sobre un fundamento sólido [...] donde ya existía”.² Se prohibiría la libertad. No se permitirían nuevas conversiones. Parecía que la esperanza del mundo estaba por extinguirse.

Los representantes del partido evangélico se miraron el uno al otro con total desaliento: “¿Qué hemos de hacer? ¿Deben someterse los jefes de la Reforma y aceptar el edicto? [...] A los príncipes luteranos se les garantizó el libre ejercicio de su religión. También se ofreció el mismo permiso a todos aquellos súbditos que, antes de la aprobación de la medida, habían abrazado las ideas de la Reforma. ¿No debía conformarlos esto? [...]”.

“Felizmente, ellos consideraron el principio en el que se basaba este acuerdo, y actuaron con fe. ¿Cuál era ese principio? Era el derecho de Roma a dominar la conciencia y a impedir la libre investigación. Pero ¿acaso no iban a disfrutar ellos mismos y sus súbditos protestantes de la libertad religiosa? Sí, como un favor especial estipulado en el acuerdo, pero no como un derecho. [...] Aceptar el acuerdo propuesto habría sido virtualmente admitir que la libertad religiosa debía restringirse a la Sajonia reformada; y en cuanto a todo el resto de la cristiandad, la libre investigación y la profesión de la fe reformada eran delitos que debían castigarse con el calabozo y la hoguera. ¿Podían ellos consentir en localizar la libertad religiosa? [...] ¿Podían los reformadores haber declarado que eran inocentes de la sangre de los centenares y millares de personas que, como consecuencia de este edicto, tendrían que sucumbir en las tierras leales al Papa?”³

“Rechacemos este decreto –dijeron los príncipes–. En asuntos de conciencia, la mayoría no tiene poder”. Proteger la libertad de conciencia es el deber del Estado; este es el límite de su autoridad en materia de religión.

Los partidarios del Papa se propusieron terminar con lo que ellos llamaban “atrevida obstinación”. Se pidió que los representantes de las ciudades libres declararan si accederían a los términos de la propuesta. Ellos pidieron que se les diera tiempo para contestar, pero fue en vano. Cerca de la mitad hizo causa común con los reformadores, sabiendo que su posición los convertía en víctimas de una futura condenación y persecución. “O debemos negar la Palabra de Dios, o ser quemados”.⁴

² *Ibíd.*

³ Wylie, lib. 9, cap. 15.

⁴ D'Aubigné, lib., 13, cap. 5.

La noble resolución de los príncipes

El rey Fernando, representante del emperador, probó el arte de la persuasión. “Rogó a los príncipes que aceptaran el decreto, asegurándoles que el emperador se vería grandemente complacido con ellos”. Pero estos hombres fieles contestaron con calma: “Obedeceremos al emperador en todas las cosas que puedan contribuir a mantener la paz y el honor de Dios”.

El rey por fin anunció que “la única conducta que les quedaba era someterse a la mayoría”. Habiendo hablado de esta manera, se retiró, sin dar a los reformadores la oportunidad de contestar. “Ellos mandaron una delegación, rogándole al rey que volviera”. Él solo contestó: “Es un asunto ya decidido; lo que resta hacer es someterse”.⁵

El partido imperial se jactaba de que la causa del emperador y la del Papa eran fuertes, y que la de los reformadores era débil. Si los reformadores hubieran dependido solamente de la ayuda humana, habrían resultado ser tan carentes de poder como suponían los partidarios del Papa. Pero apelaron “del informe de la Dieta a la Palabra de Dios, y del emperador Carlos a Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores”.

Como Fernando había rehusado considerar sus convicciones de conciencia, los príncipes decidieron no tomar en cuenta su ausencia sino presentar sin demora protesta ante el concilio nacional. Se redactó una declaración solemne, que fue presentada en los siguientes términos a la Dieta:

“Protestamos y dejamos constancia [...] de que nosotros, en nuestro nombre y en el de nuestro pueblo, de ninguna manera daremos nuestro consentimiento ni nuestra adhesión al decreto propuesto, en cualquier cosa que sea contraria a Dios, a su santa Palabra, a nuestro derecho de conciencia, a la salvación de nuestra alma. [...] Por esta razón, rechazamos el yugo que se nos impone. [...] Al mismo tiempo, esperamos que Su Majestad Imperial se comportará con nosotros como un príncipe cristiano que ama a Dios por sobre todas las cosas; y nos declaramos dispuestos a prestarle a él, así como a usted, dignísimos señores, todo el afecto y la obediencia que les debemos justa y legítimamente”.⁶

La mayoría de los presentes se llenó de asombro y alarma ante el valor de los que protestaban. Parecía inevitable la separación, la lucha y el derramamiento de sangre. Pero los reformadores, apoyándose en el Brazo todopoderoso, estaban “llenos de valor y firmeza”.

“Los principios contenidos en esta famosa protesta [...] constituyen la esencia misma del protestantismo. [...] El protestantismo establece la soberanía de la conciencia por encima de la de los gobernantes, y la autoridad de la Palabra de Dios por sobre la de la iglesia visible. [...] Junto con los profetas, dice: ‘Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres’. A la corona de Carlos V sobrepone la corona de Cristo Jesús”.⁷ La protesta de Espira fue un testimonio solemne contra la

⁵ *Ibid.*

⁶ D'Aubigné, lib. 13, cap. 6.

⁷ *Ibid.*

intolerancia religiosa y una afirmación del derecho que todas las personas tienen de adorar a Dios de acuerdo con su propia conciencia.

La experiencia de estos nobles reformadores contiene una lección para todas las edades sucesivas. Satanás todavía se opone a que hagamos de las Escrituras la guía de nuestra vida. En este tiempo necesitamos regresar al gran principio protestante: la Biblia, y solamente la Biblia, como regla de fe y del deber. Satanás todavía está obrando para destruir la libertad religiosa. El poder anticristiano que los protestantes de Espira rechazaron está ahora tratando de restablecer su supremacía perdida.

La Dieta de Augsburgo

A los príncipes evangélicos se les había negado tener una audiencia con el rey Fernando, pero para aquietar las disensiones que perturbaban el imperio, Carlos V, al año siguiente de la protesta de Espira, convocó una Dieta en Augsburgo. Anunció su intención de presidirla en persona. Los líderes protestantes fueron citados a comparecer.

El elector de Sajonia fue instado por sus consejeros a no aparecer en la Dieta: “¿No es arriesgarlo todo, ir a encerrarse dentro de los muros de una ciudad con un poderoso enemigo?” Pero otros declararon noblemente: “Que los príncipes solo se comporten con valor, y la causa de Dios se salvará”. “Dios es fiel; él no nos abandonará”, dijo Lutero.⁸

El elector se dispuso a viajar a Augsburgo. Muchos avanzaron con rostro sombrío y corazón apesadumbrado. Pero Lutero, que los acompañó hasta Coburgo, reanimó la fe de ellos cantando el himno escrito en ese viaje: “Castillo fuerte es nuestro Dios”. Más de un corazón angustiado fue aliviado por la música de estas estrofas inspiradoras.

Los príncipes reformadores habían determinado unirse en una declaración de sus puntos de vista, citando las evidencias de las Escrituras, para presentar delante de la Dieta. La tarea de prepararla fue encomendada a Lutero, Melancthon y sus asociados. Esta confesión fue aceptada por los protestantes, y ellos se reunieron para firmar al pie del documento.

Los reformadores estaban muy deseosos de que su causa no fuera confundida con cuestiones políticas. Cuando los príncipes cristianos se adelantaron para firmar la confesión, Melancthon se interpuso y dijo: “Les corresponde a los teólogos y ministros proponer estas cosas; reservemos para otros asuntos la autoridad de los poderosos de la Tierra”. “De ninguna manera –contestó Juan de Sajonia–. Ustedes no me excluirán a mí. Estoy resuelto a hacer lo que es recto, sin tener ninguna preocupación por mi corona. Deseo confesar al Señor. Mi birrete electoral y mi armiño no son tan preciosos para mí como la cruz de Cristo Jesús”. Otro de los príncipes dijo mientras tomaba la pluma: “Si el honor de mi Señor Jesucristo lo requiere, estoy listo a sacrificar mis bienes y

⁸ *Ibíd.*, lib. 14, cap. 2.

mi vida”. “Antes renunciaría a mis súbditos, a mis Estados y dejaría la tierra de mis padres bastón en mano –continuó diciendo–, que recibir cualquier otra doctrina que la que está contenida en esta confesión”.⁹

Llegó el tiempo señalado. Carlos V, rodeado por los electores y los príncipes, dio audiencia a los reformadores protestantes. En esa honorable asamblea se presentaron claramente las verdades del evangelio y los errores de la iglesia papal. Ese día fue señalado como “el día más grande de la Reforma, y uno de los más gloriosos en la historia de la cristiandad y de la humanidad”.¹⁰

El monje de Wittenberg había estado solo en Worms. Ahora, en lugar de él, estaban los príncipes más poderosos del imperio. “Estoy sobremanera gozoso –escribió Lutero– de haber vivido hasta esta hora, en la que Cristo ha sido públicamente exaltado por tan ilustres confesores, y en una asamblea tan gloriosa”.

Lo que el emperador había prohibido predicar desde el púlpito era proclamado desde el palacio; aquello que muchos habían considerado inadecuado para que incluso los sirvientes lo oyeran era ahora escuchado con admiración por los nobles y señores del imperio. Los predicadores eran príncipes coronados, y el sermón era la verdad real de Dios. “Desde la época apostólica no se ha hecho una obra mayor ni se ha presentado una confesión más magnífica”.¹¹

Uno de los principios que Lutero mantuvo más firmemente era que no debía recurrirse al poder secular para sostener la Reforma. Él se regocijó de que el evangelio fuera confesado por los príncipes del imperio; pero cuando ellos se propusieron unirse en una liga defensiva, él declaró que “la doctrina del evangelio será defendida solo por Dios. [...] Todas las precauciones políticas sugeridas, en su opinión, se debían a un temor indigno y una pecaminosa falta de confianza”.¹²

En una fecha posterior, refiriéndose a la liga en que habían pensado los príncipes reformados, Lutero declaró que la única arma en esta guerra debe ser “la espada del Espíritu”. Le escribió al elector de Sajonia: “No podemos aprobar la alianza propuesta con la conciencia tranquila. Debe llevarse la cruz de Cristo. Manténgase Su Alteza sin temor. Haremos más con nuestras oraciones que todos nuestros enemigos con su jactancia”.¹³

El poder que conmovió al mundo en la Reforma procedía del lugar secreto de oración. En Augsburgo, Lutero “no pasaba un solo día sin dedicar por lo menos tres horas a la oración”. En la intimidad de su habitación, se lo oía derramar su alma delante de Dios con palabras “llenas de adoración, temor y esperanza”. Le escribió a Melancton: “Si la causa es injusta, abandónala; si la causa es justa, ¿por qué debemos desmentir las promesas de aquel que nos

⁹ *Ibid.*, lib. 14, cap. 6.

¹⁰ *Ibid.*, lib. 14, cap. 7.

¹¹ *Ibid.*

¹² D'Aubigné (ed. de Londres), lib. 10, cap. 14.

¹³ *Ibid.*, lib. 14, cap. 1.

ordenó dormir sin temor?”¹⁴ Los reformadores protestantes habían edificado sobre el fundamento de Cristo. ¡Las puertas del reino de la muerte no podrían prevalecer contra ellos!

¹⁴ *Ibid.*, lib. 14, cap. 6.

El amanecer en Francia

A la protesta en Espira y la confesión de Augsburgo le siguieron años de conflicto y oscuridad. Debilitado por las divisiones, el protestantismo parecía destinado a ser destruido.

Pero, en el momento de su aparente triunfo, el emperador fue herido por la derrota. Finalmente, se vio obligado a concederles tolerancia a las doctrinas cuya destrucción era la ambición de su vida. Vio sus ejércitos diezmados en la batalla, sus tesoros agotados y sus muchos reinos amenazando rebelarse, mientras que la fe que se había esforzado por suprimir se estaba extendiendo. Carlos V había estado batallando contra el poder Omnipotente. Dios había dicho: “¡Que exista la luz!”, pero el emperador había tratado de mantener la oscuridad intacta. Agotado por la larga lucha, abdicó el trono y se encerró en un claustro.

En Suiza, mientras muchos cantones aceptaban la fe reformada, otros se aferraban a los credos de Roma. La persecución provocó la guerra civil. Zuinglio y muchos otros que se habían unido en la Reforma cayeron en el sangriento campo de Capel. Roma, jubilosa, parecía que en muchos lugares estaba por recobrar todo lo que había perdido. Pero Dios no había abandonado su causa ni a su pueblo. Levantó obreros en otros países para que llevaran adelante la Reforma.

En Francia, uno de los primeros en recibir la luz fue Lefevre, un profesor de la Universidad de París. En sus investigaciones de la literatura antigua, su atención fue dirigida a la Biblia, e introdujo el estudio de ella entre sus alumnos. Se había propuesto preparar una historia de los santos y los mártires, tal como se presentaba en las leyendas de la iglesia, y había avanzado considerablemente en ella, cuando, pensando que podría obtener ayuda de la Biblia, comenzó a estudiarla. Entonces encontró santos, pero no como los presentaba el calendario [católico] romano. Con disgusto, abandonó la tarea que se había propuesto primero y se consagró a estudiar la Palabra de Dios.

En 1512, incluso antes de que Lutero o Zuinglio hubieran empezado la obra de reforma, Lefevre escribió: “Es Dios el que nos da, por medio de la fe, la justicia que solamente por gracia justifica para vida eterna”. Y mientras enseñaba que la gloria de la salvación le pertenece solamente a Dios, también declaró que el deber de la obediencia le pertenece al ser humano.

Algunos de los estudiantes de Lefevre lo escuchaban de buena gana, y mucho tiempo después de que la voz del maestro fuese silenciada, continuaron declarando la verdad. Entre ellos se encontraba Guillermo Farel. Hijo de padres piadosos y

católico devoto, ardía de celo por destruir a todos los que se atrevieran a oponerse a la iglesia. “Solía rechinar mis dientes como un lobo furioso –dijo más tarde– cuando oía que alguno hablaba contra el Papa”. Pero la adoración a los santos, el culto en los altares y los adornos y las dádivas entregadas en los santuarios no podían traerle paz al alma. La convicción de pecado lo dominaba, y ningún acto de penitencia podía desterrar ese sentimiento. Él escuchó las palabras de Lefevre: “La salvación es por gracia”. Es la Cruz de Cristo sola lo que abre las puertas del Cielo y cierra las puertas del infierno”.¹

Pasando por una conversión semejante a la de Pablo, Farel abandonó la esclavitud de la tradición y llegó a la libertad de los hijos de Dios. “En lugar del corazón homicida de un lobo voraz”, decía él, se había convertido en “un hombre tranquilo como un cordero manso e inofensivo, cuyo corazón estaba completamente vuelto del Papa a Cristo Jesús”.²

Mientras Lefevre esparcía la luz entre los estudiantes, Farel avanzó para declarar la verdad en público. Un dignatario de la iglesia, el obispo de Meaux, pronto se le unió. Otros maestros se le unieron para proclamar el evangelio, y se ganaron adherentes entre todas las clases sociales, desde los hogares de artesanos y campesinos hasta el palacio de los reyes. La hermana de Francisco I aceptó la fe reformada. Con grandes esperanzas, los reformadores esperaban el tiempo en que Francia fuera ganada para el evangelio.

El Nuevo Testamento en francés

Pero sus esperanzas no llegarían a convertirse en realidad. A los discípulos de Cristo les aguardaban pruebas y persecuciones. Sin embargo, sobrevino un tiempo de paz para que adquirieran fuerzas con el fin de hacer frente a la tempestad; y la Reforma hizo rápidos progresos. Lefevre se abocó a la traducción del Nuevo Testamento; y precisamente en el momento en que la Biblia en alemán de Lutero salía de las prensas de Wittenberg, se publicó en Meaux el Nuevo Testamento en francés. Pronto los campesinos de aquel lugar contaron con las Sagradas Escrituras. Los obreros del campo y los artesanos de los talleres alegraban sus días de arduo trabajo hablando de las preciosas verdades de la Biblia. Aunque pertenecían a la clase más humilde, la de los obreros incultos y laboriosos, podía verse en su vida el poder reformador y edificante de la gracia divina.

La luz encendida en Meaux reflejó sus rayos hasta lugares distantes. Todos los días aumentaba el número de conversos. La ira del clero se mantuvo por un tiempo en jaque por la intervención del rey, pero los dirigentes papales finalmente prevalecieron. Se encendió la hoguera, y muchos dieron testimonio de la verdad en medio de las llamas.

En los castillos señoriales y en el palacio había personas nobles que valoraban la verdad por encima de la riqueza, del rango o aun de la vida. Luis de Berquin era

¹ *Ibid.*, lib. 13, cap. 2.

² D'Aubigné, lib. 12, cap. 3.

de origen noble, se dedicaba al estudio, y poseía modales distinguidos; además, tenía una moral intachable. “Como corona de todas sus demás virtudes, aborrecía en forma especial el luteranismo”. Pero, después de haber sido guiado por la Providencia a estudiar la Biblia, se admiró de encontrar allí “no las doctrinas de Roma, sino las doctrinas de Lutero”. De este modo, se consagró a la causa del evangelio.

Los romanistas de Francia lo arrojaron a la cárcel como hereje, pero fue puesto en libertad por el rey Francisco I, que durante años osciló entre Roma y la Reforma. Las autoridades papales encarcelaron tres veces a Berquin, solo para que el monarca lo liberara, pues rehusaba sacrificarlo a la malicia del clero. El reformador recibió repetidas advertencias del peligro que lo amenazaba en Francia, y lo animaron a seguir en los pasos de los que habían hallado seguridad en un exilio voluntario.

El valiente Berquin

Pero el celo de Berquin tan solo iba en aumento. Se decidió a usar medidas más valientes. No solamente se mantenía firme en defensa de la verdad, sino también atacaba el error. Los opositores más activos eran los monjes instruidos del departamento teológico de la Universidad de París, una de las autoridades eclesiásticas más altas de la nación. De los escritos de estos eruditos, Berquin extrajo doce proposiciones que públicamente declaró “contrarias a la Biblia”, y apeló al rey para que fuera juez en la polémica.

El monarca, gozoso por la oportunidad de humillar el orgullo de estos monjes engreídos, pidió que los romanistas defendieran su causa con la Biblia. Pero esta arma les servía de poco; la tortura y la hoguera eran instrumentos que sabían esgrimir mejor. Ahora ellos vieron que estaban por caer en el foso en el que habían esperado echar a Berquin, y buscaron un medio de escape.

“Precisamente en ese tiempo fue mutilada una imagen de la Virgen, que estaba situada en una de las esquinas de la ciudad”. Multitudes acudieron al lugar lamentándose e indignados. El rey fue hondamente conmovido. “Estos son los frutos de las doctrinas de Berquin –clamaban los monjes–. Esta conspiración luterana está a punto de derrocarlo todo: la religión, las leyes, el trono mismo”.³

El rey se retiró de París, y los monjes se vieron en libertad para poner en práctica su voluntad. Berquin fue juzgado y condenado a muerte, y a menos que Francisco I se interpusiera para salvarlo, la sentencia sería ejecutada el mismo día en que fue pronunciada. Al mediodía, una inmensa multitud se congregó para presenciar el acontecimiento, y muchos vieron con asombro que habían elegido la víctima de entre las familias más valientes y nobles de Francia. Los rostros de la multitud que se agolpaba se ensombrecieron con estupor, indignación, desprecio y resentido odio, pero en un rostro no había ninguna sombra; el mártir estaba solamente consciente de la presencia de su Señor.

³ *Ibid.*

El rostro de Berquin estaba radiante con la luz del Cielo. Vestía “una capa de terciopelo, jubón de raso y damasco y calzas doradas”.⁴ Estaba por testificar de su fe en la presencia del Rey de reyes, y ningún rastro de duelo debía empañar su gozo.

Mientras la procesión se movía lentamente por las calles atestadas, el público notaba con admiración el gozoso júbilo que se reflejaba en su rostro. “Se parece –decían– a quien está sentado en un templo y medita en cosas sagradas”.

Berquin en la hoguera

En la estaca de la hoguera, Berquin trató de dirigir unas pocas palabras al pueblo; pero los monjes empezaron a gritar y los soldados a golpear las armas, de tal forma que sus ruidos ahogaron la voz del mártir. Así, en 1529, las más altas autoridades eclesiásticas de la culta París “dieron al populacho de 1793 el mal ejemplo de sofocar en la horca las palabras sagradas de los moribundos”.⁵ Berquin fue estrangulado, y su cuerpo fue consumido por las llamas.

Los maestros de la fe reformada partieron hacia otros campos. Lefevre fue a Alemania. Farel regresó a su ciudad natal en el este de Francia para esparcir la luz en la tierra de su niñez. La verdad que enseñaba encontró oyentes, pero el predicador pronto fue desterrado de la ciudad. Atravesó las aldeas, enseñando en casas privadas y en campos apartados, hallando refugio en los bosques y entre las cavernas rocosas que había frecuentado en la niñez.

Así como en los días apostólicos, la persecución había “contribuido al avance del evangelio” (Filipenses 1:12). Expulsados de París y de Meaux, “los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban” (Hechos 8:4). Así, la luz se abrió paso hasta llegar a muchas provincias remotas de Francia.

El llamamiento de Calvino

En una de las escuelas de París estudiaba un joven reflexivo y reservado que se destacaba por la corrección de su vida, el ardor intelectual y la devoción religiosa. Su inteligencia y su esfuerzo lo convirtieron en el orgullo del colegio, y se anticipaba confiadamente que este joven, Juan Calvino, llegaría a ser uno de los más capaces defensores de la iglesia.

Pero un rayo de la luz divina penetró en los muros del escolasticismo y la superstición que encerraban a Calvino. Olivetan, un primo de Calvino, se había unido a los reformadores. Ambos parientes discutían entre sí los asuntos que perturbaban al cristianismo. “Hay solamente dos religiones en el mundo –dijo Olivetan, el protestante–. Una [...], inventada por los seres humanos, en [...] la que el individuo se salva a sí mismo mediante ceremonias y buenas obras; la otra es la única religión revelada en la Biblia, y que le enseña al ser humano a buscar la salvación únicamente por la gracia de Dios”.

⁴ D'Aubigné, *History of the Reformation in Europe in the Time of Calvin* [Historia de la Reforma en Europa en el tiempo de Calvino], lib. 2, cap. 16.

⁵ Wylie, lib. 13, cap. 9.

“No acepto ninguna de tus nuevas doctrinas –exclamó Calvino–; ¿piensas tú que he vivido en el error toda mi vida?”⁶ Pero, cuando se encontró solo en su habitación, consideró las palabras de su primo. Se vio a sí mismo sin Intercesor en la presencia de un Juez santo y justo. Las buenas obras, las ceremonias de la iglesia, ninguna de estas cosas tenían el poder de expiar los pecados. La confesión, la penitencia, no podían reconciliar al alma con Dios.

Testigo de un martirio

Al pasar un día, por casualidad, por una de las plazas, Calvino presenció la muerte de un hereje en la hoguera. En medio de las torturas de esa muerte terrible, y bajo la horrenda condenación de la iglesia, el mártir manifestó una fe y un valor que el joven estudiante no pudo menos que contrastar penosamente con su propia desesperanza y la oscuridad que lo rodeaba. Sabía que los “herejes” fundaban su fe en la Biblia; por lo tanto, decidió estudiarla y descubrir el secreto del gozo de aquellos.

En la Biblia encontró a Cristo. “Oh Padre –exclamó–, el sacrificio de Cristo ha aplacado tu ira; su sangre ha lavado mis impurezas; su Cruz ha cargado mi maldición; su muerte hizo expiación por mí. [...] Has tocado mi corazón, para que considere una abominación todos los otros méritos fuera de los de Jesús”.⁷

Entonces decidió consagrar su vida al evangelio. Pero era tímido por naturaleza y deseaba dedicarse al estudio. Sin embargo, los pedidos fervientes de sus amigos lograron que aceptara llegar a ser un maestro público. Sus palabras eran como un rocío que caía para refrescar la tierra. Ahora se encontraba en una ciudad de provincia bajo la protección de la princesa Margarita, que, como amante del evangelio, extendía su amparo a los que lo profesaban. La obra de Calvino comenzó en los hogares de la gente. Los que oían el mensaje llevaban las buenas nuevas a los demás. Él avanzaba colocando el fundamento de iglesias que producirían testigos valientes para la verdad.

París recibiría otra invitación para aceptar el evangelio. Los llamados de Lefevre y de Farel habían sido rechazados, pero de nuevo el mensaje tenía que ser oído por todas las clases sociales de la gran capital. El rey no se había puesto totalmente de parte de Roma y en contra de la Reforma. Margarita resolvió que la fe reformada tenía que predicarse en París. Ordenó que un ministro protestante predicara en las iglesias, pero como los dignatarios papales lo habían prohibido, la princesa abrió su palacio para ello. Se anunció que todos los días se predicaría un sermón, y se invitó a la gente a concurrir. Millares se reunían cada día.

El rey ordenó que se abrieran dos de las iglesias de París para estas reuniones. La ciudad nunca había sido tan conmovida por la Palabra de Dios. La temperancia, la pureza, el orden y la laboriosidad estaban reemplazando a la ebriedad, el desenfreno, la pelea y la holgazanería. Pero, aunque muchos aceptaron el evangelio, la mayoría del pueblo lo rechazó. Los partidarios del Papa tuvieron éxito en volver al predominio. De nuevo se cerraron las iglesias, y la hoguera volvió a arder.

⁶Wylie, lib. 13, cap. 7.

⁷Martyn, t. 3, cap. 13.

Calvino estaba todavía en París, y las autoridades resolvieron enviarlo a la hoguera. Él ni siquiera sospechaba de nada, cuando sus amigos llegaron apresuradamente a su habitación con la noticia de que los funcionarios estaban en camino para arrestarlo. Al instante se oyó que alguien llamaba con violencia a la puerta que daba a la calle. No había tiempo que perder. Los amigos demoraron a los funcionarios en la puerta, mientras otros ayudaban al reformador a bajar por una ventana, y rápidamente llegó a la cabaña de un jornalero que era amigo de la Reforma. Se disfrazó con la ropa de ese hombre y, cargando una azada, comenzó su viaje. Viajó hacia el sur, y de nuevo encontró refugio en los dominios de Margarita.

Calvino no podía permanecer inactivo. Tan pronto como la tormenta se hubo calmado un poco, buscó un nuevo campo de trabajo en Poitiers, donde las nuevas opiniones habían obtenido el favor del pueblo. Gente de toda clase escuchaba alegremente el evangelio. Al aumentar el número de oyentes, consideraron que era más seguro reunirse fuera de la ciudad. Eligieron una caverna en la que los árboles y las rocas sobresalientes disimulaban completamente el lugar. En ese punto retirado, leían y explicaban la Biblia. Aquí los protestantes de Francia celebraron por primera vez la Cena del Señor. De esta pequeña iglesia enviaron evangelistas a otros lugares.

Una vez más, Calvino regresó a París, pero encontró que casi todas las puertas y las oportunidades de trabajar estaban cerradas. Finalmente decidió partir hacia Alemania. Apenas salió de Francia, se desencadenó una tormenta sobre los protestantes. Los reformadores franceses resolvieron asestar un golpe contra las supersticiones de Roma que hiciera despertar a toda la nación. Una noche, colocaron en toda Francia carteles que atacaban la misa. Este movimiento entusiasta, pero imprudente, les dio a los romanistas un pretexto para exigir la destrucción de los “herejes” por considerarlos agitadores peligrosos para el trono y para la paz de la nación. Uno de los carteles fue colocado en la puerta de la habitación privada del rey.

La temeridad inigualada de introducir estas alarmantes manifestaciones dentro de los predios reales despertó la ira del monarca. Su cólera se manifestó en las terribles palabras: “Deténgase a todos los sospechosos de luteranismo sin distinción. Los exterminaré a todos”.⁸ El rey había decidido ponerse completamente del lado de Roma.

Un reinado del terror

Un pobre adherente a la fe reformada, quien acostumbraba convocar a los creyentes a sus asambleas secretas, fue capturado. Amenazándolo con una muerte inmediata en la hoguera, se le ordenó que condujera al emisario papal a la casa de todo protestante de la ciudad. El miedo a las llamas prevaleció, y este hombre aceptó traicionar a sus hermanos. Morin, el detective real, junto con el traidor, pasaron lenta y silenciosamente por las calles de la ciudad. Cuando llegaban frente a la casa de un luterano, el traidor hacía una señal, sin pronunciar palabra. La procesión se detenía, entraban en la casa, encadenaban a la familia y la sacaban, y la compañía

⁸ D'Aubigné, lib. 2, cap. 30.

proseguía en busca de nuevas víctimas. “Morin hizo temblar a toda la ciudad. [...] Fue un reinado del terror”⁹

Las víctimas fueron entregadas a la muerte en medio de crueles torturas, pues se había ordenado especialmente que las quemasen a fuego lento, con el fin de prolongar su agonía. Pero murieron como conquistadores, con una persistencia inmovible y en medio de una paz imperturbable. Los perseguidores se sintieron derrotados. “Toda París pudo ver qué clase de personas podían ser producidas por las nuevas ideas. No había púlpito tan eficaz como la hoguera de los mártires. El gozo sereno que iluminaba los rostros de esas personas mientras eran llevadas al lugar de ejecución [...] proclamaba con irresistible elocuencia las bondades del evangelio”.¹⁰

A los protestantes se los acusó de estar tramando masacrar a los católicos, derrocar al Gobierno y asesinar al rey, aunque no podía presentarse ni un vestigio de evidencia que sostuviera esa acusación. Pero las crueldades infligidas contra los inocentes protestantes rindieron fruto en el futuro, y en los siglos posteriores trajeron sobre el rey, su Gobierno y sus súbditos el mismo desastre que habían predicho. Pero esas acciones fueron realizadas por los incrédulos y por los papistas mismos. La represión del protestantismo traería sobre Francia estas terribles desgracias.

Ahora prevalecían las sospechas, la desconfianza y el terror en todas las clases sociales. Millares huyeron de París, como expatriados voluntarios de su tierra natal, dando así en muchos casos el primer indicio de que estaban del lado de la fe reformada. Los partidarios del Papa se asombraron al observar la clase insospechada de “herejes” que habían tolerado entre ellos.

Se prohíbe la imprenta

Francisco I se había deleitado en reunir en su corte a hombres de letras de todos los países. Pero, inspirado por el celo de desterrar la herejía, este mecenas del conocimiento proclamó un edicto para prohibir la imprenta en toda Francia! Francisco I constituye uno de los muchos ejemplos que revelan que la cultura intelectual no es una salvaguardia contra la intolerancia y la persecución religiosa.

Los sacerdotes exigieron que el agravio hecho al Alto Cielo por haber condenado la misa fuera expiada con sangre. Se determinó que el 21 de enero de 1535 se realizaría la terrible ceremonia. Delante de cada puerta se encendió una antorcha en honor del “santo sacramento”. Antes del amanecer, se formó la procesión en el palacio del rey.

“El obispo de París llevaba la hostia bajo un magnífico palio [...] sostenido por cuatro príncipes de linaje real. [...] Tras ellos caminaba el rey. [...] Ese día, Francisco I no llevaba corona ni el manto de su investidura real”.¹¹ En cada altar, se inclinaba con humillación, no por los vicios que corrompían su alma, ni por la sangre inocente que manchaba sus manos, sino por el “terrible pecado” de sus súbditos que habían osado condenar la misa.

⁹ *Ibid.*, lib. 4, cap. 10.

¹⁰ Wylie, lib. 13, cap. 20.

¹¹ *Ibid.*, lib. 13, cap. 21.

En la gran sala del palacio del obispo apareció el monarca y, con palabras de conmovedora elocuencia, lamentó “el crimen, la blasfemia, el día de dolor y desgracia” que había sobrevenido a la nación. Luego pidió a cada súbdito leal que ayudara a extirpar la pestilente “herejía” que amenazaba a Francia con la ruina. Las lágrimas le ahogaron la voz y la asamblea entera lloró mientras exclamaba unánimemente: “¡Viviremos y moriremos por la religión católica!”¹²

La gracia de Dios, “la cual trae salvación”, había aparecido, pero Francia, que fue iluminada por su brillo, la rechazó, eligiendo las tinieblas antes que la luz. Habían llamado a lo malo bueno y a lo bueno malo, hasta que cayeron víctimas de su propio autoengaño. Rechazaron voluntariamente la luz que los habría salvado del engaño y de manchar su alma con culpa de sangre.

De nuevo se formó la procesión. “A corta distancia se habían erigido hogueras sobre las cuales quemarían vivos a algunos cristianos protestantes; se dispuso que encenderían las piras en el momento en que se acercaba el rey, y que la procesión se detendría para presenciar la ejecución”.¹³ Las víctimas no mostraron vacilación. Al exigírsele que se retractara, uno contestó: “Yo solo creo en lo que los profetas y los apóstoles predicaron en el pasado, y lo que creyó toda la compañía de los santos. Mi fe tiene su confianza en Dios, quien resistirá todos los poderes del infierno”.¹⁴

Al llegar al palacio, la muchedumbre se dispersó y el rey y los prelados se retiraron, felicitándose de que la obra continuaría hasta lograr una destrucción completa de la “herejía”.

El evangelio de la paz que Francia rechazó iba a ser desarraigado con toda seguridad, y los resultados serían terribles. El 21 de enero de 1793, otra procesión recorrió las calles de París. “De nuevo el rey era la figura principal; otra vez la multitud clamaba; de nuevo se oían los gritos que pedían más víctimas; de nuevo había oscuros cadalsos; y de nuevo las escenas del día terminaron con horribles ejecuciones. Luis XVI, forcejeando con los carceleros y con los verdugos, fue arrastrado hasta la guillotina, y allí lo sostuvieron por la fuerza hasta que la cuchilla cayó y su cabeza, separada del cuerpo, rodó sobre el cadalso”.¹⁵ Cerca del mismo sitio, 2.800 personas murieron decapitadas por la guillotina.

La Reforma le había presentado al mundo una Biblia abierta. El Amor infinito había abierto delante de los seres humanos los principios del Cielo. Cuando Francia rechazó el don del Cielo, sembró la semilla de la ruina. El resultado inevitable de la ley de causa-efecto fue lo que se conoce históricamente como la Revolución Francesa y “el Terror”.

El valiente y entusiasta Farel se vio obligado a huir de su tierra natal a Suiza. Sin embargo, continuó ejerciendo una decidida influencia sobre la reforma en Francia. Con ayuda de otros exiliados, tradujeron al francés los escritos de los reformadores alemanes y los imprimieron en grandes cantidades junto con la

¹² D'Aubigné, lib. 4, cap. 12.

¹³ Wylie, lib. 13, cap. 21.

¹⁴ D'Aubigné, lib. 4, cap. 12.

¹⁵ Wylie, lib. 13, cap. 21.

Biblia en francés. Los colportores vendieron estas obras en forma muy extensa en Francia.

Farel inició su obra en Suiza bajo el humilde disfraz de un maestro de escuela, introduciendo cuidadosamente las verdades de la Biblia. Algunos creyeron, pero los sacerdotes intentaron detener la obra, y los supersticiosos fueron inducidos a oponerse a ella. “Ese no puede ser el evangelio de Cristo –instaban los sacerdotes–, puesto que la predicación de estas ideas no trae paz sino guerra”.¹⁶

Farel iba de aldea en aldea, soportando hambre, frío y cansancio, y hallando por todas partes peligro para su vida. Predicaba en los mercados, en las iglesias y, a veces, en los púlpitos de las catedrales. Más de una vez fue golpeado hasta casi quedar muerto. Sin embargo, avanzó. Vio abrirse al evangelio, una a una, aldeas y ciudades que habían sido fortalezas del papado.

Farel había tenido el deseo de plantar el estandarte del protestantismo en Ginebra. Si esta ciudad llegara a ganarse, sería un centro para la Reforma en Francia, Suiza e Italia. Muchas de las ciudades y villas vecinas habían sido ya ganadas.

Con un solo compañero, entró en Ginebra. Pero pudo predicar solamente dos sermones. Los sacerdotes lo convocaron primero a un concilio eclesiástico, con armas escondidas debajo de sus hábitos, determinados a darle muerte. Una multitud furiosa se reunió para asegurarse de su muerte si lograba escapar del concilio. Sin embargo, la presencia de los magistrados y de una fuerza armada lo salvó. Temprano por la mañana del siguiente día fue conducido a través del lago a un lugar seguro. Así terminó su primer esfuerzo por evangelizar Ginebra.

Para el siguiente intento eligieron un instrumento más sencillo: un joven de apariencia tan humilde que fue fríamente tratado aun por los profesos amigos de la Reforma. Pero ¿qué podría hacer uno como él donde Farel había sido rechazado? “Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos” (1 Corintios 1:27).

Fromento, el maestro de escuela

Fromento comenzó su obra como maestro de escuela. Les enseñaba verdades a los niños en la escuela, que luego ellos repetían en sus hogares. Pronto, los padres acudieron a escuchar la explicación de la Biblia. Se distribuyeron ejemplares del Nuevo Testamento y folletos. Después de un tiempo, también este obrero se vio obligado a huir, pero las verdades que enseñó ya se habían implantado en la mente de los habitantes del pueblo. La Reforma había sido establecida. Los predicadores regresaron, y el culto protestante se afianzó finalmente en Ginebra.

La ciudad se había decidido ya en favor de la Reforma cuando Calvino entró por sus puertas. El reformador se dirigió a Basilea, cuando se vio obligado por las circunstancias a tomar un camino de rodeo que pasaba por Ginebra.

En esa visita, Farel reconoció la mano de Dios. Aunque Ginebra había aceptado la fe reformada, la obra de regeneración en el corazón debía realizarse por el poder

¹⁶Wylie, lib. 14, cap. 3.

del Espíritu Santo, no por decreto de concilios. Aunque el pueblo de esta ciudad había desechado la autoridad de Roma, no estaba tan dispuesto a renunciar a los vicios que habían florecido bajo su dominio.

En el nombre de Dios, Farel exhortó al joven evangelista a que se quedara y trabajara allí. Calvino se sintió alarmado. Quería evitar el trato directo con el espíritu fuerte e incluso violento de los ginebrinos. Deseaba encontrar un lugar tranquilo para estudiar y desde allí, por medio de la prensa, instruir y edificar a las iglesias. Pero no se atrevió a rechazar la tarea que le era propuesta. Le pareció “que la mano de Dios se había extendido desde el Cielo, y que se posaba sobre él, y lo colocaba justamente en el lugar que tan impacientemente quería abandonar”.¹⁷

El tronar del anatema

Los anatemas del Papa tronaron contra Ginebra. ¿Cómo habría de resistir esta pequeña ciudad a la poderosa jerarquía que había obligado a reyes y emperadores a someterse?

Habiendo pasado los primeros triunfos de la Reforma, Roma reunió nuevas fuerzas para lograr su destrucción. Se creó la orden de los jesuitas, la más cruel, inescrupulosa y poderosa de todos los paladines del papado. Reprimiendo todo sentimiento de afecto natural, y con la conciencia totalmente silenciada, no conocían otra regla, otro vínculo, sino los de su orden.

El evangelio de Cristo había capacitado a sus adherentes para soportar sufrimientos sin ser amedrentados por el frío, el hambre, la fatiga y la pobreza; para sostener la verdad a pesar del tormento, el calabozo y la hoguera. El jesuitismo inspiraba a sus seguidores un fanatismo que los hizo capaces de soportar iguales peligros, y de oponer al poder de la verdad todas las armas del engaño. No había crimen demasiado grande que pudiera cometerse, no había engaño demasiado bajo que pudiera practicarse, ni había disfraz demasiado difícil de adoptar. Tenían el propósito específico de abatir el protestantismo y restablecer la supremacía papal.

Bajo un manto de santidad, visitaban prisiones y hospitales, ministraban a los enfermos y a los pobres y llevaban el sagrado nombre de Jesús, que anduvo haciendo el bien; pero debajo de este exterior impecable a menudo se ocultaban propósitos criminales y mortíferos.

Un principio fundamental de la orden era que el fin justifica los medios. Mentir, robar, hacer el mal y asesinar eran cosas dignas de elogio cuando servían a los intereses de la iglesia. Bajo el manto jesuítico, lograban entrar en las oficinas del Estado, escalando hasta ser consejeros de reyes y para darles forma a las políticas de las naciones. Se hacían siervos para espionar a sus amos. Establecieron colegios para los príncipes y los nobles, y escuelas para el pueblo común. Los hijos de padres protestantes eran llevados a observar los ritos papales. Así, los hijos traicionaron la libertad por la que los padres habían trabajado penosamente. Dondequiera que iban los jesuitas, seguía un reavivamiento del papismo.

¹⁷ D'Aubigné, lib. 9, cap. 17.

Con el fin de darles mayor poder, se promulgó una bula que restablecía la Inquisición. Este terrible tribunal fue de nuevo instaurado por los gobernantes partidarios del Papa, y en sus secretos calabozos se repitieron atrocidades tan terribles que no pueden soportar la luz del día. En muchos países, miles y miles que pertenecían a la flor y nata de la nación, los más intelectuales y altamente educados, fueron muertos u obligados a huir a otros países.

Victorias para la Reforma

Estos fueron los medios que utilizó Roma para apagar la luz de la Reforma y restaurar la ignorancia y la superstición de la Edad Media, la Edad Oscura. Pero, bajo la bendición de Dios y por el esfuerzo de hombres nobles que él levantó para suceder a Lutero, el protestantismo no fue derrocado. Esta fortaleza no se debió a las armas de los príncipes. Las naciones más humildes y menos poderosas llegaron a ser sus bastiones. Fueron la pequeña Ginebra; Holanda, combatiendo contra la tiranía de España; la desierta y estéril Suecia, quienes ganaron victorias para la Reforma.

Durante casi treinta años, Calvino trabajó desde Ginebra, procurando el avance de la Reforma por toda Europa. Su conducta no fue perfecta, ni estaban sus doctrinas libres de error; pero él fue clave para proclamar verdades de una importancia especial, para mantener el protestantismo frente a la ola papal que rápidamente regresaba, y para promover en las iglesias reformadas la sencillez y la pureza de vida.

Desde Ginebra salían publicaciones y maestros para esparcir las doctrinas reformadas. Desde este punto esperaban todos los países recibir instrucción y ánimo. La ciudad de Calvino llegó a ser un refugio para los perseguidos reformadores de toda la Europa occidental. Eran recibidos cálidamente y los cuidaban amablemente; y al encontrar allí su hogar, bendecían a la ciudad adoptiva con su saber, su capacidad y su piedad. Juan Knox —el valiente reformador escocés—, no pocos de los puritanos ingleses, protestantes de Holanda y de España, y los hugonotes de Francia, llevaron desde Ginebra la antorcha de la verdad para iluminar las tinieblas de sus países natales.

En los Países Bajos y Escandinavia

En los Países Bajos, la tiranía papal despertó protestas desde muy temprano. Setecientos años antes de Lutero, el pontífice romano fue valientemente acusado por dos obispos que, luego de haber sido enviados en una embajada a Roma, habían descubierto el verdadero carácter de la “santa sede”: “Usted se entronizó en el templo de Dios; en lugar de pastor, usted ha llegado a ser un lobo para las ovejas. [...] Lejos de ser un siervo de siervos, como usted mismo se llama, desea hacerse señor de señores. [...] Usted hace que se desprecien los mandamientos de Dios”.¹

Otros se levantaron siglo tras siglo para hacerse eco de esta protesta. La Biblia valdense fue traducida en verso al lenguaje holandés. Declaraban “que ella tenía muchas ventajas; no tiene falsedades, ni fábulas, ni cuentos, ni engaños; sino solo las palabras de verdad”. Así escribían los amigos de la fe antigua en el siglo XII.²

Ahora empezaron las persecuciones romanas; pero los creyentes continuaron multiplicándose, declarando que la Biblia es la única autoridad infalible en religión y que “ninguna persona debe ser obligada a creer, sino que debe ser ganada por la predicación”.³

Las enseñanzas de Lutero hallaron en los Países Bajos a personas fervientes y fieles para predicar el evangelio. Tal era el caso de Menno Simons, educado como un católico romano y ordenado al sacerdocio, pero que era totalmente ignorante de la Biblia y no quería leerla por temor a caer en la herejía. Por medio del desenfreno trató de silenciar la voz de la conciencia, pero no lo logró. Después de algún tiempo, fue inducido a estudiar el Nuevo Testamento, algo que, junto con los escritos de Lutero, hizo que aceptara la fe reformada.

Poco después presencié el martirio de un hombre a quien se le dio muerte por haber sido rebautizado. Esto lo llevó a estudiar la Biblia con respecto al bautismo infantil, y descubrió que el arrepentimiento y la fe se requieren como condición para el bautismo.

Menno se retiró de la Iglesia Católica y dedicó su vida a enseñar las verdades que había recibido. Tanto en Alemania como en los Países Bajos se había levantado

¹ Gerard Brandt, *History of the Reformation In and About the Low Countries* [Historia de la Reforma dentro y alrededor de los Países Bajos], lib. 1, p. 6.

² *Ibíd.*, p. 14.

³ Martyn, t. 2, p. 87.

una clase de fanáticos, contraria al orden y la decencia, que condujo a la insurrección. Menno se opuso firmemente a las enseñanzas erróneas y a los métodos extraños de los fanáticos. Durante 25 años recorrió los Países Bajos y el norte de Alemania. Allí ejerció una vasta influencia y ejemplificó en su propia vida los preceptos que enseñaba. Era un hombre íntegro, humilde, bondadoso, sincero y ferviente. Muy grande fue el número de los convertidos gracias a sus labores.

En Alemania, Carlos v había prohibido la Reforma, pero los príncipes opusieron una barrera contra su tiranía. En los Países Bajos, el poder de Carlos v era mayor. Los edictos de persecución siguieron en rápida sucesión. Leer la Biblia, asistir a una predicación de ella, orar a Dios en secreto, no inclinarse delante de una imagen, cantar un Salmo, eran crímenes castigados con la muerte. Millares murieron bajo Carlos v y Felipe II.

En una ocasión, una familia entera fue traída delante de los inquisidores, acusada de no asistir a la misa y de adorar a Dios en su hogar. El hijo menor contestó: “Nos arrodillamos y oramos para que Dios ilumine nuestra mente y perdone nuestros pecados; oramos por nuestros soberanos, para que su reino sea próspero y su vida, feliz; oramos por nuestros magistrados, para que Dios los guarde”. No obstante, el padre y uno de los hijos fueron condenados a la hoguera.⁴

No solamente hombres sino también mujeres adultas y jóvenes desplegaron un valor inquebrantable. “Algunas esposas se decidían en favor de la verdad junto a la hoguera de sus esposos y, mientras él soportaba el fuego, le susurraban palabras de valor, o cantaban Salmos para alegrarlo”. “Niñas jóvenes, al ser enterradas vivas, se acostaban en sus tumbas como si entraran en su dormitorio; o iban al patíbulo y al fuego vestidas con sus mejores atavíos, como si fueran a su ceremonia de matrimonio”.⁵

La persecución aumentó el número de testigos en pro de la verdad. Año tras año el monarca seguía su obra cruel, pero en vano. Guillermo de Orange estableció por fin en Holanda la libertad de adorar a Dios.

La Reforma en Dinamarca

En los países del norte, el evangelio encontró una entrada pacífica. Estudiantes de Wittenberg, al regresar a sus hogares, introdujeron la fe reformada en Escandinavia. Los escritos de Lutero también esparcían la luz. La robusta gente del norte abandonaba la corrupción y las supersticiones de Roma para darles la bienvenida a las verdades revitalizadoras de la Biblia.

Tausen, “el Reformador de Dinamarca”, desde temprana edad dio evidencias de un vigoroso intelecto y entró en un claustro. Los exámenes demostraron que poseía un talento que prometía buenos servicios a la Iglesia. El joven estudiante recibió permiso para elegir por sí mismo una universidad de Alemania

⁴Wylie, lib. 18, cap. 6.

⁵*Ibid.*

o de los Países Bajos, con una condición: no debía ir a Wittenberg para no verse expuesto al peligro de la herejía (así decían los frailes).

Tausen fue a Colonia, una de las fortalezas del romanismo. Aquí pronto llegó a disgustarse. Más o menos por el mismo tiempo leyó con deleite los escritos de Lutero y deseó grandemente gozar de la instrucción personal del reformador, pero al hacer esto habría arriesgado el apoyo que le brindaba su superior. Pronto tomó su decisión y llegó a ser un estudiante de Wittenberg.

Al regresar a Dinamarca no reveló su secreto, sino que trató de inducir a sus compañeros a una fe más pura. Abría la Biblia y les predicaba a Cristo como la única esperanza de salvación para el pecador. Enorme fue la ira del prior, quien había albergado grandes esperanzas en cuanto a él como un defensor de Roma. En el acto fue trasladado de su propio monasterio y enviado a otro donde se lo confinó en una celda. A través de los barrotes de su prisión, Tausen comunicaba a sus compañeros el conocimiento de la verdad. Si los sacerdotes daneses hubieran cumplido hábilmente el plan de la Iglesia para tratar con los herejes, nunca más se habría escuchado la voz de Tausen; pero en lugar de confinarlo en algún calabozo subterráneo, lo echaron del monasterio.

Un edicto real, que acababa de promulgarse, ofrecía protección a los maestros de la nueva doctrina. Las iglesias le abrieron sus puertas a Tausen, y el pueblo acudía en masa a escucharlo. Circulaba ampliamente el Nuevo Testamento en danés. Los esfuerzos hechos para detener esta obra solo sirvieron para ampliarla más y más, y pronto Dinamarca declaró su aceptación de la fe reformada.

Progresos en Suecia

También en Suecia jóvenes de Wittenberg llevaron el agua de vida a sus compatriotas. Dos hermanos y dirigentes de la reforma sueca, Olaf y Lorenzo Petri, estudiaron bajo la dirección de Lutero y Melanchton. A semejanza del gran reformador, Olaf conquistaba a la gente con su elocuencia; Lorenzo, en cambio, como Melanchton, era pensativo y calmado. Pero ambos tenían un valor indomable. Los sacerdotes católicos incitaban al pueblo ignorante y supersticioso. En varias oportunidades, Olaf Petri apenas escapó con vida. Sin embargo, el rey protegió a estos reformadores, pues se había determinado auspiciar una reforma y les dio la bienvenida a estos ayudantes en la batalla contra Roma.

En presencia del monarca y de los líderes de Suecia, Olaf Petri, con gran habilidad, defendió la fe reformada. Declaró que las enseñanzas de los Padres de la Iglesia debían recibirse únicamente cuando estaban de acuerdo con las Escrituras; que en la Biblia las doctrinas esenciales de la fe se presentan de una manera clara, de tal forma que todos pueden entenderlas.

Este debate sirve para mostrarnos “la clase de seres humanos que formaban las filas del ejército de los reformadores. No eran personas de poca cultura, sectarios y apologistas ruidosos; lejos de ello. Eran personas que habían estudiado la Palabra de Dios y conocían bien cómo usar las armas con las que los suplía la armadura de la Biblia. Eran eruditos y teólogos, hombres que dominaban

perfectamente todo el sistema de la verdad evangélica, y que lograban una victoria fácil sobre los sofistas de las escuelas y los dignatarios de Roma”.⁶

El rey de Suecia aceptó la fe protestante y la Asamblea Nacional se declaró en su favor. Cumpliendo con el deseo del monarca, los dos hermanos se abocaron a la tarea de traducir toda la Biblia. La Dieta ordenó que por todo el imperio los ministros debían explicar las Escrituras, y que a los niños de las escuelas se les debía enseñar a leer la Biblia.

Libre de la opresión romana, la nación logró una fortaleza y una grandeza que nunca antes había alcanzado. Un siglo más tarde, esta nación que hasta aquí había sido débil –la única en Europa que se atrevió a extender una mano de ayuda– vino al rescate de Alemania en la terrible Guerra de los Treinta Años. Parecía que todo el norte de Europa estaba por ser sometido de nuevo a la tiranía de Roma; pero los ejércitos de Suecia permitieron que Alemania obtuviera la tolerancia para los protestantes y restaurara la libertad de conciencia en los países que habían aceptado la Reforma.

⁶ *Ibid.*, lib. 10, cap. 4.

La verdad progresa en Inglaterra

Al mismo tiempo que Lutero daba la Biblia al pueblo de Alemania, Tyndale fue dirigido por el Espíritu de Dios a hacer lo mismo en favor de Inglaterra. La Biblia de Wiclef había sido traducida del texto en latín, que contenía muchos errores, y el costo de las copias de manuscritos era tan elevado que tenía una circulación muy limitada.

En 1516, se publicó por primera vez el Nuevo Testamento desde el griego original. Se corrigieron muchos errores de versiones anteriores y se presentó en forma mucho más clara el pensamiento original. Esto indujo a muchas personas educadas a adquirir un mejor conocimiento de la verdad, y dio un nuevo ímpetu a la obra de la Reforma. Pero la gente común todavía estaba, en gran medida, privada de la Palabra de Dios. Tyndale había de completar la obra de Wiclef de darles la Biblia a sus compatriotas.

Él predicaba valientemente sus convicciones. A la pretensión papista de que la iglesia había dado la Biblia, y que solo la iglesia podía explicarla, Tyndale respondió: “Lejos de habernos dado las Escrituras, son ustedes los que la han escondido de nosotros; son ustedes los que han quemado a quienes la enseñaban y, si pudieran, quemarían las Escrituras mismas”.¹

La predicación de Tyndale despertó gran interés, pero los sacerdotes se esforzaban por destruir su obra. “¿Qué haremos? –exclamaba él–. Yo no puedo estar en todas partes. ¡Oh! Si los cristianos poseyeran las Sagradas Escrituras en su propio idioma, podrían hacer frente a estos sofistas por sí mismos. Sin la Biblia, es imposible establecer a los laicos en la verdad”.²

Entonces, un nuevo propósito se posesionó de su mente: “¿No resonará el evangelio entre nosotros en la lengua de Inglaterra? [...] ¿Debe la iglesia tener menos luz al mediodía que en la madrugada? [...] Los cristianos deben estudiar el Nuevo Testamento en su idioma materno”.³ Únicamente mediante la Biblia las personas podrían llegar a la verdad.

Un católico erudito, al discutir con él, exclamó: “Mejor sería para nosotros estar sin las leyes de Dios que sin las del Papa”. Tyndale replicó: “Desafío al Papa y todas sus leyes; y si Dios me prolonga la vida, antes que pasen muchos

¹ D’Aubigné, *History of the Reformation of the Sixteenth Century* [Historia de la Reforma del siglo XVI], lib. 18, cap. 4.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

años, haré que un muchacho que maneje el arado sepa más de las Escrituras que tú”.⁴

Tyndale traduce el Nuevo Testamento al inglés

Alejado de su hogar por la persecución, Tyndale fue a Londres. Allí, por un tiempo, trabajó sin ser perturbado. Pero, de nuevo los partidarios del Papa lo obligaron a huir. Toda Inglaterra parecía estar cerrada contra él. Fue a Alemania, donde comenzó la publicación del Nuevo Testamento en inglés. Cuando se le prohibía imprimir en una ciudad, iba a otra. Por fin llegó a Worms, donde, unos pocos años antes, Lutero había defendido el evangelio ante la Dieta. En esa ciudad había muchos partidarios de la Reforma. Pronto se terminaron tres mil ejemplares del Nuevo Testamento y, en el mismo año, se hizo una nueva edición.

La Palabra de Dios fue llevada en secreto a Londres para hacerla circular, desde allí, por todo el país. Los partidarios del Papa intentaron suprimir la verdad, pero en vano. El obispo de Durham compró de un librero amigo de Tyndale todo el surtido de Biblias con el propósito de destruirlas, suponiendo que esto perturbaría la obra; pero el dinero provisto de esta manera sirvió para comprar material para una nueva edición, mejor que la anterior. Cuando Tyndale fue apresado, más tarde, se le ofreció su libertad con la condición de que revelara los nombres de los que lo habían ayudado a hacer frente a los gastos de impresión de sus Biblias. Él respondió que el obispo de Durham había hecho más que ninguna otra persona, al pagar un gran precio por los libros que quedaban disponibles.

Tyndale finalmente dio testimonio de su fe por medio del martirio; pero las armas que él preparó capacitaron a otros soldados para continuar la batalla durante siglos, aun hasta nuestro tiempo.

Latimer sostuvo desde el púlpito que la Biblia debía leerse en el lenguaje del pueblo. “No tomemos caminos laterales, sino que permitamos que la Palabra de Dios nos dirija; no sigamos [...] a nuestros padres, ni busquemos lo que ellos hicieron, sino lo que debían haber hecho”.⁵

Barnes y Frith, Ridley y Cranmer, líderes de la Reforma inglesa, eran hombres de saber, y habían sido altamente estimados por su celo y piedad en la comunión de la iglesia romana. Como resultado de su conocimiento de los errores de la “santa sede”, ellos se opusieron al papado.

La autoridad infalible de las Escrituras

El gran principio sostenido por estos reformadores –el mismo que sostuvieron los valdenses, Wiclef, Hus, Lutero, Zuinglio y los que estaban con ellos– era la autoridad infalible de la Escritura. Por sus enseñanzas ellos probaban todas las doctrinas y todas las afirmaciones. La fe en la Palabra de Dios sostuvo a estos hombres santos cuando entregaron su vida en la hoguera. “Ten buen ánimo –exclamó Latimer

⁴ Anderson, *Annals of the English Bible* [Anales de la Biblia inglesa] (ed. revisada, 1862), p. 19.

⁵ Hugh Latimer, “First Sermon Preached Before King Edward VI” [Primer sermón predicado ante el rey Eduardo VI].

dirigiéndose a su compañero en el martirio cuando las llamas estaban por silenciar sus voces—, en este día encenderemos una luz que, por la gracia de Dios, confío en que nunca se apagará en Inglaterra”.⁶

Durante cientos de años después de que las iglesias de Inglaterra se sometieran a Roma, las de Escocia mantuvieron su libertad. Sin embargo, en el siglo XII se estableció el papismo, y en ningún país llegó a ser tan tenebroso. Aun así, algunos rayos de luz llegaron para atravesar las tinieblas. Los loldos, al llegar de Inglaterra con la Biblia y las enseñanzas de Wiclef, hicieron mucho para preservar el conocimiento del evangelio. Con el comienzo de la Reforma llegaron los escritos de Lutero y el Nuevo Testamento de Tyndale. Estos mensajeros atravesaron silenciosamente las montañas y los valles, y avivaron tanto la antorcha de la verdad que casi extinguió la obra destructora hecha durante cuatro siglos de opresión.

Entonces, los dirigentes papales, despertando de repente al peligro, mandaron a la hoguera a algunos de los más nobles hijos de Escocia. Los testigos que deponían su vida en el martirio por todo el país inspiraron el alma del pueblo con un propósito decidido de librarse de las cadenas de Roma.

Juan Knox

Hamilton, Wishart y una larga lista de discípulos más humildes depusieron su vida en la hoguera. Pero, desde la pira ardiente de Wishart, salió un héroe a quien las llamas no habrían de silenciar; uno que, bajo la dirección de Dios, habría de dar el golpe de muerte al papismo en Escocia.

Juan Knox se apartó de las tradiciones de la iglesia para alimentarse de las verdades de la Palabra de Dios. Las enseñanzas de Wishart lo confirmaron en su determinación de abandonar a Roma y unirse a los reformadores perseguidos.

Sus compañeros lo instaban a predicar, pero Knox, tembloroso, no se atrevía a asumir esta responsabilidad. Solamente después de días de penoso conflicto consigo mismo, consintió en hacerlo. Después de haber aceptado, sin embargo, avanzó con valor inquebrantable. Este reformador, totalmente sincero, no temía hacerle frente al ser humano. Cuando tuvo que comparecer cara a cara ante la reina de Escocia, no pudo ser convencido con halagos, ni tampoco se acobardó frente a las amenazas. Knox había enseñado al pueblo a recibir una religión prohibida por el Estado —declaró la reina—, y con ello había transgredido el mandamiento de Dios que exige que los súbditos obedezcan a sus príncipes. Knox respondió con firmeza: “Si toda la simiente de Abraham hubiera pertenecido a la religión de Faraón, del cual eran súbditos los israelitas, le pregunto con respeto, señora, ¿qué religión habría en el mundo? O si todas las personas en los días de los apóstoles hubieran sido de la religión de los emperadores romanos, ¿qué religión existiría hoy en día sobre la faz de la Tierra?”

María respondió: “Tú interpretas las Escrituras de una manera, y ellos [los católicos romanos] la interpretan de otra manera; ¿a quién creeré yo, y quién será el juez?”

⁶ *Works of Hugh Latimer* [Obras de Hugo Latimer], t. 1, p. xiii.

“Su Majestad debiera creer en Dios, que habla con claridad en su Palabra –respondió el reformador–. [...] La Palabra de Dios es clara en sí misma; y si aparece alguna oscuridad en algún lugar, el Espíritu Santo, que nunca se contradice a sí mismo, la explicará más claramente en otros lugares”.⁷

Con valor indomable, el valiente reformador, corriendo peligro de vida, se mantuvo firme en su propósito hasta que Escocia se vio libre del papismo.

En Inglaterra, cuando se estableció el protestantismo como religión oficial, disminuyó la persecución, pero esta no se detuvo por completo. Se retuvieron no pocas de las formas usadas por Roma. Se rechazó la supremacía del Papa, pero en su lugar se entronizó al monarca como cabeza de la iglesia. Todavía existía una gran desviación de la pureza del evangelio. No se entendía todavía la libertad religiosa. Aunque los gobernantes protestantes recurrían solo raramente a las horribles crueldades empleadas por Roma, todavía no se reconocía el principio de que cada persona debe adorar a Dios de acuerdo con su propia conciencia. Los que no estaban de acuerdo sufrían y continuaron sufriendo la persecución durante centenares de años.

Miles de pastores expulsados

En el siglo XVII, miles de pastores fueron expulsados de sus cargos, y se prohibió que el pueblo asistiera a reuniones religiosas a menos que estuvieran aprobadas por la iglesia. En las ocultas profundidades del bosque, esos perseguidos hijos de Dios se reunían para volcar sus almas en oración y alabanza. Muchos sufrieron por su fe. Las cárceles se llenaron, y muchas familias fueron desintegradas. Sin embargo, la persecución no pudo silenciar el testimonio. Muchos fueron impulsados a cruzar el océano para llegar a América y allí establecer los fundamentos de la libertad civil y religiosa.

En un calabozo colmado de criminales, Juan Bunyan respiraba la atmósfera del Cielo y escribió su maravillosa alegoría referente al viaje del peregrino desde la Tierra de Destrucción a la Ciudad Celestial. *El progreso del peregrino* y *Gracia abundante para el mayor de los pecadores* han guiado muchos pies al camino de la vida.

En una hora de tinieblas espirituales, Whitefield y los hermanos Wesley apreciaron como portaantorchas de Dios. Bajo la iglesia establecida, el pueblo había caído en un estado que apenas se distinguía del paganismo. Las clases más elevadas despreciaban la piedad; las clases más humildes eran abandonadas en el vicio. La iglesia no tenía el valor ni la fe para sostener la causa derruida de la verdad.

La justificación por la fe

Se había perdido de vista casi totalmente la gran doctrina de la justificación por la fe, tan claramente enseñada por Lutero. El principio romanista de confiar en las buenas obras para la salvación había ocupado su lugar. Whitefield y los Wesley buscaban sinceramente el favor de Dios. Este, según les había enseñado, debía obtenerse por la virtud y la observancia de las ordenanzas de la religión.

⁷ David Laing, *The Collected Works of John Knox* [Las obras recopiladas de Juan Knox], t. 2, pp. 281, 284.

En cierta ocasión en que Carlos Wesley cayó enfermo y pensaba que estaba próximo su fin, se le preguntó en qué descansaba su esperanza de la vida eterna. Su respuesta fue: “He hecho cuanto he podido por servir a Dios”. El amigo no parecía satisfecho con esta contestación. Wesley pensó: “¡Qué! [...] ¿Ha de despojarme él de mis esfuerzos? No tengo otra cosa en la que confiar”.⁸ Estas eran las tinieblas que se habían asentado sobre la iglesia y habían apartado a los seres humanos de la única esperanza de salvación: la sangre del Redentor crucificado.

Wesley y sus asociados fueron llevados a ver que la Ley de Dios se extendía hasta abarcar los pensamientos al igual que las palabras y las acciones. Mediante esfuerzos diligentes y acompañados de oración, se esmeraban por subyugar los males del corazón natural. Vivían una vida de abnegación y humillación, observando con exactitud cada exigencia que, pensaban, podía serles de ayuda para obtener esa santidad que pudiera lograr el favor de Dios. Pero en vano se esforzaron por librarse de su sentido de condenación del pecado o por quebrantar su poder.

El fuego de la verdad divina, casi completamente extinguido sobre el altar del protestantismo, sería encendido de nuevo por la antigua antorcha custodiada por los cristianos de Bohemia. Algunos de estos, que habían hallado refugio en Sajonia, mantenían la fe antigua. Y, por medio de estos cristianos, la luz le llegó a Wesley.

Juan y Carlos fueron enviados en una misión a América. En el barco había un grupo de moravos. Se desataron violentas tempestades, y Juan, cara a cara con la muerte, sintió que no tenía la seguridad de la paz de Dios. En cambio, los alemanes manifestaron una calma y una confianza desconocidas para él. “Yo había observado –escribió–, mucho tiempo antes, el gran fervor de su comportamiento. [...] Ahora había una oportunidad de probar si realmente estaban libres del espíritu de temor, así como del espíritu de orgullo, de odio y de venganza. En medio del Salmo con el que comenzaban su servicio religioso, se desató una tormenta; la vela mayor se hizo añicos y cubrió el barco, y el mar se derramó sobre las cubiertas como si el profundo abismo ya nos hubiera tragado. Los ingleses prorrumpieron en terribles gemidos. Los alemanes continuaron cantando con tranquilidad. Le pregunté a uno de ellos más tarde: ‘¿No tenía usted miedo?’ Él respondió: ‘Agradezco a Dios que no tenía miedo’. Yo pregunté: ‘Pero, sus mujeres y sus niños ¿no tenían miedo?’ Él contestó con calma: ‘No, nuestras mujeres y nuestros niños no tienen miedo de morir’ ”.⁹

La conversión de Wesley

Tras regresar a Inglaterra, Wesley llegó a una comprensión más clara de la fe bíblica guiado por la instrucción de un moravo. En una reunión de la sociedad morava que se realizaba en Londres se leyó una declaración de Lutero. Mientras Wesley escuchaba, la fe se encendió en su alma. “Sentí calentarse mi corazón de un modo extraño –dice él–. Sentí que confiaba en Cristo, solamente en Cristo,

⁸ John Whitehead, *Life of the Rev. Charles Wesley* [La vida de Rev. Carlos Wesley], p. 102.

⁹ *Ibid.*, p. 10.

para la salvación; y me fue dada la seguridad de que él había limpiado mis propios pecados, y me había salvado de la ley del pecado y de la muerte”.¹⁰

Ahora Wesley encontró que la gracia, que él se había esforzado por ganar mediante oraciones, ayunos y abnegación propia, era una dádiva que se recibía “sin pago alguno”. Toda su alma ardía con el deseo de esparcir por doquiera el evangelio glorioso de la gracia gratuita de Dios. “Considero el mundo entero como mi parroquia –dijo–; en cualquier parte del mundo creo que es adecuado, es correcto y es mi obligación comunicar el evangelio a todos los que estén dispuestos a escuchar las buenas nuevas de la salvación”.¹¹

Continuó su vida estricta y de abnegación, pero no considerándola ahora como la razón, sino como el resultado de la fe; no como la raíz, sino como el fruto de la santidad. La gracia de Dios en Cristo se manifiesta en obediencia. Wesley consagró su vida a predicar las grandes verdades que había recibido: la justificación por la fe y la sangre redentora de Cristo, y el poder renovador del Espíritu Santo en el corazón, que produce frutos en una vida que sigue el ejemplo de Cristo.

Los compañeros de Whitefield y de los Wesley que no creían los llamaban con desprecio “metodistas”, un nombre que actualmente se considera respetable. El Espíritu Santo instó a estos reformadores a predicar a Cristo y a él crucificado. Miles se convirtieron de corazón. Era necesario que estas ovejas fueran protegidas de los lobos rapaces. Wesley no tenía planes de formar una nueva iglesia, pero los organizó en lo que se llamó la Conexión Metodista.

Misteriosa e irritante fue la oposición que estos predicadores encontraron por parte de la iglesia establecida; sin embargo, la verdad encontró puertas abiertas que de otra manera permanecerían cerradas. Algunos de entre el clero se despertaron de su estupor moral y llegaron a ser celosos predicadores en sus propias parroquias.

En los tiempos de Wesley, hombres que tenían diferentes dones no estaban de acuerdo en todo punto de doctrina. Las diferencias entre Whitefield y los Wesley amenazaron en una ocasión con crear separación entre ambos grupos, pero debido a que aprendieron la unidad en la escuela de Cristo, la tolerancia y el amor fraternal los reconciliaron. No tenían tiempo para discutir en tanto que el error y la iniquidad prevalecían por doquiera.

Wesley escapa de la muerte

Hombres de saber y de talento emplearon su influencia contra ellos. Muchos eclesiásticos manifestaron hostilidad, y las puertas de las iglesias se cerraron contra la fe pura. El clero, denunciándolos desde el púlpito, despertó los elementos de las tinieblas y la iniquidad. Una y otra vez Juan Wesley escapó de la muerte por milagro de la misericordia de Dios. Cuando parecía que no había manera de escapar, un ángel en forma humana llegaba a su lado, la multitud se retiraba, y el siervo de Cristo salía ileso del peligro.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 52.

¹¹ *Ibíd.*, p. 74.

Acerca de una de estas ocasiones en que fue librado, Wesley dijo: “Aunque muchos se esforzaron por sujetarme del cuello o por tomarme de la ropa para derribarme, no lo lograban; uno solo logró asirse de uno de los bolsillos de mi chaleco, que quedó en sus manos; pero en el bolsillo del otro lado, en el que había un billete, no arrancó más que la mitad. [...] Un hombre robusto que venía detrás me dirigió repetidos golpes con una gran vara de roble; si hubiera logrado golpearme con ella una sola vez en la nuca, él no habría tenido más problemas. Pero, cada vez que lanzaba un golpe, la vara se le desviaba a un lado, no sé cómo, pues yo no podía moverme ni hacia la derecha ni hacia la izquierda”.¹²

Los metodistas de aquellos días soportaron el ridículo y la persecución y, a menudo, la violencia. En algunos casos se colocaban carteles públicos convocando a que se reunieran en un determinado tiempo y lugar los que desearan romper las ventanas y robar las casas de los metodistas. Se realizó una persecución sistemática contra un pueblo cuya única falta consistió en llamar a los pecadores a la senda de la santidad.

La decadencia espiritual que reinaba en Inglaterra, justamente antes del tiempo de Wesley, era en gran parte el resultado de la enseñanza de que Cristo había abolido la Ley Moral y que los cristianos no estaban bajo ninguna obligación de obedecerla. Otros declaraban que era innecesario que los ministros exhortaran al pueblo a la obediencia de los preceptos divinos, puesto que aquellos a quienes Dios había elegido para la salvación serían “conducidos a la práctica de la piedad y la virtud”, en tanto que los que estaban condenados a la eterna reprobación “no tenían el poder de obedecer la Ley divina”.

También había quienes, sosteniendo que “los elegidos no podían caer de la gracia ni perder el favor divino”, llegaron a la terrible conclusión de que “las acciones malvadas que cometían no eran realmente pecaminosas [...] y que, en consecuencia, no tenían motivo ni de confesar sus pecados ni de abandonarlos por el arrepentimiento”.¹³ Por lo tanto, declaraban ellos, aun uno de los pecados más groseros, “considerado universalmente como una enorme violación de la Ley divina, no es pecado a la vista de Dios” si lo comete uno de los elegidos, porque “ellos no pueden hacer nada que sea desagradable para Dios o prohibido por la Ley”.

Estas doctrinas monstruosas son esencialmente lo mismo que la enseñanza posterior de que no existe una ley divina inmutable como norma de la justicia, sino que la moralidad es algo establecido por la sociedad misma y constantemente sujeta a cambios. Todas estas ideas están inspiradas por aquel que entre los habitantes perfectos del Cielo comenzó su obra de quebrantar las justas restricciones de la Ley de Dios.

La doctrina de que los decretos divinos fijan en forma inalterable el carácter de los seres humanos había llevado a muchos a rechazar la Ley de Dios. Wesley se oponía resueltamente a esta creencia que llevaba al antinomianismo. “Dios ha

¹² John Wesley, *Works* [Obras], t. 3, pp. 297, 298.

¹³ McClintock & Strong, *Cyclopedia* [Enciclopedia], art. “Antinomians” [Antinomianos].

manifestado a toda la humanidad su gracia, la cual trae salvación” (Tito 2:11). “Dios nuestro Salvador [...] quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad. Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, quien dio su vida como rescate por todos” (1 Timoteo 2:3-6). Cristo es “la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo” (S. Juan 1:9, RVA 2015). Los seres humanos dejan de ser salvos cuando por su propia voluntad rechazan el don de la vida.

En defensa de la Ley de Dios

En respuesta a la pretensión de que con la muerte de Cristo los Diez Mandamientos habían sido abolidos junto con la ley ceremonial, Wesley dijo: “La Ley Moral, contenida en los Diez Mandamientos y defendida por los profetas, no fue abolida por Jesús. Esta es una ley que nunca podrá ser quebrantada, que ‘está establecida como un fiel testigo en el Cielo’”.

Wesley declaró la perfecta armonía de la Ley y el evangelio. “Por un lado, la Ley conduce continuamente y señala al evangelio; por el otro, el evangelio continuamente nos conduce a un cumplimiento más estricto de la Ley. La Ley, por ejemplo, requiere de nosotros que amemos a Dios, que amemos a nuestro prójimo, que seamos mansos, humildes y santos. Nosotros sentimos que no tenemos la capacidad de hacer estas cosas [...] pero vemos la promesa de Dios de darnos ese amor, y de hacernos humildes, mansos y santos: echemos mano de este evangelio, de estas buenas nuevas [...] ‘las justas demandas de la ley se cumplen en nosotros’, por la fe que es en Cristo Jesús [...]”.

“Entre los enemigos más encarnizados del evangelio de Cristo –decía Wesley– están aquellos que [...] enseñan a los seres humanos a quebrantar [...] no solamente uno de los Mandamientos, aunque fuera el menor o el mayor, sino todos los Mandamientos a la vez. [...] Estos honran a Dios como Judas lo hizo cuando dijo: ‘¡Salve, Maestro! Y lo besó’. [...] No constituye otra cosa que traicionar a Cristo con un beso hablar de su sangre y despojarlo al mismo tiempo de su corona; despreciar cualquier parte de su Ley con el pretexto de hacer avanzar su evangelio”.¹⁴

La armonía entre la Ley y el evangelio

A los que insistían en que “la predicación del evangelio satisface todas las exigencias de la Ley”, Wesley replicó: “No satisface ni siquiera el primer fin de la Ley, a saber, convencer a los seres humanos de pecado, despertar a los que todavía duermen al borde del infierno. [...] Es absurdo, por lo tanto, ofrecer un médico a los que están sanos, o que a lo menos se imaginan estar en esa condición. Primero usted tiene que convencerlos de que están enfermos; de otra manera no le agradecerán por su trabajo. Es igualmente absurdo ofrecerles a Cristo a aquellos cuyo corazón aún no ha sido quebrantado”.¹⁵

¹⁴ Wesley, Sermón 25.

¹⁵ Wesley, Sermón 35.

Mientras predicaba el evangelio de la gracia de Dios, Wesley, así como su Maestro, trataba de “hacer su ley grande y gloriosa” (Isaías 42:21). Gloriosos fueron los resultados que se le permitió observar. Al final de más de medio siglo invertido en su ministerio, sus adherentes eran más de medio millón. Pero nunca se conocerá la multitud que, a causa de sus esfuerzos, había sido elevada de la degradación del pecado a una vida más elevada y más pura, hasta que toda la familia de los redimidos se reúna en el Reino de Dios. Su vida presenta una lección de valor incalculable para todo cristiano.

¡Ojalá que la fe, el celo incansable, la abnegación y la devoción de este siervo de Cristo se reflejen en las iglesias de nuestros días!

El régimen del Terror en Francia: su verdadera causa

Algunas naciones le dieron la bienvenida a la Reforma como a una mensajera del Cielo. Pero en otros países la luz del conocimiento de la Biblia quedó casi totalmente excluida. En una nación, la verdad y el error lucharon durante siglos por el predominio, y finalmente se rechazó la verdad del Cielo. El freno constituido por la presencia del Espíritu de Dios fue retirado de un pueblo que había depreciado el don de su gracia, y todo el mundo vio el fruto del rechazo voluntario de la luz.

La guerra contra la Biblia en Francia culminó en la Revolución, que fue el resultado natural de que Roma anulara las Escrituras. Lo que ocurrió luego presentó la más notable ilustración que jamás se haya visto del efecto de las enseñanzas de la Iglesia Romana.

Juan, autor del Apocalipsis, señala los terribles resultados que habían de verse en Francia por el dominio del “hombre de maldad”:

“Pisotearán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses. Por mi parte, yo encargaré a mis dos testigos que, vestidos de luto, profeticen durante mil doscientos sesenta días. [...] Ahora bien, cuando hayan terminado de dar su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará. Sus cadáveres quedarán tendidos en la plaza de la gran ciudad, llamada en sentido figurado Sodoma y Egipto, donde también fue crucificado su Señor. [...] Los habitantes de la tierra se alegrarán de su muerte y harán fiesta e intercambiarán regalos, porque estos dos profetas les estaban haciendo la vida imposible. Pasados los tres días y medio, entró en ellos un aliento de vida enviado por Dios, y se pusieron de pie, y quienes los observaban quedaron sobrecogidos de terror” (Apocalipsis 11:2-11).

Los “cuarenta y dos meses” y los “mil doscientos sesenta días” se refieren al mismo tiempo, es decir, el tiempo durante el que la Iglesia de Cristo sufriría opresión a manos de Roma. Los 1.260 años comenzaron en el 538 y terminaron en 1798. En esa fecha, un ejército francés tomó prisionero al Papa, quien murió en el exilio. La jerarquía papal, a partir de entonces, nunca volvió a tener el mismo poder que poseía anteriormente.

La persecución de la Iglesia no continuó durante todo el tiempo de los 1.260 años. Dios, como una manifestación de su misericordia hacia su pueblo, acortó el tiempo de la prueba terrible por medio de la influencia de la Reforma.

Los “dos testigos” representan las Escrituras del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, testimonios importantes del origen y la perpetuidad de la Ley de Dios, y también del plan de salvación.

“Yo encargaré a mis dos testigos que, vestidos de luto, profeticen durante mil doscientos sesenta días”. Cuando se proscribió la Biblia, y su testimonio fue pervertido; cuando los que se atrevieron a proclamar sus verdades fueron traicionados, torturados, martirizados por su fe u obligados a huir, entonces los fieles “testigos” profetizaron “vestidos de luto”. Aun en los tiempos más oscuros, personas fieles recibieron sabiduría y autoridad para declarar la verdad de Dios.

“Si alguien quiere hacerles daño, ellos lanzan fuego por la boca y consumen a sus enemigos. Así habrá de morir cualquiera que intente hacerles daño” (Apocalipsis 11:5). ¡Los seres humanos no pueden atropellar impunemente la Palabra de Dios!

“Cuando hayan terminado [estén terminando] de dar su testimonio”. Cuando los dos testigos estaban terminando su obra en la oscuridad, “la bestia que sube del abismo les hará la guerra”. Aquí se presenta una nueva manifestación del poder satánico.

La política de Roma había sido, mientras profesaba reverencia por la Biblia, mantenerla cautiva en un idioma desconocido, y oculta del pueblo. Bajo su gobierno, los testigos profetizaron “vestidos de luto”. Pero “la bestia que sube del abismo” haría guerra abierta y declarada contra la Palabra de Dios.

“La gran ciudad”, en cuyas calles son asesinados los testigos y donde yacen sus cuerpos muertos, es, “en sentido figurado”, Egipto. De todas las naciones mencionadas en la historia bíblica, Egipto fue la que negó más temerariamente la existencia del Dios vivo y resistió sus mandatos. Ningún monarca jamás se aventuró a resistir con tanto descaro la autoridad del Cielo como el faraón de Egipto: “¡Ni conozco al Señor, ni voy a dejar que Israel se vaya!” (Éxodo 5:2). Esto es el ateísmo; y la nación representada por Egipto se haría eco de una negación similar de Dios y manifestaría un espíritu de desafío similar.

“La gran ciudad” también es comparada, “en sentido figurado”, a Sodoma. La corrupción de Sodoma se manifestó especialmente en su vida licenciosa. Este pecado habría de ser igualmente la característica de la nación que cumpliría este pasaje bíblico.

Según el profeta, entonces, un poco antes de 1798, cierto poder de carácter satánico se levantaría para hacer guerra contra la Biblia; y en el país donde el testimonio de “los dos testigos” de Dios fuera silenciado, se manifestaría el ateísmo de Faraón y el libertinaje de Sodoma.

Un notable cumplimiento de la profecía

Esta profecía recibió un notable cumplimiento en la historia de Francia durante la Revolución, en 1793. “Francia se destaca en toda la historia mundial como el único Estado que, por un decreto de su Asamblea Legislativa, declaró

que no existía Dios, y el único sitio en que toda la población de la capital, y una vasta mayoría de la población de otros lugares, mujeres y hombres, danzaron y cantaron con gozo aceptando este pronunciamiento”.¹

Francia también presentó las características que distinguían a Sodoma. El historiador presenta juntos el ateísmo y la conducta licenciosa de Francia en estas palabras: “Íntimamente vinculadas con estas leyes que afectaban a la religión, estaba la que reducía la unión matrimonial –el compromiso más sagrado que los seres humanos pueden formar, y cuya permanencia y estabilidad contribuyen más eficazmente a la consolidación de la sociedad– al estado de un mero contrato civil de carácter transitorio, del que pueden participar dos personas cualquiera y deshacerlo a voluntad. [...] Sofía Arnoult, una famosa actriz que se caracterizaba por la agudeza de sus dichos, definió el casamiento republicano como ‘el sacramento del adulterio’”.²

Enemidad contra Cristo

“Donde también nuestro Señor fue crucificado” (Apocalipsis 11:8, RV60). Esto también lo cumplió Francia. En ningún país había encontrado la verdad una oposición más cruel. En la persecución con que Francia afligió a los que profesaban el evangelio, crucificó también a Cristo en la persona de sus discípulos.

Siglo tras siglo había sido derramada la sangre de los santos. Mientras los valdenses perdían su vida en las montañas del Piamonte “por el testimonio de Jesucristo”, los albigenses de Francia daban un testimonio similar. En este país, los discípulos de la Reforma fueron asesinados con horribles torturas. El rey y los nobles, mujeres de alta alcurnia y delicadas jovencitas habían festejado las agonías de los mártires de Jesús. Los valientes hugonotes vertieron su sangre en más de un campo de batalla, cazados como bestias salvajes.

Los pocos descendientes de los antiguos cristianos que todavía permanecían en Francia en el siglo XVIII, escondidos en las montañas del sur, mantenían la fe de sus padres. Eran arrastrados a las galeras para morir en esclavitud. Los hombres y las mujeres más refinados e inteligentes de Francia eran encadenados y horriblemente torturados, en medio de ladrones y asesinos. Otros eran fusilados a sangre fría, mientras caían de rodillas en oración. El país, assolado por la espada, el hacha y la hoguera, “se convirtió en un vasto y lúgubre desierto”. “Estas atrocidades se consumaron [...] no en una edad oscura, sino en la brillante época de Luis XIV. Por ese entonces se cultivaba la ciencia, florecían las letras, y los teólogos de la corte y de la capital eran hombres instruidos y elocuentes, y aparentaban en gran manera poseer las gracias de la mansedumbre y la caridad”.³

El más horrible de los crímenes

Pero lo más cínico que se registra en este tenebroso catálogo de crímenes fue la matanza de San Bartolomé. El rey de Francia, instado por los sacerdotes y los

¹ *Blackwood's Magazine*, noviembre de 1870.

² Sir Walter Scott, *Life of Napoleon* [Vida de Napoleón], t. 1, cap. 17.

³ Wylie, lib. 22, cap. 7.

prelados, concedió su sanción. Una campana, que sonó a medianoche, fue la señal para la matanza. Miles de protestantes, que dormían en sus hogares, confiando en la palabra que les había dado el rey asegurándoles protección, fueron arrastrados a la calle y asesinados.

Durante siete días, la masacre continuó en París. Por orden del rey, se extendió a todas las ciudades donde hubiera protestantes. Nobles y campesinos, viejos y jóvenes, madres y niños fueron sacrificados juntos. Por toda Francia, murieron 70.000 personas de la flor y nata de la nación.

“Cuando las noticias de la masacre llegaron a Roma, el regocijo entre el clero no conoció límites. El cardenal de Lorena recompensó al mensajero con mil coronas [monedas de la época]; el cañón de San Ángelo tronó en alegres disparos; se oyeron las campanas de todas las torres; fogatas innumerables convirtieron la noche en día; y Gregorio XIII, asistido por cardenales y otros dignatarios eclesiásticos, salió en una larga procesión hacia la iglesia de San Luis, donde el cardenal de Lorena cantó un *Te Deum*. [...] Se acuñó una medalla para conmemorar la matanza. [...] Un sacerdote francés [...] habló de ‘ese día tan lleno de dicha y alegría, cuando el santísimo padre recibió la noticia y se encaminó en solemne comitiva para dar gracias a Dios y a San Luis’ ”.⁴

El mismo espíritu maestro que impulsó la matanza de San Bartolomé presidió en las escenas de la Revolución. Jesucristo fue declarado impostor, y el clamor de los franceses incrédulos fue “aplasten al Infame”, refiriéndose a Cristo. La blasfemia y la maldad marcharon de la mano. En todo esto se rindió tributo a Satanás, en tanto que Cristo, en sus características de verdad, pureza y amor abnegado, fue “crucificado”.

“La bestia que sube del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará” (Apocalipsis 11:7). El poder ateo que gobernó en Francia durante la Revolución y el Terror se empeñó en una guerra semejante contra Dios y su Palabra. La Asamblea Nacional abolió el culto a la Deidad. Se recogieron Biblias para quemarlas públicamente. Las instituciones de la Biblia fueron abolidas. Se suprimió el día de descanso semanal y, en su lugar, se dedicó cada décimo día a la parranda. Se prohibieron la comunión y el bautismo. Anuncios colocados en los cementerios declaraban que la muerte era un sueño eterno.

Se prohibieron todos los cultos religiosos, excepto el de la “libertad” y la patria. El “obispo constitucional de París fue traído [...] para declarar ante la Convención que la religión que él había enseñado por tantos años era, en todo respecto, una tramoya del clero, que no tenía fundamento ni en la historia ni en la verdad sagrada. Negó en términos explícitos y solemnes la existencia de la Divinidad, a cuyo culto él se había consagrado”.⁵

“Los habitantes de la tierra se alegrarán de su muerte y harán fiesta e intercambiarán regalos, porque estos dos profetas les estaban haciendo la vida imposible” (Apocalipsis 11:10). La Francia incrédula había silenciado la voz de reprensión de los

⁴ Henry White, *The Massacre of St. Bartholomew* [La masacre de San Bartolomé], cap. 14, párr. 34.

⁵ Scott, t. 1, cap. 17.

dos testigos de Dios. La Palabra de Dios yacía muerta en sus calles, y los que odiaban la Ley de Dios se recogieron. Las personas desafiaban públicamente al Rey del Cielo.

Atrevimiento blasfemo

Uno de los “sacerdotes” del nuevo orden dijo: “Dios, si existes, toma venganza de las injurias que se hacen en tu nombre. ¡Yo te desafío! Permaneces silencioso; no te atreves a enviar tus juicios. ¿Quién, después de esto, creará en tu existencia?”⁶ ¿Qué eco tan fiel de la pretensión de Faraón: “¿Y quién es el Señor para que yo le obedezca?”!

“Dice el necio en su corazón: ‘No hay Dios’” (Salmo 14:1). Y el Señor declara: “Todo el mundo se dará cuenta de su insensatez” (2 Timoteo 3:9). Después que Francia renunció al culto del Dios viviente descendió a un estado de idolatría degradante por el culto a la diosa Razón, una mujer libertina. ¡Y esto ocurrió en el seno de la asamblea representativa de la nación! “Una de las ceremonias de aquella ocasión de locura es sin paralelo por lo absurdo combinado con lo impío. Se abrieron las puertas de la convención. [...] Los miembros del cuerpo municipal entraron en solemne procesión cantando un himno para alabar la libertad, y escoltando, como objeto de su futuro culto, a una mujer cubierta con un velo, a quien llamaron ‘la diosa Razón’. Cuando se la trajo al estrado, se le quitó el velo con gran ceremonia, y se la colocó a la diestra del presidente, cuando esta era conocida por todos como una bailarina de la ópera”.

La diosa Razón

“La investidura de la diosa Razón fue imitada por toda la nación en los lugares donde los habitantes deseaban manifestar que estaban a la altura de la revolución.”⁷

Cuando la “diosa” fue traída a la convención, el orador la tomó de la mano, y volviéndose a la asamblea dijo: “Mortales, dejen de temblar ante los juicios impotentes de un Dios creado por sus temores. De hoy en adelante, reconozcan que no hay divinidad alguna fuera de la Razón. Les ofrezco su más noble y pura imagen; si necesitan tener ídolos, ofrezcan sacrificios solamente a los que sean como este [...]”.

“Después de que el presidente abrazara a la diosa, la montaron sobre una magnífica carroza, y la condujeron a la catedral de Notre Dame, para que tomara el lugar de la Divinidad. Allí fue elevada sobre el altar mayor, y recibió la adoración de todos los presentes”.⁸

El papismo comenzó la obra que el ateísmo estaba completando, precipitando a Francia a la ruina. Los escritores, al referirse a los horrores de la Revolución, dicen que de estos excesos hay que culpar al trono y a la Iglesia. En estricta justicia, quien debe ser culpada es la Iglesia. El papismo había envenenado la mente

⁶ Lacretelle, *History* [Historia], t. 11, p. 309; en Sir Archibald Alison, *History of Europe* [Historia de Europa], t. 1, cap. 10.

⁷ Scott, t. 1, cap. 17.

⁸ M. A. Thiers, *History of the French Revolution* [Historia de la Revolución Francesa], t. 2, pp. 370, 371.

de los reyes contra la Reforma. El genio de Roma inspiró la crueldad y la opresión que ahora procedían del trono.

Donde se recibió el evangelio, las mentes del pueblo fueron despertadas. Este comenzó a sacudir las cadenas que lo habían mantenido esclavo de la ignorancia y la superstición. Los monarcas lo vieron y temblaron por su despotismo.

Roma no se demoró en enardecer sus celosos temores. El Papa le dijo al regente de Francia, en 1525: “Esta manía [el protestantismo] no solamente confundirá y destruirá la religión, sino todos los principados, la nobleza, las leyes, el orden y las jerarquías”. Un nuncio papal le advirtió al rey: “Los protestantes derribarán todo el orden civil y religioso. [...] El trono está en tanto peligro como el altar”.⁹ Desafortunadamente, Roma tuvo éxito en predisponer a Francia contra la Reforma.

La enseñanza de la Biblia habría implantado en los corazones del pueblo principios de justicia, temperancia y verdad, que son la piedra angular de la prosperidad de una nación. “La justicia enaltece a una nación” (Proverbios 14:34). Por lo tanto, “el trono se afirma en la justicia” (Proverbios 16:12; ver también Isaías 32:17). El que obedece la Ley divina con toda seguridad respetará y obedecerá las leyes del país. Francia prohibió la Biblia. Siglo tras siglo, personas de integridad, de fortaleza intelectual y moral, que tenían fe para sufrir por la verdad, sufrieron como esclavos en las galeras, perecieron en la hoguera o fueron dejados para pudrirse en los calabozos. Miles encontraron seguridad en la huida durante 250 años después de iniciar la Reforma.

“Casi no hubo una generación francesa durante ese largo período que no presenciara cómo los discípulos del evangelio huían ante la furia delirante del perseguidor, llevándose consigo la inteligencia, las artes, la industria y el orden —en los que por regla general se destacaban en forma prominente—, para enriquecer los países en los que encontraron asilo. [...] Si todos los que huyeron hubieran sido retenidos en Francia, ¡cuán grande, próspero y feliz hubiera sido el país; un modelo para las naciones! Pero un fanatismo ciego e inexorable echó de su suelo a todo maestro de virtud, a todo paladín del orden, a todo defensor honrado del trono. [...] Finalmente, la ruina del Estado se hizo completa”.¹⁰ El resultado fue la Revolución con sus horrores.

Lo que habría sido

“Con la huida de los hugonotes, Francia quedó sumida en una decadencia general. Florecientes ciudades industriales cayeron en la decadencia. [...] Se estima que, al comienzo de la Revolución, en París, doscientos mil pobres clamaban misericordia de las manos del rey. Los jesuitas eran los únicos que florecían en la nación decadente”.¹¹

El evangelio habría traído a Francia la solución de los problemas que tenían perplejos al clero, al rey y a los legisladores, y que finalmente precipitaron a la nación

⁹ D'Aubigné, *History of the Reformation in Europe in the Time of Calvin* [Historia de la Reforma en Europa en el tiempo de Calvino], lib. 2, cap. 36.

¹⁰ Wylie, lib. 13, cap. 20.

¹¹ *Ibid.*

en la ruina. Pero, bajo Roma, el pueblo había perdido las lecciones de abnegación y amor por el bien de los demás que enseñara el Salvador. El rico no sentía ningún cargo de conciencia por la opresión del pobre; el pobre no encontraba alivio de su degradación. El egoísmo de los adinerados y poderosos llegó a ser más y más opresivo. Durante siglos, el rico perjudicó al pobre, y el pobre odió al rico.

En muchas provincias, las clases trabajadoras estaban a la merced de los señores y se veían forzadas a someterse a demandas exorbitantes. Las clases media y baja tenían que hacer frente a impuestos excesivos exigidos por las autoridades civiles y por el clero. "Los agricultores y los campesinos podían morir de hambre, pero a sus opresores no les importaba. [...] La vida de los trabajadores agrícolas era una vida de incesante trabajo y miseria sin alivio; sus quejas [...] eran tratadas con insolente desprecio. [...] Los jueces eran famosos por los sobornos que recibían. [...] De los impuestos [...] ni siquiera la mitad llegaba alguna vez a la tesorería real o episcopal; el resto era malgastado en la disipación y la complacencia personal; y las personas que empobrecían de esta manera a sus compatriotas estaban exentos de impuestos, y tenían derecho, por ley o costumbres, a ocupar todos los puestos del gobierno. [...] Debido a que ellos llevaban esta vida disipada, millones eran condenados a llevar una vida de desesperanza y degradación".

Durante más de medio siglo antes de la Revolución, estuvo en el trono Luis xv, quien se distinguía por ser indolente, frívolo y carnal. Con el Estado en plena crisis financiera y con el pueblo exasperado, no se necesitaba un ojo de profeta para prever un desenlace terrible. En vano se mostró la necesidad de una reforma. La condenación que aguardaba a Francia se reflejaba en las palabras egoístas del rey: "¡Después de mí, el diluvio!"

Roma había ejercido su influencia sobre los reyes y la clase gobernante para conservar al pueblo en la esclavitud, con el propósito de mantener tanto a los gobernantes como al pueblo en sus cadenas. Pero mil veces más terrible que el sufrimiento físico que resultó de la política de Francia fue la degradación moral de ese país. Privado de la Biblia, y abandonado al egoísmo, el pueblo se hallaba sumido en la ignorancia y el vicio, y era totalmente incapaz de gobernarse por sí solo.

Una cosecha sangrienta

En lugar de mantener a las multitudes en ciega sumisión a sus dogmas, la obra de Roma las convirtió en incrédulas y revolucionarias. Despreciaron el romanismo y los fraudes de los sacerdotes. El único dios a quien conocían era al dios de Roma. Consideraron que el fruto de la Biblia era la avaricia y la crueldad, y no quisieron saber nada de todo ello.

Roma había representado mal el carácter de Dios, y ahora las personas rechazaban tanto la Biblia como a su Autor. En reacción, Voltaire y sus asociados echaron completamente a un lado la Palabra de Dios y difundieron la incredulidad. Roma había sometido al pueblo a un dominio férreo; ahora las masas se sublevaron contra toda restricción. Encolerizadas, rechazaron juntamente la verdad y la mentira.

Al comienzo de la Revolución, sobre la base de una concesión del rey, al pueblo se le permitió en la Asamblea Nacional una representación mayor que la de los nobles y el clero juntos. Por esta razón, el predominio del poder quedó en sus manos; pero no estaban preparados para usarlo con sabiduría y moderación. Un populacho enloquecido resolvió vengarse. Los oprimidos pusieron en práctica la lección que habían aprendido bajo la tiranía, y llegaron a ser los opresores de aquellos que los habían oprimido.

Francia recogió con sangre la cosecha de su sumisión a Roma. En el lugar donde bajo el romanismo se había levantado la primera hoguera, al comienzo de la Reforma, allí mismo la Revolución estableció su primera guillotina. En el lugar donde los primeros mártires de la fe protestante fueron quemados en el siglo XVI, las primeras víctimas fueron guillotinadas en el siglo XVIII. Como echaron a un lado las restricciones de la Ley de Dios, la nación se entregó a la revolución y la anarquía. La guerra contra la Biblia introdujo en la historia mundial el período conocido como “el Terror”. El que triunfaba hoy era condenado mañana.

El rey, el clero y los nobles se vieron obligados a someterse a las atrocidades de un pueblo enloquecido. A los que decretaron la muerte del rey, pronto les tocó su propio turno en la guillotina. Se decretó hacer una ejecución general de todos los que eran sospechosos de hostilidad hacia la Revolución. Francia llegó a ser un gran campo de masas humanas que luchaban entre sí, movidas por la furia de las pasiones. “En París, un tumulto sucedía a otro, y los ciudadanos estaban divididos en una mezcla de facciones, que no parecían tener otro propósito que la mutua exterminación. [...] El país se vio al borde de la bancarrota; los ejércitos clamaban por falta de pago, los parisinos morían de hambre, las provincias eran despojadas por las brigadas, y la civilización casi quedó extinguida en la anarquía y la licencia”.

Demasiado bien había aprendido el pueblo las lecciones de crueldad y tortura que Roma tan diligentemente le había enseñado. No eran ahora los discípulos de Jesús los que eran arrastrados a la hoguera; mucho tiempo hacía que habían perecido o se los había obligado al exilio. “Los cadalsos se enrojecieron con la sangre de los sacerdotes. Las galeras y las prisiones, una vez atestadas de hugonotes, ahora estaban llenas de sus perseguidores. Encadenados a los bancos y trabajando angustiosamente con los remos, el clero católico romano experimentó todas las angustias que su Iglesia tan libremente había infligido a los mansos herejes”.

“Entonces vinieron los días [...] en que los espías acechaban en cada esquina; cuando la guillotina trabajaba largas horas en forma continua todas las mañanas; cuando las cárceles se llenaron tanto de presos que más parecían galeras de esclavos; cuando las acequias corrían al Sena llevando en sus raudales la sangre de las víctimas. [...] Largas hileras de cautivos eran masacradas con racimos de metralla de los cañones. Se abrían intencionalmente boquetes en las barcazas sobrecargadas de cautivos. [...] Centenares de muchachos y doncellas menores de diecisiete años fueron asesinados por orden de aquel execrable gobierno. Bebés arrebatados del regazo de sus madres eran ensartados de pica en pica en las filas jacobinas”.

Todo esto ocurrió como Satanás quería que ocurriera. Su política es el engaño y su propósito es traer miseria a la humanidad, desfigurar la obra de Dios, echar a perder el propósito divino del amor, y así producir dolor en el Cielo. Luego, usando artimañas engañosas induce a las personas a echarle la culpa a Dios, como si toda esta miseria fuera resultado del plan del Creador. Cuando el pueblo descubrió que el romanismo era un engaño, Satanás los instó a considerar toda religión como engañosa y la Biblia como una fábula.

El error fatal

El fatal error que condujo a Francia a tal miseria fue ignorar esta gran verdad: la verdadera libertad yace dentro de los límites de las prohibiciones de la Ley de Dios. “Si hubieras prestado atención a mis mandamientos, tu paz habría sido como un río; tu justicia, como las olas del mar” (Isaías 48:18). Los que no aprenden esta lección leyendo el Libro de Dios tendrán que aprenderla de la historia.

Cuando Satanás obró por medio de la Iglesia Romana para desviar a los seres humanos de la obediencia, su obra estaba disfrazada, mas por la obra del Espíritu de Dios sus propósitos no pudieron alcanzar su plena consumación. La gente no supo ir del efecto a la causa ni descubrir el origen de tanta desgracia. Pero en la Revolución, la Asamblea Nacional rechazó abiertamente la Ley de Dios, y el Terror, que siguió a esta decisión, hizo que todos pudieran observar la causa y el efecto.

La transgresión de una ley justa y santa inevitablemente produce la ruina. El Espíritu restrictivo de Dios, que impone un límite al poder cruel de Satanás, quedó anulado en gran medida, y aquel cuyo deleite consiste en la desgracia de los seres humanos tuvo libertad para hacer su voluntad. A los que habían elegido la rebelión se les permitió que cosecharan sus frutos. El país se llenó de crímenes. Desde las provincias devastadas y las ciudades arruinadas se levantó un terrible clamor de amarga angustia. Francia fue conmovida como por un terremoto. La religión, la ley, el orden social, la familia, el Estado y la Iglesia, todos fueron abatidos por la mano impía que se había levantado contra la Ley de Dios.

Los fieles testigos del Señor, sacrificados por el poder blasfemo “que sube del abismo”, no habían de permanecer por mucho tiempo en el silencio. “Pasados los tres días y medio, entró en ellos un aliento de vida enviado por Dios, y se pusieron de pie, y quienes los observaban quedaron sobrecogidos de terror” (Apocalipsis 11:11). En 1793, los decretos que rechazaron la Biblia fueron aprobados por la Asamblea francesa. Tres años y medio más tarde, el mismo cuerpo rescindió estos decretos con una resolución. Las personas reconocieron la necesidad de la fe en Dios y su Palabra como el fundamento de la virtud y la moralidad.

Con respecto a “los dos testigos” [el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento] el profeta declara, además: “Entonces los dos testigos oyeron una potente voz del cielo que les decía: ‘Suban acá’. Y subieron al cielo en una nube, a la vista de sus enemigos” (Apocalipsis 11:12). “Los dos testigos de Dios” fueron honrados como nunca antes. En 1804 se organizó la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, seguida de otras organizaciones similares en el continente europeo. En 1816 se fundó la

American Bible Society [Sociedad Bíblica Estadounidense]. Desde entonces, se ha traducido la Biblia a centenares de idiomas y dialectos.

Antes de 1792, poca atención se había dado a las misiones en el extranjero, pero hacia el fin del siglo XVIII se realizó un gran cambio. Las personas quedaron muy disconformes con el racionalismo y se dieron cuenta de la necesidad de una revelación divina y una religión experimental. Desde este tiempo las misiones en el extranjero avanzaron con un vigor sin precedente.

Los progresos en las tecnologías de imprenta dieron ímpetu a la circulación de la Biblia. El quebrantamiento de los viejos prejuicios y del exclusivismo nacional y la pérdida de poder secular que sufrió el pontífice de Roma abrieron el camino para la entrada de la Palabra de Dios. La Biblia ha sido llevada ahora a todas partes del globo.

El incrédulo Voltaire dijo: “Estoy cansado de oír a la gente repetir que doce hombres establecieron la religión cristiana. Yo probaré que un solo hombre puede ser suficiente para derrocarla”. Millones se han unido en la guerra contra la Biblia, pero este libro está muy lejos de haber sido destruido. En lugares donde había cien ejemplares en los días de Voltaire, hay ahora cien mil volúmenes del Libro de Dios. Ciertas son las palabras de uno de los primeros reformadores: “La Biblia es un yunque sobre el que se han roto muchos martillos”.

Lo que se edifica sobre la autoridad del ser humano será derribado; pero lo que se funda en la roca de la Palabra de Dios permanecerá para siempre.

América, tierra de libertad

Aunque la autoridad y el credo de Roma fueron rechazados, no pocas de sus ceremonias fueron incorporadas en el culto de la Iglesia Anglicana. Se aseveraba que las cosas que no estaban prohibidas en las Escrituras no eran intrínsecamente malas. La observancia de esas ceremonias tendió a reducir el espacio que separaba a Roma de las iglesias reformadas, y se insistió en que ellas promoverían la aceptación de la fe protestante por parte de los romanistas.

Pero otros no pensaban así. Consideraban estas costumbres como símbolos de la esclavitud de la que habían salido. Razonaban que Dios ha establecido en su Palabra las reglas que gobiernan su culto, y que los seres humanos no están en libertad para añadir o quitar de ellas. Roma comenzó ordenando cosas que Dios no había prohibido, y terminó prohibiendo lo que él había ordenado en forma explícita.

Muchos consideraban las costumbres de la Iglesia de Inglaterra monumentos de idolatría, y no podían unirse en su culto. Pero la iglesia, sostenida por la autoridad civil, no permitía que hubiera disidentes. Las reuniones religiosas no autorizadas estaban prohibidas bajo pena de prisión, exilio o muerte.

Los puritanos eran ávidamente buscados, perseguidos y apresados, y no tenían esperanza de días mejores. Algunos decidieron buscar refugio en Holanda, mas eran traicionados y entregados en manos de sus enemigos. Pero la firme perseverancia finalmente venció, y hallaron refugio en las playas amigas de aquel país.

Habían dejado sus casas y sus medios de vida. Eran extranjeros en tierra extraña, y se vieron obligados a recurrir a ocupaciones desconocidas para ganarse la vida. Pero no perdieron tiempo en la ociosidad ni en quejas inútiles. Agradecieron a Dios por las bendiciones que se les concedían y hallaron gozo en una comunión espiritual sin molestias.

Dios maneja los acontecimientos

Cuando la mano de Dios parecía señalarles el otro lado del océano, una tierra donde podrían fundar un Estado y dejarles a sus hijos la herencia de la libertad religiosa, avanzaron en la senda indicada por la Providencia. La persecución y el exilio estaban abriendo el camino a la libertad.

Cuando se vieron obligados por primera vez a separarse de la Iglesia de Inglaterra, los puritanos se unieron en un solemne pacto como pueblo libre del Señor para “andar juntos en todos sus caminos que les había hecho conocer, o en los que él

les diera a conocer”.¹ Aquí estaba el principio vital del protestantismo. Con este propósito, los peregrinos partieron de Holanda para fundar una nueva patria en el Nuevo Mundo. John Robinson, su pastor, en su discurso de despedida a los exiliados, les dijo:

“Los encomiendo a Dios y los exhorto ante él y ante sus santos ángeles a que no me sigan más de lo que yo he seguido a Cristo. Si Dios les revelara alguna cosa por medio de alguno de sus instrumentos, estén listos para recibirla, como siempre lo han estado para recibir cualquier verdad de mi ministerio; pues tengo la plena confianza de que el Señor tiene más verdad y más luz todavía que ha de proceder de su santa Palabra”.²

“Por mi parte, no puedo lamentar suficientemente la condición de las iglesias reformadas, las cuales, [...] por ahora, no irán más allá de lo que fueron los promotores de su reforma. Los luteranos no pueden ser movidos a ir más allá de lo que vio Lutero [...] y los calvinistas, según ustedes ven, se aferran al lugar donde fueron dejados por ese gran hombre de Dios, que no llegó a ver todavía todas las cosas. [...] Aunque en su tiempo ellos fueron luces que ardían y brillaban, no llegaron a penetrar en todo el consejo de Dios; y si vivieran hoy, estarían tan dispuestos a abrazar una luz adicional similar a la que recibieron al comienzo”.³

“Recuerden su promesa y el pacto con Dios, y con cada uno de los hermanos, de recibir cualquier luz y verdad que se les dé a conocer de su Palabra escrita; pero con todo, tengan cuidado, les ruego, de lo que aceptan como verdad, y compárenlo y pénselo a la luz de los otros pasajes de las Escrituras de verdad antes de aceptarlo. Pues no es posible que el mundo cristiano, que salió recientemente de tan densas tinieblas anticristianas, pueda llegar enseguida a la plena perfección de conocimiento”.⁴

El deseo de la libertad de conciencia inspiró a los peregrinos a cruzar el mar, pasar las penurias de la soledad y establecer los fundamentos de una gran nación. Sin embargo, los peregrinos todavía no comprendían en plenitud el principio de la libertad religiosa, y no estaban listos aún para otorgar a los demás lo que con tanto sacrificio habían conseguido para sí mismos. La doctrina de que Dios ha encomendado a la iglesia el derecho de controlar la conciencia y de definir y castigar la herejía es uno de los errores papales más profundamente arraigados. Los reformadores no se vieron enteramente libres del espíritu de intolerancia de Roma. Las densas tinieblas en las que el papado había envuelto al cristianismo todavía no se habían disipado completamente.

Los colonos establecieron un tipo de iglesia estatal, y los magistrados fueron autorizados a suprimir la herejía. Así, el poder secular estaba en las manos de la iglesia. Estas medidas produjeron el resultado inevitable: la persecución.

¹J. Brown, *The Pilgrim Fathers* [Los padres peregrinos], p. 74.

²Martyn, t. 5, p. 70.

³D. Neal, *History of Puritans* [Historia de los puritanos], t. 1, p. 269.

⁴Martyn, t. 5, pp. 70, 71.

Roger Williams

A semejanza de los primeros peregrinos, Roger Williams vino al Nuevo Mundo para gozar de libertad religiosa. Pero, a diferencia de ellos, él vio –cosa que tan pocos habían visto hasta ese momento– que esta libertad era un derecho inalienable que todos tenían. Era un diligente investigador de la verdad. Williams “fue la primera persona del cristianismo moderno en establecer un Gobierno civil basado en la doctrina de la libertad de conciencia”.⁵ “El público o los magistrados pueden decidir –dijo él– la forma en que un ser humano debe tratar a otro ser humano; pero cuando intentan prescribir los deberes del ser humano para con Dios, están fuera de lugar, y no puede haber seguridad, pues es claro que si el magistrado tuviera el poder, decretaría un tipo de opiniones o creencias hoy y otro tipo mañana, tal como ha sido hecho en Inglaterra por diferentes reyes y reinas, y por diferentes papas y concilios en la Iglesia Católica Romana”.⁶

La asistencia a la iglesia oficial era obligatoria bajo pena de multa o de prisión. “Él [Williams] consideraba que obligar a los seres humanos a unirse a los que pertenecen a un credo diferente era una violación abierta de sus derechos naturales; exigir que los irreligiosos y los que no estaban dispuestos asistieran obligatoriamente al culto público parecía solo exigir la hipocresía. [...] ‘Nadie debe ser obligado a adorar, o –añadió– a mantener un culto contra su propio consentimiento’”.⁷

Roger Williams era respetado; sin embargo, su reclamo por libertad religiosa no pudo ser tolerado. Para evitar su arresto, se vio obligado a huir en medio de las frías tormentas del invierno a una selva virgen.

“Durante catorce semanas –cuenta él– anduve vagando en medio de la inclemencia del invierno, careciendo en absoluto de pan y de cama”. Pero “los cuervos me alimentaron en el desierto”, y el hueco de un árbol le sirvió a menudo de refugio.⁸ Continuó su huida penosa por entre la nieve y los bosques casi inaccesibles hasta que halló refugio en una tribu de indios cuya confianza y afecto consiguió ganar.

Él puso los cimientos del primer Estado de los tiempos modernos que reconocía el derecho “de que todo ser humano debe tener libertad para adorar a Dios de acuerdo con la luz de su propia conciencia”.⁹ Su pequeño Estado, Rhode Island, aumentó y prosperó hasta que su principio fundamental –la libertad civil y religiosa– llegó a ser la piedra angular de la República de los Estados Unidos de América.

La libertad es documentada

La Declaración de Independencia de los Estados Unidos dice: “Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los seres humanos han sido creados iguales, que han sido dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. La Constitución de los

⁵ Bancroft, parte 1, cap. 15, párr. 16.

⁶ Martyn, t. 5, p. 340.

⁷ Bancroft, parte 1, cap. 15, párr. 2.

⁸ Martyn, t. 5, pp. 349, 350.

⁹ *Ibid.*, t. 5, p. 354.

Estados Unidos garantiza la inviolabilidad de la libertad de conciencia: “El Congreso no dictará leyes para establecer una religión, ni prohibirá el libre ejercicio de ella”.

“Los que formularon la Constitución reconocieron el principio eterno de que las relaciones del ser humano para con Dios están por encima de la legislación humana, y sus derechos de conciencia son inalienables. [...] Es un principio innato que de ningún modo puede ser desarraigado”.¹⁰

Se difundió entonces por Europa la noticia de que había una tierra donde todo ser humano podía gozar del fruto de su propio trabajo y obedecer su propia conciencia. Millares acudían a las costas del Nuevo Mundo. Durante los veinte años que pasaron desde el primer desembarco realizado en Plymouth en 1620, otros tantos miles de peregrinos se establecieron en Nueva Inglaterra.

“No pedían otra cosa del suelo sino la justa retribución de su trabajo. [...] Pacientemente soportaron las privaciones de las tierras vírgenes, regando el árbol de la libertad con sus lágrimas y con el sudor de su frente, hasta que este echó profundas raíces en la tierra”.

Salvaguardia segura de la grandeza nacional

En el hogar, la escuela y la iglesia se enseñaban los principios bíblicos; sus frutos se tradujeron en progreso, inteligencia, pureza y temperancia. Uno podía pasar años “sin ver un ebrio, ni oír un juramento, ni encontrarse con ningún mendigo”.¹¹ Los principios bíblicos son las salvaguardias más seguras de la grandeza nacional. Las débiles colonias se desarrollaron hasta llegar a ser Estados poderosos, y el mundo observó la prosperidad de “una iglesia sin Papa y un Estado sin rey”.

Pero, un número creciente era atraído a Norteamérica por motivos diferentes de los de aquellos peregrinos. Aumentó el número de los que buscaban solamente ventajas mundanales.

Los primeros colonos solo daban a los miembros de iglesia el permiso de votar o desempeñar cargos en el Gobierno. Esta medida había sido aceptada para preservar la pureza del Estado; sin embargo, resultó en la corrupción de la iglesia. Muchos se unieron a la iglesia sin haber experimentado un cambio de corazón. Aun en el ministerio había personas que eran ignorantes del poder renovador del Espíritu Santo. Desde los días de Constantino hasta el presente, intentar edificar la iglesia con la ayuda del Estado, aunque pueda parecer que trae al mundo más cerca de la iglesia, en realidad coloca a la iglesia más cerca del mundo.

Las iglesias protestantes de Norteamérica, así como las que había en Europa, dejaron de avanzar en la senda de la Reforma. La mayoría, a semejanza de los judíos del tiempo de Cristo o de los papistas del tiempo de Lutero, se contentaban con creer lo que sus padres habían creído. Se retenían errores y supersticiones. La Reforma gradualmente fue muriendo, hasta que llegó a existir una necesidad tan grande de reforma en las iglesias protestantes como la hubo en la Iglesia Romana

¹⁰ Congressional Documents (U.S.A.) [Documentos del Congreso de Estados Unidos], serie N° 200, Documento N° 271.

¹¹ Bancroft, parte 1, cap. 19, párr. 25.

en los días de Lutero. Se manifestaba la misma reverencia por las opiniones de los seres humanos y se reemplazó la Palabra de Dios por teorías humanas. Las personas descuidaban el estudio de las Escrituras, y así continuaban albergando doctrinas que no tenían fundamento en la Biblia.

El orgullo y la extravagancia proliferaban bajo el manto de la religión, y las iglesias se iban corrompiendo. Se arraigaban tradiciones que habrían de arruinar a millones de personas. La iglesia se aferraba a esas tradiciones en lugar de contender por “la fe que ha sido dada una vez a los santos”.

Así se degradaron los principios en defensa de los cuales los reformadores tanto habían sufrido.

Una esperanza que infunde paz

La promesa de que Cristo vendrá por segunda vez para completar la gran obra de la redención es la nota tónica de las Sagradas Escrituras. Desde el Edén, los hijos de la fe han esperado la venida del Prometido que los traería de nuevo al paraíso perdido.

Enoc, en la séptima generación descendiente de los que habitaron en el Edén, y quien por tres siglos caminó con Dios, declaró: ¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos!” (S. Judas 1:14, 15). “Yo sé que mi redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte. [...] veré a Dios con mis propios ojos. Yo mismo espero verlo; espero ser yo quien lo vea, y no otro” (Job 19:25-27). Los poetas y los profetas de la Biblia se han espaciado en la venida de Cristo con ardientes palabras de fuego celestial. “¡Alégrese los cielos, regocíjese la tierra! [...] ¡Canten delante del Señor, que ya viene! ¡Viene ya para juzgar la tierra! Y juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con fidelidad” (Salmo 96:11-13).

Dijo el profeta Isaías: “En aquel día se dirá: ¡Este es nuestro Dios! ¡Este es el Señor, a quien hemos esperado! ¡Él nos salvará! ¡Nos regocijaremos y nos alegraremos en su salvación!” (Isaías 25:9).

El Salvador consoló a sus discípulos con la seguridad de que él vendría otra vez: “En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas [...]. Voy a prepararles un lugar. Y, si me voy [...], vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté” (S. Juan 14:2, 3). “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, con todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones se reunirán delante de él” (S. Mateo 25:31, 32).

Los ángeles les repitieron a los discípulos la promesa de su regreso: “Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse” (Hechos 1:11). Y Pablo testificó: “El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios” (1 Tesalonicenses 4:16). El profeta de Patmos escribió: “¡Miren que viene en las nubes! Y todos lo verán con sus propios ojos” (Apocalipsis 1:7).

Entonces será quebrantado el poder del mal que ha durado por tanto tiempo: “El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). “El Señor omnipotente hará que broten la justicia y la alabanza ante todas las naciones” (Isaías 61:1).

Entonces el reino de paz del Mesías será establecido: “El Señor consolará a Sion; consolará todas sus ruinas. Convertirá en un Edén su desierto; en huerto del Señor sus tierras secas” (Isaías 51:3).

La venida del Señor ha sido en todos los siglos la esperanza de sus verdaderos seguidores. En medio de los sufrimientos y la persecución, “la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” era la “bendita esperanza” (Tito 2:13). Pablo señaló que la resurrección ocurriría en ocasión de la venida del Salvador, cuando los muertos en Cristo se levantarían, y junto con los vivos serían arrebatados para encontrar al Señor en el aire. “Y así estaremos con el Señor para siempre. Por lo tanto, animense unos a otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:17, 18).

En Patmos el discípulo amado oyó la promesa: “Sí, vengo pronto”, y su respuesta es un eco de la oración de la Iglesia: “¡Ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis 22:20).

Desde la cárcel, la hoguera y el patíbulo, donde los santos y los mártires dieron testimonio de la verdad, resuena a través de los siglos la expresión de su fe y esperanza. Estando “seguros de la resurrección personal de Cristo y, por consiguiente, de la suya propia a la venida del Señor –dice uno de estos cristianos–, ellos despreciaban la muerte y la superaban”.¹ Los valdenses abrigaron la misma fe. Wiclef, Lutero, Calvino, Knox, Ridley y Baxter anticiparon con fe la venida del Señor. Tal fue la esperanza de la Iglesia apostólica, de la “Iglesia en el desierto” y de los reformadores.

La profecía no solamente predice la manera y el propósito de la segunda venida de Cristo, sino que presenta las señales por las cuales las personas habían de saber cuándo ese día estaría cerca. “Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas” (S. Lucas 21:25). “Se oscurecerá el sol y no brillará más la luna; las estrellas caerán del cielo y los cuerpos celestes serán sacudidos. Verán entonces al Hijo del hombre venir en las nubes con gran poder y gloria” (S. Marcos 13:24-26). El profeta Juan describe de esta manera la primera de las señales que habría de preceder a la Segunda Venida: “Se produjo un gran terremoto. El sol se oscureció como si se hubiera vestido de luto, la luna entera se tornó roja como la sangre” (Apocalipsis 6:12).

El terremoto que hizo temblar al mundo

En cumplimiento de esta profecía, ocurrió en 1755 el más terrible terremoto que jamás se haya registrado. Conocido como “el terremoto de Lisboa”, se extendió por toda Europa, África y América. Se sintió en Groenlandia, las islas del Caribe, la isla de Madeira, Noruega y Suecia, Gran Bretaña e Irlanda, en una extensión de no menos de diez millones de kilómetros cuadrados. En África, el temblor fue casi tan fuerte como en Europa. Una gran parte de la ciudad de Argel fue destruida. Una ola gigantesca barrió las costas de España y África, y arrasó ciudades enteras.

Montañas, “algunas de las más grandes de Portugal, fueron sacudidas impetuosamente, por así decirlo, desde sus cimientos; y algunas de ellas se abrieron en sus cúspides, que se partieron en forma asombrosa, y grandes rocas fueron arrojadas en los valles adyacentes. Se dice que de estas montañas salieron llamadas de fuego”.

¹Daniel T. Taylor, *The Reign of Christ on Earth; or The Voice of the Church in All Ages* [El reinado de Cristo en la Tierra; o La voz de la Iglesia en todas las épocas], p. 33.

En Lisboa “se oyó bajo la tierra ruido de truenos e, inmediatamente después, una violenta sacudida derribó la mayor parte de la ciudad. En el curso de aproximadamente seis minutos, murieron 60.000 personas. El mar primeramente se retiró, y dejó seca la playa, pero luego volvió en una ola que se elevó 16 metros o más por encima de su nivel normal”.²

“El terremoto ocurrió en un feriado religioso, cuando las iglesias y los conventos estaban llenos de asistentes, de los que muy pocos escaparon”.³ “El terror de la gente sobrepasaba toda descripción. Nadie lloraba; el siniestro superaba la capacidad de derramar lágrimas. Todos corrían de aquí para allá, delirantes de horror y espanto, golpeándose la cara y el pecho, y gritando: ‘¡Misericordia! ¡Llegó el fin del mundo!’ Las madres se olvidaban de sus hijos, y corrían de un lado a otro, llevando crucifijos. Desgraciadamente, muchos acudieron a las iglesias para hallar protección; pero en vano se expuso el sacramento; en vano las pobres criaturas abrazaban los altares; imágenes, sacerdotes y pueblo fueron enterrados en una ruina colectiva”.

El oscurecimiento del sol y la luna

Veinticinco años más tarde, apareció la siguiente señal mencionada en la profecía: el oscurecimiento del sol y de la luna. El tiempo de su cumplimiento había sido definitivamente señalado en la conversación del Salvador con sus discípulos sobre el Monte de los Olivos. “En aquellos días, después de esa tribulación, se oscurecerá el sol y no brillará más la luna” (S. Marcos 13:24). Los 1.260 días —o años— terminaron en 1798. Un cuarto de siglo antes, la persecución había cesado casi totalmente. Después de esta persecución, el sol había de oscurecerse. El 19 de mayo de 1780 se cumplió esta profecía.

Un testigo ocular que vivía en Massachusetts describió el suceso con las siguientes palabras: “Un denso nubarrón negro se extendió por todo el firmamento, dejando tan solo un estrecho borde en el horizonte y haciendo tan oscuro el día como suele serlo en verano a las nueve de la noche [...]”.

“El temor, la angustia y el espanto gradualmente llenaron las mentes del pueblo. Las mujeres estaban en las puertas, observando el paisaje tenebroso; los hombres regresaron de su labor en los campos; el carpintero dejó sus herramientas; el herrero, su fragua; y el comerciante, su mostrador. Las escuelas cancelaron las clases, y los niños, temblorosos, se apresuraron a sus hogares. Los viajeros se acercaron a la granja más inmediata. ‘¿Qué está por venir?’ se preguntaron todos los labios y los corazones. Parecía que un huracán estuviese por barrer el país, o que fuera el día de la consumación de todas las cosas.

“Se prendieron velas; y la luz del hogar brillaba como en las noches sin luna de otoño. [...] Las gallinas se fueron a dormir a sus gallineros, el ganado se juntó en los corrales y mugía, las ranas croaban, los pájaros entonaron sus melodías del

² Sir Charles Lyell, *Principles of Geology* [Principios de geología], p. 495.

³ *Encyclopedia Americana*, artículo “Lisboa” (ed. 1831).

anochecer, y los murciélagos se pusieron a revolotear. Pero los humanos sabían que no había llegado la noche [...].

“Se reunieron las congregaciones en muchos [...] lugares. En todos los casos, los textos de los sermones improvisados parecían indicar que la oscuridad concordaba con la profecía bíblica. [...] La oscuridad fue más densa poco después de las once de la mañana”.⁴

“En la mayor parte del país la oscuridad fue tan grande durante el día que la gente no podía decir qué hora era ni por el reloj de bolsillo ni por el de pared. Tampoco podía comer ni atender las tareas de la casa sin una vela prendida”.⁵

La luna como sangre

“La oscuridad de la noche no fue menos extraordinaria o aterradora que la del día, pues aun cuando casi era tiempo de luna llena, no podía divisarse ningún objeto sino con la ayuda de alguna luz artificial, luz que cuando se observaba desde las casas vecinas y otros lugares a la distancia, se asemejaba a la oscuridad de Egipto, casi impermeable a sus rayos”.⁶ “Si todos los cuerpos luminosos del universo hubieran sido envueltos en impenetrables sombras, o hubieran sido eliminados, las tinieblas no podrían haber sido más completas”.⁷ Después de la medianoche, la oscuridad se disipó, y la luna, cuando fue vista, tenía apariencia de sangre.

El 19 de mayo de 1780 se destaca en la historia como “el día oscuro”. Desde los tiempos de Moisés no se había registrado ninguna oscuridad de una densidad semejante, ni de una duración igual. La descripción dada por los testigos oculares es un eco de las palabras registradas por el profeta Joel 2.500 años antes: “El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes que llegue el día del Señor, día grande y terrible” (Joel 2:31).

“Cuando comiencen a suceder estas cosas –dijo Jesús–, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su redención”. Él llamó la atención de sus seguidores a los árboles que estaban a punto de florecer en primavera: “Cuando brotan las hojas, ustedes pueden ver por sí mismos y saber que el verano está cerca. Igualmente, cuando vean que suceden estas cosas, sepan que el reino de Dios está cerca” (S. Lucas 21:28, 30, 31).

Pero en la Iglesia, el amor de Cristo y la fe en su venida se habían enfriado. El profeso pueblo de Dios estaba ciego a las instrucciones del Salvador referentes a las señales de su aparición. La doctrina del Segundo Advenimiento había sido descuidada, hasta que llegó a ser, en gran medida, olvidada e ignorada, especialmente en los Estados Unidos. Un fervor absorbente por la ganancia de dinero, y el

⁴ *The Essex Antiquarian* [El Anticuario de Essex], abril de 1899, t. 3, Nº 4, pp. 53, 54.

⁵ William Gordon, *History of the Rise, Progress and Establishment of the Independence of the USA* [Historia de la iniciación, el progreso y el establecimiento de la independencia de los EE.UU.], t. 3, p. 57.

⁶ Isaiah Thomas, *Massachusetts Spy; or American Oracle of Liberty* [El espía de Massachusetts; o El oráculo estadounidense de la libertad], t. 10, Nº 472 (25 de mayo de 1780).

⁷ Carta del Dr. Samuel Tenney, de Exeter, New Hampshire, diciembre de 1785, en *Massachusetts Historical Society Collections* [Colecciones de la Sociedad Histórica de Massachusetts], 1792 (1ª serie, t. 1, p. 97).

ansia de popularidad y poder, indujo a los seres humanos a poner muy en lo futuro ese día solemne, cuando terminará el actual orden de cosas.

El Salvador predijo el estado de apostasía que existiría precisamente antes de su segunda venida. Para los que vivieran en ese tiempo, Cristo dejó esta amonestación: “Tengan cuidado, no sea que se les endurezca el corazón por el vicio, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida. De otra manera, aquel día caerá de improviso sobre ustedes. [...] Estén siempre vigilantes, y oren para que puedan escapar de todo lo que está por suceder, y presentarse delante del Hijo del hombre” (S. Lucas 21:34, 36).

Era necesario que las personas fueran despertadas y pudieran prepararse para los solemnes acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de gracia. “El día del Señor es grande y terrible. ¿Quién lo podrá resistir?” (Joel 2:11). ¿Quién soportará la aparición de aquel de quien está escrito: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Habacuc 1:13, RV60)? “Castigaré por su maldad al mundo, y por su iniquidad a los malvados. Pondré fin a la soberbia de los arrogantes y humillaré el orgullo de los violentos” (Isaías 13:11). “No los podrán librar ni su plata ni su oro”; “en botín se convertirán sus riquezas, sus casas en desolación” (Sofonías 1:18, 13).

El llamado a despertar

Ante la proximidad de este gran día, la Palabra de Dios llama a su pueblo para que despierte y busque el rostro del Señor con arrepentimiento:

“Ya viene el día del Señor; en realidad ya está cerca” (Joel 2:1). “Toquen la trompeta en Sion, proclamen el ayuno, convoquen a una asamblea solemne. Congreguen al pueblo, purifiquen la asamblea; junten a los ancianos del pueblo, reúnan a los pequeños [...]. Lloren, sacerdotes, ministros del Señor, entre el pórtico y el altar” (Joel 2:15-17). “Vuélvanse a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos. Rásguense el corazón y no las vestiduras. Vuélvanse al Señor su Dios, porque él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor” (Joel 2:12, 13).

Debía realizarse una gran obra de reforma para preparar al pueblo con el fin de que estuviera en pie en el Día de Dios. En su misericordia, el Señor estaba por enviar un mensaje para despertar a quienes profesaban ser su pueblo y llevarlos a prepararse para la venida del Señor.

La amonestación se encuentra en Apocalipsis 14. Aquí hay un mensaje triple que se presenta como proclamado por seres celestiales, seguido de inmediato por la venida del Hijo del Hombre para segar “la cosecha de la tierra”. El profeta vio “a otro ángel que volaba en medio del cielo, y que llevaba el evangelio eterno para anunciarlo a los que viven en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Gritaba a gran voz: ‘Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales’” (Apocalipsis 14:6, 7).

Este mensaje es una parte del “evangelio eterno”. La obra de predicar ha sido confiada a los seres humanos. Santos ángeles la dirigen, pero la verdadera proclamación del evangelio la realizan los siervos de Dios que están sobre la Tierra.

Personas fieles, obedientes a los llamados del Espíritu de Dios y a las enseñanzas de su Palabra, habrían de proclamar esta amonestación. Ellas habían estado procurando el conocimiento de Dios, estimándolo “de más provecho que la plata” porque “rinde más ganancias que el oro” (Proverbios 3:14). “Los secretos del Señor son para los que le temen, y él les dará a conocer su pacto” (Salmo 25:14, NBLA).

Un mensaje dado por personas humildes

Si los teólogos eruditos hubieran sido fieles centinelas, que investigaran en forma diligente y con oración las Escrituras, todos ellos habrían conocido el tiempo en que vivían. Las profecías les habrían revelado los acontecimientos que estaban a punto de ocurrir. Pero el mensaje fue dado por personas más humildes. Los que descuidan buscar la luz cuando esta está a su alcance son dejados en las tinieblas. Pero el Salvador declara: “El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (S. Juan 8:12). A esa persona se le enviará alguna estrella de brillo celestial para guiarla a toda la verdad.

Al tiempo de la primera venida de Cristo, los sacerdotes y los escribas de la ciudad santa deberían haber determinado “las señales de los tiempos” y proclamado la venida del Prometido. Miqueas señaló el lugar de su nacimiento; Daniel, el tiempo de su advenimiento (Miqueas 5:2; Daniel 9:25). Los líderes judíos no tenían excusa por su ignorancia. Su desconocimiento era el resultado de un descuido pecaminoso.

Con profundo interés los ancianos de Israel debían haber estado estudiando el lugar, el tiempo y las circunstancias del acontecimiento más grande de la historia del mundo: la venida del Hijo de Dios. El pueblo debía haber estado aguardando la ocasión para darle la bienvenida al Redentor del mundo; pero en Belén, dos viajeros cansados de Nazaret recorrieron toda la estrecha calle que va hasta el confín oriental de la ciudad, buscando en vano un refugio para la noche. Ninguna puerta se abrió para recibirlos. En un miserable cobertizo preparado para el ganado encontraron por fin refugio, y allí nació el Salvador del mundo.

Ángeles fueron enviados para llevar las alegres noticias a los que estaban preparados para recibir las y propagarlas con gozo. Cristo había descendido para tomar sobre sí mismo la naturaleza humana, para soportar una carga infinita de desgracia al ofrendar su alma por el pecado. Sin embargo, los ángeles desearon que, aun en su humillación, el Hijo del Altísimo apareciera delante de los seres humanos con una dignidad y gloria que cuadrara con su carácter. ¿Se reunirían las personas grandes de la Tierra en la capital de Israel para darle al Señor la bienvenida? ¿Sería presentado por legiones de ángeles a la multitud expectante?

Un ángel visitó la Tierra para ver quiénes estaban preparados para darle la bienvenida a Jesús, pero no oyó ninguna voz de alabanza por el hecho de que el período de la venida del Mesías fuera inminente. El ángel sobrevoló la ciudad escogida y el Templo donde se había manifestado la presencia divina durante siglos, pero incluso allí existía la misma indiferencia. Los sacerdotes, llenos de pompa y orgullo, ofrecían sacrificios contaminados. Los fariseos hablaban al pueblo con grandes voces o hacían oraciones jactanciosas en las esquinas de las calles. Los reyes,

los filósofos, los rabinos, todos estaban inconscientes del hecho maravilloso de que el Redentor de los seres humanos estaba por aparecer.

En su asombro el mensajero celestial estaba por regresar al Cielo con las vergonzosas noticias, cuando descubrió a un grupo de pastores que cuidaban sus rebaños durante las horas de la noche. Mientras observaban los cielos estrellados, meditaban en la profecía de un Mesías que había de venir y anhelaban el advenimiento del Redentor del mundo. Aquí había un grupo preparado para recibir el mensaje del Cielo. De repente la gloria celestial inunda toda la llanura, y una compañía innumerable de ángeles aparece en la escena; y como si el gozo fuera demasiado grande para que solamente un mensajero lo trajera del Cielo, una multitud de voces irrumpe entonando los cánticos que todas las naciones de los salvos elevarán algún día: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad" (S. Lucas 2:14).

¡Qué lección encierra esta admirable historia de Belén! ¡Cómo reprende nuestra incredulidad, nuestro orgullo y nuestra suficiencia propia! ¡Cómo nos amonesta a tener cuidado, para que no dejemos de discernir las señales de los tiempos y, en consecuencia, no reconozcamos el día en que Dios vendrá a salvarnos!

No solamente entre los humildes pastores encontraron los ángeles personas que esperaban al Mesías venidero. En la tierra de los paganos también había gente que lo esperaba: personas ricas, nobles y sabias, los filósofos del Oriente. Habían descubierto en las Escrituras hebreas que había de aparecer la estrella de Jacob. Con anhelante deseo aguardaban la venida del Señor, quien no solamente sería "la redención de Israel", sino también una "luz que ilumina a las naciones" y "salvación hasta los confines de la tierra" (S. Lucas 2:25, 32; Hechos 13:47). La estrella enviada por el Cielo guio a extranjeros gentiles al lugar del nacimiento del rey que acababa de nacer.

Es para "traer salvación a quienes lo esperan" que Cristo "aparecerá por segunda vez, ya no para cargar con pecado alguno" (Hebreos 9:28). A semejanza de las noticias relacionadas con el nacimiento del Salvador, el mensaje del Segundo Advenimiento no fue encomendado a los dirigentes religiosos del pueblo. Ellos habían rechazado la luz del Cielo; por lo tanto, no se encontraban entre los descritos por el apóstol San Pablo: "Ustedes, en cambio, hermanos, no están en la oscuridad para que ese día los sorprenda como un ladrón. Todos ustedes son hijos de la luz y del día. No somos de la noche ni de la oscuridad" (1 Tesalonicenses 5:4, 5).

Los centinelas apostados sobre los muros de Sion debieran haber sido los primeros en recoger las noticias del advenimiento del Salvador, los primeros en proclamarlo cerca. Pero en cambio estaban despreocupados, mientras el pueblo dormía en sus pecados. Jesús vio a su Iglesia, semejante a la higuera estéril, con hojas de pretensión y desprovista del fruto precioso. El espíritu de verdadera humildad, arrepentimiento y fe estaba ausente. Había orgullo, formalismo, egoísmo, opresión. Una Iglesia apóstata había cerrado sus ojos a las señales de los tiempos. Se alejaron de Dios y se apartaron de su amor. Al negarse a cumplir con las condiciones, las promesas del Señor no se cumplieron para ellos.

Muchos de los que profesaban ser seguidores de Cristo se negaron a recibir la luz del Cielo. A semejanza de los judíos de la antigüedad, no reconocieron el tiempo en que Dios vendría a salvarlos. El Señor los pasó por alto y reveló su verdad a los que, a semejanza de los pastores de Belén y de los magos del oriente, habían prestado oídos a toda la luz que habían recibido.

Nueva luz en el Nuevo Mundo

Un agricultor honrado y de corazón recto, que anhelaba sinceramente conocer la verdad, fue el hombre elegido por Dios para marcar el rumbo en la proclamación de la segunda venida de Cristo. Al igual que muchos otros reformadores, William Miller había luchado con la pobreza y había aprendido lecciones de abnegación.

Ya desde su niñez había dado pruebas de una fortaleza intelectual más que común. Su mente era activa y bien desarrollada, y tenía intensa sed de conocimiento. Su amor por el estudio y el hábito de pensar en forma cuidadosa, junto con su agudo criterio, lo convirtieron en un hombre de sano juicio y vasta comprensión. Poseía un carácter moral irreprochable y una envidiable reputación. Ocupó puestos civiles y militares con éxito. Parecía que la riqueza y el honor le sonreían.

En la niñez, había sido influenciado por la religión; pero temprano en su edad madura, se relacionó con la sociedad de los deístas,¹ cuya influencia era poderosa, ya que estaba constituida mayormente por buenos ciudadanos, de trato humano y benévolo. Viviendo en medio de instituciones cristianas, sus caracteres habían sido modelados, hasta cierto punto, de acuerdo con su entorno. Ellos debían a la Biblia la excelencia que los distinguía y que les acreditaba el respeto; sin embargo, estos buenos dones eran pervertidos para ejercer una influencia contraria a la Palabra de Dios. Miller fue inducido a adoptar sus opiniones.

Las interpretaciones corrientes de las Escrituras presentaban dificultades que a él le parecían insuperables; por otro lado, su nueva posición, aunque descartaba la Biblia, no le ofrecía nada mejor, y él se sentía insatisfecho. Pero cuando Miller tenía 34 años, el Espíritu Santo impresionó su corazón con su condición de pecador. No hallaba ninguna seguridad para su felicidad más allá de la tumba. El futuro era oscuro y tenebroso. Refiriéndose a sus sentimientos de ese tiempo, dijo:

“Los cielos eran como de bronce sobre mi cabeza, y la tierra como hierro debajo de mis pies. [...] Cuanto más pensaba, tanto más confusas eran mis conclusiones. Traté de dejar de pensar, pero no podía dominar mis pensamientos. Era verdaderamente miserable, pero no entendía la causa. Murmuraba y me quejaba, pero no sabía de quién. Entendía que existía el mal, pero no sabía cómo o dónde encontrar el bien”.

¹Deísmo: La creencia de que Dios existe y creó el mundo, pero después no asumió ningún control ni demostró preocupación por la vida de las personas; la creencia de que la razón es suficiente para el conocimiento de la verdad; rechaza la revelación (*Webster's New World Dictionary*).

Miller encuentra a un Amigo

“Repentinamente –relata él–, el carácter de un Salvador impresionó vívidamente mi mente. Parecía que podía haber algún ser tan bueno y compasivo que él mismo expiara nuestras transgresiones, y por lo tanto nos evitara la penalidad del pecado. [...] Pero se suscitó la pregunta: ¿Cómo puede probarse que ese ser existe? Descubrí que, fuera de la Biblia, no podía obtener prueba alguna de la existencia de un Salvador semejante, o siquiera de una existencia futura [...]”.

“Vi que la Biblia presenta a un Salvador como el que yo necesitaba; y me sentí perplejo en cuanto a cómo un libro no inspirado podía desarrollar principios tan perfectamente adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me vi obligado a admitir que las Escrituras deben ser la revelación de Dios. Ellas llegaron a ser mi delicia; y en Jesús encontré a un Amigo. El Salvador llegó a ser para mí el más distinguido entre diez mil seres humanos; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, ahora llegaron a ser la lámpara a mis pies y luz a mi sendero. [...] Descubrí que el Señor Dios es una Roca en medio del océano de la vida. La Biblia ahora llegó a ser mi tema de estudio principal, y puedo decir que en verdad la investigué con gran delicia. [...] Me pregunto por qué no había visto su belleza y su gloria antes, y me asombro de que hubiera podido rechazarla. [...] Perdí todo gusto por cualquier otra lectura, y apliqué mi corazón a adquirir sabiduría de Dios”.²

Miller profesó públicamente su fe, pero sus asociados incrédulos emplearon todos los argumentos que él mismo a menudo había usado contra las Escrituras. Él razonaba que, si la Biblia es la revelación de Dios, debía ser consecuente consigo misma. Se determinó estudiar las Escrituras y asegurarse de que cada aparente contradicción pudiera armonizarse.

Dejando a un lado los comentarios, comparó texto con texto con la ayuda de las referencias marginales y de una concordancia. Comenzando con el Génesis, leyendo versículo por versículo, cuando hallaba alguna cosa poco clara tenía la costumbre de compararla con cualquier otro pasaje que parecía referirse al mismo asunto bajo consideración. Permitted que cada palabra tuviera su sentido preciso en el texto. En todas las ocasiones en que se encontraba con un pasaje difícil de entender, halló una explicación en alguna otra porción de las Escrituras. Estudió con fervorosa oración, buscando iluminación divina, y experimentó la verdad de las palabras del salmista: “La exposición de tus palabras nos da luz, y da entendimiento al sencillo” (Salmo 119:130, RVC).

Con intenso interés, estudió el libro de Daniel y el Apocalipsis, y descubrió que los símbolos proféticos podían entenderse. Vio que las diversas figuras literarias, las metáforas, las similitudes, etc., o se explicaban en el contexto inmediato o eran definidas en otros pasajes; y cuando así quedaban explicadas, debían entenderse literalmente. Eslabón tras eslabón de la cadena de la verdad

²S. Bliss, *Memories of William Miller* [Memorias de William Miller], pp. 65-67.

recompensaron sus esfuerzos. Paso a paso trazó las grandes líneas proféticas. Los ángeles del Cielo estaban guiando su mente.

Llegó a convencerse de que la opinión popular de un milenio temporal antes del fin del mundo no se fundaba en la Palabra de Dios. Esta doctrina, que señalaba un período de mil años de paz antes de la venida del Señor, es contraria a las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles, quienes declararon que el trigo y la mala hierba crecerían juntamente hasta la cosecha –el fin del mundo–, y que “los hombres malvados y los engañadores [irían] de mal en peor” (2 Timoteo 3:13).

La venida personal de Cristo

La iglesia apostólica no sostenía la doctrina de la conversión del mundo y del reino espiritual de Cristo. Los cristianos en general no la aceptaron sino hasta comienzos del siglo XVIII. Esta doctrina enseñaba a las personas a considerar que la venida del Señor estaba muy adelante en el futuro y les impedía prestar atención a las señales que anunciaban su pronto regreso. Indujo a muchos a descuidar su preparación para encontrarse con el Señor.

Miller encontró que en las Escrituras se enseña en forma sencilla una venida de Cristo literal y personal. “El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios” (1 Tesalonicenses 4:16, 17). “Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria” (S. Mateo 24:30). “Así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre” (S. Mateo 24:27). “El Hijo del hombre” vendrá “en su gloria, con todos sus ángeles” (S. Mateo 25:31). “Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos” (S. Mateo 24:31).

A la venida del Señor, los justos muertos serán resucitados y los justos vivos serán transformados. “No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados. Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad” (1 Corintios 15:51-53). “Los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre” (1 Tesalonicenses 4:16, 17).

El ser humano en su estado actual es mortal, corruptible; pero el reino de Dios será incorruptible. Por lo tanto, el ser humano en su estado presente no puede entrar en el Reino de Dios. Cuando Jesús venga, él otorgará la inmortalidad a su pueblo, y entonces lo llamará a poseer el reino del que hasta ahora su pueblo había sido solo heredero.

Las Escrituras y la cronología

Estos y otros pasajes le probaron claramente a Miller que el reino universal de paz y el establecimiento del Reino de Dios en la Tierra venían después del Segundo

Advenimiento. Por otra parte, la condición del mundo correspondía a la descripción profética de los últimos días. Entonces, se vio obligado a llegar a la conclusión de que el período asignado a la Tierra en su estado actual estaba por finalizar.

“Otra clase de evidencia que afectó finalmente mi mente –dice él– fue la cronología de las Escrituras. [...] Encontré que los acontecimientos predichos, los cuales se habían cumplido en el pasado, a menudo se habían desarrollado dentro de los límites de un tiempo determinado. [...] Acontecimientos [...] que una vez fueron solamente asunto de la profecía [...] se cumplieron de acuerdo con las predicciones”.³

Cuando encontró períodos cronológicos que se extendían hasta la segunda venida de Cristo, no podía sino considerarlos como los períodos de la historia de la Tierra determinados por Dios, el cual se los había revelado a sus siervos. “Lo revelado nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre” (Deuteronomio 29:29). El Señor declara que él “nada hace [...] sin antes revelar sus designios a sus siervos los profetas” (Amós 3:7). Los estudiantes de la Palabra de Dios pueden esperar con confianza encontrar claramente señalado en las Escrituras el acontecimiento más increíble de la historia humana.

“Me convencí plenamente –dice Miller– de que toda la Escritura inspirada por Dios es útil; y que [...] fue escrita por profetas impulsados por el Espíritu Santo, y fue escrita ‘para enseñarnos, a fin de que, alentados por las Escrituras, perseveremos en mantener nuestra esperanza’. [...] Por lo tanto sentí que, al tratar de comprender lo que Dios en su misericordia había visto bien revelarnos, no tenía ningún derecho de pasar por alto los períodos proféticos”.⁴

La profecía que parecía revelar más claramente el tiempo de la Segunda Venida era Daniel 8:14: “Va a tardar dos mil trescientos días con sus noches. Después de eso, se purificará el santuario”. Haciendo de la Biblia su propio intérprete, Miller descubrió que, en los símbolos proféticos, un día representa un año. Vio que los 2.300 días proféticos –o sea, años literales– se extenderían mucho más allá de la terminación de la dispensación hebrea y, por lo tanto, no podían referirse al Santuario de esa dispensación.

Miller aceptaba la idea general de que, en la Era Cristiana, el “Santuario” era la Tierra; por lo tanto, entendía que la purificación del Santuario predicha en Daniel 8:14 representaba la purificación de la Tierra por medio del fuego en ocasión de la segunda venida de Cristo. Él concluyó que, si pudiera encontrarse el punto de partida correcto de los 2.300 días, se podría revelar el tiempo del Segundo Advenimiento.

Descubre el cronograma profético

Miller continuó el estudio de las profecías, dedicando noches enteras y días completos al estudio de lo que ahora parecía tener una importancia tremenda. En el capítulo 8 de Daniel no pudo encontrar ninguna pista para descubrir el punto de

³*Ibid.*, pp. 74, 75.

⁴*Ibid.*

partida de los 2.300 días. El ángel Gabriel, aunque había recibido la orden de hacerle comprender a Daniel la visión, le dio solamente una explicación parcial. Cuando al profeta se le reveló la terrible persecución que recaería sobre la iglesia, no pudo soportar más la escena. Daniel quedó “exhausto”, y guardó cama “varios días”. “La visión me dejó pasmado –dice él–, pues no lograba comprenderla” (Daniel 8:27).

Sin embargo, Dios le había mandado a su mensajero: “Dile a este hombre lo que significa la visión”. En obediencia al mandato, el ángel volvió a Daniel y le dijo: “He venido en este momento para que entiendas todo con claridad. [...] Presta, pues, atención a mis palabras, para que entiendas la visión”. Un punto importante del capítulo 8 había quedado sin explicar, es a saber, los 2.300 días; por lo tanto, el ángel, continuando con su explicación, se espació en la cuestión del tiempo.

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad [...]. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí [...]. Y por otra semana [el Mesías] confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 8:16; 9:22, 23, 24-27, RV 60).

El ángel había sido mandado para explicar a Daniel lo que no había logrado entender: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. Las primeras palabras del ángel son: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad”. La palabra “determinadas” significa literalmente “cortadas”. Setenta semanas, o sea 490 años, son cortadas como un período que pertenece especialmente a los judíos.

Dos períodos proféticos unidos

Pero ¿de dónde serían cortadas? Siendo que los 2.300 días eran el único período profético mencionado en el capítulo 8, las setenta semanas debían por lo tanto ser una parte de los 2.300 días. Los dos períodos deben empezar al mismo tiempo, y las setenta semanas debían arrancar con “la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén”. Si pudiera encontrarse la fecha de este mandato, entonces podría determinarse el punto de arranque de los 2.300 días.

El capítulo 7 de Esdras registra el decreto promulgado por Artajerjes, rey de Persia, en el año 457 a.C. Tres reyes, que originaron y completaron el decreto, le dieron las características requeridas por la profecía para señalar el comienzo de los 2.300 años. Estableciendo la fecha 457 a.C. (cuando el decreto fue completado) como la fecha de “la orden”, todas las especificaciones de las setenta semanas resultan cumplidas.

“Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas”. Esto es, 69 semanas, o 483 años. El decreto de Artajerjes entró en vigor en el otoño del 457 a.C. Desde esta fecha, 483 años se extienden hasta el otoño del año 27 de nuestra era. En ese momento se cumplió esta profecía. En el otoño del año 27, Cristo fue bautizado por Juan y

recibió la unción del Espíritu. Después de su bautismo se fue a Galilea, “a anunciar las buenas nuevas de Dios. ‘Se ha cumplido el tiempo’, decía” (S. Marcos 1:14, 15).

El evangelio es predicado al mundo

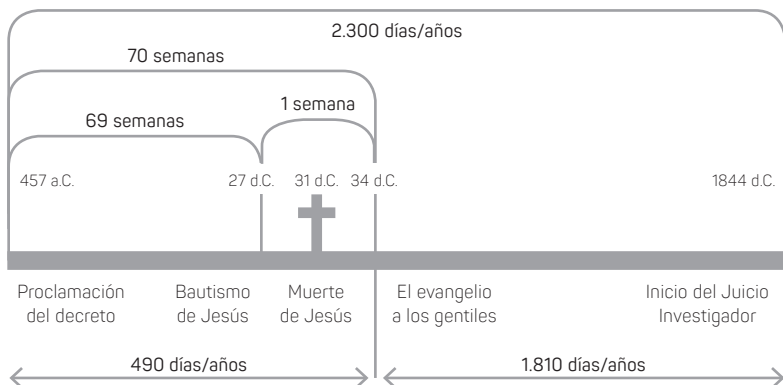
“Y por otra semana confirmará el pacto con muchos”. Estos son los últimos siete años del período asignado a los judíos. Durante este tiempo, que va desde el año 27 hasta el año 34 de nuestra era, Cristo y sus discípulos extendieron la invitación evangélica, especialmente a los judíos. La orden del Salvador fue: “No vayan entre los gentiles ni entren en ningún pueblo de los samaritanos. Vayan más bien a las ovejas descarriadas del pueblo de Israel” (S. Mateo 10:5, 6).

“A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”. En el año 31 d.C., o sea, tres años y medio después de su bautismo, nuestro Señor fue crucificado. Con el gran sacrificio ofrecido en el Calvario, los símbolos encontraron su cumplimiento. Todos los sacrificios y las ofrendas del sistema ceremonial judaico debían cesar.

Los 490 años asignados a los judíos terminaron en el año 34 d.C. En esa época, por orden del Sanedrín judío, la nación selló su rechazo del evangelio con motivo del martirio de Esteban y la persecución a los seguidores de Cristo. Entonces, el mensaje de salvación fue llevado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución a huir de Jerusalén, “predicaban la palabra por dondequiera que iban” (Hechos 8:4).

Hasta aquí toda especificación de la profecía se cumple con exactitud. El comienzo de las 70 semanas está fijado fuera de toda duda y corresponde al año 457 a.C.; y su terminación es en el año 34 de nuestra era. Las 70 semanas (490 días), cortadas de los 2.300 días, dejan 1.810 días. Después de la terminación de los 490 días, todavía quedaban por cumplirse los 1.810 días. Desde el año 34 d.C., los 1.810 años se extienden hasta 1844. En consecuencia, los 2.300 días de Daniel 8:14 terminan en 1844. A la terminación de este gran período profético, “el santuario

“Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Dan. 8:14).



será purificado”. Así quedaba señalado el tiempo de la purificación del Santuario, que casi universalmente se creía que ocurriría en ocasión de la segunda venida de Cristo (ver diagrama en la pág. 146).

Una conclusión alarmante

Al principio de sus estudios, Miller no tenía la más mínima idea de que llegaría a la conclusión a la que ahora había arribado. Apenas podía creer en los resultados de su propia investigación. Pero la evidencia de las Escrituras era demasiado clara para ser descartada.

En 1818, llegó a la solemne convicción de que, después de unos 25 años, Cristo aparecería para redimir a su pueblo. “No necesito hablar –dice Miller– del gozo que llenó mi corazón en vista de la perspectiva encantadora, ni de los ardientes anhelos de mi alma de participar en los gozos de los redimidos. [...] ¡Oh, cuán brillante y gloriosa aparecía la verdad! [...]”.

“Con poderosa convicción se me hizo claro el pensamiento relativo a mi deber hacia el mundo, en vista de la evidencia que se había apoderado de mi propia mente”.⁵ Él no podía sino sentir que era su deber impartir a los demás la luz que había recibido. Se anticipaba a la oposición de los impíos, pero tenía la confianza de que todos los cristianos se regocijarían por la esperanza de encontrarse con su Salvador. Dudaba de la conveniencia de presentar la perspectiva de la gloriosa liberación, que había de consumarse tan pronto, no fuera que estuviera equivocado y desviara a otros. Así se vio movido a revisar y a considerar cuidadosamente cada dificultad que se presentaba en su mente. Después de trabajar cinco años en esto, quedó convencido de la corrección de su posición.

“Ve y advierte al mundo”

“Cuando estaba ocupado en mis quehaceres –dijo él–, continuamente resonaba en mis oídos la orden: ‘Ve y advierte al mundo de su peligro’. Recordaba constantemente el texto: ‘Cuando yo le diga al malvado: “¡Vas a morir!”’, si tú no le adviertes que cambie su mala conducta, el malvado morirá por su pecado, pero a ti te pediré cuentas de su sangre’. Sentía que, si el impío pudiera ser advertido con eficacia, multitudes se arrepentirían; y que, si no eran advertidos, Dios me pediría cuentas de su sangre”.⁶ Estas palabras acudían una y otra vez a su mente: “Ve y advierte al mundo; a ti te pediré cuentas de su sangre”. Aguardó nueve años, pero todavía seguía sintiendo la misma preocupación angustiosa, hasta que en 1831 expuso públicamente por primera vez las razones de su fe.

Tenía ahora cincuenta años. No estaba acostumbrado a hablar en público, pero sus esfuerzos fueron bendecidos. Su primer discurso fue seguido de un despertar religioso. Todos los miembros de trece familias se convirtieron,

⁵ *Ibíd.*, pp. 76, 77, 81.

⁶ Ezequiel 33:8; Bliss, p. 92.

con la excepción de dos personas. Se le pidió que predicara en otros lugares, y en casi cada lugar se convertían más pecadores. Los cristianos despertaban a una consagración mayor, los deístas y los incrédulos reconocían la verdad de la Biblia. Su predicación despertaba la mente del público y detenía la creciente mundanalidad y la propensión excesiva a los placeres de la época.

En muchos lugares, las iglesias protestantes de casi todas las confesiones se abrían para su trabajo, y habitualmente las invitaciones procedían de los ministros. Tenía por norma no trabajar en ningún lugar al que no había sido invitado, pero pronto vio que los pedidos que le llovían eran el doble de lo que podía atender. Muchos se convencieron de la certidumbre y la cercanía de la venida de Cristo y de la necesidad que tenían de prepararse. En algunas de las grandes ciudades, muchos dueños de bares convirtieron sus establecimientos en salones de reunión; se cerraron las casas de juego; incrédulos y hasta los más abandonados libertinos se reformaban. Se organizaron reuniones de oración en iglesias de varias confesiones casi a cualquier hora, y grupos de comerciantes se reunían a mediodía para orar y alabar. No había excitación extravagante. Su obra, a semejanza de la de los reformadores, no tendía a excitar las emociones, sino más bien a convencer el entendimiento y a despertar la conciencia.

En 1833, Miller recibió de la Iglesia Bautista una licencia para predicar. Un gran número de ministros de su iglesia aprobaba su obra. Con la aprobación formal de ellos, Miller continuó con sus labores. Viajaba y predicaba constantemente, sin recibir jamás lo suficiente para hacer frente a los gastos de los viajes hasta los lugares en donde trabajaba. De esta manera, sus labores públicas le requirieron un gran desembolso de sus recursos personales.

“Las estrellas caerán”

En 1833, apareció la última de las señales que fueron prometidas por el Salvador como heraldos de su segunda venida: “Las estrellas caerán del cielo” (S. Mateo 24:29). Y en el Apocalipsis, Juan declaró: “Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento” (Apocalipsis 6:13). Esta profecía se cumplió de modo notable cuando se produjo la gran lluvia meteórica el 13 de noviembre de 1833, uno de los más extensos y admirables despliegues de estrellas fugaces que jamás se haya registrado. “Jamás cayó lluvia más tupida que esa en que cayeron los meteoros hacia la Tierra; al este, al oeste, al norte y al sur era lo mismo. En una palabra, todo el cielo parecía estar en conmoción. [...] Desde las dos de la madrugada hasta la plena claridad del alba, con un cielo perfectamente sereno y sin nubes, se mantuvo en todo el firmamento un despliegue incesante de cuerpos que brillaban de modo deslumbrante”.⁷ “Parecía que todas las estrellas del cielo se hubiesen reunido en un punto cerca del cenit, y que fuesen lanzadas de allí, con la velocidad del rayo, en todas las direcciones

⁷R. M. Devens, *American Progress; or The Great Events of the Greatest Century* [El progreso estadounidense; o Los grandes eventos del siglo más grandioso], cap. 28, párr. 1-5.

del horizonte; sin embargo, no se agotaban: con toda rapidez se seguían una tras otras por miles, como si hubiesen sido creadas para la ocasión”.⁸ “No era posible contemplar un cuadro más correcto de una higuera que deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento”.⁹

En el *Journal of Commerce* de Nueva York, del 14 de noviembre de 1833, apareció un largo artículo con respecto a este fenómeno: “Yo supongo que ningún filósofo ni erudito ha referido ni registrado un acontecimiento semejante, como el que ocurrió ayer por la mañana. Un profeta lo predijo hace aproximadamente 1.800 años, si entendemos que las estrellas que cayeron eran estrellas fugaces, [...] y es el único sentido que puede ser verdadero y literal”.

Así se cumplió la última de estas señales de la venida de Jesús, concerniente a las cuales les había dicho a sus discípulos: “Cuando vean todas estas cosas, sepan que el tiempo está cerca, a las puertas” (S. Mateo 24:33). Muchos de los que presenciaron la caída de las estrellas lo consideraron un anuncio del Juicio venidero.

En 1840 tuvo su cumplimiento otra notable profecía que suscitó el interés de todos. Dos años antes, Josiah Litch publicó una exposición del capítulo 9 de Apocalipsis, en la que predecía la caída del Imperio Otomano “en 1840 d.C., en algún momento del mes de agosto”. Solo pocos días antes de su cumplimiento, él había escrito: “Esto terminará el 11 de agosto de 1840, día en que puede anticiparse que el poder otomano de Constantinopla será quebrantado”.¹⁰

Una predicción cumplida

Exactamente en el tiempo especificado, Turquía aceptó la protección de los poderes aliados de Europa, y así se colocó bajo el control de naciones cristianas. El suceso cumplió exactamente la predicción. Multitudes se convencieron de los principios de interpretación profética adoptados por Miller y sus asociados. Personas de saber y de posición se unieron con Miller para predicar y publicar estos puntos de vista. Desde 1840 hasta 1844, la obra se extendió rápidamente.

William Miller poseía grandes dotes intelectuales, a las que sumaba la sabiduría celestial que adquirió al relacionarse con la Fuente de la sabiduría. Imponía el respeto en todo lugar donde se valoraran la integridad y la excelencia moral. Con humildad cristiana, era un hombre atento y afable para con todos, y estaba listo a escuchar a los demás y a considerar sus argumentos. Examinaba todas las teorías a la luz de la Palabra de Dios, y su razonamiento sano y su conocimiento de las Escrituras lo capacitaron para refutar el error.

Sin embargo, así como aconteció con los primeros reformadores, las verdades que presentaba no fueron recibidas por los maestros populares de religión. Como estos no podían sostener su posición fundamentándola en las Escrituras, recurrían a las doctrinas de los seres humanos y a las tradiciones de los Padres. Pero

⁸ F. Reed, *Christian Advocate and Journal* [Periódico y Defensor Cristiano], 13 de diciembre de 1833.

⁹ “The Old Countryman” [El viejo compatriota], *Portland (Maine) Evening Advertiser* [Anunciador Vespertino de Portland], 26 de noviembre de 1833.

¹⁰ Josiah Litch, *Signs of the Times* [Señales de los Tiempos], 1º de agosto de 1840.

la Palabra de Dios era el único testimonio que aceptaban los predicadores de la verdad adventista. Los oponentes utilizaban el ridículo y el sarcasmo al difamar a aquellos que anticipaban con gozo el regreso de su Señor y se esforzaban por vivir vidas santas y preparar a otros para la venida del Señor. Hicieron que estudiar las profecías referentes a la venida de Cristo y al fin del mundo pareciera un pecado. Así fue como los ministros populares socavaron la fe en la Palabra de Dios. Sus enseñanzas tornaban a los seres humanos en incrédulos, y así muchos se tomaron la libertad de andar según sus impías pasiones. Luego, los autores de este mal culparon de todo ello a los adventistas.

Aunque la obra de Miller atraía a grandes multitudes de oyentes inteligentes, la prensa religiosa raramente mencionaba su nombre, salvo para el ridículo y la acusación. Los impíos, envalentonados por los maestros religiosos, recurrían a apodosos blasfemos cuando se referían a él y a su obra. El hombre encanecido que había abandonado la comodidad de su hogar para viajar a su propia costa con el fin de presentar al mundo el testimonio solemne y la advertencia del Juicio cercano fue denunciado como fanático.

Interés e incredulidad

El interés continuó creciendo. Comenzando con veintenas y centenas, las congregaciones habían crecido hasta alcanzar los millares. Pero, después de un tiempo, se comenzó a manifestar oposición contra estos conversos, y las iglesias comenzaron a tomar medidas disciplinarias con los que habían abrazado las opiniones de Miller. Esto requirió una respuesta de su pluma: "Si estamos en el error, les ruego nos muestren en qué consiste nuestra equivocación. Convéncenos con la Palabra de Dios de que estamos en error. Ya hemos sufrido bastante ridículo, pero eso no puede convencernos de que estamos equivocados; la Palabra de Dios es la única que puede cambiar nuestra opinión. Hemos llegado a nuestras conclusiones en forma deliberada y después de mucha oración, al ver la evidencia en las Escrituras".¹¹

Cuando la iniquidad de los antediluvianos indujo a Dios a traer el diluvio sobre la Tierra, primero les dio a conocer su propósito. Durante 120 años se proclamó la amonestación al arrepentimiento. Pero no creyeron. Se burlaron del mensajero de Dios. Si el mensaje de Noé era cierto, ¿por qué no lo vio y creyó en él todo el mundo? ¡Las aseveraciones de un hombre en contra de la sabiduría de miles! No dieron crédito a la amonestación ni buscaron protección en el arca.

Los burladores señalaban la sucesión invariable de las estaciones, y el cielo azul que nunca había arrojado lluvia. Con desprecio, declaraban que el predicador de justicia era un entusiasta delirante. Insistieron en sus malos caminos en forma más atrevida que antes. Pero, al tiempo señalado, los juicios de Dios cayeron sobre los que rechazaron su misericordia.

¹¹ Bliss, pp. 250, 252.

Escépticos e incrédulos

Cristo declaró que, como las personas en los días de Noé, “no supieron nada de lo que sucedería hasta que llegó el diluvio y se los llevó a todos. Así será en la venida del Hijo del hombre” (S. Mateo 24:39). Cuando el profeso pueblo de Dios se esté uniendo con el mundo, cuando el lujo de este llegue a convertirse en el lujo de la iglesia, cuando todos anticipen muchos años de prosperidad mundana, entonces, en forma tan repentina como los fulgores del relámpago, vendrá el fin de sus engañosas esperanzas. Así como Dios envió a su siervo para advertir al mundo acerca del diluvio venidero, envió a sus mensajeros escogidos para proclamar la cercanía del Juicio Final. Y, así como los contemporáneos de Noé se burlaron de las predicciones del predicador de justicia, en los días de Miller muchos de los que profesaban ser el pueblo de Dios se rieron abiertamente de las palabras de advertencia.

No puede haber una evidencia más concluyente de que las iglesias se han apartado de Dios que la hostilidad provocada por este mensaje de origen celestial.

Los que aceptaron la doctrina adventista llegaron a la conclusión de que era tiempo de tomar posiciones. “Los asuntos de la Eternidad asumieron para ellos [...] realidad. Se les acercó el Cielo, y se sintieron culpables ante Dios”.¹² Se les hizo sentir a los cristianos que el tiempo era corto, que lo que debían hacer en favor de sus semejantes debía hacerse rápidamente. La Eternidad parecía abrirse delante de ellos. El Espíritu de Dios daba poder a los llamados que hacían a prepararse para el Día de Dios. Su vida diaria era un reproche para los miembros no consagrados de las iglesias. Estos no querían ser perturbados en sus placeres, en su búsqueda de dinero, en su ambición por el honor mundano. De ahí la oposición en contra de la fe adventista.

Los opositores se esforzaban por desanimar la investigación de la Biblia enseñando que las profecías estaban selladas. Así, los protestantes siguieron los pasos de los romanistas. Las iglesias protestantes aseveraban que una parte importante de la Palabra, la que era especialmente aplicable a nuestro tiempo, no podía entenderse. Los ministros declaraban que el libro de Daniel y el Apocalipsis eran misterios incomprensibles.

Pero Cristo dirigió a sus discípulos a las palabras del profeta Daniel: “El que lee, *que lo entienda*” (S. Mateo 24:15). Y el Apocalipsis ha de ser entendido. “Esta es la revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a sus siervos lo que sin demora tiene que suceder. [...] *Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de este mensaje profético y hacen caso de lo que aquí está escrito, porque el tiempo de su cumplimiento está cerca*” (Apocalipsis 1:1-3, énfasis añadido).

“Dichoso el que lee”: hay quienes no quieren leer. Y “los que escuchan”: también hay algunos que se niegan a oír cualquier cosa concerniente a las profecías. “Y hacen caso de lo que aquí está escrito”: muchos se niegan a escuchar las instrucciones del Apocalipsis. Ninguno de ellos puede reclamar la bendición de la dicha prometida.

¹² *Ibid.*, p. 146.

¿Cómo se atreven las personas a enseñar que el Apocalipsis está más allá de la comprensión humana? Es un misterio revelado, un libro abierto. El Apocalipsis dirige la mente al libro de Daniel. Ambos libros presentan instrucciones importantes relativas a los acontecimientos del fin de la historia humana.

Juan vio los peligros, los conflictos y la liberación final del pueblo de Dios. Él registra los mensajes finales que han de madurar la cosecha de la Tierra, ya sea para el granero del Cielo o para los fuegos de la destrucción, con el fin de que los que se vuelvan del error a la verdad sean instruidos con respecto a los peligros y los conflictos que les esperan.

¿Por qué, entonces, existe esa ignorancia general concerniente a una parte importante de la Sagrada Escritura? Es el resultado de un estudiado esfuerzo del príncipe de las tinieblas para ocultar de la vista de los seres humanos aquello que revele sus engaños. Por esta razón, Cristo, el Revelador, previendo la guerra contra la revelación del Apocalipsis, pronunció la bendición de la dicha sobre todos los que leyeran, escucharan y guardaran las profecías.

Luz a pesar del chasco

La obra de Dios presenta, a lo largo de los siglos, una notable similitud en todas las grandes reformas o movimientos religiosos. Los principios que rigen el trato de Dios con los seres humanos son siempre los mismos. Los movimientos importantes del presente tienen su paralelo en los del pasado, y la experiencia de la iglesia en épocas anteriores proporciona lecciones para nuestro propio tiempo.

Dios, mediante su Santo Espíritu, dirige especialmente a sus siervos que están sobre la Tierra para que lleven adelante la obra de salvación. Los seres humanos son instrumentos en las manos de Dios. A cada uno de ellos Dios les concedió una medida de luz suficiente para capacitarlos con el fin de realizar la obra que les fuera encomendada. Pero nadie ha alcanzado jamás una comprensión cabal del propósito divino de la obra en su propio tiempo. Las personas no comprenden en forma plena y en todos sus aspectos el mensaje que proclaman en el nombre de Cristo. Ni siquiera los profetas entendieron completamente las revelaciones que les fueron encomendadas. El significado debía ir desarrollándose de época en época.

Dice Pedro: “Los profetas, que anunciaron la gracia reservada para ustedes, estudiaron cuidadosamente esta salvación. Querían descubrir a *qué tiempo* y a *cuáles circunstancias* se refería el Espíritu de Cristo, que estaba en ellos, cuando testificó de antemano acerca de los sufrimientos de Cristo y de la gloria que vendría después de estos. A ellos se les reveló que no se estaban sirviendo a *sí mismos*, sino que les servían a *ustedes*” (1 Pedro 1:10-12, énfasis añadido). ¡Qué lección para el pueblo de Dios en la era cristiana! Aquellas santas personas de Dios “estudiaron cuidadosamente” con respecto a las revelaciones dadas para las generaciones que aún no habían nacido. ¡Qué repreensión para la indiferencia amiga de la mundanalidad que se contenta con declarar que las profecías no pueden entenderse!

Con cierta frecuencia, incluso la mente de los siervos de Dios está tan cegada por la tradición y las falsas enseñanzas que alcanza a entender en forma solo parcial las cosas reveladas en la Palabra divina. Los discípulos de Cristo, aun cuando el Salvador estaba con ellos, tenían el concepto popular de que el Mesías sería un príncipe terrenal que exaltaría a Israel para que llegara a ser un imperio universal. No podían entender las palabras de Cristo que predecían sus sufrimientos y su muerte.

“El tiempo se ha cumplido”

Cristo los había enviado con el mensaje: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepiéntanse, y crean en el evangelio!” (S. Marcos 1:15, RVC).

Ese mensaje se basaba en la profecía de Daniel, capítulo 9. Las 69 semanas habían de extenderse hasta el “Mesías príncipe”, y los discípulos esperaban el establecimiento del reino del Mesías en Jerusalén para que gobernara sobre toda la Tierra.

Aunque predicaron el mensaje que les fue encomendado, ellos mismos entendieron mal su significado. Aun cuando el anuncio que hacían se basaba en Daniel 9:25, no vieron en el siguiente versículo que el Mesías debía morir. Su corazón se había concentrado en la gloria de un imperio terrenal; esto cegó su entendimiento. Al tiempo preciso en que esperaban ver a su Señor ascender al trono de David, lo vieron apresado, azotado, insultado y condenado sobre la cruz. ¡Qué desesperación y angustia desgarró el corazón de sus discípulos!

Cristo había venido exactamente en el tiempo predicho. La Escritura se había cumplido en todo detalle. La Palabra y el Espíritu de Dios confirmaban la divina comisión de su Hijo. Aun así, la mente de los discípulos se hallaba envuelta en la duda. Si Jesús hubiera sido el verdadero Mesías, ¿se habrían visto ellos sumidos en la angustia y la desilusión? Esta era la pregunta que torturaba su alma durante las horas angustiosas del sábado que medió entre su muerte y su resurrección.

Sin embargo, no fueron abandonados. “Vivo en tinieblas, pero el Señor es mi luz. [...] Entonces me sacará a la luz y gozaré de su salvación” (Miqueas 7:8, 9). “Para los justos la luz brilla en las tinieblas” (Salmo 112:4). “Ante ellos convertiré en luz las tinieblas, y allanaré los lugares escabrosos. Esto haré, y no los abandonaré” (Isaías 42:16).

El anuncio hecho por los discípulos era correcto: “Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios”. Al cumplirse “el tiempo” –las 69 semanas de Daniel, capítulo 9, que habían de extenderse hasta el Mesías, “el Ungido”–, Cristo había recibido la unción del Espíritu después de haber sido bautizado por Juan el Bautista. El “reino de Dios” no era, como a ellos se les había enseñado a creer, un imperio terrenal. Tampoco se trataba del reino futuro e inmortal en el cual “lo adorarán y obedecerán todos los gobernantes de la tierra” (Daniel 7:27).

La expresión “reino de Dios” designa tanto el reino de la gracia como el reino de la gloria. El apóstol dice: “Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia” (Hebreos 4:16). La existencia de un trono implica la existencia de un reino. Cristo emplea la expresión “el reino de los cielos” para designar la obra de la gracia que Dios realiza en el corazón de los seres humanos. Por lo tanto, el trono de gloria representa el reino de la gloria (S. Mateo 25:31, 32). Este reino es todavía futuro. No ha de establecerse hasta la segunda venida de Cristo.

Cuando el Salvador entregó su vida y exclamó: “Todo se ha cumplido”, se ratificó la promesa de salvación hecha a la pareja pecadora del Edén. Entonces se estableció el reino de la gracia, que antes había existido sobre la base de la promesa de Dios.

Así, la muerte de Cristo –el acontecimiento que los discípulos consideraron como la destrucción de su esperanza– fue lo que lo aseguró para siempre. Aunque acarreó un cruel chasco, fue la prueba de que lo que ellos creían había sido correcto.

El acontecimiento que los había llenado de desesperación abrió la puerta de la esperanza para todos los fieles de Dios en todas las edades.

Con el oro puro del amor de los discípulos por Jesús se hallaba mezclada la despreciable aleación de las ambiciones egoístas. Solo veían el trono, la corona y la gloria. El orgullo de su corazón, su sed de gloria mundanal, los había inducido a pasar por alto las palabras del Salvador que mostraban la verdadera naturaleza de su reino y prefiguraban su muerte. Estos errores resultaron en la prueba tremenda que Dios permitió para corregirlos. A los discípulos se les había de confiar el glorioso evangelio del Señor resucitado. Para prepararlos para esta obra, se había permitido esta experiencia que parecía tan amarga.

Después de la resurrección de Cristo, él se les apareció a sus discípulos en el camino a Emaús, y “les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras” (S. Lucas 24:27). Era su propósito afirmar la fe de ellos en “la Palabra profética más segura” (2 Pedro 1:19, RV60), no solamente por medio de su testimonio personal, sino también por medio de las profecías del Antiguo Testamento. Y como primer paso dado para impartir este conocimiento, Jesús dirigió a sus discípulos a “Moisés y [...] todos los profetas” de las Escrituras del Antiguo Testamento.

De la desesperación a la seguridad

En un sentido más completo que lo que jamás había ocurrido, los discípulos habían hallado a “aquel de quien escribió Moisés en la ley, y de quien escribieron los profetas”. La incertidumbre, la desesperación, dio lugar a la seguridad y a una fe despejada. Habían pasado por la prueba más profunda que pudiera haberles acontecido, y habían visto cómo la Palabra de Dios se había cumplido en forma triunfal. De aquí en adelante, ¿qué podía desalentar su fe? En medio de su dolor más profundo llegaron a tener un “fortísimo consuelo”, una esperanza que era “como segura y firme ancla del alma” (Hebreos 6:18, 19, RV60).

Dice el Señor: “¡Nunca más será avergonzado mi pueblo!” (Joel 2:26). “Si por la noche hay llanto, por la mañana habrá gritos de alegría” (Salmo 30:5). En el día de su resurrección, estos discípulos encontraron al Salvador, y sus corazones ardieron dentro de ellos cuando escucharon sus palabras. Antes de su ascensión, Jesús les ordenó: “Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas” (S. Marcos 16:15), y agregó: “Estaré con ustedes siempre” (S. Mateo 28:20). En el Día de Pentecostés descendió el Consolador prometido, y las almas de los creyentes se conmovieron de regocijo ante la presencia consciente de su ascendido Señor.

El mensaje de los discípulos y el mensaje de 1844

La experiencia de los discípulos en ocasión del primer advenimiento de Cristo tuvo su contraparte en la experiencia de los que proclamaron su segunda venida. Así como los discípulos predicaron: “Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios”, así también Miller y sus asociados proclamaron que el último período profético de la Biblia estaba llegando a su cumplimiento, que el juicio era inminente, y que el reino eterno había de ser establecido. La predicación de los

discípulos con respecto al tiempo estaba basada en las 70 semanas del capítulo 9 de Daniel. El mensaje dado por Miller y sus asociados anunciaba la terminación de los 2.300 días de Daniel 8:14, profecía de la que las 70 semanas formaban parte. Estas predicaciones estaban basadas en el cumplimiento de una porción diferente del mismo período profético.

Así como los primeros discípulos, William Miller y sus asociados no comprendían en forma plena el mensaje que proclamaban. Errores establecidos por largo tiempo en la iglesia impidieron una correcta interpretación de un punto importante de la profecía. Por lo tanto, aunque proclamaron el mensaje que Dios les había confiado, a causa de una incomprensión de su significado sufrieron un desengaño.

Miller adoptó la creencia general de que la Tierra es el “Santuario”, y creía que la “purificación del Santuario” representaba la purificación de la Tierra por fuego en ocasión de la venida del Señor. Por lo tanto, el fin de los 2.300 días, según él concluyó, revelaba el tiempo de la Segunda Venida.

La purificación del Santuario era el último servicio oficiado por el sumo sacerdote en la serie de servicios anuales. Era la obra final de la expiación, que consistía en quitar o eliminar el pecado de Israel. Prefiguraba la obra final de nuestro Sumo Pontífice que está en el Cielo, quien quitará o borrará los pecados de su pueblo que están registrados en los libros celestiales. Este servicio implica una tarea de investigación, una obra de juicio, y esta precede inmediatamente a la venida de Cristo en las nubes del cielo, pues cuando él venga, todos los casos habrán sido ya decididos. Dice Jesús: “Traigo conmigo mi recompensa, y le pagaré a cada uno según lo que haya hecho” (Apocalipsis 22:12). Es esta obra de juicio la que se anuncia en el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14:7: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio”.

Los que proclamaron esta advertencia dieron el mensaje correcto en el tiempo apropiado. Pero, así como los discípulos estaban equivocados con respecto al reino que había de ser establecido al final de las “setenta semanas”, también los que predicaban el mensaje del Advenimiento estaban equivocados con respecto al acontecimiento que había de ocurrir al terminar los 2.300 días. En ambos casos, errores populares cegaron la mente y oscurecieron la verdad. En ambos casos, los hijos de Dios cumplieron la voluntad del Señor al proclamar el mensaje que él deseaba que fuera dado y, en ambos casos, a causa de la incomprensión de este mensaje, sufrieron un chasco.

Sin embargo, Dios cumplió su propósito al permitir que la amonestación relativa al juicio fuera dada como lo fue. En su providencia, el mensaje sirvió para probar y purificar a la iglesia. ¿Estaban sus afectos puestos en este mundo o en Cristo y el Cielo? ¿Estaban dispuestos a renunciar a sus ambiciones mundanas y darle la bienvenida al advenimiento de su Señor?

La desilusión también iba a probar el corazón de los que habían profesado recibir la amonestación. ¿Abandonarían ellos en forma precipitada su experiencia y perderían su confianza en la Palabra de Dios cuando fueran llamados a soportar el escarnio del mundo y la prueba de la demora y el chasco? Por no comprender en

forma inmediata los designios de Dios, ¿charían por la borda verdades sostenidas por el claro testimonio de su Palabra?

Esta prueba enseñaría el peligro que existe en aceptar las interpretaciones de los seres humanos en lugar de hacer de la Biblia su propio intérprete. Los hijos de la fe serían inducidos a un estudio más profundo de la Palabra, a examinar en forma más cuidadosa los fundamentos de su fe, y a rechazar todo aquello que, aunque ampliamente aceptado por el mundo cristiano, no se basa en las Escrituras.

Pero aquello que en la hora de la prueba parecía tan oscuro sería aclarado. A pesar de la prueba resultante de sus errores, aprenderían mediante una experiencia bendita que “el Señor es muy compasivo y misericordioso” (Santiago 5:11); y que todos sus caminos “son amor y verdad para quienes cumplen los preceptos de su pacto” (Salmo 25:10).

Un gran movimiento mundial

En el capítulo 14 del libro de Apocalipsis, se predice un gran despertar religioso como resultado del mensaje del primer ángel. Apareció un ángel “que volaba en medio del cielo, y que llevaba el evangelio eterno para anunciarlo a los que viven en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo”. Este ángel proclamaba “a gran voz” el mensaje: “Teman a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales” (Apocalipsis 14:6, 7).

Un ángel representa el carácter exaltado de la obra que debía realizar el mensaje, y el poder y la gloria que debían acompañarlo. El vuelo del ángel “en medio del cielo”, la “gran voz”, y su promulgación “a toda nación, raza, lengua y pueblo” dan evidencia de la extensión rápida y mundial del movimiento. En cuanto al tiempo cuando esto ocurriría, coincide con el anuncio del comienzo del Juicio.

Este mensaje es una parte del evangelio que podía ser proclamado solo en los últimos días, pues solamente entonces sería cierto que la hora del Juicio había llegado. La parte de la profecía que se relaciona con los últimos días es la que se le pidió a Daniel que cerrara y sellara “hasta el tiempo del fin” (Daniel 12:4, RV 60). Por lo tanto, hasta este tiempo no podía proclamarse el mensaje concerniente al Juicio, basado en el cumplimiento de estas profecías.

El apóstol Pablo amonestó a la iglesia a no esperar la venida de Cristo en sus días. No podemos esperar el advenimiento de nuestro Señor sino hasta después DE que hayan tenido lugar la gran apostasía y el largo reinado del “hombre de maldad” (ver 2 Tesalonicenses 2:3). El “hombre de maldad” –también llamado “el misterio de iniquidad”, “el hijo de perdicción” y “el inicuo”– representa al papado, que había de mantener su supremacía por 1.260 años. Este período terminó en 1798. La venida de Cristo no podía ocurrir antes de ese tiempo. Pablo abarca con su advertencia toda la dispensación cristiana hasta 1798. Solo después de esa fecha el mensaje del segundo advenimiento de Cristo había de proclamarse.

Ningún mensaje similar se ha predicado en los siglos pasados. Pablo, como hemos visto, no lo predicó, sino que apuntó al entonces lejano futuro de la venida del Señor. Los reformadores no lo proclamaron. Martín Lutero fijó la fecha del Juicio para cerca de trescientos años después de su tiempo. Pero, desde 1798, el libro de Daniel ha sido abierto, y muchos han proclamado el mensaje del Juicio como algo cercano.

En forma simultánea, en diferentes países

Así como ocurrió con la Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista apareció en diferentes países al mismo tiempo. Personas de fe fueron movidas a estudiar las profecías y vieron evidencias convincentes de que el fin era inminente. Cuerpos aislados de cristianos, solo por el estudio de las Escrituras, llegaron a albergar la creencia de que la venida del Salvador estaba cerca.

Tres años después de que Miller había llegado a su interpretación de las profecías, el Dr. Joseph Wolff, “el misionero mundial”, comenzó a proclamar el pronto retorno del Señor. Nacido en Alemania, de padres hebreos, era muy joven cuando llegó a convencerse de la verdad de la religión cristiana. Solía prestar profunda atención a las conversaciones que se llevaban a cabo en la casa de su padre cuando hebreos devotos se reunían para repasar las esperanzas de su pueblo, la gloria del futuro Mesías y la restauración de Israel. Un día, al oír mencionar el nombre de Jesús de Nazaret, el muchacho preguntó quién era. “Un judío de gran talento –fue la respuesta–; pero debido a que él pretendía ser el Mesías, el tribunal judío lo sentenció a muerte”.

“¿Por qué está destruida Jerusalén –continuó preguntando–, y por qué estamos en cautiverio?”

“¡Ay, ay! –contestó su padre–. Porque los judíos dieron muerte a los profetas”. Inmediatamente se le ocurrió al muchacho: “Tal vez Jesús también era profeta, y los judíos lo mataron siendo él inocente”. Aunque le estaba prohibido entrar en una iglesia cristiana, a menudo se detenía cerca de ellas para escuchar la predicación. Cuando tenía solo siete años, se estaba jactando ante un vecino cristiano del triunfo futuro de Israel en ocasión del advenimiento del Mesías. El anciano dijo en forma bondadosa: “Querido muchacho, te voy a decir quién es el verdadero Mesías: fue Jesús de Nazaret, [...] a quien tus antepasados crucificaron. [...] Ve a tu casa y lee el capítulo 53 de Isaías, y te convencerás de que Cristo Jesús es el Hijo de Dios”.¹

El muchacho fue a su casa y leyó el pasaje. ¡Cuán perfectamente se había cumplido esa profecía en Jesús de Nazaret! ¿Eran ciertas las palabras del cristiano? El muchacho le pidió a su padre una explicación de la profecía, pero la respuesta fue un silencio tan severo que nunca más se atrevió a mencionar el tema.

Con solo once años de edad, salió a recorrer el mundo para conseguir una educación a su propia costa, para elegir su religión y su profesión. Tuvo que abrirse paso solo y sin dinero. Estudió en forma diligente, y se mantuvo a sí mismo enseñando hebreo. Aceptó la fe católica y fue a proseguir sus estudios en el Colegio para la Propagación de la Fe, en Roma. Allí atacó abiertamente los abusos de la iglesia e instó a que se hiciera una reforma. Después de un tiempo, fue despedido. Llegó a ser evidente que él nunca podría someterse al yugo del romanismo. Fue declarado incorregible, y se lo dejó en libertad para que fuera a donde quisiera. Marchó a Inglaterra y se unió a la Iglesia Anglicana. Después de estudiar por dos años, dio comienzo a su misión en 1821.

¹ *Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff* [Viajes y aventuras del reverendo Joseph Wolff], t. 1, pp. 6, 7.

Wolff vio que las profecías presentaban la segunda venida de Cristo en poder y gloria. Aunque trató de inducir a su pueblo a buscar a Jesús de Nazaret como el Prometido, y de señalar su primera venida como un sacrificio por el pecado, también les enseñó con respecto a su segunda venida.

Wolff creía que la venida del Señor era inminente. Su interpretación de los períodos proféticos lo hizo llegar a la conclusión de que aquella se verificaría en una fecha que diferiría pocos años del tiempo señalado por Miller. “¿No nos ha dado nuestro Señor señales de los tiempos, para que supiéramos por lo menos cuándo estaríamos cerca de su venida, así como uno descubre la cercanía del verano por las hojas de la higuera que brotan? Se sabrá [...] lo suficiente mediante las señales de los tiempos como para inducirnos a prepararnos para su venida, como Noé preparó el arca”.²

Opuesto a las interpretaciones populares

Con respecto al sistema popular de interpretar las Escrituras, Wolff escribió: “Una gran parte de la iglesia cristiana ha dejado de lado el sentido claro de las Escrituras, y [...] suponen que cuando ellas dicen *judíos*, debe entenderse *gentiles*; y cuando se lee *Jerusalén*, debe entenderse la *iglesia*; y donde dice *Tierra*, se refiere al *Cielo*; y en cuanto a la venida del *Señor*, debe entenderse el progreso de las *sociedades misioneras*; y que subir al monte de la casa del Señor significa una gran *reunión de metodistas*”.³

Desde 1821 hasta 1845, Wolff viajó por Egipto, Abisinia, Palestina, Siria, Persia, Bujará, India y los Estados Unidos.

Poder en el Libro

El Dr. Wolff viajó por los países más bárbaros sin protección alguna, soportó condiciones duras y fue rodeado por incontables peligros. Pasó hambre, fue vendido como esclavo, tres veces fue condenado a muerte, fue asaltado por ladrones, y en algunas ocasiones casi murió de sed. Una vez lo despojaron de todo lo que tenía, y tuvo que andar centenares de kilómetros a pie entre las montañas, mientras la nieve le azotaba el rostro y sus pies descalzos estaban a punto de congelarse por el contacto con la tierra helada.

Cuando se le advirtió no trabajar sin armas entre tribus salvajes y hostiles, declaró que él estaba “provisto de armas: la oración, el celo por Cristo y la confianza en su ayuda”. “También estoy provisto del amor de Dios y el amor al prójimo en mi corazón, y la Biblia está en mi mano”. “Sentía que mi poder estaba en el Libro, y que su fortaleza me sostendría”.⁴

Perseveró hasta que el mensaje hubo sido llevado a gran parte del globo habitado. Entre los judíos, los turcos, los parsis, los hindúes y otras nacionalidades y razas distribuyó la Palabra de Dios en varios idiomas, y dondequiera que iba proclamaba la cercanía del Mesías.

² Joseph Wolff, *Researches and Missionary Labors* [Investigaciones y labores misioneras], pp. 404, 405.

³ *Journal of the Rev. Joseph Wolff* [Diario del reverendo Joseph Wolff], p. 96.

⁴ William H. Davenport Adams, *In Perils Oft* [En peligros muchas veces], pp. 192, 201.

En Bujará, halló que un pueblo aislado sostenía la doctrina del pronto regreso del Señor. Los árabes del Yemen, decía él, “poseen un libro llamado *La Sira*, que habla de la segunda venida de Cristo y de su reino en gloria; y ellos esperan grandes acontecimientos que deben ocurrir en 1840”. “Encontré hijos de Israel de la tribu de Dan [...] que esperan junto con los hijos de Recab el pronto regreso del Mesías en las nubes del cielo”.⁵

En Tartaria, otro misionero descubrió una creencia similar. Un sacerdote tártaro hizo la pregunta de cuándo Cristo vendría por segunda vez. Cuando el misionero respondió que no sabía, el sacerdote pareció sorprenderse de tal ignorancia de un maestro de la Biblia, y declaró su propia creencia, fundada en la profecía, de que Cristo vendría alrededor de 1844.

El mensaje adventista en Inglaterra

Ya en 1826, el mensaje adventista comenzó a predicarse en Inglaterra. En general no se mencionaba el tiempo exacto del Advenimiento, pero la verdad del pronto regreso de Cristo en poder y gloria se proclamó en forma extensa. Un escritor inglés declara que más o menos setecientos ministros de la Iglesia de Inglaterra estaban empeñados en predicar “este evangelio del Reino”.

El mensaje que señala a 1844 como el año de la venida del Señor también fue dado en Gran Bretaña. Publicaciones adventistas provenientes de los Estados Unidos circularon ampliamente. En 1842, Robert Winter, un inglés que había recibido la fe adventista en los Estados Unidos, regresó a su país natal para proclamar la venida del Señor. Muchos se unieron con él en la obra en varias partes de Inglaterra.

En Sudamérica, Lacunza, un jesuita chileno, recibió la verdad del pronto regreso de Cristo. Deseoso de escapar de la censura de Roma, publicó su versión bajo el seudónimo de rabino Ben-Ezra, como si fuera un judío convertido al cristianismo. En torno a 1825, este libro fue traducido al inglés. Esto sirvió para profundizar el interés que ya se estaba despertando en Inglaterra.

Bengel capta el mensaje del Apocalipsis

En Alemania, la doctrina había sido enseñada por Bengel, un ministro luterano y erudito bíblico. Mientras preparaba un sermón basado en Apocalipsis 21, la luz relativa a la segunda venida de Cristo iluminó su mente. Las profecías del Apocalipsis se abrieron a su entendimiento. Abrumado por la importancia y la gloria de las escenas presentadas por el profeta, se vio obligado a abandonar por un tiempo el tema. En el púlpito, este asunto le fue presentado de nuevo en forma muy vívida. Desde ese tiempo, se dedicó a estudiar las profecías y pronto llegó a la creencia de que la venida de Cristo estaba cercana. La fecha que él fijó como el tiempo del Segundo Advenimiento distaba pocos años de la fecha que después fue señalada por Miller.

⁵ *Journal of the Rev. Joseph Wolff* [Diario del reverendo Joseph Wolff], pp. 377, 389.

Los escritos de Bengel se esparcieron en su propio Estado de Wurtemberg y en otras partes de Alemania. El mensaje adventista fue proclamado en Alemania al mismo tiempo que atraía la atención en otros países.

En Ginebra, Gaussen predicó el Segundo Advenimiento. Cuando entró en el ministerio, se sentía inclinado al escepticismo. En su juventud se había interesado en las profecías. Después de leer la *Historia antigua*, de Rollin, su atención fue dirigida al capítulo segundo de Daniel. Resultó impresionado por la exactitud con que la profecía se había cumplido. Aquí había un testimonio de la inspiración de las Escrituras. No podía descansar satisfecho con el racionalismo y, al estudiar la Biblia, fue conducido a una fe positiva.

Arribó a la conclusión de que la venida del Señor era inminente. Impresionado por la importancia de esta verdad, deseó presentarla ante el pueblo; pero la creencia popular de que las profecías de Daniel no podían entenderse era un obstáculo serio. Finalmente, determinó –como lo había hecho Farel antes que él al evangelizar Ginebra– comenzar con los niños, mediante niños cuales esperaba interesar a los padres. Dijo él: “Yo reúno un auditorio infantil; si el grupo aumenta, si se ve que escuchan, que el tema les gusta, que están interesados, que entienden y explican el asunto, estoy seguro de tener un segundo círculo pronto, y a su vez, los adultos verán que vale la pena sentarse y estudiar. Cuando se hace esto, la causa está ganada”.⁶

Mientras se dirigía a los niños, las personas de más edad venían a escuchar. Las galerías de su iglesia se llenaban de oyentes, personas de posición y saber, así como extranjeros y forasteros que visitaban Ginebra. Así el mensaje fue llevado a otras partes.

Animado, Gaussen publicó sus lecciones con la esperanza de promover el estudio de los libros proféticos. Más tarde, llegó a ser profesor en una escuela teológica, mientras el domingo continuaba su obra como catequista, dirigiéndose a los niños e instruyéndolos en las Escrituras. Desde su cátedra de profesor, por medio de la prensa y como maestro de niños, durante muchos años llamó la atención a muchas de las profecías que mostraban que la venida del Señor estaba cerca.

Niños predicadores en Escandinavia

También en Escandinavia se predicó el mensaje adventista. Muchas personas fueron movidas a confesar y abandonar sus pecados y a buscar el perdón en el nombre de Cristo. Pero el clero de la iglesia del Estado se opuso al movimiento, y algunos de los que predicaban el mensaje fueron encarcelados.

En muchos lugares donde los predicadores de la pronta venida del Señor resultaron así silenciados, Dios se agradó de proclamar el mensaje por medio de los niños. Como eran menores de edad, el Estado no podía restringirlos, y se les permitía hablar sin estorbos.

En las humildes moradas de los trabajadores, el pueblo se reunía para oír las amonestaciones. Algunos de los niños predicadores no tenían más de seis u ocho

⁶L. Gaussen, *Daniel the Prophet* [Daniel el profeta], t. 2, Prefacio.

años de edad; su vida testificaba que amaban al Salvador, y de manera natural manifestaban una inteligencia y una capacidad propias de niños de su edad. Sin embargo, cuando se presentaban delante del pueblo, eran movidos por una influencia superior a sus dones. El tono y los ademanes cambiaban, y con solemne poder daban la advertencia relativa al Juicio: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio”.

El pueblo escuchaba con temblor. El Espíritu de Dios hablaba a los corazones. Muchos fueron movidos a investigar las Escrituras, los intemperantes e inmorales se reformaban, y se realizaba una obra tan señalada que aun los ministros de la iglesia del Estado se veían obligados a reconocer que la mano de Dios dirigía el movimiento.

Era la voluntad de Dios que las nuevas de un Salvador que vendría pronto fueran dadas en Escandinavia, y él puso su Espíritu en los niños para que la obra se realizara. Cuando Jesús se acercó a Jerusalén, el pueblo, intimidado por los sacerdotes y los gobernantes, suspendió su gozosa proclamación al entrar por las puertas de Jerusalén. Pero en los atrios del Templo los niños reanudaron el canto: “¡Hosana al Hijo de David!” (S. Mateo 21:8-16). Así como Dios obró utilizando a los niños en el tiempo de la primera venida de Cristo, también obró por medio de niños para dar el mensaje de su segunda venida.

El mensaje se esparce

Estados Unidos llegó a ser el centro del gran movimiento adventista. Los escritos de Miller y sus asociados fueron llevados a países distantes, dondequiera que los misioneros hubieran entrado alrededor del mundo. Por todas partes se esparció el mensaje del evangelio eterno: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio”.

Las profecías que parecían indicar la venida de Cristo en la primavera de 1844 se arraigaron profundamente en la mente del pueblo. Muchos resultaban convencidos de que los argumentos relativos a los períodos proféticos eran correctos y, sacrificando el orgullo de su opinión, recibían con gozo la verdad. Algunos ministros dejaron sus sueldos y sus iglesias, y se unieron para proclamar la venida de Jesús. Sin embargo, comparativamente pocos ministros aceptaron este mensaje; por lo tanto, este fue mayormente encomendado a laicos humildes. Los agricultores abandonaban sus campos; los mecánicos, sus herramientas; los comerciantes, sus negocios; los profesionales, sus puestos. Voluntariamente soportaban duro trabajo, privaciones y sufrimiento para llamar a las personas al arrepentimiento para salvación. La verdad adventista fue aceptada por millares.

Pasajes bíblicos sencillos producían convicción

Como Juan el Bautista, los predicadores ponían el hacha a la raíz del árbol y urgían a todos a producir “frutos que demuestren arrepentimiento”. En señalado contraste con la proclamación de paz y seguridad que se oía desde los púlpitos populares, el testimonio sencillo de las Escrituras producía una convicción que pocos podían

resistir completamente. Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento. Los afectos, que por tanto tiempo se habían centrado en las cosas terrenales ahora se fijaban en el Cielo. Con corazón ablandado y subyugado, se unían para hacer resonar el clamor: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio”.

Los pecadores preguntaban con lágrimas en los ojos: “¿Qué tengo que hacer para ser salvo?” Los que habían sido deshonestos estaban ansiosos de hacer restitución. Todos los que encontraban paz en Cristo anhelaban ver a otros participar de la misma bendición. Los padres se reconciliaban con sus hijos; y los hijos, con sus padres (Malaquías 4:5, 6). Las barreras del orgullo y la reticencia desaparecían. Se hacían confesiones sinceras. Por doquiera había almas que clamaban ante Dios. Muchos luchaban toda la noche en oración para obtener la seguridad de que sus pecados habían sido perdonados, o por la conversión de parientes y vecinos.

Personas de todas las clases, ricos y pobres, encumbrados y humildes, estaban ansiosas de oír la doctrina del Segundo Advenimiento. El Espíritu de Dios le daba poder a su verdad. La presencia de los santos ángeles se sentía en estas asambleas, y cada día aumentaba el número de los que creían. Vastas muchedumbres escuchaban en silencio las solemnes palabras. El Cielo y la Tierra parecían acercarse. Las personas volvían a sus hogares con alabanzas en los labios, y sus cantos alegres rompían el silencio de la noche tranquila. Ninguno de los que asistieron a esas reuniones pudo olvidar jamás aquellas escenas de tan profundo interés.

Oposición al mensaje

La proclamación de una fecha específica para la venida de Cristo despertó gran oposición por parte de muchas personas que pertenecían a diferentes clases, desde el ministro en el púlpito hasta el pecador más atrevido. Muchos declararon que no se oponían a la doctrina del Segundo Advenimiento; solamente objetaban que se hablara de un tiempo específico. Pero el ojo de Dios que todo lo ve leía sus corazones. Ellos no querían escuchar mencionar la venida de Cristo para juzgar al mundo con justicia. Sus obras no soportaban la inspección de un Dios que examina el corazón, y temían encontrarse con su Señor. A semejanza de los judíos en el tiempo del primer advenimiento de Cristo, no estaban preparados para darle la bienvenida a Jesús. No solamente rehusaban escuchar los sencillos argumentos de la Biblia, sino también ridiculizaban a los que esperaban al Señor. Satanás le echaba en cara a Cristo la burla de que aquellos que pretendían ser su pueblo tenían tan poco amor por él que no anhelaban su venida.

“Nadie sabe el día ni la hora” era el argumento que más a menudo se esgrimía para rechazar la fe adventista. Las Escrituras dicen: “En cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre” (S. Mateo 24:36). Los que esperaban al Señor daban una clara explicación de este texto, y destacaban el uso erróneo que de él hacían los opositores.

No se debe usar un dicho del Salvador para destruir otro. Aunque nadie sabe el día ni la hora de su venida, se nos requiere que sepamos cuándo está cerca. Rehusar saber o descuidar el estudio de cuándo su advenimiento está cerca será tan fatal

para nosotros como lo fue en los días de Noé el no saber cuándo vendría el Diluvio. Cristo dice: “Si no te mantienes despierto, cuando menos lo esperes caeré sobre ti como un ladrón” (Apocalipsis 3:3).

Pablo habla de los que han prestado atención a la advertencia del Señor: “Ustedes [...], hermanos, no están en la oscuridad para que ese día los sorprenda como un ladrón. Todos ustedes son hijos de la luz y del día” (1 Tesalonicenses 5:2-5).

Pero, los que querían tener una excusa para rechazar la verdad cerraban sus oídos a esta explicación, y los burladores y aun los profesos ministros de Cristo continuaron repitiendo: “Nadie sabe el día ni la hora”. Cuando el pueblo empezó a preocuparse por estudiar el camino de la salvación, los maestros religiosos se interpusieron entre ellos y la verdad, interpretando falsamente la Palabra de Dios.

Los miembros más consagrados de las iglesias eran habitualmente los primeros en recibir el mensaje. Dondequiera que la gente no estaba dominada por el clero, en los lugares en que las personas estudiaban la Palabra de Dios por sí mismas, la doctrina del Advenimiento solo necesitó ser comparada con las Escrituras para que su divina autoridad resultara establecida.

Muchos fueron desviados por esposos, esposas, padres o hijos, y se les hizo creer que era un pecado siquiera escuchar esas “herejías” enseñadas por los adventistas. Los ángeles recibieron orden de velar fielmente sobre esas almas, pues otra luz aún habría de brillar sobre ellas desde el Trono de Dios.

Los que habían recibido el mensaje aguardaban la venida de su Salvador. El tiempo en que esperaban encontrarse con él se acercaba. Ellos se aproximaron a esa hora con tranquila solemnidad. Ninguno de los que vivió esta experiencia puede olvidar aquellas horas preciosas de espera. Durante algunas semanas antes del tiempo señalado, los negocios mundanos fueron en su mayoría puestos a un lado. Los creyentes sinceros examinaron cuidadosamente su corazón, como si dentro de pocas horas hubieran de cerrar sus ojos a las escenas de la Tierra. No se prepararon “mantos de ascensión”, pero todos sentían la necesidad de una evidencia interna de que estaban preparados para encontrarse con el Salvador. Los mantos blancos eran la pureza del alma: un carácter limpiado por la sangre redentora de Cristo. Ojalá que todavía los hijos de Dios tuvieran la misma preocupación por escudriñar su corazón y la misma fe ferviente.

Dios se proponía probar a su pueblo. Su mano ocultó un error en el cálculo de los períodos proféticos. El tiempo para el que se esperaba a Cristo [esto es, que él vendría en la primavera de 1844] pasó, y Cristo no apareció. Los que habían esperado a su Salvador experimentaron un amargo chasco. Sin embargo, Dios estaba probando el corazón de los que profesaban esperar su venida. Muchos habían sido movidos por el temor. Estos declararon que nunca habían creído que Cristo vendría. Estuvieron entre los primeros en ridiculizar el dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y toda la hueste celestial contemplaban con amor y compasión a los fieles que habían pasado por el chasco. Si el velo que separa el mundo visible del invisible pudiera haberse descorrido, se habrían visto ángeles acercarse a estas almas sinceras para escudarlas de las flechas de Satanás.

Advertencias rechazadas

William Miller y sus asociados habían tratado de despertar a los profesos religiosos a la verdadera esperanza de la iglesia y a su necesidad de una experiencia cristiana más profunda. Trabajaron también para despertar a los inconversos y traerlos al arrepentimiento y a la conversión. “No hicieron ningún esfuerzo por llevar a las personas a una secta. Trabajaban entre todos los sectores y creencias”. Dijo Miller: “Yo quería beneficiar a todos. Suponiendo que todos los cristianos se regocijarían en la perspectiva del advenimiento de Cristo, y que los que no veían las cosas como yo no por eso amarían menos a los que abrazaran esta doctrina, no concebía que hubiera necesidad alguna de tener reuniones separadas. [...] La gran mayoría de los que se convertían como consecuencia de mis labores se unían con las diversas iglesias existentes”.¹

Pero cuando los dirigentes religiosos se decidieron en contra de la doctrina adventista, les negaron a sus miembros el privilegio de asistir a predicaciones relacionadas con el Segundo Advenimiento y hasta de hablar de su esperanza en la iglesia. Aunque los creyentes amaban a sus congregaciones, cuando vieron negado su derecho a investigar las profecías, pensaron que la lealtad a Dios les impedía someterse; por lo tanto, se sintieron justificados para separarse. En el verano de 1844, alrededor de 50.000 personas se separaron de las iglesias.

En la mayoría de las iglesias, durante años se había estado experimentando, gradual pero constantemente, un aumento en la conformidad con las prácticas del mundo, y una correspondiente declinación de la vida espiritual. Pero en ese año había evidencias de una señalada decadencia en casi todas las iglesias del país. El hecho era comentado ampliamente tanto en la prensa como en el púlpito.

Barnes, autor de un comentario y pastor de una de las iglesias principales de Filadelfia, “declaró que [...] ahora no hay despertares religiosos, ni conversiones, no hay un crecimiento evidente en la gracia de los creyentes, y ninguno venía a su estudio para conversar acerca de la salvación de su alma. [...] Hay un crecimiento de la mentalidad mundana. Y eso pasa en todas las confesiones”.²

En el mes de febrero del mismo año, el profesor Finney, del Colegio de Oberlin, dijo: “En general las iglesias protestantes de nuestro país, como tales, han sido apáticas u hostiles a casi todas las reformas morales de la época. [...] La apatía espiritual está grandemente esparcida y es tremendamente profunda; esto es

¹ Bliss, p. 328.

² *Congregational Journal* [Revista Congregacional], 23 de mayo de 1844.

lo que comenta la prensa religiosa en todo el país. [...] En forma muy extensa los miembros de la iglesia están llegando a ser muy devotos de la moda, y se unen con los impíos en fiestas de placer, en bailes, en festejos, etc. [...] Las iglesias en general están degenerando en forma triste. Se han apartado mucho del Señor y él se ha apartado de ellas”.

Los seres humanos rechazan la luz

La oscuridad espiritual no se debe a que Dios retire arbitrariamente su gracia, sino a que los seres humanos rechazan la luz. El pueblo judío, al unirse devotamente con el mundo y olvidarse de Dios, ignoró la venida del Mesías. En su incredulidad rechazó al Redentor. Dios no privó completamente a la nación judía de las bendiciones de la salvación. Los que rechazaron la verdad habían tenido “las tinieblas por luz y la luz por tinieblas” (Isaías 5:20).

Después de rechazar el evangelio, los judíos siguieron manteniendo sus antiguos ritos, mientras admitían que la presencia de Dios ya no estaba con ellos. La profecía de Daniel señalaba en forma inconfundible el tiempo de la venida del Mesías y predecía en forma directa su muerte. Por esa razón, ellos se oponían a estudiar este libro y, finalmente, los rabinos pronunciaron una maldición sobre todos los que intentaran computar el tiempo. En medio de la ceguera y la impenitencia, el pueblo de Israel en los siglos sucesivos se ha mantenido indiferente al bondadoso ofrecimiento de la salvación, sin importarles las bendiciones del evangelio, como una solemne y terrible advertencia del peligro de rechazar la luz del Cielo.

El que desprecia la convicción de su deber porque esta interfiere con sus inclinaciones finalmente pierde el poder para distinguir entre la verdad y el error. El alma se separa de Dios. Cuando se ridiculiza la verdad, la iglesia está en tinieblas, la fe y el amor se enfrían y comienzan las disensiones. Los miembros de iglesia centran sus intereses en los asuntos mundanos, y los pecadores se endurecen en la impenitencia.

El mensaje del primer ángel

El mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14 tenía por propósito separar al profeso pueblo de Dios de las influencias corruptoras. En ese mensaje, Dios le envió a la iglesia una amonestación que, si hubiera sido aceptada, habría corregido los males que estaban apartándola de él. Si su pueblo hubiera recibido el mensaje, humillado su corazón y buscado una preparación para estar en pie en su presencia, el Espíritu de Dios se habría manifestado. La iglesia habría alcanzado de nuevo esa unidad, esa fe y ese amor de los días apostólicos, cuando “todos los creyentes eran de un solo sentir y pensar”, cuando “cada día el Señor añadía al grupo los que iban siendo salvos” (Hechos 4:32; 2:47).

Si el pueblo de Dios hubiera recibido la luz de su Palabra, habría alcanzado la unidad que el apóstol describe, “la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz”. Hay, dice, “un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fueron llamados a una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (Efesios 4:3-5).

Los que aceptaron el mensaje del Advenimiento procedían de diferentes iglesias, y sus barreras confesionales fueron arrojadas al suelo. Los credos opuestos se hicieron añicos. Se corrigieron ideas erróneas referentes al Segundo Advenimiento. Se repararon daños, y los corazones se unieron en dulce comunión. El amor reinaba supremo. Esta doctrina habría hecho lo mismo en favor de todos, si todos la hubieran recibido.

Los ministros, que como centinelas deberían haber sido los primeros en discernir las señales de la venida de Jesús, no llegaron a aprender la verdad de los profetas o de las señales de los tiempos. El amor a Dios y la fe en su Palabra se habían enfriado, y la doctrina adventista solamente despertaba su incredulidad. Como en la antigüedad, hacían frente al testimonio de la Palabra de Dios con la pregunta: “¿Acaso ha creído en él alguno de los gobernantes o de los fariseos?” (S. Juan 7:48). Muchos se oponían al estudio de las profecías y enseñaban que los libros proféticos estaban sellados y que no se podían entender. Multitudes, confiando en sus pastores, rechazaban la oportunidad de prestar oídos al mensaje; y otros, aunque estaban convencidos de la verdad, no se atrevían a confesarla por temor a que los “expulsaran de la sinagoga” (S. Juan 9:22). El mensaje que Dios había enviado para probar a la iglesia revelaba ahora cuán grande era el número de los que habían fijado sus afectos en este mundo antes que en Cristo.

El rechazo a la amonestación del primer ángel fue la causa de la terrible condición de mundanalidad, apostasía y muerte espiritual que existía en las iglesias en 1844.

El mensaje del segundo ángel

En Apocalipsis 14 el primer ángel es seguido por un segundo que proclama: “Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación” (Apocalipsis 14:8). El término “Babilonia” se deriva de “Babel”, y significa confusión. En las Escrituras designa varias formas de religión falsa o apóstata. En Apocalipsis 17, Babilonia es representada por una mujer, una figura usada en la Biblia como símbolo de la iglesia. Una mujer virtuosa representa a la iglesia pura; en tanto que una mujer vil, a la iglesia apóstata.

En la Biblia se simboliza por medio del matrimonio la relación entre Cristo y su iglesia. El Señor declara: “Yo te haré mi esposa para siempre, y te daré como dote el derecho y la justicia, el amor y la compasión” (Oseas 2:19). “Yo soy su esposo” (Jeremías 3:14). Y Pablo dijo: “Los tengo prometidos a un solo esposo, que es Cristo, para presentárselos como una virgen pura” (2 Corintios 11:2).

Adulterio espiritual

La infidelidad de la iglesia para con Cristo al permitir que las cosas mundanas ocupen el alma se asemeja a la violación del voto matrimonial. El pecado de Israel al apartarse del Señor se presenta bajo esta figura. “Tú, pueblo de Israel, me has sido infiel como una mujer infiel a su esposo, afirma el Señor” (Jeremías 3:20); “¡Adúltera! Prefieres a los extraños, en vez de a tu marido” (Ezequiel 16:32).

Dijo el apóstol Santiago: “¡Oh gente adúltera! ¿No saben que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Si alguien quiere ser amigo del mundo se vuelve enemigo de Dios” (Santiago 4:4).

La mujer (Babilonia) está “vestida de púrpura y escarlata, y adornada con oro, piedras preciosas y perlas. Tenía en la mano una copa de oro llena de abominaciones y de la inmundicia [...]. En la frente llevaba escrito un nombre misterioso: La gran Babilonia, madre de las prostitutas”. Dijo el profeta: “Vi que la mujer se había emborrachado con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús”. Se declara además que Babilonia “es aquella gran ciudad que tiene poder de gobernar sobre los reyes de la tierra” (Apocalipsis 17:4-6, 18).

El poder que durante siglos ejerció su dominio sobre los monarcas de la cristiandad es Roma. El color púrpura y escarlata, el oro, las piedras preciosas y las perlas describen la magnificencia desplegada por la arrogante sede de Roma. De ningún otro poder se podría declarar que se ha “emborrachado con la sangre de los santos”, fuera de la iglesia que persiguió tan cruelmente a los seguidores de Cristo.

A Babilonia también se la acusa de tener una relación ilícita con los “reyes de la tierra”. Al apartarse del Señor y aliarse con los paganos, la iglesia judía se convirtió en una ramera; y Roma, al buscar el sostén de los poderes humanos, recibe la misma condenación.

Babilonia es la “madre de las prostitutas”. Sus hijas deben simbolizar las iglesias que se aferran a sus doctrinas y siguen su ejemplo de sacrificar la verdad con el fin de formar una alianza con el mundo. El mensaje que anuncia la caída de Babilonia debe aplicarse a los cuerpos religiosos que antes fueron puros pero han llegado a corromperse. Puesto que este mensaje sigue a la advertencia del juicio, debe ser dado en los últimos días. Por lo tanto, no puede referirse solamente a la Iglesia Romana, pues esa iglesia ha estado en condición caída durante siglos.

Por otra parte, el pueblo de Dios es llamado a salir de Babilonia. De acuerdo con este pasaje, muchos miembros del pueblo de Dios deben estar todavía en Babilonia. ¿Y en qué cuerpos religiosos ha de hallarse ahora la mayor parte de los seguidores de Cristo? En iglesias que profesan la fe protestante. Cuando surgieron estas iglesias, adoptaron una posición noble en favor de la verdad, y la bendición de Dios estuvo con ellas. Pero cayeron a causa del mismo deseo que constituyó la ruina de Israel: imitar las prácticas de los impíos y procurar su amistad.

Unión con el mundo

Muchas iglesias protestantes han seguido el ejemplo de la Iglesia de Roma de unirse con los “reyes de la tierra”: las iglesias estatales, por su relación con los gobiernos seculares; y otras confesiones, al buscar el favor del mundo. El término “Babilonia” –confusión– puede aplicarse a estos cuerpos que profesan derivar su doctrina de la Biblia y, sin embargo, están divididos en innumerable cantidad de sectas con credos opuestos.

Una obra católica romana sostiene que “si la Iglesia de Roma fuera culpable de idolatría en relación con los santos, su hija, la Iglesia de Inglaterra, es culpable

también, pues tiene diez iglesias dedicadas a María por cada iglesia dedicada a Cristo”.³

El Dr. Samuel Hopkins declara: “No hay razón para considerar que el espíritu y las prácticas anticristianas están confinadas a lo que ahora se denomina la Iglesia de Roma. Las iglesias protestantes tienen mucho del anticristo en ellas, y están lejos de estar totalmente reformadas de ‘corrupciones e impiedad’ ”.⁴

Con respecto a la separación de la Iglesia Presbiteriana de Roma, el Dr. Guthrie escribió: “Hace trescientos años, nuestra iglesia, con una Biblia abierta sobre su estandarte, y la divisa ‘Escudriñad las Escrituras’ en su listón, salió por las puertas de Roma”. Luego hace la significativa pregunta: “¿Salió totalmente de Babilonia?”⁵

Origen del alejamiento del evangelio

¿Cómo empezó a apartarse la iglesia de la sencillez del evangelio? Al conformarse con el paganismo, con el fin de facilitar que los paganos acepten el cristianismo. “Hacia fines del siglo II, la mayoría de las iglesias asumieron una forma nueva. [...] A medida que los antiguos discípulos bajaban a la tumba, sus hijos, en unión con nuevos conversos, [...] se adelantaron y dieron un nuevo molde a la causa”. “Un diluvio de paganismo, anegando la iglesia, trajo consigo sus costumbres, sus prácticas y sus ídolos”.⁶ La religión cristiana obtuvo el favor y el sostén de los gobiernos seculares. Las multitudes la aceptaron nominalmente. Pero muchos “siguieron siendo paganos en esencia, especialmente adorando sus ídolos en secreto”.⁷

¿No se ha repetido el mismo proceso en casi todas las iglesias que se llaman protestantes? Cuando mueren sus fundadores, que poseían el verdadero espíritu de la reforma, sus descendientes “dan un nuevo molde a la causa”. Rehusando ciegamente aceptar cualquier verdad que vaya más allá de lo que sus padres habían visto, los hijos de los reformadores se alejan de su ejemplo de abnegación y renuncia al mundo.

¡Ah, cuán ampliamente se han apartado las iglesias populares de la norma bíblica! Dijo John Wesley hablando del dinero: “No malgasten ninguna parte de un talento tan precioso [...] con superfluos o costosos atavíos o con adornos innecesarios. No gasten parte de él en adornar elegantemente sus casas; ni en muebles inútiles y costosos; con cuadros costosos, pinturas y dorados. [...] Siempre que te vistas ‘con púrpura y tela fina’, y tengas ‘espléndidos banquetes todos los días’, no faltará quien aplauda tu elegancia, tu buen gusto, tu generosidad y tu hospitalidad. Pero conténtate más bien con el honor que viene de Dios”.⁸

Gobernantes, políticos, legisladores, médicos, comerciantes, se unen a la iglesia como medio de progresar en sus intereses mundanos. Los cuerpos religiosos, refor-

³ Richard Challoner, *The Catholic Christian Instructed* [El cristiano católico instruido], Prefacio, pp. 21, 22.

⁴ Samuel Hopkins, “A Treatise on the Millennium” [Un tratado sobre el milenio], *Works* [Obras], t. 2, p. 328.

⁵ Thomas Guthrie, *The Gospel in Ezekiel* [El evangelio en Ezequiel], p. 237.

⁶ Robert Robinson, *Ecclesiastical Researches* [Investigaciones eclesiásticas] (ed. 1792), cap. 6, párr. 17, p. 51.

⁷ Gavazzi, *Lectures* [Conferencias] (ed. 1854), p. 278.

⁸ Wesley, *Works* [Obras], Sermón 50, “The Use of Money” [El uso del dinero].

zados con la riqueza de estos mundanos bautizados, aumentan en popularidad. Se erigen iglesias espléndidas y extravagantes. Se pagan grandes sueldos a ministros talentosos para entretener al pueblo. Sus sermones deben ser suaves y agradables, adecuados al oído de un público que sigue la moda. Así, los pecados de moda se ocultan bajo una pretensión de piedad.

Un artículo publicado en el *Independent* [Independiente], de Nueva York, habló así con respecto al metodismo: “La línea de separación entre los religiosos y los irreligiosos desaparece en una especie de penumbra, y en ambos lados se está trabajando con empeño para hacer desaparecer toda diferencia entre su modo de ser y sus placeres”.

En esta marea de búsqueda de placer, la abnegación por la causa de Cristo se ha perdido casi completamente. “Si se necesitan fondos ahora, [...] no debe pedirse a nadie que dé. ¡Oh, no! Organícese una feria, una representación dramática, una escena jocosa, una comida al estilo antiguo o a la moderna, cualquier cosa para divertir a la gente”.

Robert Atkins describe gráficamente la declinación espiritual de Inglaterra: “Apostasía, apostasía, apostasía es lo que está grabado en el frente mismo de cada iglesia, y si lo supieran o sintieran, habría esperanza; pero ¡ay!, lo que se oye decir es: ‘Somos ricos; nos hemos enriquecido y no nos hace falta nada’ ”.⁹

El gran pecado del cual se acusa a Babilonia es que “hizo que todas las naciones bebieran el excitante vino de su adulterio”. Esta copa representa las falsas doctrinas que ella ha aceptado como resultado de su amistad con el mundo. A su vez, ella ejerce una influencia corruptora sobre el mundo enseñando doctrinas opuestas a las claras declaraciones de la Biblia.

Si el mundo no estuviera intoxicado con el vino de Babilonia, multitudes se convertirían por las claras verdades de la Palabra de Dios. Pero la fe religiosa parece tan confundida y discordante que la gente no sabe qué creer. La iglesia es responsable del pecado de impenitencia del mundo.

El mensaje del segundo ángel no alcanzó su completo cumplimiento en 1844. Las iglesias entonces experimentaron una caída moral al rechazar la luz del mensaje adventista, pero esa caída no fue completa. Al continuar rechazando las verdades especiales para ese tiempo, han ido cayendo más y más. Sin embargo, todavía no puede decirse que “ya cayó la gran Babilonia, la que hizo que todas las naciones bebieran el excitante vino de su adulterio”. Las iglesias protestantes están incluidas en la solemne denuncia del segundo ángel. Pero la obra de apostasía no ha alcanzado todavía su culminación.

Antes de la venida del Señor, Satanás obrará “con toda clase de milagros, señales y prodigios falsos”; y todos los que se habrán “negado a amar la verdad y así ser salvos” serán dejados para que reciban “el poder del engaño, [y] crean en la mentira” (2 Tesalonicenses 2:9-11). Solamente después que la unión de la iglesia con el mundo se cumpla en forma completa, la caída de Babilonia será

⁹ *Second Advent Library* [Biblioteca del Segundo Advenimiento], tratado N° 39.

total. El cambio es progresivo y el cumplimiento total de Apocalipsis 14:8 es todavía futuro.

Pese a la oscuridad espiritual que reina en las iglesias que constituyen Babilonia, la mayoría de los verdaderos seguidores de Cristo todavía ha de hallarse en el seno de ellas. Muchos nunca han visto las verdades especiales para este tiempo. Muchos de ellos anhelan una luz mayor. Buscan en vano la imagen de Cristo en las iglesias con las cuales están relacionados.

Apocalipsis 18 señala el tiempo cuando los hijos de Dios que todavía estén en Babilonia serán llamados a separarse de su comunión. Este mensaje, el último que será dado al mundo, cumplirá su misión. La luz de la verdad brillará sobre todos aquellos cuyo corazón esté abierto para recibirla, y todos los hijos de Dios que queden en Babilonia escucharán el llamado: "Salgan de ella, pueblo mío" (Apocalipsis 18:4).

Profecías cumplidas

Cuando pasó la fecha en que por primera vez se había esperado la venida del Señor –la primavera de 1844–, los que habían aguardado su aparición sintieron dudas e incertidumbre. Muchos continuaron investigando las Escrituras, examinando de nuevo las evidencias de su fe. Las profecías, claras y concluyentes, señalaban que la venida de Cristo era cercana. La conversión de los pecadores y el reavivamiento de la vida espiritual que se produjo entre los cristianos había testificado que el mensaje provenía del Cielo. Entretejida con las profecías que ellos habían considerado que se aplicaban a la fecha del Segundo Advenimiento, estaba la instrucción animadora de esperar pacientemente con fe que lo que ahora estaba oscuro para su entendimiento sería aclarado. Entre estas profecías se hallaba Habacuc 2:1 al 4. Sin embargo, nadie notó que la profecía incluía una aparente demora, un tiempo de espera. Después del chasco, este pasaje resultó sumamente significativo: “La visión se realizará en el tiempo señalado; marcha hacia su cumplimiento, y no dejará de cumplirse. Aunque parezca tardar, espérala; porque sin falta vendrá. [...] El justo vivirá por su fe”.

La profecía de Ezequiel también fue un consuelo para los creyentes: “La palabra del Señor vino a mí, y me dijo: [...] Ya está cerca el día en que todas las visiones se cumplirán. [...] Yo, el Señor, seré quien hable, y lo que yo diga se cumplirá. Ya no habrá más demoras”. “Lo que yo diga, se cumplirá” (Ezequiel 12:21-25, 28, RVC).

Los que esperaban se regocijaron. Aquel que conoce el fin desde el principio les había dado esperanza. Si no hubiera sido por esas porciones de las Escrituras, la fe los habría abandonado.

La parábola de las diez vírgenes de San Mateo 25 también ilustra la experiencia del pueblo adventista. Aquí se presenta a la iglesia de los últimos días. Su experiencia se ilustra con los incidentes de una boda oriental:

“El reino de los cielos será entonces como diez jóvenes solteras que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al novio. Cinco de ellas eran insensatas y cinco prudentes. Las insensatas llevaron sus lámparas, pero no se abastecieron de aceite. En cambio, las prudentes llevaron vasijas de aceite junto con sus lámparas. Y, como el novio tardaba en llegar, a todas les dio sueño y se durmieron. A medianoche se oyó un grito: ‘¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!’ ” (S. Mateo 25:1-6).

Se entendía que la venida de Cristo, tal como es anunciada por el mensaje del primer ángel, era representada por la venida del novio. La amplia reforma que se realizó bajo la proclamación de la pronta venida de Cristo respondía a la salida

de las vírgenes. En esta parábola, todas habían tomado sus lámparas, la Biblia, y habían salido “a recibir al novio”. Pero, en tanto que las vírgenes insensatas “no se abastecieron de aceite”, “las prudentes llevaron vasijas de aceite junto con sus lámparas”. Las últimas habían estudiado las Escrituras para conocer la verdad y tenían una experiencia personal, una fe en Dios que no podía ser derrocada por el chasco o la demora. Las otras actuaban por impulso, y sus temores habían sido despertados por el mensaje. Pero habían dependido de la fe de sus hermanos, habían estado satisfechas con una luz temblorosa de emoción, sin una comprensión cabal de la verdad o una obra genuina de la gracia en su corazón. Estas habían salido “a recibir” al Señor con la perspectiva de obtener una recompensa inmediata, pero no estaban preparadas para una demora y una desilusión. Su fe falló.

“Y, como el novio tardaba en llegar, a todas les dio sueño y se durmieron”. La tardanza del Novio representaba el paso del tiempo, el chasco, la aparente demora. Aquellos cuya fe estaba basada en un conocimiento personal de la Biblia tenían sus pies asentados sobre una roca que las olas de la desilusión no podían hacer desaparecer. “A todas les dio sueño y se durmieron”; una clase de cristianos abandonó su fe, y la otra esperó pacientemente hasta recibir una luz más clara. Los superficiales ya no podrían depender de la fe de sus hermanos. Cada uno debía permanecer firme o caer por sí mismo.

Aparece el fanatismo

Por este tiempo comenzó a aparecer el fanatismo. Algunos manifestaban un celo fanático. Sus ideas no contaban con la simpatía del gran cuerpo de adventistas, pero atrajeron el reproche sobre la causa de la verdad.

Satanás estaba perdiendo a sus súbditos, y con el propósito de que el oprobio arruinara la obra de Dios, trató de engañar a algunos que profesaban la fe y conducirlos a los extremos. Entonces sus agentes estaban listos para apropiarse de todo error, de todo acto inconveniente, y presentarlo a la gente en forma exagerada para hacer aparecer como odiosos a los adventistas. Cuanto mayor fuera el número de personas que lograra incluir entre los que profesaban creer en el Segundo Advenimiento mientras su poder dirigía sus corazones, tanto mayor sería el provecho que obtendría.

Satanás es “el acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12:10). Su espíritu inspira a las personas a observar los errores del pueblo del Señor y presentarlos a la luz pública, mientras que sus buenos hechos son pasados por alto sin ninguna mención.

En toda la historia de la iglesia no se ha realizado ninguna reforma sin encontrar serios obstáculos. Dondequiera que el apóstol Pablo levantaba una iglesia, algunos de los que profesaban recibir la fe introducían herejías. Lutero también sufrió aflicción por parte de personas fanáticas que pretendían que Dios había hablado directamente por su medio, pero presentaban sus propias ideas por encima de las Escrituras. Muchos eran engañados por los nuevos maestros y se unían con Satanás para derribar lo que Dios había inducido a Lutero a edificar. Los Wesley también hicieron frente a los engaños de Satanás, quien impulsó hacia el fanatismo a personas desequilibradas y no santificadas.

William Miller no tenía simpatía por el fanatismo. “El diablo –decía Miller– tiene gran poder sobre la mente de algunos en la época presente. A menudo he observado más evidencia de piedad interior en una mirada benigna o una mejilla humedecida, o en palabras entrecortadas, que en todo el ruido que se percibe en la cristiandad”.¹

En la Reforma, los enemigos de esta acusaron de los males del fanatismo a los que estaban trabajando más fervientemente en contra de estas manifestaciones. Los que se oponían al movimiento adventista siguieron una conducta similar. No contentos con exagerar los errores de los fanáticos, hacían circular informes que no tenían la más leve semblanza de verdad. Su paz resultaba perturbada por la proclamación de que Cristo estaba a las puertas. Temían que esto fuera cierto y, sin embargo, esperaban que no lo fuera. Este era el secreto de su guerra contra los adventistas.

La predicación del mensaje del primer ángel tendió directamente a reprimir el fanatismo. Los que participaban en estos solemnes movimientos estaban en armonía; sus corazones estaban llenos de amor mutuo y de amor por Jesús, a quien esperaban ver pronto. Una sola fe, una sola esperanza bendita, resultaban un escudo en contra de los ataques de Satanás.

El error corregido

“Y, como el novio tardaba en llegar, a todas les dio sueño y se durmieron. A medianoche se oyó un grito: ‘¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!’” En el verano de 1844, el mensaje fue proclamado utilizando las propias palabras de las Escrituras.

Lo que condujo a este movimiento fue el descubrimiento de que el decreto de Artajerjes para la restauración de Jerusalén, que determinaba el punto de partida del período de los 2.300 días, se puso en vigencia en el otoño del año 457 a.C., y no al comienzo de ese año, como se creía. Haciendo que el período empezara en el otoño del año 457, los 2.300 años terminarían en el otoño de 1844. Los símbolos del Antiguo Testamento también señalaban al otoño como la época en que se realizaría “la purificación del Santuario”.

El sacrificio del cordero pascual era un símbolo de la muerte de Cristo. El símbolo se cumplía no solo en el suceso mismo, sino también en la época del año. El día 14 del primer mes judío, justamente el día y el mes en el que durante siglos el cordero pascual había sido sacrificado, Cristo instituyó la ceremonia que había de conmemorar su propia muerte como “el Cordero de Dios”. Esa misma noche él fue llevado para ser crucificado e inmolado.

De la misma manera, los símbolos y los tipos que se relacionan con el Segundo Advenimiento debían cumplirse en el tiempo señalado en el servicio simbólico. La purificación del Santuario, o sea el Día de la Expiación, ocurría el día décimo del séptimo mes judío, día en el que el sumo sacerdote, habiendo hecho la expiación por todo Israel, y habiendo quitado así los pecados del Santuario, volvía y bendecía al pueblo. Así se creía que Cristo aparecería para purificar la Tierra por medio de la

¹ Bliss, pp. 236, 237.

destrucción del pecado y los pecadores, y para bendecir con la inmortalidad a su pueblo que lo esperaba. El décimo día del mes séptimo, el gran Día de la Expiación, el tiempo de la purificación del Santuario, que en 1844 caía el 22 de octubre, fue considerado como el tiempo de la venida del Señor. Los 2.300 días terminarían en el otoño, y la conclusión a la que se había llegado parecía irrefutable.

“El clamor de medianoche”

Los argumentos producían una poderosa convicción, y “el clamor de medianoche” fue proclamado por millares de creyentes. Como una ola creciente, el movimiento se propagó de ciudad en ciudad y de aldea en aldea. El fanatismo desapareció como la helada temprana ante el sol naciente. La obra hecha era similar a las ocasiones en que el antiguo Israel volvía al Señor después de recibir mensajes de reproche por parte de los siervos de Dios. Había poco gozo lleno de éxtasis, y más bien profundo escudriñamiento del corazón, confesión del pecado y abandono del mundo. Se manifestaba una consagración sin reservas a Dios.

De todos los grandes movimientos religiosos ocurridos desde los días de los apóstoles, ninguno había estado más exento de imperfecciones humanas y de los engaños de Satanás como lo fue el del otoño de 1844.

Ante el llamado: “¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!”, los que esperaban “se despertaron y se pusieron a preparar sus lámparas”; estudiaron la Palabra de Dios con un interés intenso, que hasta entonces era desconocido. No fueron los más talentosos, sino los más humildes y consagrados, los que obedecieron primero el llamamiento. Los agricultores abandonaron sus cosechas en los campos, los artesanos dejaron sus herramientas y con regocijo salieron a dar la amonestación. Las iglesias, en cambio, en general, cerraron sus puertas al mensaje, y una gran cantidad de los que lo recibieron se separaron de ellas. Los no creyentes que acudieron a las reuniones adventistas sintieron el poder convincente que acompañaba el mensaje: “¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!” La fe produjo respuestas a las oraciones. Como lluvias torrenciales sobre la tierra sedienta, el Espíritu de gracia descendía sobre los que fervientemente buscaban la verdad. Los que esperaban estar en breve cara a cara frente al Redentor sentían un gozo solemne. El Espíritu Santo enternecía sus corazones.

Los que recibieron el mensaje llegaron al momento en que esperaban encontrarse con su Señor. Oraban mucho los unos por los otros. A menudo se reunían en lugares apartados para comulgar con Dios, y la voz de la intercesión ascendía al Cielo desde campos y bosques. La seguridad de la aprobación del Salvador les resultaba más necesaria que su alimento diario, y si una nube oscurecía su mente, no descansaban hasta que sintieran el testimonio de la gracia perdonadora.

Una nueva desilusión

Pero de nuevo, el tiempo de espera pasó y su Salvador no apareció. Ahora se sentían como María cuando, al llegar a la tumba del Salvador y encontrar que estaba vacía, exclamó llorosa: “Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto” (S. Juan 20:13).

El temor de que el mensaje podría resultar cierto había servido para restringir al mundo incrédulo. Pero, como no se viera ninguna señal de la ira de Dios, los mundanos se recuperaron de sus temores y reiniciaron sus reproches y el ridículo. Una clase numerosa que había profesado creer en el mensaje renunció a su fe. Los burladores atrajeron a sus filas a los débiles y a los cobardes, y todos estos se unieron en declarar que el mundo había de seguir siendo el mismo por miles de años.

Los creyentes fervorosos y sinceros habían abandonado todo por Cristo y, según ellos creían, habían dado la última amonestación al mundo. Con intenso deseo, habían orado: “¡Ven, Señor Jesús!” Pero ahora, el asumir de nuevo la pesada carga de las perplejidades de la vida y soportar el sarcasmo de un mundo burlón fue una prueba terrible.

Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, sus seguidores creyeron que estaba por ascender al trono de David y liberar a Israel de sus opresores. Con grandes esperanzas, muchos tendieron como alfombra para sus pasos las prendas exteriores de sus vestimentas, o esparcieron delante de él las frondosas ramas de palma. Los discípulos estaban cumpliendo con el propósito de Dios; sin embargo, estaban condenados a una amarga desilusión. Pocos días después, presenciaron la muerte angustiosa del Salvador y cómo lo colocaban en la tumba. Sus esperanzas murieron con Jesús. Y no pudieron percibir, hasta que su Señor hubo resucitado de la tumba, que todo eso había sido predicho por la profecía.

Mensajes dados en el debido tiempo

De la misma manera, Miller y sus asociados cumplieron la profecía y dieron un mensaje que la Inspiración había predicho que sería dado al mundo. No lo podrían haber dado si hubieran entendido plenamente las profecías que señalaban su chasco y presentaban otro mensaje que había de ser predicado a todas las naciones antes de que viniera el Señor. Los mensajes del primer ángel y del segundo ángel fueron dados en el tiempo debido y realizaron la obra que Dios se propuso hacer por su medio.

El mundo había estado esperando que, si Cristo no aparecía, el adventismo sería abandonado. Pero, en tanto que muchos desistieron de su fe, algunos se mantuvieron firmes. Los frutos del movimiento adventista, el espíritu de escudriñamiento del corazón, de renuncia al mundo y de reforma de la vida atestiguaban que ese mensaje era de Dios. No se atrevieron a negar que el Espíritu Santo había acompañado la predicación del Segundo Advenimiento. No podían descubrir ningún error en los períodos proféticos. Sus oponentes no habían tenido éxito en rebatir su interpretación profética. No podían consentir en renunciar a su posición, alcanzada sobre la base de un estudio ferviente y con oración de las Escrituras, por medio de mentes iluminadas por el Espíritu de Dios y corazones que ardían con su poder vivificante, y que se habían mantenido firmes contra el saber y la elocuencia.

Los adventistas creían que Dios los había inducido a dar la amonestación del Juicio. “Ese mensaje –declararon– probó el corazón de todos los que lo oyeron [...] de manera que los que examinaron su propio corazón pudieron saber de qué lado [...] se habrían encontrado si el Señor hubiese llegado; si hubieran exclamado: ‘¡He

aquí, este es nuestro Dios; lo hemos esperado, y él nos salvará! [RV 6o] o si hubiesen clamado a los montes y a las peñas que cayeran sobre ellos y los escondieran de la presencia del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero!”²

Los sentimientos de los que todavía creían que Dios había dirigido este movimiento se expresan en las palabras de William Miller: “Mi esperanza en la venida de Cristo es tan fuerte como siempre. He hecho solamente aquello que, después de años de solemne consideración, creí mi deber hacer”. “Muchos miles, según las apariencias humanas, han sido inducidos a estudiar las Escrituras por la predicación del tiempo de su venida; y por ese medio, por la fe y la aspersión de la sangre de Cristo, han sido reconciliados con Dios”³

Se mantiene la creencia

El Espíritu de Dios permanecía con aquellos que no negaron apresuradamente la luz que habían recibido ni denunciaron el movimiento adventista. “Así que no pierdan la confianza, porque esta será grandemente recompensada. Ustedes necesitan perseverar para que, después de haber cumplido la voluntad de Dios, reciban lo que él ha prometido. Pues dentro de muy poco tiempo, ‘el que ha de venir vendrá, y no tardará. Pero mi justo vivirá por la fe. Y, si se vuelve atrás, no será de mi agrado’. Pero nosotros no somos de los que se vuelven atrás y acaban por perderse, sino de los que tienen fe y preservan su vida” (Hebreos 10:35-39).

Esta amonestación estaba dirigida a la iglesia de los últimos días. Se indica claramente que el Señor parecería tardar. Las personas aludidas aquí habían hecho la voluntad de Dios al seguir la dirección de su Espíritu y de su Palabra; sin embargo, no podían entender el propósito divino en esa experiencia. Se sintieron tentados a dudar de si Dios en realidad los había conducido. En ese momento eran aplicables las palabras: “Pero mi justo vivirá por la fe”. Dobleados por las esperanzas chasqueadas, podían mantenerse firmes solamente por la fe en Dios y en su Palabra. Renunciar a su fe y negar el poder del Espíritu Santo que había acompañado al mensaje sería retroceder hacia la perdición. Su única conducta segura era mantener la luz ya recibida de Dios, continuar investigando las Escrituras y esperar pacientemente hasta recibir más luz.

²The *Advent Herald and Signs of the Times Reporter* [El Heraldo Adventista y Noticiero de las Señales de los Tiempos], t. 8, N° 14 (13 de noviembre de 1844).

³Bliss, pp. 256, 255, 277, 280, 281.

El misterio revelado con respecto al Santuario

El pasaje bíblico que por encima de todos había sido tanto el fundamento como la columna central de la fe adventista era la declaración: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Daniel 8:14, RV60). Estas habían sido palabras muy familiares para todos los que creían en la pronta venida del Señor. Pero el Señor no había aparecido. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía estar errada. Pero ¿dónde estaba el error?

Dios había conducido a su pueblo en el gran movimiento adventista. Él no permitiría que este terminara en la oscuridad y el chasco, y que fuera tildado de falso y fanático. Aunque muchos abandonaron el cómputo de los períodos proféticos y denunciaron el movimiento que se basaba en ellos, otros no estaban dispuestos a renunciar a esos puntos de fe y a la experiencia sostenida por las Escrituras y por el Espíritu de Dios. Su deber consistía en sostener firmemente las verdades ya conquistadas. Con ferviente oración, estudiaban las Escrituras para descubrir su error. Al no discernir ninguna equivocación en su cómputo de los períodos proféticos, examinaron en forma más diligente el tema del Santuario.

Descubrieron que no había evidencia en la Biblia que sostuviera la idea popular de que la Tierra es el Santuario; por otra parte, hallaron una explicación plena del Santuario, su naturaleza, su localización y sus servicios:

“Ahora bien, el primer pacto tenía sus normas para el culto, y un santuario terrenal. En efecto, se habilitó un tabernáculo de tal modo que, en su primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes consagrados. Tras la segunda cortina estaba la parte llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía el altar de oro para el incienso y el arca del pacto, toda recubierta de oro. Dentro del arca había una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que había retoñado, y las tablas del pacto. Encima del arca estaban los querubines de la gloria, que cubrían con su sombra el lugar de la expiación” (Hebreos 9:1-5).

El “Santuario” era el tabernáculo edificado por Moisés por orden de Dios, como una morada terrenal del Altísimo. “Me harán un santuario, para que yo habite entre ustedes” (Éxodo 25:8), fue la orden dada a Moisés. El tabernáculo era una estructura de gran magnificencia. Además del atrio exterior, el tabernáculo en sí mismo consistía en dos departamentos, llamados Lugar Santo y Lugar

Santísimo, separados por una hermosa cortina o velo. Un velo similar cerraba la entrada al primer departamento.

El Lugar Santo y el Lugar Santísimo

En el Lugar Santo, hacia el sur, estaba el candelabro con sus siete lámparas que daban luz tanto de día como de noche; en el lado norte se hallaba la mesa de los panes de la proposición. Ante el velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo estaba el altar de oro del incienso, desde el cual la nube de fragancia ascendía diariamente delante de Dios con las oraciones de Israel.

En el Lugar Santísimo estaba el arca, un cofre recubierto de oro, depósito de los Diez Mandamientos. Sobre el arca estaba el propiciatorio, coronado por dos querubines labrados de oro sólido. En este departamento la presencia divina se manifestaba en la nube de gloria que había entre los querubines.

Después del establecimiento de los hebreos en Canaán, el tabernáculo fue reemplazado por el templo de Salomón que, aunque era una estructura fija y estaba construido según una escala mayor, observaba las mismas proporciones y estaba amueblado de manera similar. De esta forma, el Santuario existió –excepto durante el tiempo en que estuvo en ruinas en la época de Daniel– hasta su destrucción por parte de los romanos en el año 70 d.C. Este es el único Santuario de la Tierra del cual la Biblia ofrece alguna información, el Santuario del primer pacto. Pero ¿no tiene Santuario el Nuevo Pacto?

Volviendo otra vez al libro de los Hebreos, los que buscaban la verdad hallaron que había una referencia indirecta a un Santuario del Nuevo Pacto en las palabras ya citadas: “En verdad el primer pacto también tenía reglamentos del culto, y su santuario que lo era de este mundo” (VM). Volviendo al comienzo del capítulo anterior, leyeron: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, aquel que se sentó a la derecha del trono de la Majestad en el Cielo, el que sirve en el santuario, es decir, en el verdadero tabernáculo levantado por el Señor y no por ningún ser humano” (Hebreos 8:1, 2).

Aquí se revela el Santuario del Nuevo Pacto. El Santuario del primer pacto fue construido por Moisés; este ha sido erigido por Dios. En aquel Santuario –el terrenal–, sacerdotes terrenales realizaban sus servicios; en este –el Santuario del Cielo–, Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, ministra a la diestra de Dios. Un Santuario estaba en la Tierra, el otro está en el Cielo.

El tabernáculo edificado por Moisés fue hecho según un modelo. El Señor indicó: “El santuario y todo su mobiliario deberán ser una réplica exacta del modelo que yo te mostraré” (Éxodo 25:9). “Procura que todo esto sea una réplica exacta de lo que se mostró en el monte” (Éxodo 25:40). El primer tabernáculo “era figura de aquel tiempo presente, en el cual se ofrecían presentes y sacrificios” (Hebreos 9:9, RVA); sus santos lugares eran “representaciones de las cosas en los cielos” (Hebreos 9:23, NBLA). Los sacerdotes ministraban lo que era “copia y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5, NBLA). “Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro” (Hebreos 9:24).

El Santuario del Cielo es el gran original del cual el Santuario edificado por Moisés era una copia. El esplendor del tabernáculo terrenal reflejaba las glorias de ese templo celestial donde Cristo ministra en nuestro favor ante el trono de Dios. El Santuario terrenal y su servicio enseñaban importantes verdades concernientes al Santuario celestial y a la redención del ser humano.

Los dos departamentos

Los santos lugares del Santuario celestial son representados por los dos departamentos del Santuario de la Tierra. A Juan se le concedió una visión del templo de Dios en el Cielo. Él contempló allí “siete lámparas de fuego” que ardían “delante del trono” (Apocalipsis 4:5, RV60). Vio a un ángel que tenía “un incensario de oro, y se le entregó mucho incienso para ofrecerlo, junto con las oraciones de todo el pueblo de Dios, sobre el altar de oro que está delante del trono” (Apocalipsis 8:3). El profeta contempló el primer departamento del Santuario del Cielo y vio allí las “siete lámparas de fuego” y el “altar de oro”, representado por el candelabro de oro y el altar del incienso del Santuario que había en la Tierra.

De nuevo “se abrió en el cielo el templo de Dios”, y él contempló dentro del velo interior, el Lugar Santísimo. Allí observó “el arca de su pacto”, representada por el cofre construido por Moisés para contener la Ley de Dios (Apocalipsis 11:19).

De esta manera, los que estaban estudiando el tema encontraron prueba indisputable de la existencia de un Santuario en el Cielo. Y Juan da testimonio de que vio el Santuario en el Cielo.

En el templo del Cielo, en el Lugar Santísimo, está la Ley de Dios. El arca que contiene la Ley está cubierta por un propiciatorio, ante el cual Cristo intercede en virtud de su sangre en favor del pecador. Así se representa la unión de la justicia y la misericordia en el plan de redención, una unión que llena el Cielo de admiración. Este es el misterio de la misericordia que los ángeles desean contemplar: que Dios puede ser justo mientras justifica al pecador arrepentido; que Cristo pudo humillarse para sacar a innumerables multitudes de la perdición y vestirlas con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia.

La obra de Cristo como intercesor del ser humano se presenta en Zacarías: “Edificará el Templo de Jehová, y llevará sobre sí la gloria; y se sentará y reinará sobre su trono [el del Padre], siendo Sacerdote sobre su trono; y el consejo de la paz estará entre los dos” (Zacarías 6:12, 13, VM).

“Edificará el Templo de Jehová”. Por su sacrificio y mediación, Cristo es el fundamento y el edificador de la iglesia, “la piedra angular. En él todo el edificio, bien armado, se va levantando para llegar a ser un templo santo en el Señor” (Efesios 2:20, 21). “Llevará sobre sí la gloria”. El canto de los redimidos será: “Al que nos ama y que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados, [...] ¡a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos!” (Apocalipsis 1:5, 6).

“Se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono”. El reino de gloria no se ha establecido aún. Solo cuando su obra mediadora haya terminado, Dios le dará un reino que “no tendrá fin” (S. Lucas 1:33). Como sacerdote, Cristo

está sentado ahora con el Padre en su trono. Sobre el trono hay uno que “cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores” (Isaías 53:4), uno que fue “tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado” (Hebreos 4:15), para que pudiese “socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18). Las manos heridas, el costado abierto, los pies desgarrados abogan en favor del ser humano caído, cuya redención fue comprada a un precio tan infinito.

“Y el consejo de la paz estará entre los dos”. El amor del Padre es la fuente de la salvación para la raza caída. Jesús dijo a sus discípulos: “El Padre mismo los ama” (S. Juan 16:27). “En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Corintios 5:19). “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (S. Juan 3:16).

El misterio del Santuario resuelto

El “verdadero tabernáculo” en el Cielo es el Santuario del Nuevo Pacto. A la muerte de Cristo, el servicio típico simbólico terminó. Al cumplirse Daniel 8:14 en esta dispensación, el Santuario al cual se refiere debe ser el Santuario del Nuevo Pacto. Así, la profecía (“hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”) señala al Santuario que está en el Cielo.

Pero ¿qué es la purificación del Santuario? ¿Puede haber algo en el Cielo que deba ser purificado? En Hebreos 9 se explica claramente tanto la purificación del Santuario terrenal como la del celestial: “De hecho, la ley exige que casi todo sea purificado con sangre, pues sin derramamiento de sangre no hay perdón. Así que era necesario que las copias de las realidades celestiales fueran purificadas con esos sacrificios [por la sangre de animales], pero que las realidades mismas lo fueran con sacrificios superiores a aquellos” (Hebreos 9:22, 23), con la sangre preciosa de Cristo.

La purificación del Santuario

La purificación en el servicio real debe efectuarse con la sangre de Cristo. “Sin derramamiento de sangre no hay perdón”. El perdón, o sea, el acto de quitar los pecados, es la obra que debe hacerse.

Pero ¿cómo podía relacionarse el pecado con el Santuario del Cielo? Esto puede descubrirse estudiando el servicio simbólico, porque los sacerdotes en la Tierra ministraban “en un santuario que es copia y sombra del que está en el cielo” (Hebreos 8:5).

El servicio del Santuario terrenal consistía en dos partes: los sacerdotes ministraban diariamente en el Lugar Santo, en tanto que, una vez al año, el sumo sacerdote realizaba una obra especial de expiación en el Lugar Santísimo, para la purificación del Santuario. Día tras día el pecador arrepentido traía su ofrenda y, colocando sus manos sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos figurativamente de sí mismo al inocente sacrificio. Entonces el animal era sacrificado. “La propiciación se hace por medio de la sangre” (Levítico 17:11). La Ley quebrantada de Dios demandaba la vida del transgresor.

La sangre, que representaba la vida del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al Lugar Santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba la Ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia el pecado era transferido figurativamente al Santuario. En algunos casos, la sangre no se llevaba al Lugar Santo, en cuyo caso el sacerdote comía la carne. Ambas ceremonias simbolizaban la transferencia del pecado del penitente al Santuario.

Tal era la obra que se efectuaba durante todo el año. Los pecados de Israel eran así transferidos al Santuario, y debía hacerse una obra especial para su eliminación.

El gran Día de la Expiación

Una vez al año, en el gran Día de la Expiación, el sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para la purificación del Santuario. Se tomaban dos machos cabríos y se echaban suertes sobre ellos, “uno para el Señor y otro para soltarlo en el desierto” (Levítico 16:8). El macho cabrío para el Señor era sacrificado como ofrenda por el pecado en favor del pueblo, y el sacerdote debía llevar la sangre pasando el velo para salpicarla ante el propiciatorio, y también sobre el altar del incienso que estaba delante del velo.

“Cuando Aarón haya terminado [...], presentará el macho cabrío vivo, y le impondrá las manos sobre la cabeza. Confesará entonces todas las iniquidades y transgresiones de los israelitas, cualesquiera que hayan sido sus pecados. Así el macho cabrío cargará con ellos, y será enviado al desierto por medio de un hombre designado para esto. El hombre soltará en el desierto al macho cabrío, y este se llevará a tierra árida todas las iniquidades” (Levítico 16:20-22). El macho cabrío emisario no volvía más al campamento de Israel.

La ceremonia estaba destinada a inculcar en la mente de los israelitas la santidad de Dios y su aborrecimiento hacia el pecado. Se exigía que toda persona afligiera su alma mientras se realizaba esta ceremonia de expiación. Se debía dejar de lado toda ocupación, y los hijos de Israel pasaban el día en oración, ayunando e investigando sus corazones.

Se aceptaba un sustituto en lugar del pecador, pero el pecado no era cancelado o borrado con la sangre de la víctima; era transferido al Santuario. Con la ofrenda de sangre, el pecador reconocía la autoridad de la Ley, confesaba sus transgresiones y expresaba su fe en un Redentor que habría de venir; pero aún no estaba totalmente libre de la condenación de la Ley. En el Día de la Expiación, el sumo sacerdote, habiendo recibido una ofrenda de parte de la congregación, entraba en el Lugar Santísimo. Salpicaba la sangre de esta ofrenda sobre el propiciatorio, directamente sobre la Ley, para satisfacer sus exigencias. Entonces, como mediador, tomaba los pecados sobre sí mismo y los llevaba fuera del Santuario. Luego, colocando sus manos sobre la cabeza del macho cabrío emisario, transfería figurativamente todos los pecados de sí mismo al macho cabrío. Por último, el macho cabrío emisario los llevaba sobre sí a un lugar lejano, y se los consideraba como quitados para siempre del pueblo.

El servicio celestial

Lo que se hacía simbólicamente en el ministerio del Santuario terrenal, se realiza en la realidad en el Santuario celestial. Después de su ascensión, nuestro Salvador comenzó su obra como Sumo Sacerdote: “Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro” (Hebreos 9:24).

El servicio realizado por el sacerdote en el primer departamento, “detrás del velo” que separaba el Lugar Santo del patio exterior, representa la obra iniciada por Cristo en el momento de su ascensión. El sacerdote, en el servicio diario, presentaba delante de Dios la sangre de la ofrenda ofrecida por el pecado y también el incienso que ascendía con las oraciones de Israel. Así intercede Cristo mediante su sangre ante el Padre en favor de los pecadores y presenta delante de Dios, con la fragancia de su propia justicia, las oraciones de los pecadores arrepentidos. Tal fue el ministerio que realizó él en el primer departamento del Santuario celestial.

Hasta allí los discípulos de Cristo lo siguieron por medio de la fe cuando él ascendió al Cielo. Allí, dice Pablo, “tenemos como firme y segura ancla del alma una esperanza que penetra hasta detrás de la cortina del santuario, hasta donde Jesús, el precursor, entró por nosotros, llegando a ser sumo sacerdote para siempre” (Hebreos 6:19, 20). “Entró una sola vez y para siempre en el Lugar Santísimo. No lo hizo con sangre de machos cabríos y becerros, sino con su propia sangre, logrando así un rescate eterno” (Hebreos 9:12).

Durante 18 siglos esta obra continuó en el primer departamento del Santuario. La sangre de Cristo derramada en favor de los pecadores arrepentidos les aseguraba ante el Padre el perdón y la aceptación; sin embargo, sus pecados continuaban en los libros de registro. Así como en el servicio simbólico había una obra de expiación al final del año, así también, antes que termine la obra de Cristo en favor de los seres humanos, hay una obra de expiación para la eliminación del pecado del Santuario. Esta obra comenzó cuando terminaron los 2.300 días. En ese momento, nuestro Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo para limpiar el Santuario.

Una obra de juicio

En el Nuevo Pacto, los pecados de las personas arrepentidas son colocados por la fe sobre Cristo y transferidos de hecho al Santuario celestial. Y así como la purificación simbólica del Santuario terrenal se realizaba quitando los pecados con los cuales este había sido contaminado, la verdadera purificación del Santuario celestial se realiza quitando o borrando los pecados allí registrados. Pero antes que esto pueda realizarse debe haber un examen de los libros de registro para determinar quién, por el arrepentimiento y la fe en Jesús, tiene derecho a los beneficios de su expiación. La purificación del Santuario, por lo tanto, implica una obra de investigación –una obra de juicio– anterior a la venida de Cristo, pues cuando él venga traerá su recompensa con él, para pagar a cada uno según lo que haya hecho (Apocalipsis 22:12).

De esta manera, los que siguieron la luz de la palabra profética vieron que, en lugar de que Cristo volviera a la Tierra al fin de los 2.300 días, en 1844 había

entrado en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para realizar la obra final de expiación que prepararía su venida.

Cuando Jesús, en virtud de su sangre, al final de su ministerio elimine del Santuario celestial los pecados del pueblo, él los colocará sobre Satanás, quien debe cargar con el castigo final. El macho cabrío emisario era despachado a una tierra no habitada, para que nunca más volviera a la congregación de Israel. Así Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y de los pecadores.

¿Qué está haciendo Cristo ahora?

El tema del Santuario fue la clave para aclarar el misterio del chasco de 1844. Reveló un sistema completo de verdades, conectadas y armoniosas, que demostraba que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista. Los que habían aguardado con fe su segunda venida esperaban que él apareciera en gloria, pero cuando sus esperanzas resultaron chasqueadas, habían perdido de vista a Jesús. Ahora, en el Lugar Santísimo, ellos contemplaron de nuevo a su Sumo Sacerdote, que había de aparecer pronto como Rey y Libertador. La luz del Santuario iluminaba el pasado, el presente y el futuro. Aunque no habían entendido el mensaje que llevaban, este había sido correcto.

El error no estaba en el cómputo de los períodos proféticos, sino en el suceso que habría de ocurrir al final de los 2.300 días. Sin embargo, se había cumplido todo lo que la profecía había predicho.

Cristo había venido, no a la Tierra, sino al Lugar Santísimo del Templo del Cielo: “Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino [no a la Tierra sino] hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él” (Daniel 7:13, RV95).

Esta venida también fue predicha por Malaquías: “De pronto vendrá a su templo el Señor a quien ustedes buscan; vendrá el mensajero del pacto, en quien ustedes se complacen” (Malaquías 3:1). La venida del Señor a su Templo fue repentina, inesperada, para su pueblo. No lo esperaban allí.

El pueblo no estaba todavía listo para encontrarse con su Señor. Todavía había una obra de preparación que debía ser hecha por ellos. Al seguir ellos por la fe el ministerio de su Sumo Sacerdote, les serían revelados nuevos deberes. Otro mensaje había de darse a la Iglesia.

¿Quién podrá mantenerse en pie?

Dijo el profeta: “Pero ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién podrá mantenerse en pie cuando él aparezca? [...]. Se sentará como fundidor y purificador de plata; purificará a los levitas y los refinará como se refinan el oro y la plata. Entonces traerán al Señor ofrendas conforme a la justicia” (Malaquías 3:2, 3). Los que vivan en la Tierra cuando cese la obra de intercesión de Cristo han de estar en pie a la vista de Dios sin mediador. Sus mantos deben estar impecables; sus caracteres,

purificados del pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y por su propio esfuerzo diligente deben ser vencedores en la batalla contra el mal. Mientras se realice el juicio investigador en el Cielo, mientras los pecados de los creyentes arrepentidos sean quitados del Santuario, ha de haber una obra especial de apartamiento del pecado entre el pueblo de Dios que está en la Tierra. Esta obra se presenta en el mensaje de Apocalipsis 14. Cuando esta obra haya sido terminada, los seguidores de Cristo estarán listos para su venida. Entonces la Iglesia que ha de ser recibida por el Señor en su venida será “una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección” (Efesios 5:27)

“¡Ahí viene el novio!”

La venida de Cristo como Sumo Sacerdote al Lugar Santísimo para la purificación del Santuario (Daniel 8:14), la venida del Hijo del Hombre hasta el Anciano de días (Daniel 7:13) y la venida del Señor a su Templo (Malaquías 3:1) son el mismo acontecimiento. Esto también está representado por la venida del Novio a las bodas, en la parábola de las diez vírgenes, según San Mateo 25.

En esta parábola, cuando vino el Novio, “las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas”. Esta venida del Novio ocurre antes de la boda misma. La boda representa el momento en el que Cristo recibe su reino. La Santa Ciudad, la nueva Jerusalén, la capital y símbolo del reino, se llama “la novia, la esposa del Cordero”. Dijo el ángel a Juan: “ ‘Ven, que te voy a presentar a la novia, la esposa del Cordero’. [...] Y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios” (Apocalipsis 21:9, 10).

La novia representa la Santa Ciudad, y las vírgenes que van a recibir al Novio son un símbolo de la Iglesia. En el Apocalipsis se dice que el pueblo de Dios está constituido por los invitados a la cena de bodas. Si son los invitados, no pueden ser la novia. Cristo, según el profeta Daniel, recibirá del Anciano de días en el Cielo “el dominio, y la gloria, y el reino” (Daniel 7:14), la nueva Jerusalén, la capital de su reino, “preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido” (Apocalipsis 21:2). Una vez que reciba el reino vendrá como Rey de reyes y Señor de señores para redimir a su pueblo que ha de participar en la cena de bodas del Cordero.

Esperando a su Señor

La proclamación “¡Ahí viene el novio!” indujo a miles de personas a esperar la inmediata venida del Señor. En el tiempo señalado, el Novio vino, no a la Tierra, sino hasta el Anciano de días que estaba en el Cielo, a las bodas; es decir, a recibir su reino. “Las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas” (S. Mateo 25:10). Ellas no habían de asistir en persona, porque estaban sobre la Tierra. Los seguidores de Cristo han de esperar “a que regrese su señor de un banquete de bodas” (S. Lucas 12:36). Pero ellos deben entender en qué consiste la obra de su Señor y seguirlo por la fe. En este sentido se dice que van con él a la fiesta de boda.

En la parábola, las que tenían aceite en sus lámparas entraron a la fiesta. Aquellos que, en la noche de su amarga prueba, habían esperado pacientemente, investigando la Biblia para encontrar más luz, vieron la verdad concerniente al Santuario en el Cielo y entendieron el cambio de ministerio del Salvador. Por fe lo siguieron en su obra en el Santuario celestial. Y todos los que acepten las mismas verdades, y sigan a Cristo por la fe mientras él realiza la última obra de mediación, van con él a las bodas.

La obra final en el Santuario

En la parábola de Mateo 22, el juicio se realiza antes de la fiesta. Antes de las bodas, el Rey viene a inspeccionar para descubrir si todos los huéspedes están ataviados con el traje de boda, el manto impecable de un carácter lavado en la sangre del Cordero (Apocalipsis 7:14). Todos aquellos que en el examen revelen que tienen puesto el traje de boda son aceptados y considerados dignos de participar del reino de Dios y sentarse en su trono. Esta tarea de examinar el carácter es el juicio investigador, la obra final en el Santuario celestial.

Cuando hayan sido examinados y decididos los casos de aquellos que en todos los siglos han profesado el nombre de Cristo, entonces terminará el tiempo de gracia y se cerrará la puerta de la misericordia. Así pues, en una corta frase —“las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas. Y se cerró la puerta”—, se nos conduce al tiempo en que será completada la gran obra hecha en favor de la salvación del ser humano.

En el Santuario terrenal, cuando el sumo sacerdote en el Día de la Expiación entraba en el Lugar Santísimo, el servicio del primer departamento cesaba. Así también, cuando Cristo entró en el Lugar Santísimo para realizar la última obra de expiación, cesó su ministración en el primer departamento. Entonces empezó el ministerio en el segundo departamento. Cristo había completado solamente una parte de su obra como nuestro intercesor, para entrar en otra porción de la obra. Pero él continúa intercediendo en virtud de su sangre ante el Padre en favor de los pecadores.

Si bien es cierto que la puerta de la esperanza y la misericordia por la cual los seres humanos habían encontrado acceso a Dios durante 1.800 años se había cerrado, otra puerta se abría. El perdón del pecado era ofrecido por medio de la intercesión de Cristo en el Lugar Santísimo. Todavía había una “puerta abierta” al Santuario celestial, donde Cristo estaba ministrando en favor del pecador.

Ahora se entendía el significado de las palabras de Cristo que se encuentran en Apocalipsis, aplicables a este mismo tiempo: “Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, el que cierra y nadie puede abrir: Conozco tus obras. Mira que delante de ti he dejado abierta una puerta que nadie puede cerrar” (Apocalipsis 3:7, 8).

Los que por la fe siguen a Jesús en la gran obra de la expiación reciben los beneficios de su mediación, en tanto que los que rechazan la luz no se benefician de ella. Los judíos que rehusaron creer en Cristo como su Salvador no pudieron

recibir perdón por medio de él. Cuando Jesús, en ocasión de su ascensión, entró en el Santuario celestial para derramar sobre sus discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos fueron dejados en completa oscuridad para continuar con sus sacrificios y ofrendas inútiles. La puerta por la cual los seres humanos habían hallado acceso a Dios anteriormente ya no estaba abierta. Los judíos se habían negado a seguirlo por el único camino por el que entonces podía ser hallado, por medio del Santuario del Cielo.

Los judíos incrédulos ilustran el descuido y la incredulidad que reinan entre los profesos cristianos que ignoran voluntariamente la obra de nuestro Sumo Sacerdote. En el servicio típico o simbólico, cuando el sumo pontífice entraba en el Lugar Santísimo, se requería que todo Israel se reuniera en torno al Santuario y humillara su alma delante de Dios, para que pudieran recibir el perdón de sus pecados y no fueran “cortados” de la congregación. ¡Cuánto más esencial es, en este antitípico Día de la Expiación, que entendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote y conozcamos cuáles son los deberes que se requieren de nosotros!

En los días de Noé se dio un mensaje del Cielo al mundo, y la salvación de los seres humanos dependía de cómo recibían ese mensaje (Génesis 6:6-9; Hebreos 11:7). En el tiempo de Sodoma, todos, excepto Lot con su esposa y dos hijas, fueron consumidos por el fuego que descendió del cielo (Génesis 19). Así ocurrió en los días de Cristo. El Hijo de Dios declaró a los judíos incrédulos: “La casa de ustedes va a quedar abandonada” (S. Mateo 23:38). Anticipándose a los últimos días, el mismo Poder Infinito se refiere a los que se han “negado a amar la verdad y así ser salvos. Por eso Dios permite que, por el poder del engaño, crean en la mentira” (2 Tesalonicenses 2:10, 11). Al rechazar ellos las enseñanzas de su Palabra, Dios retira su Espíritu y los abandona a los engaños que tanto les gustan. Pero Cristo todavía intercede en favor del ser humano, y la luz será dada a los que lo buscan.

Cuando pasó la fecha de 1844, hubo un tiempo de gran prueba para los que aún sostenían la fe adventista. Su único alivio fue la luz que dirigió sus mentes al Santuario celestial. Al esperar y orar sobre el asunto vieron que su gran Sumo Sacerdote había entrado en otra fase de su ministración. Siguiéndolo por la fe, fueron inducidos a ver también la obra final de la Iglesia. Tenían una comprensión más clara de los mensajes del primer ángel y del segundo, y estaban preparados para recibir y dar al mundo la solemne amonestación del tercer ángel de Apocalipsis 14.

La inmutable Ley de Dios

“**E**ntonces se abrió en el cielo el templo de Dios; allí se vio el arca de su pacto” (Apocalipsis 11:19). El Arca del Pacto de Dios se encuentra en el Lugar Santísimo, el segundo departamento del Santuario. En el servicio del Tabernáculo terrenal, que era “copia y sombra del que está en el cielo”, este departamento se abría solo en el gran Día de la Expiación para la purificación del Santuario. Por lo tanto, el anuncio de que el Templo de Dios fue abierto en el Cielo y que se vio el Arca de su Pacto señala la apertura del Lugar Santísimo del Santuario celestial en 1844, cuando Cristo entró allí para realizar la obra final de la Expiación. Los que por la fe siguieron a su gran Sumo Pontífice cuando él inició su ministerio en el Lugar Santísimo contemplaron el Arca de su Pacto. Cuando hubieron estudiado el tema del Santuario, llegaron a entender el cambio en la ministración que realizaba el Salvador, y vieron que ahora estaba oficiando ante el Arca de Dios.

El Arca del Tabernáculo terrenal contenía las dos tablas de piedra, en las cuales estaba escrita la Ley de Dios. Cuando el Templo de Dios fue abierto en el Cielo, se vio el Arca de su Pacto. En el Lugar Santísimo del Santuario celestial es donde se encuentra guardada la Ley; la Ley que fue hablada por Dios y escrita con su dedo en tablas de piedra.

Los que llegaron a la comprensión de este punto vieron, como nunca antes, la fuerza de las palabras del Salvador: “Mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la Ley desaparecerán” (S. Mateo 5:18). La Ley de Dios, siendo una revelación de su voluntad, una transcripción de su carácter, debe permanecer para siempre.

En el corazón mismo del Decálogo se encuentra el mandamiento referente al sábado. El Espíritu de Dios impresionó a los estudiosos de su Palabra que habían transgredido ignorantemente este precepto al pasar por alto el día de descanso del Creador. Comenzaron a examinar las razones para guardar el primer día de la semana. No pudieron encontrar ninguna evidencia de que el cuarto Mandamiento había sido anulado o que el sábado había sido cambiado. Habían estado buscando sinceramente conocer a Dios y hacer su voluntad; ahora manifestaron su lealtad a Dios guardando su santo sábado.

Muchos fueron los esfuerzos realizados para destruir la fe de los creyentes adventistas. Nadie podía dejar de ver que la aceptación de la verdad concerniente al Santuario celestial implicaba reconocer los requisitos de la Ley de Dios y la observancia del sábado del cuarto Mandamiento. Aquí estaba el secreto de la decidida

oposición a la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaba el ministerio de Cristo en el Santuario celestial. Los seres humanos trataron de cerrar la puerta que Dios había abierto, y de abrir la puerta que él había cerrado. Pero Cristo había abierto la puerta del ministerio en el Lugar Santísimo. El cuarto Mandamiento estaba incluido en la Ley allí guardada.

Los que aceptaron la luz concerniente a la mediación de Cristo y la Ley de Dios hallaron que estas eran las verdades presentadas en Apocalipsis 14, una amonestación triple que había de preparar a los habitantes de la Tierra para la segunda venida del Señor. El anuncio “Ha llegado la hora de su juicio” proclama una verdad que debe ser dada a conocer hasta que termine la intercesión del Salvador y él regrese para llevar a su pueblo consigo. El juicio que comenzó en 1844 debe continuar hasta que todos los casos sean decididos, tanto de los vivos como de los muertos; por lo tanto, se extenderá hasta la terminación del tiempo de gracia para los seres humanos.

Con el fin de que las personas se preparen para estar en pie en la hora del Juicio, se les ordena: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales” (Apocalipsis 14:7). El resultado de la aceptación de estos mensajes es el siguiente: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12, RV 60).

Con el fin de estar preparados para el Juicio, los seres humanos deben guardar la Ley de Dios, la norma del carácter que regirá en el Juicio. Y Pablo declara: “Todos los que han pecado conociendo la ley por la ley serán juzgados [...] el día en que, por medio de Jesucristo, Dios juzgará los secretos de toda persona” (Romanos 2:12, 16). “Dios no considera justos a los que oyen la ley, sino a los que la cumplen” (Romanos 2:13). La fe es esencial para guardar la Ley de Dios; pues “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). “Todo lo que no procede de fe, es pecado” (Romanos 14:23, NBLA).

El primer ángel pedía que todos los seres humanos temieran a Dios y le dieran gloria y lo adoraran como el Creador de los Cielos y la Tierra. Para hacer esto, debían obedecer su Ley. Sin obediencia no puede haber culto agradable a Dios. “En esto consiste el amor a Dios: en que obedezcamos sus mandamientos” (1 Juan 5:3; ver Proverbios 28:9).

Un llamamiento a adorar al Creador

El deber de adorar a Dios se basa en el hecho de que él es el Creador. “Vengan, postrémonos reverentes, doblemos la rodilla ante el Señor nuestro Hacedor” (Salmo 95:6; ver Salmos 96:5; 100:3; Isaías 40:25, 26; 45:18).

En Apocalipsis 14 se exhorta a los seres humanos a adorar al Creador y a observar los mandamientos de Dios. Uno de esos mandamientos señala a Dios como Creador: “El séptimo día es el día de reposo del Señor tu Dios. [...] Porque en seis días el Señor hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20:10, 11, RVA-2000). El sábado, dice el Señor, es una “señal [...] para que reconozcan

que yo soy el Señor su Dios” (Ezequiel 20:20). Si el sábado se hubiera continuado observando en forma universal, el ser humano habría sido inducido a mirar al Creador como el objeto de su adoración. Nunca habría existido un ídolatra, un ateo o un incrédulo. El guardar el sábado es una señal de lealtad “al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales”. El mensaje que ordena a las personas adorar a Dios y guardar sus mandamientos los instará en forma particular a observar el cuarto Mandamiento.

En contraste con aquellos que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, el tercer ángel señala a otra clase de personas: “Si alguien adora a la bestia y a su imagen, y se deja poner en la frente o en la mano la marca de la bestia, beberá también el vino del furor de Dios” (Apocalipsis 14:9, 10). ¿Qué representan la bestia, la imagen y la marca?

La identidad del dragón

La descripción profética de estos símbolos comienza en el capítulo 12 del Apocalipsis. El dragón, que trató de destruir a Cristo cuando nació, es Satanás (Apocalipsis 12:9); fue él quien impulsó a Herodes a procurar la muerte del Salvador. Pero el principal agente de Satanás, al guerrear contra Cristo y su pueblo durante los primeros siglos del cristianismo, fue el Imperio Romano, en el cual prevalecía la religión pagana. Por lo tanto, este dragón también representa, en sentido secundario, a la Roma pagana.

En el capítulo 13 se describe otra bestia, que “parecía un leopardo”, a quien el dragón le dio “su poder, su trono y gran autoridad”. Este símbolo, como lo ha creído la mayoría de los protestantes, representa al papado, el cual heredó el poder y la autoridad del antiguo Imperio Romano. Se dice de la bestia parecida a un leopardo: “Se le permitió hablar con arrogancia y proferir blasfemias contra Dios [...]. Abrió la boca para blasfemar contra Dios, para maldecir su nombre y su morada y a los que viven en el cielo. También se le permitió hacer la guerra a los santos y vencerlos, y se le dio autoridad sobre toda raza, pueblo, lengua y nación” (Apocalipsis 13:2, 5-7). Esta profecía es casi idéntica a la descripción del cuerno pequeño de Daniel 7, y sin duda alguna señala al papado.

“Se le confirió autoridad para actuar durante cuarenta y dos meses” –los tres años y medio, o 1.260 días, de Daniel 7–, durante los cuales el poder papal había de oprimir al pueblo de Dios. Este período, como se establece en capítulos anteriores, comenzó con la supremacía del papado, en el año 538 d.C., y terminó en 1798. En ese año el poder papal recibió su “herida de muerte”, y se cumplió la predicción que decía: “Si alguno lleva en cautividad, a cautividad irá” (Apocalipsis 13:5, 10, RV95).

El surgimiento de un nuevo poder

A continuación, se presenta otro símbolo: “Después vi que de la tierra subía otra bestia. Tenía dos cuernos como de cordero, pero hablaba como dragón” (Apocalipsis 13:11). Esta nación es diferente de las representadas en los símbolos anteriores. Los grandes reinos que gobernaron al mundo le fueron presentados al profeta Daniel

como bestias devoradoras, que se levantaban cuando “los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar” (Daniel 7:2, RV 6o).

Pero la bestia con cuernos semejantes a los de un cordero “subía de la tierra”. En lugar de derrocar a otras potencias para establecerse, la nación así representada debía surgir en territorio previamente desocupado, y desarrollarse en forma pacífica. Debe buscarse en el Continente Occidental.

¿Qué nación del Nuevo Mundo estaba adquiriendo poder en 1798, con evidencia de adquirir fuerza, y estaba atrayendo la atención del mundo? Una nación, y una sola, cumple esta profecía: los Estados Unidos de América. Las palabras del escritor sagrado han sido empleadas casi exactamente en forma inconsciente por los historiadores al describir el surgimiento de esta nación. Un escritor prominente habla del “misterio de su aparición de la nada” y dice: “Como semilla silenciosa crecimos hasta llegar a ser un imperio”.¹ En 1850 un diario europeo hablaba de los Estados Unidos diciendo que este país estaba “surgiendo”, y que “en medio del silencio de la tierra acrecentaba diariamente su poder y su orgullo”.²

“Tenía dos cuernos como de cordero”. Los cuernos semejantes a los de un cordero indican juventud, inocencia y mansedumbre. Entre los cristianos exiliados que fueron los primeros en huir a América escapando de la opresión real y de la intolerancia sacerdotal, había muchos que resolvieron establecer la libertad civil y religiosa. La Declaración de la Independencia establece la verdad de que “todos los seres humanos son creados iguales” y se hallan dotados del inalienable derecho a “la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. La Constitución garantiza al pueblo el derecho de gobernarse a sí mismo, y declara que los representantes elegidos por voto popular promulgarán y administrarán las leyes. También se otorgó la libertad de fe religiosa. El republicanismo y el protestantismo llegaron a ser los principios fundamentales de la nación, el secreto de su poder y prosperidad. Millones han buscado sus playas, y Estados Unidos de Norteamérica ha llegado a ocupar un lugar entre las naciones más poderosas de la Tierra.

Una notable contradicción

Pero la bestia que tenía cuernos semejantes a los de un cordero “hablaba como dragón. Ejercía toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hacía que la tierra y sus habitantes adoraran a la primera bestia, cuya herida mortal había sido sanada. [...] Les ordenó que hicieran una imagen en honor de la bestia que, después de ser herida a espada, revivió” (Apocalipsis 13:11-14).

Los cuernos como de cordero y la voz de dragón ponen de manifiesto una contradicción. La predicción de que hablará “como dragón” y ejercerá “toda la autoridad de la primera bestia” predice el espíritu de intolerancia y persecución manifestados por el dragón y la bestia semejante a un leopardo. Y la declaración de que la bestia de dos cuernos “hacía que la tierra y sus habitantes adoraran a la

¹ G. A. Townsend, *The New World Compared With the Old* [El Nuevo Mundo comparado con el antiguo], p. 462.

² *Dublin Nation* [La nación de Dublín].

primera bestia” indica que la autoridad de esta nación ha de ser ejercida al exigir que se rinda homenaje al papado.

Un acto semejante sería contrario a los principios de las instituciones libres de este país, a los reconocimientos solemnes de la Declaración de la Independencia y a la Constitución. La Constitución establece que “el Congreso no legislará con respecto al establecimiento de una religión ni prohibirá el libre ejercicio de ella”, y “ningún requisito religioso será jamás requerido como condición de aptitud para el desempeño de alguna función o cargo público en los Estados Unidos”. Pero, en el símbolo se presenta una abierta violación de estas garantías de la libertad. La bestia con cuernos como de cordero –que profesa ser pura, mansa e inofensiva– habla como dragón.

“Diciendo a los habitantes de la tierra que le hagan una imagen a la bestia” (Apocalipsis 13:14, RV95). Aquí tenemos simbolizada una forma de gobierno en la cual el poder legislativo descansa en el pueblo, una evidencia muy notable de que los Estados Unidos es la nación representada.

Pero ¿qué es “la imagen de la bestia”? ¿Cómo ha de formarse?

Cuando la iglesia primitiva se corrompió, buscó el apoyo del poder secular. El resultado fue el papado, una iglesia que controlaba al Estado, especialmente para castigar la “herejía”. Para que los Estados Unidos formen una “imagen de la bestia”, el poder religioso debe controlar de tal manera al Gobierno civil que el Estado será también empleado por la iglesia para cumplir sus propios fines.

Las iglesias protestantes que han seguido los pasos de Roma han manifestado un deseo similar de restringir la libertad de conciencia. Un ejemplo de esto lo tenemos en la persecución de los disidentes, continuada por largo tiempo, por parte de la iglesia de Inglaterra. Durante los siglos XVI y XVII, los pastores y el pueblo no conformistas eran castigados con multas, prisión, tortura y martirio.

La apostasía indujo a la iglesia primitiva a buscar la ayuda del Gobierno civil, y esto preparó el camino para el surgimiento del papado, a saber, la bestia. Pablo dijo: “Vendrá [...] la apostasía” y se manifestará “el hombre de pecado” (2 Tesalonicenses 2:3, RVC).

La Biblia declara: “Ahora bien, ten en cuenta que en los últimos días vendrán tiempos difíciles. La gente estará llena de egoísmo y avaricia; serán jactanciosos, arrogantes, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, insensibles, implacables, calumniadores, libertinos, despiadados, enemigos de todo lo bueno, traicioneros, impetuosos, vanidosos y más amigos del placer que de Dios. Aparentarán ser piadosos, pero su conducta desmentirá el poder de la piedad” (2 Timoteo 3:1-5). “El Espíritu dice claramente que, en los últimos tiempos, algunos abandonarán la fe para seguir a inspiraciones engañosas y doctrinas diabólicas” (1 Timoteo 4:1).

Todos los que “por haberse negado a amar la verdad y así ser salvos” aceptarán “el poder del engaño” y creerán “en la mentira” (2 Tesalonicenses 2:10, 11). Cuando se llegue a esta condición, aparecerán los mismos resultados que en los primeros siglos.

La amplia diversidad de creencias de las iglesias protestantes es considerada por muchos como una prueba de que jamás se podrá exigir una uniformidad obligatoria.

Pero, durante años ha habido en las iglesias protestantes un sentimiento creciente en favor de la unión. Para lograr esta unión, debe evitarse la discusión sobre temas en los que no todos están de acuerdo. En el esfuerzo por asegurar una completa uniformidad, faltará solamente un paso para recurrir a la fuerza.

Cuando las iglesias principales de los Estados Unidos, uniéndose en los puntos de doctrina que ellas sostienen en común, influyan sobre el Estado para que este ponga en vigencia los decretos de ellas y sostenga las instituciones de esas iglesias, entonces la América protestante habrá formado una imagen de la jerarquía romana, y la aplicación de penas civiles a los disidentes será el resultado inevitable.

La bestia y su imagen

La bestia de dos cuernos “logró que a todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiera una marca en la mano derecha o en la frente, de modo que nadie pudiera comprar ni vender, a menos que llevara la marca, que es el nombre de la bestia o el número de ese nombre” (Apocalipsis 13:16, 17). El tercer ángel advierte: “Si alguien adora a la bestia y a su imagen, y se deja poner en la frente o en la mano la marca de la bestia, beberá también el vino del furor de Dios” (Apocalipsis 14:9, 10).

“La bestia” cuya adoración es impuesta es la primera bestia, es decir, la bestia semejante a un leopardo mencionada en Apocalipsis 13: el papado. La “imagen de la bestia” representa la forma de protestantismo apóstata que se desarrollará cuando las iglesias protestantes busquen el poder civil para que imponga sus dogmas. Queda por definir todavía “la marca de la bestia”.

Los que guardan los mandamientos de Dios se presentan en contraste con los que adoran a la bestia y a su imagen y reciben su marca. La observancia de la Ley de Dios, por una parte, y su violación, por otra, será la distinción entre los que adoran a Dios y los que adoran a la bestia.

La característica especial de la bestia y de su imagen es la violación de los mandamientos de Dios. Dice Daniel acerca del cuerno pequeño, es decir, el papado: “Pensará en cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25, RV 60). Pablo designa al mismo poder como “el hombre de pecado” (2 Tesalonicenses 2:3, RV 60), que se exaltará a sí mismo por encima de Dios. Solamente cambiando la Ley de Dios podía el papado exaltarse por encima de Dios. Quienquiera que guardase a sabiendas la Ley adulterada de esta manera honraría en forma suprema las leyes papales, una marca de lealtad al Papa en lugar de sumisión a Dios.

El papado ha intentado alterar la Ley de Dios. El cuarto Mandamiento ha sido cambiado de tal manera que autoriza la observancia del primer día de la semana en vez del séptimo como día de reposo. Se presenta un cambio intencional deliberado: “Pensará en cambiar los tiempos y la Ley”. El cambio realizado en el cuarto Mandamiento cumple con exactitud la profecía. Aquí el poder papal se exalta manifiestamente por encima de Dios.

Los adoradores de Dios se distinguirán especialmente por su lealtad al cuarto Mandamiento, la señal del poder creador de Dios. Los adoradores de la bestia se

distinguirán por sus esfuerzos por derribar el monumento conmemorativo del Creador para exaltar la institución de Roma. Las primeras pretensiones arrogantes del papado fueron hechas en favor del domingo como “el día del Señor”. Pero la Biblia señala al séptimo día como día del Señor. Cristo dijo: “El Hijo del hombre es Señor incluso del sábado” (S. Marcos 2:28; ver también Isaías 58:13; S. Mateo 5:17-19). La aseveración repetida tan a menudo de que Cristo cambió el sábado se halla refutada por las propias palabras del Señor.

Silencio completo del Nuevo Testamento

Los protestantes reconocen “el silencio absoluto del Nuevo Testamento con respecto a cualquier mandato explícito en favor del reposo [en día domingo, primer día de la semana] o de reglas específicas con respecto a su observancia”.³

“Hasta el tiempo de la muerte de Cristo, ningún cambio se había hecho en el día”; y, “según lo muestra el registro bíblico, ellos [los apóstoles] no [...] dieron ningún mandamiento explícito para requerir el abandono del reposo del séptimo día, y la observancia del primer día de la semana”.⁴

Los católicos romanos reconocen que el cambio del sábado fue realizado por su iglesia, y declaran que los protestantes, al observar el domingo, reconocen el poder de la Iglesia Católica. Se ha hecho la siguiente declaración: “Durante la Ley antigua, el sábado era el día santificado; pero la iglesia instruida por Jesucristo, y dirigida por el Espíritu de Dios, ha sustituido el sábado por el domingo; de manera que ahora santificamos el primer día, y no el séptimo. Domingo significa, y ahora es, el día del Señor”.⁵

Como signo de la autoridad de la Iglesia Católica, los escritores católicos citan “el acto mismo de cambiar el sábado al domingo, cambio en que los protestantes consienten; [...] porque al guardar el domingo, ellos reconocen el poder de la iglesia para ordenar fiestas y para imponerlas so pena de incurrir en pecado”.⁶

¿Qué otra cosa es, entonces, el cambio del sábado, sino la señal o marca de la autoridad de la Iglesia Romana, o sea “la marca de la bestia”?

La Iglesia Romana no ha abandonado su pretensión de supremacía. Cuando el mundo y las iglesias protestantes aceptan un día de reposo que ella ha creado, mientras que rechazan el día de reposo bíblico, virtualmente admiten esa pretensión. Al hacerlo, ignoran el principio que los separa de Roma: “La Biblia, y solo la Biblia, es la religión de los protestantes”. A medida que el movimiento en favor de la imposición del domingo cobre fuerza, finalmente colocará a todo el mundo protestante bajo la bandera de Roma.

Los romanistas declaran que “la observancia del domingo por parte de los protestantes es un homenaje que estos rinden, muy a su pesar, a la autoridad de

³ George Elliott, *The Abiding Sabbath* [El sábado perdurable], p. 184.

⁴ A. E. Waffle, *The Lord's Day* [El Día del Señor], pp. 186-188.

⁵ *Catholic Catechism of Christian Religion* [Catecismo católico de la religión cristiana].

⁶ Henry Tuberville, *An Abridgement of the Christian Doctrine* [Un compendio de la doctrina cristiana], p. 58.

la Iglesia [Católica]”.⁷ El exigir el cumplimiento de un deber religioso utilizando el poder secular creará una imagen de la bestia; por lo tanto, la imposición de la observancia del domingo en los Estados Unidos significará imponer el culto a la bestia y a su imagen.

Los cristianos de las generaciones pasadas observaron el domingo suponiendo que estaban observando el día de descanso bíblico, y hoy en día hay verdaderos cristianos en todas las iglesias que honradamente creen que el domingo fue establecido por Dios. Dios acepta su sinceridad y su integridad. Pero, cuando la observancia del domingo sea exigida por la ley y el mundo sea iluminado con respecto al verdadero día de reposo, entonces todo el que viole el mandamiento de Dios para obedecer un precepto de Roma estará por ese hecho honrando al papado por encima de Dios. Estará rindiendo homenaje a Roma. Estará adorando a la bestia y a su imagen. Las personas, por ese hecho, aceptarán la señal de lealtad a Roma, o sea “la marca de la bestia”. No será sino después de que este asunto resulte claramente presentado delante del pueblo, y este tenga que elegir entre los mandamientos de Dios y los mandamientos de los seres humanos, cuando los que continúen violando la Ley divina recibirán “la marca de la bestia”.

La amonestación del tercer ángel

La más terrible amonestación jamás dirigida a los mortales se halla en el mensaje del tercer ángel. Las personas no serán dejadas a oscuras con respecto a este importante asunto; la advertencia debe darse al mundo antes de la visitación de los juicios de Dios. Y todos deben tener oportunidad de escapar de estos juicios. El primer ángel hace su proclamación a “toda nación, raza, lengua y pueblo”. La advertencia del tercer ángel no ha de ser de menor amplitud. Será proclamada en alta voz y llamará la atención del mundo.

Todos se dividirán en dos grandes clases: los que guarden los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y los que adoren a la bestia y a su imagen, y reciban su marca. La Iglesia y el Estado se unirán para exigir “a todos” que reciban “la marca de la bestia”; sin embargo, el pueblo de Dios no la recibirá. El profeta contempla “a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, sobre su marca y el número de su nombre, de pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios” (Apocalipsis 15:2, RV95).

⁷ Mons. de Segur, *Plain Talk About the Protestantism of Today* [Franca conversación acerca del protestantismo], p. 213.

Se restaura la verdad

La reforma relativa al sábado se predice en Isaías: “Así dice el Señor: Observen el derecho y practiquen la justicia, porque mi salvación está por llegar; mi justicia va a manifestarse. Dichoso el que así actúa, y se mantiene firme en sus convicciones; el que observa el sábado sin profanarlo, y se cuida de hacer lo malo [...]. Y a los extranjeros que se han unido al Señor para servirle, para amar el nombre del Señor y adorarlo, a todos los que observan el sábado sin profanarlo y se mantienen firmes en mi pacto, los llevaré a mi monte santo; ¡los llenaré de alegría en mi casa de oración!” (Isaías 56:1, 2, 6, 7).

Estas palabras se aplican a la era cristiana, como se observa por el contexto (versículo 8). Aquí se anuncia anticipadamente la reunión de los gentiles por medio del evangelio, cuando los siervos de Cristo predicarían a todas las naciones las buenas nuevas.

El Señor ordena: “Sella la ley entre mis discípulos” (Isaías 8:16). El sello de la Ley de Dios se encuentra en el cuarto Mandamiento. Este es el único de los diez que presenta tanto el nombre como el título del Legislador. Cuando el sábado fue cambiado por el poder papal, el sello fue quitado de la Ley. Los discípulos de Jesús han sido llamados a restaurarlo, exaltando el sábado como el monumento conmemorativo del Creador y la señal de su autoridad.

Se da la orden: “¡Grita con toda tu fuerza, no te reprimas! Alza tu voz como trompeta. Denúnciale a mi pueblo sus rebeldías; sus pecados, a los descendientes de Jacob”. Aquellos a quienes el Señor designa como “mi pueblo” han de ser reconvenidos por sus transgresiones, pues son una clase que se considera a sí misma como justa en el servicio de Dios. Pero la solemne reconvenición del que escudriña los corazones afirma que están pisoteando los preceptos divinos (Isaías 58:1, 2).

El profeta señala de esta manera el Mandamiento que ha sido olvidado: “Tú levantarás los cimientos de generaciones pasadas, y te llamarán reparador de brechas, restaurador de calles donde habitar. Si por causa del día de reposo apartas tu pie para no hacer lo que te plazca en mi día santo, y llamas al día de reposo delicia, al día santo del Señor, honorable, y lo honras, no siguiendo tus caminos, ni buscando tu placer, ni hablando de tus propios asuntos, entonces te deleitarás en el Señor” (Isaías 58:12-14, NBLA).

La “brecha” fue hecha en la Ley de Dios cuando el sábado fue cambiado por el poder romano. Pero ha llegado el tiempo en que esa brecha debe ser reparada.

El sábado fue guardado por Adán en su inocencia en el Edén; y también por Adán, caído pero arrepentido, cuando fue expulsado de su morada. Fue observado por todos los patriarcas desde Abel hasta Noé, hasta Abraham y hasta Jacob. Cuando el Señor liberó a Israel, él proclamó su Ley a la multitud.

Siempre se guardó el verdadero sábado

Desde ese día hasta el presente se ha guardado el sábado. Aunque “el hombre de pecado” tuvo éxito en pisotear el santo día de Dios, almas fieles, ocultas en lugares secretos, le rindieron tributo. Desde la Reforma, un núcleo de personas en todas las generaciones ha mantenido su observancia.

Estas verdades relacionadas con “el evangelio eterno” distinguirán a la Iglesia de Cristo en el tiempo de su aparición. “Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12, JBS).

Los que recibieron la luz concierne al Santuario y a la infalibilidad de la Ley de Dios se llenaron de gozo al distinguir la armonía de la verdad. Deseaban que la luz fuera impartida a todos los cristianos. Pero las verdades que diferían de lo que el mundo creía no fueron bien recibidas por muchos que aseveraban seguir a Cristo.

A medida que se presentaban las exigencias relativas al sábado, muchos decían: “Siempre hemos observado el domingo, nuestros padres lo observaron, y muchas personas buenas han muerto felices observándolo. La observancia de un nuevo día de reposo nos hará estar en desacuerdo con el mundo. ¿Qué podrá realizar un pequeño grupo de observadores del sábado contra todo el mundo que guarda el domingo?” Usando argumentos similares, los judíos justificaron su rechazo de Cristo. Así, en los días de Lutero, los papistas razonaban que los verdaderos cristianos habían muerto en la fe católica; por lo tanto, esa religión era suficiente. Tal razonamiento resultaría una barrera para todo progreso en la fe.

Muchos afirmaban que la observancia del domingo había sido una costumbre muy difundida de la iglesia durante siglos. En contra de este argumento se presentaba el hecho de que el sábado y su observancia eran incluso más antiguos, tan antiguos como el mundo mismo: habían sido establecidos por el “Anciano de días”.

En ausencia de un testimonio bíblico, muchos afirmaban: “¿Por qué no entienden nuestras grandes personas esta cuestión del sábado? Pocos creen como ustedes. No puede ser que ustedes estén en lo cierto y todas las personas de saber estén erradas”.

Para refutar tales argumentos se necesitaba solamente citar los textos de la Biblia y la forma en que el Señor trató con su pueblo en todos los siglos. La razón por la que Dios no elige con mayor frecuencia a personas de saber y posición para que sean los dirigentes en las reformas es que ellas confían en sus credos y en los sistemas teológicos y no sienten la necesidad de ser enseñadas por Dios. En cambio, los que poseen poco conocimiento académico a veces son llamados a declarar la verdad, no porque sean incultos, sino porque no confían demasiado

en sí mismos y así pueden ser enseñados por Dios. Su humildad y su obediencia los hacen grandes.

La historia del antiguo Israel es una notable ilustración de la experiencia pasada del cuerpo de creyentes adventistas. Dios condujo a su pueblo en el movimiento adventista, así como condujo a los hijos de Israel en su salida de Egipto. Si todos los que habían trabajado en forma unida en la obra en 1844 hubieran recibido el mensaje del tercer ángel y lo hubieran proclamado con el poder del Espíritu Santo, hace años la Tierra habría sido amonestada y Cristo habría venido para redimir a su pueblo.

No era la voluntad de Dios

No era la voluntad de Dios que los hijos de Israel vagaran cuarenta años por el desierto; él quería conducirlos directamente a Canaán y establecerlos allí, como un pueblo santo y feliz. Pero ellos “no pudieron entrar por causa de su incredulidad” (Hebreos 3:19). De idéntica manera, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se demorara por tanto tiempo y que su pueblo permaneciera por tantos años en el mundo de pecado y dolor. La incredulidad los separó de Dios. Por misericordia hacia el mundo, Jesús demora su venida, para que los pecadores puedan escuchar la amonestación y encontrar refugio antes que la ira de Dios sea derramada.

Ahora, así como ocurrió en los siglos anteriores, la presentación de la verdad despertará oposición. Muchos atacan con malicia el carácter y los motivos de los que defienden una verdad impopular. Elías fue acusado de ser un perturbador de Israel; Jeremías fue acusado como traidor; y Pablo, como profanador del templo. Desde aquellos días hasta los nuestros, los que han querido ser leales a la verdad han sido denunciados como rebeldes, herejes y disidentes.

La confesión de fe hecha por los santos y los mártires, su ejemplo de santidad y de firme integridad, inspira valor en los que hoy son llamados a presentarse como testigos en favor de Dios. Al siervo de Dios de estos días se le da el siguiente mandato: “Alza tu voz como trompeta. Denúnciale a mi pueblo sus rebeldías; sus pecados, a los descendientes de Jacob” (Isaías 58:1). “A ti, hijo de hombre, te he puesto por centinela del pueblo de Israel. Por lo tanto, oírás la palabra de mi boca, y advertirás de mi parte al pueblo” (Ezequiel 33:7).

El gran obstáculo para la aceptación de la verdad es que ella involucra inconvenientes y oprobio. Este es el único argumento en contra de la verdad que no han podido refutar sus defensores. Pero los verdaderos seguidores de Cristo no esperan que la verdad se haga popular. Ellos aceptan la cruz, confiados con el apóstol Pablo en que “los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento” (2 Corintios 4:17), al igual que Moisés, que “consideró como mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto” (Hebreos 11:26, NBLA).

Debemos elegir lo justo porque es justo, y dejar las consecuencias con Dios. El mundo está en deuda con los seres humanos de principios, de fe y de valor por sus grandes reformas. Y personas semejantes deben llevar adelante la obra de reforma para este tiempo.

¿Cuánto éxito tienen los reavivamientos modernos?

Dondequiera que los siervos de Dios predicaban con fidelidad, se veían resultados que demostraban su origen divino. Los pecadores sentían que su conciencia se despertaba. Una profunda convicción tomaba posesión de su mente y su corazón. Tenían consciencia de la justicia de Dios, y clamaban: “¿Quién me librará de este cuerpo mortal?” (Romanos 7:24). Al serles revelada la Cruz, veían que nada sino los méritos de Cristo podían expiar sus transgresiones. Por medio de la sangre de Jesús obtenían el “perdón de los pecados pasados” (Romanos 3:25, RVA-2015).

Los que creían y eran bautizados iniciaban una vida nueva, por la fe en el Hijo de Dios, para seguir en sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos como él es puro. Las cosas que una vez odiaban ahora las amaban, y las cosas que una vez amaban ahora las odiaban. El orgulloso se hacía humilde, los vanidosos y arrogantes se convertían en serios y discretos. Los borrachos se hacían sobrios; y los corrompidos, puros. Los cristianos no buscaban un adorno “externo, con peinados ostentosos, atavíos de oro o vestidos lujosos, sino [...] en incorruptible belleza de un espíritu manso y tranquilo, que es de gran valor ante Dios” (1 Pedro 3:3, 4, RVA-2000).

Los reavivamientos se caracterizaban por solemnes llamamientos dirigidos a los pecadores. Los frutos se veían en personas que no rehuían la abnegación sino que se regocijaban de ser tenidas por dignas de sufrir por causa de Cristo. Las personas contemplaban una transformación en las que profesaban el nombre de Jesús. Tales eran los resultados que se manifestaban en los despertares religiosos en las épocas pasadas.

Pero muchos reavivamientos de los tiempos modernos presentan un notable contraste. Es cierto que muchos profesan haberse convertido, y hay grandes aumentos en el número de miembros de iglesia. Sin embargo, los resultados no son tales que justifiquen la creencia de que se haya producido un aumento correspondiente de la verdadera vida espiritual. La luz que brilla por un tiempo pronto se apaga.

Los reavivamientos populares demasiado a menudo excitan las emociones y gratifican el gusto por lo que es nuevo y extraordinario. Pero los nuevos conversos poseen poco deseo de escuchar la verdad de la Biblia. A menos que un servicio religioso tenga algo de sensacional, no presenta atracción para ellos.

Para toda alma verdaderamente convertida, la relación con Dios y con las cosas eternas será su mayor interés en la vida. ¿Dónde está en las iglesias populares el espíritu de consagración a Dios? Los conversos no renuncian al orgullo ni al amor al mundo. No están más dispuestos a negarse a sí mismos y a seguir al manso y humilde Jesús que antes de su conversión. La piedad casi ha desaparecido de muchas de las iglesias.

Pero a pesar de la amplia decadencia de la fe, hay verdaderos seguidores de Cristo en estas iglesias. Antes que caigan los juicios finales de Dios, habrá entre el pueblo del Señor un reavivamiento de la piedad primitiva como no ha sido presenciado desde los tiempos apostólicos. El Espíritu de Dios será derramado. Muchos se separarán de las iglesias en las cuales el amor al mundo ha suplantado el amor a Dios y a su Palabra. Muchos dirigentes y creyentes aceptarán con alegría las grandes verdades que preparan a un pueblo para la segunda venida del Señor.

El enemigo de las almas desea impedir esta obra y, antes que llegue el tiempo para que se produzca este movimiento, él tratará de impedirlo introduciendo una falsificación. En las iglesias que él pueda poner bajo su control hará parecer que la bendición de Dios se está derramando. Multitudes se alegrarán, diciendo: “Dios está obrando maravillosamente”, cuando en realidad la obra será realizada por otro espíritu. Bajo un manto religioso, Satanás tratará de extender su influencia sobre el mundo cristiano. Hay una excitación emocional, una mezcla de lo verdadero y lo falso, bien adaptada para extraviar.

Sin embargo, a la luz de la Palabra de Dios no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Dondequiera que los seres humanos descuiden el testimonio de la Biblia, y se aparten de las verdades claras –que son una prueba para el alma ya que requieren abnegación y renuncia al mundo–, allí podemos estar seguros de que la bendición de Dios no es concedida. Y, al usar la regla de “por sus frutos los conocerán” (S. Mateo 7:16), se evidencia que estos movimientos no son la obra del Espíritu de Dios.

Las verdades de la Palabra de Dios son un escudo contra los engaños de Satanás. El descuido de estas verdades ha abierto la puerta a los males ahora tan extendidos por el mundo. La importancia de la Ley de Dios se ha perdido de vista en gran medida. Una falsa concepción de la Ley divina ha conducido a errores con respecto a la conversión y la santificación, y ha rebajado la norma de piedad. Aquí es donde ha de hallarse el secreto de la falta del Espíritu de Dios en los reavivamientos de nuestro tiempo.

La Ley de la libertad

Muchos maestros religiosos aseguran que Cristo, con su muerte, abolió la Ley. Algunos la presentan como un yugo pesado y, en contraste con la “esclavitud” de la Ley, presentan la “libertad” que ha de gozarse bajo el evangelio.

Pero los profetas y los apóstoles no consideraron de esta manera la santa Ley de Dios. Dijo David: “Andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos” (Salmo 119:45, RVC). El apóstol Santiago se refiere al Decálogo como “la ley perfecta

que da libertad” (Santiago 1:25). El profeta de Patmos pronuncia una bendición sobre los que “guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad” (Apocalipsis 22:14, RVA-2000).

Si hubiera sido posible que la Ley fuera cambiada o anulada, Cristo no habría necesitado morir para salvar al ser humano de la penalidad del pecado. El Hijo de Dios vino a “hacer su ley grande y gloriosa” (Isaías 42:21). Él dijo: “No piensen que he venido a anular la ley [...]. Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido” (S. Mateo 5:17, 18). Con respecto a sí mismo él declaró: “Me agrada, Dios mío, hacer tu voluntad; tu ley la llevo dentro de mí” (Salmo 40:8).

La Ley de Dios es inmutable porque es una revelación del carácter de su Autor. Dios es amor, y su Ley es amor. “El amor es el cumplimiento de la ley” (Romanos 13:10). Dijo el salmista: “Tu ley es la verdad”; “todos tus mandamientos son justos” (Salmo 119:142, 172). Y Pablo declara: “Concluimos, pues, que la ley es santa, y que el mandamiento es santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). Una ley semejante debe ser tan eterna como su Autor.

La obra de la conversión y la santificación consiste en reconciliar a los seres humanos con Dios, poniéndolos en armonía con los principios de su Ley. En el principio, el ser humano estaba en perfecto acuerdo con la Ley de Dios. Pero el pecado lo apartó de su Hacedor. Su corazón estaba en guerra con la Ley de Dios. “La mentalidad pecaminosa es enemiga de Dios, pues no se somete a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo” (Romanos 8:7). Pero “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito” (S. Juan 3:16), para que el ser humano pudiera ser reconciliado con Dios, restaurado a la armonía con su Creador. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual nadie “puede ver el reino de Dios” (S. Juan 3:3).

Convicción de pecado

El primer paso en la reconciliación con Dios es estar convencido de que uno es pecador. “El pecado es transgresión de la ley” (1 Juan 3:4). “Mediante la ley cobramos conciencia del pecado” (Romanos 3:20). Con el fin de que pueda ver su culpa, el pecador debe medir su carácter frente al espejo de Dios, que muestra la perfección de un carácter justo y le permite ver los defectos del suyo.

La Ley revela al ser humano su pecado, pero no proporciona ningún remedio. Declara que la muerte es la suerte del transgresor. Solo el evangelio de Cristo puede librar al ser humano de la condenación o de la contaminación del pecado. El pecador debe ejercer arrepentimiento hacia Dios, cuya Ley ha sido transgredida, y fe en Cristo, su sacrificio expiatorio. Así obtiene el “perdón de los pecados pasados” (Romanos 3:25, RVA-2015) y llega a ser un hijo de Dios.

¿Está él ahora libre para transgredir la Ley de Dios? Dice Pablo: “¿Quiere decir que anulamos la ley con la fe? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley” (Romanos 3:31). “Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en él?” (Romanos 6:2). Juan declara: “En esto consiste el amor a Dios: en que obedecemos sus mandamientos. Y estos no son difíciles de cum-

plir” (1 Juan 5:3). En el nuevo nacimiento el corazón es puesto en armonía con Dios y en armonía con su Ley. Cuando este cambio ha ocurrido en el pecador, él ha pasado de muerte a vida, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. La antigua vida ha terminado; la nueva vida de reconciliación, fe y amor ha comenzado. Entonces “las justas demandas de la ley” se cumplirán “en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa, sino según el Espíritu” (Romanos 8:4). Y el lenguaje del alma será: “¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día medito en ella” (Salmo 119:97).

Sin la Ley, los seres humanos no tienen verdadera convicción del pecado y no sienten ninguna necesidad de arrepentimiento. No se dan cuenta de su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. La esperanza de la salvación es aceptada sin un cambio radical del corazón y sin una reforma de la vida. Así abundan las conversiones superficiales, y multitudes que nunca han sido unidas con Cristo se unen a la iglesia.

¿Qué es la santificación?

Las teorías erróneas con respecto a la santificación también surgen del descuido o del rechazo de la Ley divina. Estas teorías, falsas en materia de doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, están hallando aceptación general.

Pablo declara: “La voluntad de Dios es que sean santificados” (1 Tesalonicenses 4:3). La Biblia enseña claramente qué es la santificación y cómo debe conseguirse. El Salvador oró por sus discípulos: “Santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad” (S. Juan 17:17). Y Pablo enseña que los creyentes han de ser “santificad[os] por el Espíritu Santo” (Romanos 15:16).

¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús les dijo a sus discípulos: “Cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda la verdad” (S. Juan 16:13). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad” (Salmo 119:142). Puesto que la Ley de Dios es santa, justa y buena, un carácter formado por la obediencia a la Ley será santo. Cristo es el perfecto ejemplo de un carácter tal. Él dice: “Yo he obedecido los mandamientos de mi Padre” (S. Juan 15:10). “Siempre hago lo que le agrada” (S. Juan 8:29). Los seguidores de Cristo han de llegar a ser semejantes a él: por la gracia de Dios han de formar un carácter en armonía con los principios de su santa Ley. Esta es la santificación bíblica.

Solo por medio de la fe

Esta obra puede realizarse solamente por medio de la fe en Cristo, por el poder del Espíritu Santo que mora en nosotros. El cristiano sentirá las tentaciones del pecado, pero se mantendrá constantemente en guerra contra el pecado. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con el poder divino, y la fe exclama: “¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Corintios 15:57).

La obra de la santificación es progresiva. Cuando en la conversión el pecador encuentra paz con Dios, la vida cristiana apenas ha comenzado. Ahora debe seguir

“adelante hacia la madurez” (Hebreos 6:1, RV77); crecer “a la plena estatura de Cristo” (Efesios 4:13). “Sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14).

Los que experimenten la santificación bíblica manifestarán humildad. Ven su propia indignidad en contraste con la perfección del Infinito. El profeta Daniel fue un ejemplo de verdadera santificación. En lugar de pretender ser puro y santo, este honrado profeta se identificó a sí mismo con los que eran verdaderamente pecadores en Israel, al interceder ante Dios en favor de su pueblo (Daniel 10:11; 9:15, 18, 20; 10:8, 11).

No puede haber exaltación propia ni pretensión jactanciosa de estar libre de pecado por parte de aquellos que caminan a la sombra de la Cruz del Calvario. Sienten que fue su pecado el que produjo la agonía que quebrantó el corazón del Hijo de Dios, y este pensamiento los guiará a un espíritu de humildad. Los que viven más cerca de Jesús comprenden más claramente la debilidad y la pecaminosidad de su condición humana, y su única esperanza está en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

La santificación que es ahora muy popular en el mundo religioso lleva consigo un espíritu de exaltación propia y descuido de la Ley de Dios que la señala como ajena a la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la “fe sola”, logran la perfecta santidad. “Cree solamente –dicen ellos– y la bendición es tuya”. No se espera que haya más esfuerzo de parte de quien la recibe. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la Ley de Dios, e insisten en que están exentos de la obligación de guardar los Mandamientos. Pero ¿es posible ser santo sin llegar a estar en armonía con los principios que expresan la naturaleza y la voluntad de Dios?

El testimonio de la Palabra de Dios está en contra de esta doctrina engañosa de una fe sin obras. No es fe lo que reclama el favor del Cielo sin cumplir con las condiciones según las cuales la misericordia ha de ser concedida. Eso es presunción (ver Santiago 2:14-24).

Nadie se engaña a sí mismo pensando que puede llegar a ser santo mientras viola voluntariamente uno de los requisitos de Dios. El pecado cometido voluntariamente silencia la voz del Espíritu y separa el alma de Dios. Aunque Juan habla mucho del amor, no titubea en revelar el verdadero carácter de las personas que pretenden estar santificadas mientras viven transgrediendo la Ley de Dios. “El que afirma: ‘Lo conozco’, pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no tiene la verdad. En cambio, el amor de Dios se manifiesta plenamente en la vida del que obedece su palabra” (1 Juan 2:4, 5). Aquí está la prueba de la profesión de fe de cada persona. Si los seres humanos empequeñecen y les restan importancia a los preceptos de Dios, “no hacen caso al más insignificante mandamiento y les enseñan a los demás a hacer lo mismo” (S. Mateo 5:18, 19, NTV), podemos saber que su pretensión es sin fundamento.

La aseveración de estar libre de pecado es evidencia de que quien lo afirma está lejos de ser santo. No tiene un verdadero concepto de la infinita pureza y de

la santidad de Dios, y de la malignidad y maldad del pecado. Cuanto más lejos esté de Cristo, más justo aparecerá a sus propios ojos.

La santificación bíblica

La santificación abarca el ser entero: el espíritu, el alma y el cuerpo (ver 1 Tesalonicenses 5:23). A los cristianos se les pide que presenten sus cuerpos como “sacrificio vivo, santo y agradable a Dios” (Romanos 12:1). Toda práctica que debilite las fuerzas físicas o mentales incapacita al ser humano para el servicio de su Creador. Los que aman a Dios tratarán constantemente de colocar toda facultad de su ser en armonía con las leyes que promueven su capacidad para hacer la voluntad divina. No debilitarán ni contaminarán la ofrenda que presentan a su Padre celestial complaciendo sus apetitos o pasiones.

Toda gratificación pecaminosa tiende a oscurecer y a debilitar las percepciones mentales y espirituales; la Palabra o el Espíritu de Dios pueden hacer apenas una débil impresión en el corazón. “Purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación” (2 Corintios 7:1).

¡Cuántos cristianos profesos están debilitando su semejanza divina por la glotonería, las bebidas alcohólicas, la participación en los placeres prohibidos! Y la iglesia, demasiado a menudo, promueve el mal para llenar su tesorería, algo que un débil amor a Cristo no logra. Si Jesús entrara en las iglesias de nuestros días y contemplara los festejos que allí se realizan en el nombre de la religión, ¿no expulsaría él a esos profanadores como arrojó del templo a los cambiadores de monedas?

“¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios” (1 Corintios 6:19, 20). La persona cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo no será esclavizada con un hábito pernicioso. Sus facultades pertenecen a Cristo. Sus posesiones son del Señor. ¿Cómo podría malgastar el capital que le ha sido confiado?

Los cristianos profesos gastan anualmente una inmensa suma en satisfacciones perniciosas. Se despoja a Dios de los diezmos y las ofrendas, mientras que ellos consumen sobre el altar de la pasión destructora más de lo que dan para aliviar a los pobres o sostener el evangelio. Si todos los que profesan a Cristo fueran verdaderamente santificados, sus medios, en lugar de ser gastados en placeres inútiles y perjudiciales, serían entregados a la tesorería del Señor. Los cristianos darían un ejemplo de temperancia y abnegación. Entonces serían la luz del mundo.

“Los malos deseos del cuerpo, la codicia de los ojos y la arrogancia de la vida” (1 Juan 2:16) dominan a las multitudes. Pero los seguidores de Cristo tienen una vocación más elevada. “Salgan de en medio de ellos y apártense. No toquen nada impuro, y yo los recibiré”. Para los que cumplen las condiciones, la promesa de Dios es: “Yo seré un padre para ustedes, y ustedes serán mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:17, 18).

Cada paso dado en la fe y la obediencia coloca al alma en más estrecha relación con la Luz del mundo. Los brillantes rayos del Sol de justicia brillan sobre los siervos de Dios, y ellos han de reflejar esos rayos. Las estrellas nos dicen que hay una luz en los Cielos cuya gloria las hace brillar; así también los cristianos manifiestan que hay un Dios sobre el trono cuyo carácter es digno de alabanza e imitación. La santidad de su carácter se manifestará en sus testigos.

Por medio de los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del Poder infinito. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?” (Romanos 8:32). Jesús dice: “Pues, si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!” (S. Lucas 11:13). “Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré” (S. Juan 14:14). “Pidan y recibirán, para que su alegría sea completa” (S. Juan 16:24).

Cada uno tiene el privilegio de vivir de tal manera que Dios lo apruebe y lo bendiga. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que estemos continuamente bajo la condenación de las tinieblas. No existe evidencia de verdadera humildad en andar siempre con la cabeza gacha y el corazón lleno de pensamientos relativos al yo. Podemos ir a Jesús y ser limpiados, y estar en presencia de la Ley irrepreensibles y sin remordimiento.

Por medio de Jesús, los hijos caídos de Adán llegan a ser “hijos de Dios”. Él “no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11). La vida cristiana debe ser una vida de fe, de victoria y de gozo en Dios. “El gozo del Señor es nuestra fortaleza” (Nehemías 8:10). “Estén siempre alegres, oren sin cesar, den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:16-18).

Tales son los frutos de la conversión y la santificación bíblicas; y es a causa de que los grandes principios de la justicia establecidos en la Ley son considerados con indiferencia por lo que estos frutos se ven tan raramente. Esta es la razón por la cual se manifiesta tan poco de esa labor profunda y permanente del Espíritu que caracterizó los primeros reavivamientos.

Por medio de la contemplación somos cambiados. Cuando se descuidan los sagrados preceptos en los cuales Dios ha abierto a los seres humanos la perfección y la santidad de su carácter, y la mente de las personas es atraída a las enseñanzas y teorías humanas, el resultado ha sido una declinación de la piedad en la iglesia. Solo en la medida en que la Ley de Dios sea restaurada a la posición que le corresponde puede haber un reavivamiento de la fe y la piedad primitivas entre los que profesan ser el pueblo del Señor.

El registro de nuestra vida

“**E**stuve mirando hasta que fueron puestos unos tronos y se sentó un Anciano de días. Su vestido era blanco como la nieve; el pelo de su cabeza, como lana limpia; su trono, llama de fuego, y fuego ardiente las ruedas del mismo. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; miles de miles lo servían, y millones de millones estaban delante de él. El Juez se sentó y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:9, 10, RV95).

Así se le presentó a Daniel en visión el gran día cuando la vida de los seres humanos será revisada por el Juez de toda la Tierra. El Anciano de días es Dios el Padre. Él, el Origen de todo ser, la Fuente de toda ley, ha de presidir en el juicio. Y santos ángeles asisten como ministros y testigos.

“Y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su reino es uno que nunca será destruido” (Daniel 7:13, 14, RV95).

La venida de Cristo que se describe aquí no es su segunda venida a la Tierra. Él viene hasta el Anciano de días en el Cielo para recibir un reino que le será dado al final de su obra como Mediador. Es esta venida, y no su segundo advenimiento a la Tierra, lo que había de ocurrir a la terminación de los 2.300 días, o sea, en 1844. Nuestro gran Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo para ocuparse en su última ministración en favor del ser humano.

En el servicio típico del tabernáculo, las personas cuyos pecados habían sido transferidos al Santuario tenían una parte en el Día de la Expiación. Así también en la Gran Expiación y en el Juicio Investigador final, los únicos casos considerados son los de quienes profesaron ser el pueblo de Dios. El juicio de los impíos es una obra separada que se hará en un período posterior. “Porque es tiempo de que el juicio comience por la familia de Dios” (1 Pedro 4:17).

Los libros de registro del Cielo han de determinar las decisiones del juicio. El Libro de la Vida contiene los nombres de todos los que alguna vez hayan entrado en el servicio de Dios. Jesús les dijo a sus discípulos: “Alégrese de que sus nombres están escritos en el cielo” (S. Lucas 10:20). El apóstol Pablo habla de sus colaboradores, “cuyos nombres están en el libro de la vida” (Filipenses 4:3). Daniel declara que el pueblo de Dios será librado, es decir, “todos los que están inscritos en el libro” (Daniel 12:1). Y el revelador dice que solo entrarán en la ciudad de Dios

aquellos “que tienen su nombre escrito en el libro de la vida, el libro del Corde-ro” (Apocalipsis 21:27).

En un “libro de memorias” están registradas las buenas obras de “aquellos que temen al Señor y honran su nombre” (Malaquías 3:16). Cada tentación resistida, cada pecado vencido, cada palabra de bondad expresada, cada acto de sacrificio, cada dolor soportado por causa de Cristo se halla consignado. “Toma en cuenta mis lamentos; registra mi llanto en tu libro. ¿Acaso no lo tienes anotado?” (Salmo 56:8).

Motivos secretos

También hay un registro de los pecados de los seres humanos. “Pues Dios juzgará toda obra, buena o mala, aun la realizada en secreto” (Eclesiastés 12:14). “Pero yo les digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan pronunciado. Porque por tus palabras se te absolverá, y por tus palabras se te condenará” (S. Mateo 12:36, 37). Los motivos secretos aparecen en el registro, pues Dios “sacará a la luz lo que está oculto en la oscuridad y pondrá al descubierto las intenciones de cada corazón” (1 Corintios 4:5). Frente a cada nombre en los libros del Cielo se consigna toda mala palabra, todo acto egoísta, todo deber no cumplido, todo pecado secreto. Las amonestaciones o los reproches enviados por el Cielo y descuidados, los momentos malgastados, la influencia ejercida para el bien o para el mal con sus resultados de largo alcance, todo está consignado por el ángel registrador.

La norma del Juicio

La Ley de Dios es la norma del Juicio. “Teme, pues, a Dios y cumple sus mandamientos, porque esto es todo para el hombre. Pues Dios juzgará toda obra, buena o mala, aun la realizada en secreto” (Eclesiastés 12:13, 14). “Hablen y pórtense como quienes han de ser juzgados por la ley que nos da libertad” (Santiago 2:12).

Los que en el juicio “fueren tenidos por dignos” tendrán parte en la resurrección de los justos. Jesús dijo: “Los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos [...] son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (S. Lucas 20:35, 36). “Los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida” (S. Juan 5:29, RV60). Los justos muertos no serán levantados hasta después del juicio en el cual serán tenidos por dignos de “la resurrección de vida”. Por lo tanto, ellos no estarán presentes en persona cuando sus registros sean examinados y sus casos, decididos.

Jesús se presentará como su Abogado, para interceder en su favor delante de Dios. “Si alguno peca, tenemos un abogado que defiende nuestro caso ante el Padre. Es Jesucristo, el que es verdaderamente justo” (1 Juan 2:1, NTV). “Cristo no entró en un santuario hecho por manos humanas, simple copia del verdadero santuario, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro” (Hebreos 9:24). “Por eso también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

Al abrirse los libros de registro en el juicio, la vida de todos los que han creído en Jesús pasa delante de Dios para ser examinada. Comenzando con los que vivieron primero sobre la Tierra, nuestro Abogado presenta los casos de cada generación sucesiva. Todo nombre es mencionado; todo caso, investigado. Algunos nombres son aceptados, otros son rechazados. Cuando cualquier persona tiene pecados que permanecen en los libros de registro, de los cuales no se arrepintió y que no fueron perdonados, su nombre será borrado del Libro de la Vida. El Señor le declaró a Moisés: “Al que haya pecado contra mí, lo borraré de mi libro” (Éxodo 32:33).

A todos los que en verdad se hayan arrepentido y hayan reclamado por la fe la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, se les ha inscrito el perdón en los libros del Cielo. Como llegaron a ser participantes de la naturaleza de Cristo, y su carácter está en armonía con la Ley de Dios, sus pecados serán borrados, y serán considerados dignos de la vida eterna. El Señor declara: “Yo soy el que por amor a mí mismo borra tus transgresiones y no se acuerda más de tus pecados” (Isaías 43:25). “El que salga vencedor se vestirá de blanco. Jamás borraré su nombre del libro de la vida, sino que reconoceré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles” (Apocalipsis 3:5). “A cualquiera que me reconozca delante de los demás, yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en el cielo. Pero a cualquiera que me desconozca delante de los demás, yo también lo desconoceré delante de mi Padre que está en el cielo” (S. Mateo 10:32, 33).

El intercesor divino presenta el pedido de que todos los que han vencido por la fe en su sangre sean restaurados al hogar edénico y coronados como coherederos con él mismo para recibir “el antiguo poderío” (Miqueas 4:8). Cristo ahora pide que el plan divino que Dios tenía en la creación del ser humano se lleve a efecto como si este jamás hubiese caído. Él pide para sus hijos no solamente perdón y justificación, sino también que participen en su gloria y que tengan un asiento en su trono.

Mientras Jesús ruega por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa delante de Dios. Él señala el registro de su vida, los defectos de su carácter, que no se parecen a Cristo, todos los pecados que él los ha tentado a cometer. A causa de todo esto él los reclama como sus súbditos.

Jesús no excusa sus pecados, sino que demuestra su arrepentimiento y fe. Pidiendo perdón para ellos, eleva sus manos heridas delante del Padre, diciendo: “Los he grabado en las palmas de mis manos”. “El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido” (Salmo 51:17, RVC).

El Señor reprende a Satanás

Y al acusador le dice: “¡Que el Señor te reprenda, Satanás! ¿Acaso no es este hombre un tizón rescatado del fuego?” (Zacarías 3:2). Cristo vestirá a sus fieles con su propia justicia, con el fin de poder presentarlos ante su Padre como “una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección” (Efesios 5:27).

Así se realizará en forma completa la promesa del nuevo pacto: “Yo les perdonaré su iniquidad, y nunca más me acordaré de sus pecados” (Jeremías 31:34). “En aquellos

días se buscará la iniquidad de Israel, pero ya no se encontrará. En aquel tiempo se buscarán los pecados de Judá, pero ya no se hallarán” (Jeremías 50:20). “Entonces tanto el que quede en Sion como el que sobreviva en Jerusalén serán llamados santos, e inscritos para vida en Jerusalén” (Isaías 4:3).

Los pecados serán borrados

La obra del Juicio Investigador y el acto de borrar los pecados ha de realizarse antes del segundo advenimiento del Señor. En el servicio típico del Santuario, el sumo sacerdote venía y bendecía a la congregación. Así Cristo, a la terminación de su obra como mediador, aparecerá “sin pecado [...] para la salvación” (Hebreos 9:28).

El sacerdote, al quitar los pecados del Santuario, los confesaba sobre la cabeza del macho cabrío emisario. Todos los pecados de los arrepentidos serán colocados por Cristo sobre Satanás, el instigador del pecado. El macho cabrío emisario era enviado “a una tierra inhabitada” (Levítico 16:22, RVA-2015). Satanás, al llevar la culpa de los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios, será confinado durante mil años a la desolada Tierra y, al final, sufrirá la penalidad de fuego que destruirá a los malvados. Así el plan de redención alcanzará su cumplimiento en la erradicación final del pecado.

Al tiempo señalado

Al tiempo señalado –al final de los 2.300 días, en 1844– comenzó la obra de investigación y borrado de los pecados. Los pecados de los cuales no haya habido arrepentimiento y que no hayan sido abandonados no serán borrados de los libros de registro. Los ángeles de Dios presenciaron cada pecado y lo registraron. El pecado puede ser negado, encubierto del padre, de la madre, de la esposa, de los hijos y de los asociados; pero está abierto a la vista del Cielo. Dios no se deja engañar por las apariencias. Él no comete equivocaciones. Los seres humanos pueden ser engañados por los que son corruptos de corazón, pero Dios lee la vida interior.

¡Cuán solemne es este pensamiento! El más poderoso conquistador de la Tierra no puede revocar el registro de un solo día. Nuestros actos, nuestras palabras, aun nuestros motivos secretos, aunque los hayamos olvidado, darán su testimonio para justificar o condenar.

En el juicio se investigará el uso de cada talento. ¿Cómo hemos utilizado nuestro tiempo, nuestra pluma, nuestra voz, nuestro dinero, nuestra influencia? ¿Qué hemos hecho en favor de Cristo en la persona de los pobres, los afligidos, los huérfanos o las viudas? ¿Qué hemos hecho con la luz y la verdad que nos fueron dadas? Solo el amor demostrado por las obras se considera genuino. Solamente el amor, a la vista del Cielo, da valor a cualquier acto.

El egoísmo oculto es revelado

El egoísmo oculto aparece revelado en los libros del Cielo. Cuán a menudo se le han dado a Satanás el tiempo, los pensamientos y la energía que pertenecían a Cristo. Los profesos seguidores del Señor están totalmente ocupados en la adquisición

de posesiones mundanales o el disfrute de los placeres de esta Tierra. El dinero, el tiempo y la fuerza son sacrificados por la ostentación y la gratificación egoísta; pocos son los momentos consagrados a la oración, al estudio de la Biblia, a la confesión de los pecados.

Satanás inventa innumerables estrategias para ocupar nuestra mente. El archiengañador odia las grandes verdades que traen ante nuestra vista un sacrificio expiatorio y a un Mediador todopoderoso. Para él todo depende de desviar la mente de Jesús.

Los que desean participar de los beneficios de la mediación de nuestro Salvador no deben permitir que nada les impida cumplir con su deber de perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Las horas preciosas, en lugar de dedicarlas al placer o a la búsqueda de ganancias, deben ser consagradas al estudio con oración de la Palabra de verdad. El Santuario y el Juicio Investigador deben ser claramente entendidos. Todos necesitan conocer la posición y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De lo contrario será imposible ejercer la fe esencial en este tiempo.

El Santuario en el Cielo es el centro de la obra de Cristo en favor de los seres humanos. Tiene que ver con cada alma que vive en la Tierra. Hace visible el plan de la redención, y nos conduce hasta la finalización de la lucha entre la justicia y el pecado.

La intercesión de Cristo

La intercesión de Cristo en favor del ser humano en el Santuario celestial es tan esencial para el plan de salvación como lo fue su muerte en la Cruz. Por medio de su muerte él comenzó la obra para cuya terminación ascendió al Cielo. Debemos entrar por la fe dentro del velo “donde Jesús, el precursor, entró por nosotros” (Hebreos 6:20). Allí se refleja la luz que proviene de la Cruz. Allí obtenemos una comprensión más clara de los misterios de la redención.

“Quien encubre su pecado jamás prospera; quien lo confiesa y lo deja halla perdón” (Proverbios 28:13). Si los que excusan sus faltas pudieran ver cómo Satanás usa sus actos para burlarse de Cristo, confesarían sus pecados y se apartarían de ellos. Satanás trabaja para obtener el dominio de toda la mente, y él sabe que si se atesoran los defectos tendrá éxito. Por lo tanto, trata constantemente de engañar a los seguidores de Cristo con el engaño fatal de que les es imposible vencer. Pero Jesús dice a todos los que quieren seguirlo: “Te basta con mi gracia” (2 Corintios 12:9). “Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana” (S. Mateo 11:30). Nadie considere sus defectos como incurables. Dios dará fe y gracia para vencer.

Estamos viviendo ahora en el gran Día de la Expiación. Mientras el sumo sacerdote estaba realizando la expiación en favor de Israel, se requería que todos afligieran su alma por medio del arrepentimiento de sus pecados. De la misma manera, todos los que quieren mantener sus nombres en el Libro de la Vida deben ahora afligir su alma delante de Dios por medio de un verdadero arrepentimiento. Debe haber un escudriñamiento profundo y fiel del corazón. El espíritu frívolo al que se entregan muchos debe ser puesto a un lado. Hay una guerra seria que espera

a todos los que quieren subyugar las malas tendencias que luchan por la supremacía. Todos deben ser hallados “sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección” (Efesios 5:27).

En este tiempo, más que nunca antes, conviene que cada alma preste oídos a la advertencia del Salvador: “¡Estén alerta! ¡Vigilen! Porque ustedes no saben cuándo llegará ese momento” (Marcos 13:33).

El destino de todos, decidido

El tiempo de gracia finaliza un poco antes de la aparición del Señor en las nubes del cielo. Cristo, observando con anticipación ese momento, declara: “Deja que el malo siga haciendo el mal y que el vil siga envileciéndose; deja que el justo siga practicando la justicia y que el santo siga santificándose. ¡Miren que vengo pronto! Traigo conmigo mi recompensa, y le pagaré a cada uno según lo que haya hecho” (Apocalipsis 22:11, 12).

Los seres humanos estarán plantando y edificando, comiendo y bebiendo, del todo inconscientes de que la decisión final ha sido pronunciada en el Santuario del Cielo. Antes del diluvio, después que Noé entró en el arca, Dios lo encerró en ella y dejó afuera a los impíos. Pero por siete días la gente continuó su vida amante del placer y se mofaron de las advertencias del juicio. “Así —dice el Salvador— será en la venida del Hijo del hombre” (S. Mateo 24:39). Silenciosamente, en forma tan inadvertida como el ladrón que llega a medianoche, vendrá la hora que señalará el irrevocable destino de todo ser humano. “Por lo tanto, manténganse despiertos [...]; no sea que venga de repente y los encuentre dormidos” (S. Marcos 13:35, 36).

Peligrosa es la condición de los que, al cansarse de velar, se vuelven a las atracciones del mundo. Mientras las personas de negocios están absortas en la obtención de ganancias, mientras los amantes de placeres corre tras ellos, mientras la esclava de la moda está ataviándose, puede ser que en esa misma hora el Juez de toda la Tierra esté pronunciando la sentencia: “Has sido pesado en balanza y fuiste hallado falto” (Daniel 5:27, RVA-2000).

El origen del mal y del dolor

Muchos observan la obra del mal con sus desgracias y su desolación, y se preguntan cómo puede existir esto bajo la soberanía de un Dios infinito en sabiduría, poder y amor. Los que son propensos a la duda dicen esto como una excusa para rechazar las palabras de las Sagradas Escrituras. La tradición y las falsas interpretaciones han oscurecido la enseñanza de la Biblia concerniente al carácter de Dios, la naturaleza de su gobierno y los principios que rigen la forma en que trata con el pecado.

Es imposible explicar el origen del pecado como para dar una razón de su existencia. Sin embargo, puede entenderse lo suficiente con respecto al origen y a la situación final del pecado como para que resulte plenamente manifiesta la justicia y la benevolencia de Dios. Dios de ninguna manera es responsable del mal; no hubo retención arbitraria de la gracia divina ni deficiencia en el gobierno de Dios que diera ocasión a la rebelión. El pecado es un intruso por cuya presencia no puede darse ninguna razón. El excusarlo sería defenderlo. Si se pudiera encontrar una excusa para ello, dejaría de ser pecado. El pecado es el desarrollo de un principio que está en guerra con la Ley de amor, la cual es el fundamento del gobierno divino.

Antes de la entrada del mal había paz y gozo por todo el universo. El amor a Dios era supremo, y el amor mutuo entre los seres era imparcial. Cristo, el Hijo unigénito de Dios, era uno con el Padre eterno en naturaleza, en carácter, en propósito; el único ser que podía entrar en todos los consejos y los propósitos de Dios. "Porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo [...], sean tronos, poderes, principados o autoridades" (Colosenses 1:16).

Siendo la Ley de amor el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres creados dependía de su armonía con los principios de justicia de esa ley. Dios de ninguna manera se complace en una lealtad forzada, y a todos concede libertad de elección, con el fin de que puedan rendirle un servicio voluntario.

Pero hubo uno que escogió pervertir esta libertad. El pecado se originó con aquel que, después de Cristo, había sido el más honrado por Dios. Antes de su caída, Lucifer era el primero de los querubines cubridores, santo y puro. "Eras un modelo de perfección, lleno de sabiduría y de hermosura perfecta. Estabas en Edén, en el jardín de Dios, adornado con toda clase de piedras preciosas [...]. Fuiste elegido querubín protector, porque yo así lo dispuse. Estabas en el santo monte de Dios, y caminabas sobre piedras de fuego. Desde el día en que fuiste

creado tu conducta fue irreprochable, hasta que la maldad halló cabida en ti. [...] A causa de tu hermosura te llenaste de orgullo. A causa de tu esplendor, corrompiste tu sabiduría". "Ya que pretendes ser tan sabio como un dios". "Decías en tu corazón: ¡Levantaré mi trono por encima de las estrellas de Dios! Gobernaré desde el extremo norte, en el monte de la reunión. [...] Subiré a la cresta de las más altas nubes, seré semejante al Altísimo" (Ezequiel 28:12-17, 6; Isaías 14:13, 14).

Codiando el honor que el Padre había otorgado a su Hijo, este príncipe de los ángeles aspiró al poder que era prerrogativa solamente de Cristo ejercer. Una nota discordante ahora echó a perder la armonía celestial. La exaltación del yo despertó pensamientos de mal en la mente de aquellos para quienes la gloria de Dios era suprema. Los concilios celestiales suplicaron a Lucifer. El Hijo de Dios presentó delante de él la bondad y la justicia del Creador y la naturaleza sagrada de su Ley. Al apartarse de ella, Lucifer iba a deshonorar a su Hacedor y traer ruina sobre sí mismo. Pero la amonestación solamente despertó resistencia. Lucifer permitió que prevalecieran los celos contra Cristo.

El orgullo alimentó el deseo de supremacía. Los altos honores conferidos a Lucifer no despertaron un sentimiento de gratitud hacia el Creador. Él deseaba ser igual a Dios. Pero el Hijo de Dios era el Soberano reconocido del Cielo, uno en poder y autoridad con el Padre. Cristo participaba en todos los consejos de Dios, mas a Lucifer no se le permitía entrar en los propósitos divinos. "¿Por qué –preguntó este ángel poderoso– Cristo debe tener la supremacía? ¿Por qué él resulta honrado de esta manera sobre Lucifer?"

Descontento entre los ángeles

Satanás abandonó su lugar en la presencia de Dios y salió a difundir el descontento entre los ángeles. Actuando con un sigilo misterioso, ocultando su verdadero propósito bajo la apariencia de reverencia hacia Dios, se esforzó en provocar el descontento hacia las leyes que gobernaban a los seres celestiales, insinuando que ellas imponían restricciones innecesarias. Siendo que los ángeles eran de naturaleza santa, insistía que debían obedecer los dictados de su propia voluntad. Les hacía creer que Dios había obrado con injusticia al otorgarle supremo honor a Cristo. Alegaba que no se proponía la exaltación propia sino que estaba tratando de lograr libertad para todos los habitantes del Cielo, con el fin de que alcanzaran una existencia superior.

Dios soportó por largo tiempo a Lucifer. Este no fue degradado de su posición exaltada aun cuando empezó a presentar declaraciones falsas ante los ángeles. Vez tras vez se le ofreció perdón a condición de arrepentimiento y sumisión. Se hicieron esfuerzos que solamente el amor infinito podía idear para convencerlo de su error. El descontento nunca se había conocido en el Cielo. Lucifer mismo, al principio, no entendía la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Cuando se demostró que su insatisfacción no tenía causa, Lucifer se convenció de que los designios divinos eran justos y de que él debía reconocerlos ante todo el Cielo. Si hubiera hecho esto, se habría salvado a sí mismo y a muchos ángeles.

Si hubiera estado dispuesto a regresar a Dios, y hubiera estado satisfecho de ocupar su lugar designado, hubiera sido restablecido en su función. Pero el orgullo le impidió someterse. Sostuvo que no tenía necesidad de arrepentirse, y se entregó de lleno al gran conflicto contra su Hacedor.

Todas las facultades de su mente maestra se empeñaron ahora en una obra de engaño, para asegurarse la simpatía de los ángeles. Satanás afirmó que había sido juzgado erróneamente y que su libertad había sido restringida. De tergiversar las palabras de Cristo pasó a mentir descaradamente, acusando al Hijo de Dios de querer humillarlo ante los habitantes del Cielo.

A todos aquellos a quienes no pudo ganar para su lado, los acusó de indiferencia a los intereses de los seres celestiales. Recurrió a la distorsión de las palabras y actos del Creador. Su método consistía en confundir a los ángeles con argumentos sutiles en cuanto a los propósitos de Dios. Todo lo que era sencillo lo envolvía en el misterio, y mediante una perversión astuta arrojaba dudas sobre las más claras declaraciones de Dios. Su alta posición daba más fuerza a sus argumentos. Muchos fueron inducidos a unirse con él en la rebelión.

La deslealtad se convierte en revuelta

Dios, en su sabiduría, permitió que Satanás llevara adelante su obra, hasta que el espíritu de deslealtad se convirtió en revuelta. Era necesario que sus planes se desarrollaran plenamente para que su verdadera naturaleza pudiera ser apreciada por todos. Lucifer era grandemente amado por los seres angelicales y su influencia sobre ellos era poderosa. El gobierno de Dios incluía no solamente a los habitantes del Cielo, sino de todos los mundos que él había creado; y Satanás pensó que, si él podía llevar consigo a los ángeles en su rebelión, también podía hacerlo en los otros mundos. Empleando la astucia y el fraude, su poder para engañar era muy grande. Aun los ángeles leales no podían discernir plenamente su carácter ni ver a qué estaba conduciendo su obra.

Satanás había sido tan altamente honrado, y todos sus actos estaban tan envueltos en el misterio, que era difícil que los ángeles descubrieran la verdadera naturaleza de su obra. Hasta que no se desarrollara plenamente, el pecado no parecería ser lo malo que era. Los seres celestiales no podían discernir las consecuencias de apartarse de la Ley divina. Al comienzo, Satanás aparentó promover el honor de Dios y el bien de todos los habitantes del Cielo.

En su trato con el pecado, Dios podía emplear solamente la justicia y la verdad. Satanás podía usar lo que Dios no podía: la adulación y el engaño. El verdadero carácter del usurpador debía ser entendido por todos. Debía tener tiempo para manifestarse a sí mismo mediante sus obras malvadas.

Satanás culpaba a Dios por la discordia que su propia conducta había causado en el Cielo. Todo el mal, declaraba él, era el resultado de la administración divina. Por lo tanto, era necesario que se evidenciaran las consecuencias de los cambios que él proponía en la Ley divina. Su propia obra debía condenarlo; el universo entero debía ver al engañador desenmascarado.

Aun cuando se decidió que no podía permanecer más en el Cielo, la Sabiduría infinita no destruyó a Satanás. La lealtad de las criaturas de Dios debe descansar sobre la confianza en la justicia divina. Los habitantes del Cielo y de los otros mundos, al no estar preparados para comprender las consecuencias del pecado, no podían entonces haber visto la justicia y la misericordia de Dios en la destrucción de Satanás. Si él hubiera sido inmediatamente eliminado de la existencia, ellos habrían servido a Dios más bien por temor que por amor. La influencia del engañador no habría sido completamente destruida, ni el espíritu de rebelión erradicado. Por el bien del universo a lo largo de los siglos sin fin, Satanás debía desarrollar más plenamente sus principios, para que sus acusaciones contra el gobierno divino pudieran ser vistas tal como son por todos los seres creados.

La rebelión de Satanás había de ser para el universo un testimonio de los terribles resultados del pecado. Su gobierno debía mostrar los frutos de apartarse de la autoridad divina. La historia de este terrible experimento de rebelión había de ser una salvaguardia perpetua para todas las santas inteligencias, a quienes debía salvar del pecado y su castigo.

Cuando se anunció que junto con todos sus simpatizantes el gran usurpador debía ser arrojado de las moradas benditas, el dirigente rebelde confesó abiertamente su desprecio hacia la Ley del Creador. Denunció los estatutos divinos como una restricción de la libertad y declaró su propósito de obtener la abolición de la Ley. Libres de esta restricción, las huestes del Cielo podrían entrar en un estado de existencia más exaltado.

Expulsados del Cielo

Satanás y su hueste arrojaron la culpa de su rebelión sobre Cristo; declararon que, si no hubieran sido reprendidos, nunca se habrían rebelado. Tercos y desafiantes y, sin embargo, reclamando en forma blasfema ser víctimas inocentes de un poder opresivo, el archirrebelde y sus simpatizantes fueron expulsados del Cielo (ver Apocalipsis 12:7-9).

El espíritu de Satanás aún inspira rebelión sobre la Tierra en los hijos de desobediencia. A semejanza de él, estos prometen a los seres humanos libertad al transgredir la Ley de Dios. La reprobación del pecado todavía despierta odio. Satanás induce a los seres humanos a justificarse a sí mismos y a buscar la simpatía de otros en su pecado. En lugar de corregir sus errores, despiertan indignación contra quien los reprueba, acusándolo de ser la causa de la dificultad.

Usando la misma falsa representación del carácter de Dios que había practicado en el Cielo, haciendo que se considere a Dios como severo y tiránico, Satanás indujo al ser humano al pecado. Declaró que las injustas restricciones de Dios habían causado la caída del ser humano, al igual que habían causado su propia rebelión.

Al expulsar a Satanás del Cielo, Dios manifestó su justicia y su honor. Pero cuando el ser humano pecó, Dios le dio evidencia de su amor, entregando a su Hijo para que muriera por la raza caída. En la expiación se revela el carácter de Dios. El poderoso argumento de la Cruz demuestra que el pecado de ninguna manera

podía atribuirse al gobierno de Dios. Durante el ministerio terrenal del Salvador, el gran engañador fue desenmascarado. La atrevida blasfemia de su exigencia de que Cristo le rindiera homenaje, la malicia siempre creciente con que lo persiguió de lugar en lugar, inspirando el corazón de los sacerdotes y del pueblo a rechazar su amor y a clamar: “¡Crucifícalo!”; todo esto despertó el asombro y la indignación del universo. El príncipe del mal ejerció todo su poder y su astucia para destruir a Jesús. Satanás empleó a seres humanos como agentes suyos para llenar la vida del Salvador de sufrimiento y dolor. Los fuegos acumulados de la envidia y la malicia, del odio y la venganza, explotaron en el Calvario contra el Hijo de Dios.

Entonces la culpa de Satanás se destacó sin excusa. Había revelado su verdadero carácter. Las acusaciones mentirosas del diablo contra el carácter divino aparecieron con toda claridad. Él había acusado a Dios de buscar la exaltación de sí mismo al exigir obediencia de parte de sus criaturas, y había declarado que mientras el Creador exigía la abnegación de parte de los demás, él mismo no practicaba ninguna abnegación ni hacía ningún sacrificio. Ahora se veía que el Gobernante del universo había hecho el mayor sacrificio que el amor puede realizar, pues “en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Corintios 5:19). Con el fin de destruir el pecado, Cristo se había humillado a sí mismo y había llegado a ser obediente hasta la muerte.

Un argumento en favor del ser humano

Todo el Cielo vio la justicia de Dios revelada. Lucifer había aseverado que la raza pecadora estaba más allá de toda redención. Pero la penalidad de la Ley cayó sobre aquel que era igual a Dios, y el ser humano estaba libre para aceptar la justicia de Cristo y, por el arrepentimiento y la humillación, triunfar sobre el poder de Satanás.

Pero no fue solamente para redimir al ser humano que Cristo vino a la Tierra a morir. Él vino a demostrar a todos los mundos que la Ley de Dios es inmutable. La muerte de Cristo prueba que la Ley es inmutable y demuestra que la justicia y la misericordia son el fundamento del gobierno de Dios. En el juicio final se verá que no existe ninguna causa para que el pecado exista. Cuando el Juez de toda la Tierra pregunte a Satanás: “¿Por qué te has rebelado contra mí?”, el originador del pecado no podrá presentar ninguna excusa.

En el clamor que señaló la muerte del Salvador, “Consumado es”, sonó el toque de agonía de Satanás. El gran conflicto quedó entonces definido; la erradicación final del mal, asegurada. Cuando venga el día “ardiente como un horno [...] los soberbios y todos los malvados serán como paja, y aquel día les prenderá fuego hasta dejarlos sin raíz ni rama —dice el Señor Todopoderoso” (Malaquías 4:1).

Nunca volverá a manifestarse el mal. La Ley de Dios será honrada como la Ley de la libertad. Habiendo pasado por tal prueba y experiencia, la creación no se apartará nunca más de la lealtad de aquel cuyo carácter quedó manifestado como de amor insondable y sabiduría infinita.

El gran enemigo del ser humano

“**P**ondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la de ella; su simiente te aplastará la cabeza, pero tú le morderás el talón” (Génesis 3:15). Esta enemistad no es natural. Cuando el ser humano violó la Ley divina, su naturaleza se corrompió, en armonía con Satanás. Los ángeles caídos y las personas perversas se unieron en un compañerismo desesperado. Si Dios no se hubiera interpuesto, Satanás y el ser humano habrían entrado en una alianza contra el Cielo, y toda la familia humana se habría unido en oposición a Dios.

Cuando Satanás oyó que debía existir enemistad entre él y la mujer, y entre su simiente y la simiente de la mujer, él supo que, de algún modo, el ser humano habría de ser capacitado para resistir su poder.

Cristo implanta en el ser humano enemistad contra Satanás. Sin esta gracia transformadora y este poder renovador, el ser humano continuaría como siervo siempre listo a realizar los deseos de Satanás. Pero el nuevo principio creaba en el alma un conflicto; el poder que Cristo imparte capacita al ser humano para resistir al tirano. El aborrecer el pecado en vez de amarlo revela un principio que viene enteramente de lo alto.

El antagonismo entre Cristo y Satanás se manifestó en forma notable en la recepción que el mundo dio a Jesús. La pureza y la santidad de Cristo le acarrearón el odio de los impíos. El renunciamiento propio que él demostró era una reprobación perpetua para un pueblo orgulloso y carnal. Satanás y los malos ángeles se unieron con personas perversas contra el Campeón de la verdad. La misma enemistad se manifiesta hacia los seguidores de Cristo. Todos los que resistan la tentación despertarán la ira de Satanás. Cristo y Satanás no pueden armonizar. “Así mismo serán perseguidos todos los que quieran llevar una vida piadosa en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:12).

Los agentes de Satanás tratan de engañar a los seguidores de Cristo y seducirlos para que abandonen su lealtad. Pervierten las Escrituras para conseguir su objetivo. El espíritu que dio muerte a Cristo mueve a los malvados con el propósito de destruir a los cristianos. Todo esto estaba predicho en aquella primera profecía: “Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la de ella”.

¿Por qué Satanás no encuentra mayor resistencia? Porque los soldados de Cristo tienen muy poca conexión verdadera con el Señor. El pecado no es repulsivo para ellos como lo era para su Maestro. No le hacen frente con decidida resistencia. Están cegados en cuanto al carácter del príncipe de las tinieblas. Multitudes no saben

que su enemigo es un general poderoso que guerrea contra Cristo. Aun los ministros del evangelio pasan por alto las evidencias de su actividad. Parecen ignorar su existencia misma.

Un adversario vigilante

Este adversario vigilante está introduciendo su presencia en cada hogar, en cada calle, en las iglesias, en los concilios nacionales, en las cortes de justicia. Está creando perplejidad, engañando, seduciendo y arruinando por doquiera el alma y el cuerpo de los hombres, las mujeres y los niños. Destruye las familias sembrando odios, luchas, rebelión y homicidios. Y el mundo parece considerar estas cosas como si Dios las hubiera dispuesto y debieran existir. Todos los que no son seguidores decididos de Cristo son siervos de Satanás. Cuando los cristianos eligen asociarse con los impíos, se exponen a sí mismos a la tentación. Satanás se les oculta de la vista y les cubre también los ojos con su venda engañosa.

La conformidad con las costumbres mundanas convierte a las iglesias al mundo; nunca convierte al mundo a Cristo. La familiaridad con el pecado hará que este parezca menos repulsivo. Cuando somos probados en el camino del deber, podemos estar seguros de que Dios nos protegerá; pero si nos colocamos a nosotros mismos bajo la tentación, tarde o temprano caeremos.

El tentador a menudo obra con más éxito por medio de aquellos de quienes menos se sospecha que están controlados por su poder. Los talentos y la cultura son dones de Dios; pero cuando estas cosas nos separan de él, se convierten en una trampa. Más de una persona de cultura intelectual y de modales agradables es un instrumento pulido en las manos de Satanás.

Nunca olvidemos las advertencias inspiradas que han resonado a través de los siglos hasta nuestro tiempo: "Practiquen el dominio propio y manténganse alerta. Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar" (1 Pedro 5:8). "Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo" (Efesios 6:11). Nuestro gran enemigo se está preparando para su última campaña. Todos los que sigan a Jesús estarán en conflicto con este adversario. Cuanto más de cerca el cristiano imite el modelo divino, más seguramente se hará blanco de los asaltos del diablo.

Satanás atacó a Cristo con tentaciones feroces y sutiles; pero fue rechazado en todo conflicto. Esas victorias que él obtuvo hacen que también nosotros podamos vencer. Cristo dará fuerza a todos los que lo busquen. Ningún ser humano, sin su propio consentimiento, puede ser obligado por Satanás. El tentador no tiene el poder para controlar la voluntad o para forzar al alma a pecar. Puede causar aflicción, pero no contaminación. El hecho de que Cristo triunfó debe inspirar en sus seguidores el valor para pelear la batalla contra el pecado y contra Satanás.

¿Quiénes son los espíritus malignos?

Los ángeles de Dios y los espíritus malignos están claramente revelados en las Escrituras y entrelazados con la historia humana. Los santos ángeles, enviados para servir “a los que han de heredar la salvación” (Hebreos 1:14), son considerados por muchos como espíritus de los muertos. Pero las Escrituras presentan pruebas de que no se trata de espíritus desencarnados de los muertos.

Antes de la creación del mundo, los ángeles ya existían, pues cuando eran puestos los fundamentos de la Tierra “cantaban a coro las estrellas matutinas y todos los ángeles gritaban de alegría” (Job 38:7). Después de la caída del ser humano, antes de que hubiera muerto algún ser humano, fueron enviados ángeles a guardar el árbol de la vida. Los ángeles son superiores a los seres humanos, porque el ser humano fue “hecho poco menor que los ángeles” (Salmo 8:5, RVC).

Dice el profeta: “Oí la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono” (Apocalipsis 5:11). Ellos sirven en la presencia del Rey de reyes, pues son “siervos suyos”, que hacen “su voluntad”, “obedeciendo su mandato” (Salmo 103:20, 21). El apóstol Pablo habla de “una incontable muchedumbre de ángeles” (Hebreos 12:22, RVC). Como mensajeros de Dios, iban y volvían “con la rapidez de un rayo”; tan veloz es su vuelo (Ezequiel 1:14). El ángel que apareció en la tumba del Señor, y cuyo “aspecto era como el de un relámpago”, hizo que los guardias temblaran de miedo y quedaran “como muertos” (S. Mateo 28:3, 4). Cuando Senaquerib blasfemó contra Dios y amenazó a Israel, “esa misma noche el ángel del Señor salió y mató a ciento ochenta y cinco mil hombres del campamento asirio” (2 Reyes 19:35).

Los ángeles son enviados con misiones de misericordia a los hijos de Dios. A Abraham fueron enviados con promesas de bendición; a Lot, para rescatarlo de la condenación de Sodoma; a Elías, porque estaba por perecer en el desierto; a Eliseo, con carruajes y caballos de fuego cuando fue asediado por sus enemigos; a Daniel, cuando estaba abandonado como presa de los leones; a Pedro, estando condenado a muerte en la cárcel de Herodes; a los presos de Filipos; a Pablo, en la noche de la tempestad sobre el mar; a Cornelio, para abrir su mente con el fin de que recibiera el evangelio; para enviar a Pedro con el mensaje de salvación a un extranjero. Así los santos ángeles han servido a los hijos de Dios.

Los ángeles guardianes

Un ángel guardián ha sido señalado para acompañar a todo seguidor de Cristo. “El ángel del Señor acampa en torno a los que le temen; a su lado está para librarlos” (Salmo 34:7). Dijo el Salvador, hablando de los que creen en él: “En el cielo los ángeles de ellos contemplan siempre el rostro de mi Padre celestial” (S. Mateo 18:10). El pueblo de Dios, teniendo que hacer frente a la malicia continua del príncipe de las tinieblas, tiene la seguridad de la protección incesante de los ángeles. Tal seguridad es dada porque existen poderosos agentes del mal que han de ser confrontados: numerosas fuerzas, decididas e incansables.

Los malos espíritus, creados al comienzo como seres sin pecado, eran iguales en naturaleza, poder y gloria a los santos ángeles que ahora son mensajeros de Dios. Pero, al caer a causa del pecado, se aliaron para deshonrar a Dios y destruir a los seres humanos. Unidos con Satanás en rebelión, cooperan en la guerra contra la autoridad divina.

La historia del Antiguo Testamento menciona su existencia, pero fue durante el tiempo en que Cristo estuvo en la Tierra cuando los malos espíritus manifestaron su poder de manera más notable. Cristo había venido a redimir al ser humano, y Satanás se había propuesto controlar al mundo. Él había tenido éxito en establecer la idolatría en toda la Tierra, excepto en Palestina. Cristo vino al único país que no se había entregado totalmente al tentador, extendiendo sus brazos de amor, invitando a todos a encontrar perdón y paz en él. Las huestes de las tinieblas comprendieron que, si la misión de Cristo tenía éxito, su reino terminaría pronto.

En el Nuevo Testamento se declara que han habido seres humanos poseídos por los demonios. Las personas que sufrían de esta manera no eran afligidas sencillamente por una enfermedad debida a causas naturales; Cristo reconoció la presencia directa y la obra de los espíritus malignos. Los endemoniados de Gadara, miserables dementes, se retorcían, echaban espuma por la boca, se hallaban enfurecidos, se lastimaban a sí mismos y constituían un peligro para todos los que se les acercaban. Sus cuerpos sangrantes y desfigurados, así como sus mentes trastornadas, resultaban un espectáculo muy agradable para el príncipe de las tinieblas. Uno de los demonios que dominaban a estos afligidos declaró: “Me llamo Legión, porque somos muchos” (S. Marcos 5:9). En el ejército romano, una legión constaba de tres a cinco mil hombres. A la orden de Jesús, los malos espíritus abandonaron a sus víctimas, quienes quedaron sumisas, en uso de su razón y calmas. Pero los demonios ahogaron a una horda de cerdos en el mar, y para los habitantes de Gadara esa pérdida era más importante que la bendición que Cristo había concedido; y pidieron que el divino Salvador se retirara (ver S. Mateo 8:23-34). Al echarle la culpa de su pérdida a Jesús, Satanás suscitó los temores egoístas del pueblo, y les impidió que escucharan las palabras del Salvador.

Cristo permitió que los malos espíritus destruyeran a los cerdos como un reproche a los judíos que estaban criando esos animales inmundos para obtener ganancias. Si Cristo no hubiera restringido a los demonios, estos no solamente habrían precipitado a los cerdos al mar, sino también a los que los cuidaban y a los dueños.

Además, este acontecimiento fue permitido para que los discípulos, al presenciar

el poder cruel de Satanás tanto sobre los seres humanos como sobre los animales, no fueran engañados por sus trampas. Era también el propósito de Dios que el pueblo contemplara su poder para quebrantar la esclavitud de Satanás y libertar a sus cautivos. Aunque Jesús mismo partió de allí, los hombres liberados de manera tan maravillosa permanecieron para declarar la misericordia de su Benefactor.

Se registran otros ejemplos: la hija de una mujer sirofenicia, terriblemente afligida por un mal espíritu, al cual Jesús echó por su palabra (S. Marcos 7:24-30); un joven que tenía un espíritu que a menudo lo arrojaba en el fuego y en el agua, para destruirlo (S. Marcos 9:14-27); el maniático, atormentado por un espíritu de demonio inmundo, que perturbó la tranquilidad del sábado en la sinagoga de Capernaúm (S. Lucas 4:33-36); todos estos fueron sanados por el Salvador. En casi todos los casos, Cristo se dirigió al demonio como a una entidad inteligente, y le ordenó que dejara de atormentar a su víctima. Los adoradores de Capernaúm se asombraron “y se decían unos a otros: ‘¿Qué clase de palabra es esta? ¡Con autoridad y poder les da órdenes a los espíritus malignos, y salen!’” (S. Lucas 4:36).

Con el propósito de obtener poder sobrenatural, algunos daban la bienvenida a la influencia satánica. Estos, por supuesto, no tenían conflicto con los demonios. A esta clase pertenecían los que poseían el espíritu de adivinación: Simón el mago, Elimas el hechicero, y la joven que seguía a Pablo y Silas en Filipos (ver Hechos 8:9, 18; 13:8; 16:16-18).

Nadie está en mayor peligro que los que niegan la existencia del diablo y de sus ángeles. Muchos prestan atención a sus sugerencias mientras suponen que están siguiendo su propia sabiduría. A medida que nos acerquemos al fin del tiempo, cuando Satanás ha de obrar con mayor poder para engañar, hará circular por doquiera la creencia de que él no existe. Su política consiste en ocultarse a sí mismo y esconder sus métodos de trabajo.

El gran engañador teme que lleguemos a familiarizarnos con sus artimañas. Para disfrazar su verdadero carácter, se ha hecho representar de tal manera que se lo considere como algo ridículo o con desprecio. Le agrada ser pintado como ridículo, deforme, mitad animal y mitad hombre. Le gusta oír su nombre usado como objeto de diversión y de burla. Como él mismo se ha disfrazado con consumada habilidad, muchos preguntan: “¿Existe realmente un ser semejante?” Ya que Satanás puede dominar con rapidez la mente de quienes son inconscientes de su influencia, la Palabra de Dios descubre ante nosotros sus fuerzas secretas, y nos coloca así en guardia.

Podemos encontrar asilo y liberación en el poder superior de nuestro Redentor. Cuidadosamente, aseguramos nuestras casas con cerrojos y candados para proteger nuestra propiedad y nuestra vida de las personas malvadas, pero rara vez pensamos en los ángeles malignos, contra cuyos ataques no tenemos defensa alguna si dependemos de nuestra propia fuerza. Si lo permitimos, ellos pueden confundir nuestra mente, atormentar nuestro cuerpo y destruir nuestras posesiones y nuestra vida. Pero los que siguen a Cristo están seguros bajo su cuidado. Ángeles de poder superior son enviados para protegerlos. El maligno no puede vencer la guardia que Dios ha colocado en torno a su pueblo.

Cómo derrotar a Satanás

El gran conflicto entre Cristo y Satanás pronto ha de finalizar, y el maligno redobla sus esfuerzos para hacer fracasar la obra de Cristo en favor del ser humano. Su objetivo es mantener a las personas en la oscuridad y la impenitencia, hasta que la mediación del Salvador termine. Cuando prevalece la indiferencia en la Iglesia, él no está preocupado. Pero cuando las almas preguntan: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, entonces se hace presente para oponerse con su poder a Cristo y contrarrestar la influencia del Espíritu Santo.

En una ocasión, cuando los ángeles vinieron a presentarse delante del Señor, Satanás también vino, no para reverenciar al Rey eterno, sino para hacer triunfar sus planes malignos contra los justos (ver Job 1:6). Y así también ahora está presente cuando los seres humanos se reúnen para adorar, y trabaja con diligencia para dominar la mente de los adoradores. Cuando ve al mensajero de Dios estudiando las Escrituras, toma nota del tema que será presentado. Entonces, hace uso de toda su astucia y experiencia para que el mensaje no llegue a aquellos a quienes está engañando precisamente en ese punto. Hará que la persona que más necesita la advertencia se vea urgida por algún negocio, o sea entretenida de alguna otra manera, para que no escuche la Palabra.

Satanás ve a los siervos de Dios agobiados a causa de la oscuridad que rodea al pueblo. Él escucha sus oraciones por medio de las que piden gracia divina y poder para quebrantar el hechizo de la indiferencia y la indolencia. Entonces, con renovado celo, tienta a los seres humanos a complacer el apetito o cualquier otra forma de autogratiación, y así adormece sus sensibilidades, de manera que dejen de escuchar precisamente las cosas que más necesitan aprender.

Satanás sabe que todos los que descuidan la oración y el estudio de las Escrituras serán vencidos por sus ataques. Por lo tanto, inventa todo método posible para ocupar la mente. Sus ayudadores, que son su mano derecha, están siempre activos cuando Dios trabaja. Presentarán a los más fervientes y abnegados siervos de Cristo como engañados o engañadores. Su obra consiste en tergiversar las motivaciones de todo acto noble, hacer circular insinuaciones y levantar sospechas en la mente de los que carecen de experiencia. Pero puede verse fácilmente de quién son hijos, el ejemplo de quién siguen y las obras de quién realizan. “Por sus frutos los conocerán” (S. Mateo 7:16; ver también Apocalipsis 12:10).

La verdad santifica

El gran engañador tiene muchas herejías preparadas para adecuarse a los diversos gustos de aquellos a quienes quiere arruinar. Su plan consiste en introducir en la Iglesia elementos no sinceros, no regenerados, que estimularán la duda y la incredulidad. Muchos que no tienen verdadera fe en Dios aceptan solo algunos principios de verdad y pasan por cristianos, y así pueden introducir errores como si fueran doctrinas de las Escrituras. Satanás sabe que la verdad, recibida con amor, santifica el alma. Por lo tanto, trata de sustituirla por falsas teorías, fábulas y otro evangelio. Desde el comienzo, los siervos de Dios han luchado contra falsos maestros, que no son solamente seres humanos corrompidos, sino que enseñan falsedades fatales para el alma. Elías, Jeremías y Pablo se opusieron firmemente a los que apartaban a los seres humanos de la Palabra de Dios. La liberalidad que considera una fe correcta como algo sin importancia no encontraba el favor de los santos defensores de la verdad.

Las interpretaciones imprecisas y fantasiosas de las Escrituras y las teorías contradictorias que imperan en el mundo cristiano son la obra de nuestro gran adversario para confundir las mentes. La discordia y la división entre las iglesias se deben en gran medida a la costumbre de torcer las Escrituras para tratar de fundamentar alguna teoría favorita.

Con el propósito de sostener doctrinas erróneas, algunos se valen de pasajes de la Biblia separados de su contexto, y citan solamente la mitad de un versículo para demostrar que están en lo cierto, cuando la porción restante muestra que el significado es lo opuesto. Con la astucia de la serpiente, se atrincheran detrás de declaraciones desconectadas que usan para satisfacer deseos pecaminosos. Otros se valen de figuras y símbolos y los interpretan para acomodarlos a su fantasía, con poca consideración hacia el testimonio de la Biblia como su propio intérprete, y luego presentan sus ideas ilusorias como enseñanza de la Biblia.

La Biblia entera es una guía

Cuando se emprende el estudio de las Escrituras sin un espíritu de oración ni disposición a aprender, los pasajes más sencillos son privados de su verdadero significado. La Biblia entera debe ser dada al pueblo tal como está.

Dios dio la palabra profética más segura; los ángeles y aun Cristo mismo vinieron para darles a conocer a Daniel y a Juan “las cosas que deben suceder pronto” (Apocalipsis 1:1, RV95). Los asuntos importantes que conciernen a nuestra salvación no fueron revelados de una manera tal que confundan y extravíen a los que buscan sinceramente la verdad. La Palabra de Dios es clara para todos los que la estudian con espíritu de oración.

Bajo el pretexto de mente abierta, los seres humanos son enceguecidos por los engaños de su adversario. Él tiene éxito en reemplazar la Biblia por especulaciones humanas; así la Ley de Dios es puesta a un lado, y las iglesias se hallan bajo la esclavitud del pecado en tanto que pretenden estar libres.

Dios ha permitido que un diluvio de luz inundara el mundo en materia de descubrimientos científicos. Pero aun las más poderosas mentes, si no son guiadas por

la Palabra de Dios, quedan perplejas en sus intentos de investigar las relaciones que hay entre la ciencia y la revelación.

El conocimiento humano es parcial e imperfecto; por lo tanto, muchos no pueden armonizar sus puntos de vista científicos con las Escrituras. Muchos aceptan meras teorías como hechos científicos, y piensan que la Palabra de Dios ha de ser probada por “los argumentos de la falsa ciencia” (1 Timoteo 6:20). Debido a que no pueden explicar al Creador y sus obras por las leyes naturales, consideran la historia bíblica indigna de confianza. Los que dudan del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento demasiado a menudo dan un paso más y dudan de la existencia de Dios. Al perder su ancla, se estrellan contra las rocas de la incredulidad.

El mantener a los seres humanos haciendo conjeturas con respecto a lo que Dios no ha revelado es la obra maestra de los engaños de Satanás. Lucifer estaba insatisfecho porque no le fueron revelados todos los secretos de los propósitos de Dios, y desestimó lo que había sido revelado. Ahora él trata de poner en las personas el mismo espíritu y así hacer que también rechacen los mandatos directos de Dios.

Se rechaza la verdad porque implica una cruz

Cuanto menos espirituales y abnegadas sean las doctrinas presentadas, mayor es el favor con el cual serán recibidas. Satanás está listo para satisfacer el deseo del corazón, y presenta el engaño en lugar de la verdad. Así, el papado logró dominar las mentes humanas. Y, al rechazar la verdad porque ella implica una cruz, los protestantes están siguiendo el mismo sendero. Todos los que procuren la conveniencia y el conformismo, para no estar en desacuerdo con el mundo, serán dejados para que reciban “herejías destructivas” como si fueran verdades (2 Pedro 2:1). Quien mira con horror cierto engaño recibirá de buena gana otro. “Por eso Dios permite que, por el poder del engaño, crean en la mentira. Así serán condenados todos los que no creyeron en la verdad, sino que se deleitaron en el mal” (2 Tesalonicenses 2:11, 12).

Errores peligrosos

Entre los agentes más engañosos del gran impostor están los milagros mentirosos del espiritismo. Cuando los seres humanos rechazan la verdad, caen presa de este engaño.

Otro error es la doctrina que niega la divinidad de Cristo y afirma que él no existió antes de su advenimiento a este mundo. Esta teoría contradice las declaraciones de nuestro Salvador concernientes a su relación con el Padre y a su preexistencia. Socava la fe en la Biblia como revelación de Dios. Si los seres humanos rechazan el testimonio de la Escritura concerniente a la divinidad de Cristo, es en vano discutir con ellos; ningún argumento, por concluyente que sea, podría convencerlos. Ninguno de los que sostienen este error puede tener una verdadera concepción de Cristo o del plan de Dios para la redención del ser humano.

Otro error grave es la creencia de que Satanás no existe como un ser personal, que este nombre se usa en las Escrituras meramente para representar los malos pensamientos de los seres humanos y sus malos deseos.

La enseñanza de que la segunda venida de Cristo ocurre a la muerte de cada individuo es un argumento que distrae la mente de la venida personal de Jesús en las nubes del cielo. Satanás ha estado diciendo: “¡Miren que está en la casa!” (ver S. Mateo 24:23-26), y muchos se han perdido por aceptar este engaño.

Por otra parte, los científicos declaran que no puede haber ninguna respuesta a la oración; esto sería una violación de las leyes; sería un milagro, y los milagros no existen. El universo, dicen, está gobernado por leyes fijas, y Dios mismo no hace nada en contra de esas leyes. Así representan a Dios como sometido a sus propias leyes, como si estas pudieran anular la libertad de Dios.

¿No obraron milagros Cristo y sus apóstoles? El mismo Salvador está tan dispuesto a escuchar la oración de fe hoy como cuando anduvo en forma visible entre los seres humanos. Lo natural coopera con lo sobrenatural. Es una parte del plan de Dios el concedernos, en respuesta a la oración de fe, lo que no nos daría si no lo pidiéramos así.

Rasgos sobresalientes de la Palabra

Las doctrinas erróneas enseñadas por las iglesias anulan los rasgos sobresalientes de la Palabra de Dios. Pocos se detienen con el rechazo de una sola verdad. Casi todos van descartando uno tras otro los principios de la verdad, hasta que se convierten en incrédulos.

Los errores de la teología popular han conducido a muchas personas a la incredulidad. Es imposible para ellas aceptar doctrinas que violan el sentido común de la justicia, la misericordia y la benevolencia. Y puesto que esas doctrinas son presentadas como enseñanzas de la Biblia, esas personas se niegan a recibir ese libro como la Palabra de Dios.

Otros miran la Palabra de Dios con desconfianza, porque ella reprueba y condena el pecado. Los que no están dispuestos a obedecerla se esfuerzan por derrocar su autoridad. No pocos se convierten en incrédulos para justificar el descuido del deber. Algunos, demasiado amantes de la comodidad como para hacer nada que implique abnegación, adquieren una reputación de sabiduría superior al criticar la Biblia.

Muchos creen que es una virtud aliarse con la incredulidad, el escepticismo y la duda. Pero bajo una apariencia de imparcialidad se hallará que existe confianza propia y orgullo. Hay quienes se deleitan en encontrar en las Escrituras algo que confunda la mente de los demás. Algunos al principio argumentan desde el lado erróneo por un mero amor a la controversia. Pero habiendo expresado abiertamente su incredulidad, sienten que deben continuar manteniendo su posición. Así, se unen a los impíos.

Suficientes evidencias

Dios ha dado en su Palabra evidencias suficientes de su carácter divino. Sin embargo, la mente finita no puede comprender plenamente los propósitos del Infinito: “¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!” (Romanos 11:33). Pero podemos discernir el amor ilimitado y la misericordia de Dios unidos a su infinito poder. Nuestro Padre en los Cielos nos revelará tanto como nos conviene conocer; y

más allá de ese punto debemos confiar en la Mano que es omnipotente, en el Corazón que está lleno de amor.

Dios nunca quitará toda excusa para la incredulidad. Los que están buscando ganchos para colgar sus dudas en ellos, los encontrarán. Y los que rechazan obedecer hasta que toda objeción haya sido quitada nunca descubrirán la luz. El corazón no regenerado está en enemistad con Dios. Pero la fe es inspirada por el Espíritu Santo y florecerá al ser acogida. Nadie puede llegar a ser fuerte en la fe sin un esfuerzo determinado. Si las personas se permiten poner objeciones, hallarán que sus dudas resultarán más confirmadas.

A la vez, los que dudan y desconfían de la seguridad de su gracia deshonran a Cristo. Son árboles improductivos que les quitan el sol a las otras plantas, y que las harán decaer y morir bajo su sombra destructora. La obra de la vida de estas personas aparecerá como un testimonio permanente en contra de ellas.

Existe solamente una línea de conducta que pueden seguir los que honradamente desean verse libres de la duda. En lugar de poner en tela de juicio lo que no entienden, presten atención a la luz que ya brilla sobre ellos, y recibirán mayor luz.

Satanás puede presentar una falsificación tan cercana a la verdad que engañe a los que están dispuestos a ser engañados, a los que anhelan ahorrarse el sacrificio exigido por la verdad. Pero es imposible mantener bajo su poder a una sola alma que honradamente desea conocer la verdad a toda costa. Cristo es la verdad y “la luz verdadera que alumbr a todo hombre que viene al mundo”. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá [...] la doctrina” (S. Juan 1:9, RVA 2015; 7:17, RV60).

El Señor permite que su pueblo se vea sujeto a la tremenda prueba de la tentación, no porque a él le agrade verlo en problemas, sino porque esto es esencial para la victoria final de sus hijos. Dios no puede proteger a sus hijos completamente de la tentación y a la vez ser consecuente con su propia gloria, pues el objeto de la prueba es prepararlos para resistir todas las seducciones del mal. Ni las personas malas ni los demonios pueden impedir que los hijos de Dios tengan su divina presencia, si estos confiesan sus pecados y se apartan de ellos y reclaman el cumplimiento de sus promesas. Toda tentación, abierta o secreta, puede ser resistida con éxito, no “por la fuerza ni por ningún poder, sino por mi Espíritu, dice el Señor Todopoderoso” (Zacarías 4:6).

“Y a ustedes, ¿quién les va a hacer daño si se esfuerzan por hacer el bien?” (1 Pedro 3:13). Satanás sabe bien que el alma más débil que permanece en Cristo puede más que todas las huestes de las tinieblas. Por lo tanto, trata de apartar a los soldados de la Cruz de su tremenda fortaleza, mientras permanece disfrazado, listo para destruir a los que se aventuran en su terreno. Podemos estar seguros solamente al confiar en Dios y al obedecer todos sus mandamientos.

Ningún ser humano está seguro por un día ni por una hora sin oración. Rueguen al Señor que les conceda sabiduría para comprender su Palabra. Satanás es un experto en citar las Escrituras, para dar su propia interpretación a pasajes mediante los cuales espera hacernos tropezar. Debemos estudiar con humildad de corazón. A la vez que debemos estar constantemente en guardia contra los engaños del diablo, debemos orar con fe continuamente: “No nos dejes caer en tentación” (S. Mateo 6:13).

¿Qué hay más allá de la tumba?

Satanás, que incitó la rebelión en el Cielo, procura que los habitantes de la Tierra se unan en su guerra contra Dios. Adán y Eva habían sido perfectamente felices obedeciendo la Ley de Dios; y esto era un constante testimonio contra la declaración que Satanás había hecho en el Cielo de que la Ley de Dios era opresiva. Lucifer determinó provocar la caída de la pareja edénica, con el fin de poder poseer la Tierra y allí establecer su reino en oposición al Altísimo.

Adán y Eva habían sido advertidos contra este peligroso adversario, pero él obró envuelto en misterio, ocultando sus propósitos. Empleando la serpiente como su médium, la cual era de un aspecto fascinante, se dirigió a Eva con estas palabras: “¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín?” Eva se aventuró a dialogar con él y cayó víctima de sus trampas. “Podemos comer del fruto de todos los árboles –respondió la mujer–. Pero, en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: ‘No coman de ese árbol, ni lo toquen; de lo contrario, morirán’”. Pero la serpiente le dijo a la mujer: “¡No es cierto, no van a morir! Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal” (Génesis 3:1-5).

Eva cedió y, por su influencia, Adán fue inducido a pecar. Ellos aceptaron las palabras de la serpiente; desconfiaron de su Creador y se imaginaron que les estaba restringiendo la libertad.

Pero ¿cómo comprendió Adán el significado de las palabras: “El día que de él comas, ciertamente morirás” (Génesis 2:17)? ¿Fue elevado a un grado más alto de existencia? Adán se dio cuenta de que no era éste el significado de la sentencia divina. Dios declaró que, como penalidad por su pecado, el ser humano volvería a ser tierra: “Polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:19). Las palabras de Satanás: “Se les abrirán los ojos”, resultaron ser verdad solamente en el sentido de que sus ojos fueron abiertos para discernir su locura. Conocieron el mal y probaron los amargos frutos de la transgresión.

El árbol de la vida tenía el poder de perpetuar la existencia. Si Adán hubiera continuado gozando de libre acceso a este árbol, habría vivido para siempre; pero cuando pecó, fue privado de llegar a este, y quedó sujeto a la muerte. La inmortalidad había sido perdida a causa de la transgresión. No podía haber ninguna esperanza para la raza caída si Dios, mediante el sacrificio de su propio Hijo, no hubiera puesto la inmortalidad a su alcance. Aunque “la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron” (Romanos 5:12), Cristo “sacó a la luz la vida incorruptible mediante

el evangelio” (2 Timoteo 1:10). Solamente por medio de Cristo puede obtenerse la inmortalidad. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rechaza al Hijo no sabrá lo que es esa vida” (S. Juan 3:36).

La gran mentira

El que prometió vida por la desobediencia era el gran engañador. Y la declaración de la serpiente en el Edén, “No van a morir”, fue el primer sermón que se predicó sobre la inmortalidad del alma. Sin embargo, esta declaración, aunque descansa únicamente en la autoridad de Satanás, resuena desde los púlpitos y es recibida por la mayoría de la humanidad con tanta prontitud como por nuestros primeros padres. A la divina sentencia: “El alma que peque, esa morirá” (Ezequiel 18:20, NBLA), se le da el sentido siguiente: El alma que peque no morirá, sino que vivirá eternamente. Si al ser humano, después de su caída, se le hubiese permitido libre acceso al árbol de la vida, el pecado se habría inmortalizado. Pero ni un solo miembro de la familia de Adán tuvo permiso para participar del fruto vitalizador. Por lo tanto, no hay ningún pecador inmortal.

Después de la caída, Satanás pidió a sus ángeles que inculcaran la creencia en la inmortalidad natural del ser humano. Habiendo inducido a la gente a recibir este error, habían de inducirlos a concluir que el pecador vivirá en una eterna miseria. Ahora, el príncipe de las tinieblas representa a Dios como un tirano vengador, y declara que él arroja en el infierno a todos los que no le agradan y que, mientras ellos se queman en las llamas eternas, el Creador mira con satisfacción lo que les pasa. Así, el archiengañador viste con esos atributos al Benefactor de la humanidad. La crueldad es satánica. Dios es amor. Satanás es el enemigo que tienta al ser humano a pecar y luego lo destruye si puede. ¡Cuán repugnante es para el amor, la misericordia y la justicia, la doctrina de que los pecadores muertos son atormentados en un infierno que arde eternamente, y de que por los pecados de una breve vida terrenal ellos sufren tortura por todo el tiempo que Dios viva!

¿Dónde, en la Palabra de Dios, se encuentra tal enseñanza? ¿Han de ser los sentimientos humanitarios reemplazados por la crueldad del salvaje? No, tal no es la enseñanza del Libro de Dios. “Tan cierto como que yo vivo –afirma el Señor omnipotente–, que no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva. ¡Conviértete, pueblo de Israel; conviértete de tu conducta perversa! ¿Por qué habrás de morir?” (Ezequiel 33:11).

¿Se deleita Dios en presenciar torturas incesantes? ¿Se alegra él con los gemidos y los gritos de las criaturas que sufren y a las cuales mantiene en las llamas? ¿Pueden estos horribles sonidos ser música en los oídos del Amor infinito? ¡Oh, terrible blasfemia! La gloria de Dios no resulta exaltada al perpetuar el pecado por siglos sin fin.

La herejía del tormento eterno

La herejía del tormento eterno ha producido un gran mal. La religión de la Biblia, llena de amor y bondad, resulta oscurecida por la superstición y revestida de terror. Satanás ha pintado el carácter de Dios con colores falsos. Nuestro Creador

misericordioso es temido, y aun odiado. Los conceptos aterradores acerca de Dios, que se han esparcido por el mundo a causa de la enseñanza impartida desde el púlpito, han generado millones de escépticos y de incrédulos.

El tormento eterno es una de las falsas doctrinas, el vino de las abominaciones (Apocalipsis 14:8; 17:2), que Babilonia da a beber a todas las naciones. Los ministros de Cristo aceptaron esta herejía de Roma así como recibieron la enseñanza de un falso día de reposo. Si nos apartamos de la Palabra de Dios y aceptamos falsas doctrinas porque nuestros padres las enseñaron, caemos bajo la condenación pronunciada sobre Babilonia: estamos bebiendo del vino de sus abominaciones.

Una numerosa clase de personas es inducida al error opuesto. Ven que las Escrituras presentan a Dios como el ser de amor y compasión, y no pueden creer que él reducirá a sus criaturas a un infierno que arde y quema perpetuamente. Al creer que el alma es naturalmente inmortal, llegan a la conclusión de que todo el género humano será salvo. Así, el pecador puede vivir en sus placeres egoístas, desoyendo los requerimientos de Dios y, sin embargo, ser recibido en su favor. Tal doctrina, que implica pensar presuntuosamente de la misericordia de Dios e ignorar su justicia, agrada al corazón carnal.

La salvación universal es contraria a la Biblia

Los que creen en la salvación universal tuercen las Escrituras. El profeso ministro de Cristo reitera la falsedad pronunciada por la serpiente en el Edén: “¡No es cierto, no van a morir! [...] Cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios”. Él declara que los más viles pecadores –el asesino, el ladrón, el adúltero– entrarán después de la muerte en un estado de bendita inmortalidad. ¡Una fábula agradable, por cierto, adecuada para satisfacer el corazón carnal!

Si fuera verdad que todos los seres humanos pasan directamente al Cielo a la hora del fallecimiento, bien podríamos desear la muerte en lugar de la vida. Muchos han sido inducidos por esta creencia a poner fin a su existencia. Abrumados con dificultades y chascos, parece fácil quebrar el hilo de la vida para elevarse de este modo a la bendición del mundo inmortal.

Dios ha dado en su Palabra evidencias decisivas de que castigará al transgresor de su Ley. ¿Es él demasiado misericordioso como para ejecutar justicia contra el pecador? Contemplan la Cruz del Calvario. La muerte del Hijo de Dios testifica que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), que toda violación de la Ley de Dios debe recibir retribución. Cristo, que era sin pecado, se hizo pecado por el ser humano. Llevó la culpa de la transgresión y soportó el ocultamiento del rostro de su Padre hasta que su corazón fue quebrantado y su vida aniquilada, y todo esto para que los pecadores pudieran ser redimidos. Por lo tanto, toda alma que rehúsa participar de la expiación provista a un precio semejante debe llevar sobre su propia persona la culpa y el castigo de la transgresión.

Las condiciones son claras

“Al que tenga sed le daré a beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida”. Esta promesa se hace solamente a los que tienen sed. “El que salga vencedor heredará todo esto, y yo seré su Dios y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:6, 7). Se especifican las condiciones para heredar todas las cosas: tenemos que vencer el pecado.

“A los malvados no les irá bien” (Eclesiastés 8:13). El pecador está acumulando sobre sí “castigo [...] para el día de la ira, cuando Dios revelará su justo juicio. Porque Dios ‘pagará a cada uno según lo que merezcan sus obras’, “sufrimiento y angustia para todos los que hacen el mal” (Romanos 2:5, 6, 9).

“Nadie que sea avaro (es decir, idólatra), inmoral o impuro tendrá herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5). “¡Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad! Pero quedarán fuera los perros y los hechiceros, los disolutos y los homicidas, los idólatras y todo el que ama y practica la mentira” (Apocalipsis 22:14, 15, RVA 2000).

Dios ha transmitido a los seres humanos declaraciones con respecto a su modo de proceder con el pecador. “Aniquilará a todos los impíos” (Salmo 145:20). “Todos los pecadores serán destruidos; el porvenir de los malvados será el exterminio” (Salmo 37:38). La autoridad del gobierno divino terminará la rebelión; sin embargo, la justicia retributiva será acorde con el carácter de Dios como Ser misericordioso y benévolo.

Dios no fuerza la voluntad. Él no se complace en una obediencia esclavizada. Desea que las criaturas de sus manos lo amen porque él merece el amor. Quiere que le obedezcan porque tienen un aprecio inteligente de su sabiduría, justicia y benevolencia.

Los principios del gobierno divino están en armonía con el precepto del Salvador: “Amen a sus enemigos” (S. Mateo 5:44). Dios ejecuta justicia sobre el malvado por el bien del universo y aun por el bien de aquellos que son motivo de sus juicios. Él quiere hacerlos felices si puede. Los rodea de las manifestaciones de su amor y continúa sus ofertas de misericordia; pero ellos desprecian su amor, rechazan su Ley y no reciben su misericordia. Constantemente reciben sus dones, pero deshonran al dador. El Señor tiene larga paciencia con la perversidad; pero a estos rebeldes, ¿los aprisionará con cadenas a su lado y los obligará a hacer su voluntad?

No están preparados para entrar en el Cielo

Los que han elegido a Satanás como su dirigente no están preparados para entrar en la presencia de Dios. El orgullo, el engaño, la licencia, la crueldad se han fijado en sus caracteres. ¿Pueden ellos entrar en el Cielo para morar para siempre con aquellos a quienes odiaban en la Tierra? La verdad no será nunca agradable para un mentiroso; la mansedumbre no satisfará al orgulloso; la pureza no será aceptable para la corrupción; el amor desinteresado no resultará atractivo para el egoísta. ¿Qué gozo puede ofrecer el Cielo para los que están absortos en sus intereses egoístas?

¿Podrían aquellos cuyo corazón está lleno de odio hacia Dios, un Dios de verdad y santidad, mezclarse con la multitud del Cielo y unir sus cantos de alabanza con ella? Se les concedieron años de prueba y de gracia, pero ellos nunca educaron la mente para amar la pureza. Nunca aprendieron el lenguaje del Cielo. Ahora es demasiado tarde.

Una vida de rebelión contra Dios los ha descalificado para el Cielo. Su pureza y paz serían una tortura para ellos; la gloria de Dios sería un fuego consumidor. Anhelarían huir de ese lugar sagrado y darían la bienvenida a la destrucción, para esconderse del rostro de aquel que murió para redimirlos. El destino de los malos es fijado por su propia elección. Su exclusión del Cielo es voluntaria y ha sido elegida por ellos mismos, y es a la vez un acto justo y misericordioso por parte de Dios. Como las aguas del diluvio, los fuegos del día final declararán el veredicto divino de que los que persistieron en la maldad son incurables. Su voluntad ha sido ejercitada en la rebelión. Cuando termine la vida, es demasiado tarde para volver los pensamientos de la transgresión a la obediencia, del odio al amor.

La paga del pecado

“La paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 6:23). Aunque la vida es la herencia de los justos, la muerte es la recompensa de los pecadores. “La muerte segunda” es presentada en la Biblia en contraste con la vida eterna (ver Apocalipsis 20:14).

Como consecuencia del pecado de Adán, la muerte pasó a toda la raza humana. Todos van a la tumba de la misma manera. Y por medio del plan de salvación, todos habrán de ser rescatados de la tumba: “Habrá una resurrección de los justos y de los injustos” (Hechos 24:15), “pues así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos volverán a vivir” (1 Corintios 15:22). Pero queda establecida una distinción entre las dos clases de personas que serán resucitadas: “Todos los que están en los sepulcros oirán su voz [la del Hijo del Hombre], y saldrán de allí. Los que han hecho el bien resucitarán para tener vida, pero los que han practicado el mal resucitarán para ser juzgados” (S. Juan 5:28, 29).

La primera resurrección

Los que “sean dignos” (S. Lucas 20:35) de resucitar para la vida eterna son llamados “dichosos y santos”; “la segunda muerte no tiene poder sobre ellos” (Apocalipsis 20:6). Pero los que no hayan obtenido el perdón por medio del arrepentimiento y la fe deben recibir “la paga del pecado”, el castigo “según sus obras”, que terminará en “la muerte segunda”.

Siendo que es imposible para Dios salvar al pecador en sus pecados, él lo priva de la existencia a la cual ha perdido el derecho y de la cual se ha manifestado indigno. “Dentro de poco los malvados dejarán de existir; por más que los busques, no los encontrarás” (Salmo 37:10). “Serán como si nunca hubieran existido” (Abdías 1:16). Se hundirán indefectiblemente en un olvido eterno e irreparable.

Y así se pondrá fin al pecado. “Destruiste a los impíos; el nombre de ellos has borrado para siempre. El enemigo ha sucumbido para siempre” (Salmo 9:5, 6, RVA 2015). Juan, el autor del Apocalipsis, escuchó una antífona universal de alabanza que no era interrumpida por ninguna disonancia. No habrá almas perdidas que blasfemen a Dios mientras se retuercen en tormento sin fin. Ningún ser desgraciado en el infierno mezclará sus clamores con los cantos de los salvados.

Sobre el error de la inmortalidad natural descansa la doctrina de la conciencia en la muerte. Pero, a semejanza del tormento eterno, ésta se opone a las Escrituras, a la razón y a nuestros sentimientos de humanidad.

De acuerdo con la creencia popular, los redimidos en el Cielo están al tanto de todo lo que ocurre en la Tierra. Pero, ¿cómo podrá haber felicidad para los muertos si están al tanto de todas las pruebas de los vivos, si los ven soportando dolores, sufrimientos, chascos y angustias en la vida? ¡Y cuán desconsoladora es la creencia de que tan pronto como se acaba el aliento de vida del cuerpo, el alma del impenitente es enviada a las llamas del infierno!

¿Qué dicen las Escrituras? Que los seres humanos no están conscientes en la muerte; “exhalan el espíritu y vuelven al polvo, y ese mismo día se desbaratan sus planes” (Salmo 146:4). “Porque los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben nada [...]. Sus amores, odios y pasiones llegan a su fin, y nunca más vuelven a tener parte en nada de lo que se hace en esta vida” (Eclesiastés 9:5, 6). “El sepulcro nada te agradece; la muerte no te alaba. Los que descienden a la fosa nada esperan de tu fidelidad. El que vive, el que vive, este te dará alabanza, como yo hoy” (Isaías 38:18, 19). “En la muerte nadie te recuerda; en el sepulcro, ¿quién te alabará?” (Salmo 65).

Pedro, en el Día de Pentecostés, declaró: “David, que murió y fue sepultado, y cuyo sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy [...], no subió al cielo” (Hechos 2:29, 34). El hecho de que David permanezca en la tumba hasta la resurrección prueba que los justos no van al Cielo en ocasión de la muerte.

Pablo dijo: “Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado. Y, si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados. En este caso, también están perdidos los que murieron en Cristo” (1 Corintios 15:16-18). Si durante cuatro mil años los justos hubieran ido directamente al Cielo cuando morían, ¿cómo podía Pablo haber dicho que, si no hay resurrección, “también están perdidos los que murieron en Cristo”?

Cuando estaba por dejar a sus discípulos, Jesús no les dijo que ellos irían pronto a reunirse: “Voy a prepararles un lugar. Y, si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo” (S. Juan 14:2, 3). El apóstol Pablo nos dice además que “el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre”. Y añade: “Anímense unos a otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:16-18). A la venida del Señor, las cadenas de la tumba serán quebrantadas y los “muertos en Cristo” serán resucitados para vida eterna.

Todos han de ser juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros y han de ser recompensados según sus obras. Este juicio no ocurre en ocasión de la muerte. Dios “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia” (Hechos 17:31). “¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos!” (Judas 1:14, 15, VM).

Pero si los muertos ya están gozando del Cielo o están retorciéndose en las llamas del infierno, ¿qué necesidad hay de un juicio futuro? La Palabra de Dios puede ser entendida por las mentes comunes, pero ¿qué espíritu imparcial puede encontrar sabiduría o justicia en la teoría popular? ¿Recibirán acaso los justos el elogio: “¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! [...] ¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!”, cuando han estado morando en la presencia de Dios por largos siglos? ¿Se sacará a los malos del lugar de tormento para hacerles oír la siguiente sentencia del Juez de toda la Tierra: “Apártense de mí, malditos, al fuego eterno”? (S. Mateo 25:21, 41).

La teoría de la inmortalidad del alma fue una de esas falsas doctrinas que Roma extrajo del paganismo. Lutero la clasificó entre las “fábulas monstruosas que forman parte del chiquero romano de las decretales”.¹ La Biblia enseña que los muertos duermen hasta la resurrección.

¡Bendito reposo para los justos cansados! El tiempo, sea largo o corto, es solamente un momento para ellos. Duermen; son despertados por la trompeta de Dios que los llama a una gloriosa inmortalidad: “Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible [...]. Cuando lo corruptible se revista de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: ‘La muerte ha sido devorada por la victoria’ ” (1 Corintios 15:52-54).

Llamados de su sueño, reanudarán el curso de sus pensamientos en el preciso lugar donde estos fueron interrumpidos por la muerte. La última sensación que sintieron fue la angustia de la muerte; el último pensamiento era que estaban cayendo bajo el poder de la tumba. Cuando se levanten del sepulcro, sus primeros pensamientos de regocijo hallarán expresión en el clamor triunfal: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:55, RVC).

¹ E. Petavel, *The Problem of Immortality* [El problema de la inmortalidad], p. 255.

¿Quiénes son los “espíritus” del espiritismo?

La doctrina de la inmortalidad natural, tomada primero de la filosofía pagana, e incorporada en la fe cristiana durante la época de tinieblas de la gran apostasía, ha sido colocada en lugar de la verdad de que “los muertos no saben nada” (Eclesiastés 9:5). Multitudes creen que los espíritus de los muertos son los “espíritus ministradores, enviados para hacer servicio a favor de los que han de heredar la salvación” (Hebreos 1:14).

La creencia de que los espíritus de los muertos regresan para ayudar a los vivos ha preparado el camino para el espiritismo moderno. Si los muertos resultan privilegiados con un conocimiento mucho mayor del que tenían anteriormente, ¿por qué no regresan a la Tierra e instruyen a los vivos? Si los espíritus de los muertos pueden acercarse a sus amigos en la Tierra, ¿por qué no se comunican con ellos? ¿Cómo pueden los que creen que el ser humano es consciente después de la muerte rechazar la “luz divina” comunicada por espíritus glorificados? Aquí existe un medio considerado como sagrado, que Satanás usa para trabajar. Los ángeles caídos aparecen como mensajeros del mundo de los espíritus.

El príncipe del mal tiene poder para reproducir delante de las personas la apariencia de amigos que han muerto. La falsificación es perfecta, lograda con exactitud maravillosa. Muchos resultan consolados con la seguridad de que sus amados están gozando en el Cielo. Sin sospechar el peligro que ello implica, prestan oídos “a inspiraciones engañosas y doctrinas diabólicas” (1 Timoteo 4:1).

Personificando a los que fueron a la tumba sin estar preparados, dicen estar felices de ocupar posiciones exaltadas en el Cielo. Supuestos visitantes del mundo de los espíritus a veces transmiten advertencias que resultan correctas. Entonces, cuando ganan la confianza, presentan doctrinas que minan la fe en las Escrituras. El hecho de que declaren ciertas verdades y a veces anuncien acontecimientos futuros les da una apariencia de confiabilidad, y sus falsas enseñanzas resultan aceptadas. La Ley de Dios es anulada y el Espíritu de gracia, despreciado. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo y colocan al Creador al mismo nivel de ellos mismos.

Aunque es verdad que a veces se ha querido hacer pasar el fraude por manifestaciones genuinas, han habido también notables exhibiciones de poder sobrenatural, que es obra directa de los malos ángeles. Muchos creen que el espiritismo es meramente un engaño humano. Pero cuando lleguen a verse frente a frente con

manifestaciones que no puedan sino considerar como sobrenaturales, serán engañados y las aceptarán como el gran poder de Dios.

Con la ayuda de Satanás, los magos de Faraón falsificaron la obra de Dios (ver Éxodo 7:10-12). Pablo testimonia que la venida del Señor ha de ser precedida por la “obra de Satanás, con toda clase de milagros, señales y prodigios falsos” (2 Tesalonicenses 2:9). Y Juan declara: “También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer” (Apocalipsis 13:13, 14). Aquí no se predicen meras imposturas. Las personas son engañadas por milagros que los agentes de Satanás hacen, no que pretenden hacer.

Satanás se dirige a los intelectuales

A las personas cultas y refinadas el príncipe de las tinieblas les presenta el espiritismo en sus aspectos más refinados e intelectuales. Deleita la fantasía humana con escenas que cautivan y con imágenes elocuentes de amor y caridad. Induce a los seres humanos a enorgullecerse tanto de su propia sabiduría que en su corazón desprecian al Eterno.

Satanás seduce a los seres humanos ahora como sedujo a Eva en el Edén: despertando la ambición de la exaltación propia. “Llegarán a ser como Dios –dice él–, concededores del bien y del mal” (Génesis 3:5). El espiritismo enseña “que el ser humano es un ser en constante progreso [...] que marcha hacia la divinidad”. Y de nuevo: “El juicio será justo, porque será el juicio que cada uno haga de sí mismo. [...] El trono del tribunal está en nosotros mismos”. También declara: “Toda persona justa y perfecta es Cristo”.

Así, Satanás ha presentado la naturaleza del ser humano como la única regla de juicio. Esto es progreso no hacia arriba sino hacia abajo. El ser humano jamás se elevará más arriba que su propia norma de pureza o bondad. Si el yo es el ideal más elevado, nunca se alcanzará nada más exaltado. Solo la gracia de Dios tiene el poder de impulsar al ser humano hacia arriba. La conducta del individuo que depende de sí mismo es necesariamente descendente.

Se dirige a los amadores del placer

A los que son indulgentes consigo mismos, a los que aman el placer, a los sensuales, el espiritismo se presenta bajo un disfraz menos sutil. En sus formas groseras ellos encuentran lo que está de acuerdo con sus propias inclinaciones. Satanás toma nota de los pecados que todo individuo está inclinado a cometer y entonces trata de que no falten oportunidades para gratificar esa tendencia. Tienta a los seres humanos, mediante la intemperancia, a debilitar sus facultades físicas, mentales y morales. Destruye a miles induciéndolos a ser complacientes con la pasión, embruteciendo la naturaleza humana. Y para completar su obra, los espíritus declaran que “el verdadero conocimiento coloca al ser humano por encima de toda ley”; y que “cualquier cosa es recta”; que “Dios no condena”; y que “todos los pecados [...] son inocentes”. Cuando la gente cree que el deseo es la ley más

elevada, que la libertad es licencia, que el ser humano es responsable solamente ante sí mismo, ¿quién puede admirarse de que la corrupción abunde por todas partes? Multitudes aceptan con avidez los impulsos de la lujuria. Satanás arrastra y hace caer en su red a millares que profesan seguir a Cristo.

Pero Dios ha dado suficiente luz para descubrir la trampa. El mismo fundamento del espiritismo está en conflicto con las Escrituras. La Biblia declara que los muertos nada saben, que los pensamientos de ellos han perecido; que ya no tienen parte en los gozos o sufrimientos de los que viven en la Tierra.

Además, Dios ha prohibido la pretendida comunicación con los espíritus de los muertos. La Biblia declara que “los espíritus”, como se ha denominado a estos visitantes de otros mundos, “son espíritus de demonios” (ver Números 25:1-3; Salmos 106:28; 1 Corintios 10:20; Apocalipsis 16:14). El tratar con ellos estaba prohibido bajo pena de muerte (ver Levítico 19:31; 20:27). Pero el espiritismo se ha abierto paso en los círculos científicos, ha invadido las iglesias y ha encontrado una favorable acogida en los cuerpos legislativos, aun en las cortes de los reyes. Este gigantesco engaño es un reavivamiento de la condenada hechicería de antaño, cubierto ahora con un nuevo disfraz.

Al presentar la idea de que los seres humanos más viles están en el Cielo, Satanás dice al mundo: “No importa que crean o no crean en Dios o en la Biblia; vivan como quieran; el Cielo es el hogar de ustedes”. La Palabra de Dios declara: “¡Ay de los que llaman a lo malo bueno, y a lo bueno malo, que tienen las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas!” (Isaías 5:20).

Se presenta la Biblia como una ficción

Los apóstoles son personificados por espíritus mentirosos, y aparecen como contradiciendo lo que escribieron cuando estaban en la Tierra. Satanás hace creer al mundo que la Biblia es una ficción, un libro adecuado para la infancia de la raza humana, pero que ha de ser considerado como anticuado. Así arroja sombras sobre el Libro que ha de juzgarlo a él y a sus seguidores; y presenta al Salvador del mundo como un ser común. Y los que aceptan las manifestaciones del espiritismo sostienen que no hay nada milagroso en la vida de nuestro Salvador. Declaran que los milagros que ellos hacen son superiores a las obras de Cristo.

El espiritismo está actualmente asumiendo una apariencia cristiana. Pero sus enseñanzas no pueden ser negadas ni pueden esconderse. En su forma presente es un engaño de los más peligrosos y sutiles. Ahora profesa aceptar a Cristo y la Biblia, pero esta es interpretada de una manera que agrada al corazón no regenerado. Habla del amor como el principal atributo de Dios, pero lo rebaja a un sentimentalismo enfermizo. Las denuncias que Dios hace del pecado, los requisitos de su santa Ley, se ocultan de la vista. Ciertas fábulas inducen a los seres humanos a rechazar la Biblia como el fundamento de su fe. Cristo es negado tan ciertamente como antes, pero pasa inadvertido el engaño.

Pocos son los que tienen un concepto adecuado del poder engañoso del espiritismo. Muchos juegan con él meramente para satisfacer su curiosidad. Se llenarían

de horror ante el pensamiento de someterse al control de los espíritus. Pero se aventuran en terreno prohibido, y el destructor ejerce su poder sobre ellos en contra de su propia voluntad. Si logra inducirlos una vez a someter su mente a su dirección, los mantendrá cautivos. Nada sino el poder de Dios, en respuesta a la oración ferviente, puede librar a estas almas.

Todos los que acarician voluntariamente un pecado conocido están invitando a las tentaciones de Satanás. Se separan a sí mismos de Dios y de la custodia de sus ángeles, y quedan sin defensa.

“Si alguien les dice: ‘Consulten a los encantadores y a los adivinos, a los que hablan susurros’, ustedes respondan: ‘¿Acaso no es a su Dios a quien el pueblo debe consultar? ¿Acaso tiene que consultar a los muertos acerca de los vivos?’ ¡A la enseñanza y al testimonio! Si sus palabras no corresponden a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:19, 20, RVC).

Si las personas estuvieran dispuestas a recibir la verdad con respecto a la naturaleza del ser humano y al estado de los muertos, verían en el espiritismo el poder de Satanás y sus milagros mentirosos. Pero multitudes cierran sus ojos a la luz, y Satanás teje sus trampas en derredor de ellos. “Con toda perversidad engañará a los que se pierden por haberse negado a amar la verdad y así ser salvos. Por eso Dios permite que, por el poder del engaño, crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:10, 11).

Los que se oponen al espiritismo enfrentan a Satanás y a sus ángeles. Satanás no cederá una sola pulgada de terreno a menos que sea rechazado por mensajeros celestiales. Él puede citar las Escrituras pervirtiendo sus enseñanzas. Pero ellos, los que quieren permanecer en pie en este tiempo de peligro, deben entender por sí mismos el testimonio de las Escrituras.

Espíritus de demonios, representando a parientes o amigos, apelarán a nuestras más tiernas simpatías y obrarán milagros. Debemos resistirlos con la verdad bíblica de que los muertos nada saben, y que los que aparecen de esta manera son espíritus de demonios.

Todos aquellos cuya fe no esté fundada en la Palabra de Dios serán engañados y vencidos. Satanás “con toda perversidad engañará”, y sus trampas aumentarán. Pero los que busquen un conocimiento de la verdad y purifiquen sus almas hallarán en el Dios de la verdad una defensa segura. El Salvador enviará prestamente a todo ángel del cielo para proteger a su pueblo antes de dejar que una sola alma que confía en él sea vencida por Satanás. Los que se consuelan a sí mismos con la seguridad de que no hay castigo para el pecador, los que renuncian a las verdades que el cielo ha provisto como una defensa para el día de angustia, aceptarán las mentiras ofrecidas por Satanás, las engañosas pretensiones del espiritismo.

Los burladores presentan como ridículas las declaraciones de las Escrituras concernientes al plan de salvación y a la retribución que recibirán los que rechazan la verdad. Fingen tener mucha lástima de las mentes que son tan estrechas, débiles y supersticiosas que obedecen los requisitos de la Ley de Dios. Han cedido tan plenamente al tentador, y están tan estrechamente unidos con él e imbuidos de su espíritu, que no tienen ninguna inclinación a deshacerse de sus trampas.

El fundamento de la obra de Satanás fue colocado cuando este dijo en el Edén: “¡No es cierto, no van a morir! [...] Cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos, y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal” (Génesis 3:4, 5). Satanás presentará su obra maestra de engaño al fin del tiempo. Dijo el profeta: “Y vi [...] tres espíritus malignos que parecían ranas. Son espíritus de demonios que hacen señales milagrosas y que salen a reunir a los reyes del mundo entero para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:13, 14).

El mundo entero, excepto los que son guardados por el poder de Dios sobre la base de la fe en su Palabra, será arrastrado a las filas de este engaño. Los seres humanos se están dejando adormecer en una seguridad fatal, para ser despertados solamente por el derramamiento de la ira de Dios.

La libertad de conciencia amenazada

Los protestantes hoy consideran al romanismo con mucha más simpatía que años atrás. En los países evangélicos, donde el catolicismo asume un temperamento conciliatorio para ganar influencia, está desarrollándose la opinión de que no diferimos tanto en puntos vitales como hemos supuesto, y que unas pocas concesiones de nuestra parte nos permitirán entendernos mejor con Roma. Ha pasado el tiempo cuando los protestantes enseñaban a sus hijos que el tratar de armonizar con el papado sería deslealtad para con Dios. ¡Pero cuán ampliamente diferentes son los sentimientos expresados ahora!

Los defensores del papado declaran que su iglesia ha sido calumniada, que es injusto juzgar el catolicismo de hoy por lo que ocurrió durante los siglos de ignorancia y oscuridad. Ellos excusan la horrible crueldad de la iglesia achacándola al barbarismo de los tiempos.

¿Han olvidado estas personas la pretensión de infalibilidad que ha manifestado este poder? Roma asegura que “la iglesia nunca se ha equivocado; y que, de acuerdo con las Escrituras, nunca jamás se equivocará”.¹

La iglesia papal no abandonará jamás su pretensión a la infalibilidad. Quítense las restricciones que actualmente imponen los gobiernos seculares, y désele al papado su poder de años anteriores, y rápidamente se producirá un reavivamiento de su tiranía y persecución.

Es cierto que hay verdaderos cristianos en la comunidad católica romana. Miles que militan en esa iglesia están sirviendo a Dios de acuerdo con todos los conocimientos que tienen. El Señor considera con tierna piedad a estas almas, educadas en una fe que es engañosa e insatisfactoria. Él hará que rayos de luz penetren en las tinieblas, y muchos todavía tomarán su posición con el pueblo de Dios.

Pero el romanismo como sistema no está más en armonía con el evangelio de Cristo ahora que en cualquier tiempo anterior. La Iglesia Romana está empleando todos los medios posibles para reconquistar el dominio del mundo, para restablecer la persecución y para deshacer todo lo que el protestantismo ha hecho. El catolicismo está ganando terreno por todas partes. Observen el aumento del número de sus iglesias. Vean la popularidad de sus colegios y seminarios, tan ampliamente

¹John L. von Mosheim, *Institutes of Ecclesiastical History* [Fundamentos de historia eclesiástica], lib. 3, siglo II, parte 2, cap. 2, sec. 9, nota 17.

utilizados por los protestantes. Miren el crecimiento del ritualismo en Inglaterra y las frecuentes deserciones hacia las filas católicas.

Transigencias y concesiones

Los protestantes han favorecido al papado, han hecho transigencias y concesiones que los mismos papistas se sorprenden de ver. Los seres humanos están cerrando sus ojos al verdadero carácter del catolicismo. La gente necesita resistir los avances de este adversario peligroso de la libertad civil y religiosa.

Aunque el romanismo se basa en el engaño, no es burdo y tosco. El servicio religioso de la Iglesia Romana es un ceremonial de lo más impresionante. Lo brillante de sus ostentaciones y lo solemne de sus ritos fascinan al pueblo y silencian la voz de la razón y la conciencia. Todo encanta a la vista. Iglesias magníficas, imponentes procesiones, altares de oro, relicarios de joyas, pinturas escogidas y esculturas exquisitas, todo apela al amor y a la belleza. Su música es sin paralelo. Las ricas notas y los graves acordes del órgano que se mezclan con la melodía de muchas voces, que resuenan y repercuten en las altas cúpulas y en las columnas de los pasillos de sus grandes catedrales, impresionan la mente con un sentimiento de asombro y reverencia.

Este esplendor externo y este ceremonial burlan los anhelos del alma enferma de pecado. La religión de Cristo no necesita tales atractivos. La luz que brilla desde la Cruz aparece tan pura y tan amable que ninguna decoración externa puede enaltecer más su verdadero valor.

Los elevados conceptos del arte, los delicados refinamientos del gusto, a menudo son empleados por Satanás para inducir a los seres humanos a olvidar las necesidades del alma y a vivir solo para este mundo presente.

La pompa y la ceremonia del culto católico tienen un poder seductor y cautivante con el cual muchos resultan engañados. Ellos llegan a considerar a la Iglesia Romana como el portal del Cielo. Solo los que afirman sus pies en el fundamento de la verdad, cuyo corazón es renovado por el Espíritu de Dios, se hallan seguros contra su influencia. La forma de piedad, pero sin poder, es lo que las multitudes anhelan.

La pretensión de la iglesia de que tiene el derecho a perdonar pecados conduce al romanista a sentirse en libertad para pecar, y la ordenanza de la confesión tiende a dar licencia para obrar el mal. El que se arrodilla ante un ser humano caído y le abre en la confesión los secretos pensamientos de su corazón está degradando su alma. Al dar a conocer los pecados de su vida a un sacerdote —un mortal pecador— su norma de carácter se rebaja y, en consecuencia, se corrompe. Su pensamiento de Dios se degrada a la semejanza de la humanidad caída, pues el sacerdote aparece como ocupando el lugar de Dios. Esta confesión degradante de individuo a individuo es la fuente secreta de la cual han provenido muchos de los males que contaminan al mundo. Sin embargo, para el que ama la complacencia de sí mismo, es más satisfactorio confesarse a un mortal que abrirle el alma a Dios. Es más agradable para la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado; es más fácil mortificar la carne que crucificar las pasiones pecaminosas.

Una notable similitud

Aunque los judíos al tiempo del primer advenimiento de Cristo pisoteaban la Ley de Dios, externamente eran rigurosos en la observancia de sus preceptos y la recargaban con exigencias que hacían de la obediencia una carga penosa. Así como los judíos profesaban reverenciar la Ley, los romanistas pretenden reverenciar la Cruz.

Colocan cruces en sus iglesias, en sus altares y en sus vestimentas. Por todas partes la insignia de la Cruz es exteriormente honrada y exaltada. Pero las enseñanzas de Cristo son enterradas bajo tradiciones sin sentido y rigurosas imposiciones. Las almas concienzudas son mantenidas con temor a la ira de un Dios ofendido, mientras muchos dignatarios de la iglesia viven en el lujo y el placer sensual.

Satanás siempre se esfuerza en presentar de una manera falsa el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias que tendrá el gran conflicto. Sus engaños dan a las personas licencia para pecar. Al mismo tiempo, él crea un falso concepto de Dios, de manera que se lo considere con temor y odio más bien que con amor. A causa de conceptos pervertidos de los atributos divinos, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurar el favor de la Divinidad. Se han perpetuado horribles crueldades en las diversas formas de idolatría.

La unión del paganismo con el cristianismo

La iglesia romanista, al mezclar el cristianismo y el paganismo y, a semejanza de este, representar en forma falsa el carácter de Dios, ha recurrido a prácticas no menos crueles. Instrumentos de tortura obligaban a la gente a aceptar sus doctrinas. Dignatarios de la iglesia estudiaban para inventar medios con el fin de causar la mayor tortura posible sin terminar con la vida de los que no aceptaban sus pretensiones. En muchos casos, los sufrientes deseaban la muerte como un dulce descanso.

Para sus adherentes, Roma disponía de la disciplina del azote, del hambre y de la austeridad física. Para asegurar el favor del Cielo, enseñaba a los penitentes a evitar o romper los vínculos que Dios ha formado para bendecir y alegrar el peregrinaje terrenal del ser humano. En los cementerios de las iglesias yacen millones de víctimas que pasaron su vida en un vano esfuerzo por reprimir, como ofensivos para Dios, todo pensamiento y sentimiento de simpatía hacia sus semejantes.

Dios no coloca sobre los seres humanos ninguna de estas cargas pesadas. Cristo no ofrece ningún ejemplo para que los hombres o las mujeres se encierren en monasterios con el fin de prepararse para el Cielo. Él nunca ha enseñado que el amor debe ser reprimido.

El Papa pretende ser el vicario de Cristo. Pero ¿se sabe de alguna vez que Cristo haya mandado a las personas a la cárcel porque no le tributaron homenaje como Rey de reyes? ¿Se escuchó su voz condenando a muerte a los que no lo aceptaban?

La Iglesia Romana ahora presenta ante el mundo una cara apacible, y cubre con disculpas su registro de horribles crueldades. Ella se ha puesto ropas como las de Cristo, pero no ha cambiado. Todavía se mantiene todo principio sustentado por

el papado en los siglos pasados. Las doctrinas ideadas en la edad oscura se siguen sosteniendo. El papado que los protestantes ahora honran es el mismo que dominó en los días de la Reforma, cuando los fieles de Dios se le opusieron con peligro de su vida por exponer su iniquidad.

El papado es, precisamente, lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los últimos días (ver 2 Tesalonicenses 2:3, 4). Bajo la apariencia variable del camaleón, oculta el invariable veneno de la serpiente. ¿Será ahora reconocido como parte de la iglesia de Cristo este poder cuya historia fue escrita durante mil años con la sangre de los santos?

Un cambio en el protestantismo

En los países protestantes se sostiene que el catolicismo tiene actualmente menos diferencias con el protestantismo que en los tiempos pasados. Es verdad que ha habido un cambio; pero el cambio no se operó en el papado. El catolicismo se asemeja mucho al protestantismo que ahora existe porque el protestantismo se ha degenerado muchísimo desde los días de los reformadores.

Las iglesias protestantes, al buscar el favor del mundo, creen que es bueno todo lo malo y, como resultado, finalmente creerán que es malo todo lo bueno. Actualmente están, al parecer, disculpándose ante Roma por la opinión poco caritativa que han tenido de ella, y le piden perdón por su “fanatismo”. Muchos insisten en que las tinieblas intelectuales y morales que prevalecían durante la Edad Media favorecían la difusión de las supersticiones y la opresión de Roma, y que el mayor conocimiento que reina en los tiempos modernos y la creciente liberalidad en materia de religión impiden una reedición de la intolerancia. El pensamiento de que un estado tal de cosas como aquellas exista en esta era de luces es puesto en ridículo. Pero debe recordarse que cuanto mayor es la luz concedida, mayores serán las tinieblas de los que la pervierten y rechazan.

Si bien una época de tinieblas intelectuales fue favorable al éxito del papado, le es igualmente propicia una de gran iluminación intelectual. En los siglos pasados, cuando las personas no tenían conocimiento de la verdad, millares eran atrapados al no ver la red que se les tendía a sus pies. En esta generación muchos no se dan cuenta de esa red, y avanzan para caer en ella con tanta facilidad como si tuvieran los ojos vendados. Cuando los seres humanos exaltan sus propias teorías por encima de la Palabra de Dios, la inteligencia puede realizar mayor daño que la ignorancia. Así, la falsa ciencia de la época actual dará éxito a la preparación del camino para la aceptación del papado, como lo dio el ocultamiento del conocimiento en la Edad Oscura.

La observancia del domingo

La observancia del domingo es una costumbre que se originó en la Iglesia Romana y que ésta reclama como señal de su autoridad. El espíritu del papado –de conformidad con las costumbres mundanas, la veneración de las tradiciones humanas por encima de los mandamientos de Dios– se está manifestando en las

iglesias protestantes y las está induciendo a la misma obra de exaltar el domingo que el papado realizó antes.

Edictos reales, concilios generales y ordenanzas eclesiásticas, apoyados por el poder secular, fueron los pasos que dieron lugar a que el festival pagano obtuviera una posición de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que ponía en vigencia la observancia del domingo fue la ley dictada por Constantino. Aunque virtualmente era un estatuto pagano, fue impuesto por el emperador después que él aceptó nominalmente el cristianismo.

Eusebio, un obispo que buscaba el favor de los príncipes, y que era un amigo especial de Constantino, promovió la pretensión de que Cristo había transferido el sábado al domingo. Para probarlo no presentó ningún testimonio de las Escrituras. Eusebio mismo, sin querer, reconoce su falsedad. “Todas las cosas –dice él–, todo lo que era nuestro deber hacer el día sábado, las hemos transferido al domingo, al día del Señor”.²

Al establecerse el papado, la exaltación del domingo continuó. Por un tiempo el séptimo día era todavía considerado como el día de descanso, pero el cambio se fue realizando en forma paulatina. Más tarde, el papado dio instrucciones para que los sacerdotes de las parroquias amonestaran a los transgresores del domingo, con el fin de que no atrajeran alguna gran calamidad sobre sí mismos y sobre sus vecinos.

Dado que los decretos de los concilios resultaron insuficientes, se instó a las autoridades seculares a promulgar un decreto que infundiera terror en el corazón de la gente y la obligase a no trabajar el domingo. En un sínodo realizado en Roma, se reafirmaron todas las decisiones previas y se incorporaron en la ley eclesiástica para que las autoridades civiles las impongan.³

Aun así, la ausencia de autoridad bíblica para la observancia del domingo seguía causando perturbación. La gente preguntaba qué derecho tenían sus maestros de poner a un lado la declaración: “El día séptimo será un día de reposo para honrar al Señor tu Dios”, con el fin de honrar el día del sol. Para suplir la falta de un testimonio bíblico fueron necesarios otros recursos.

Un celoso abogado del domingo, que visitó las iglesias de Inglaterra hacia fines del siglo XII, encontró enorme resistencia de parte de los fieles testigos de la verdad; y sus esfuerzos resultaron tan infructíferos que se fue del país por un tiempo. Cuando regresó, trajo con él un rollo que, según dijo, provenía de Dios mismo, que contenía el mandamiento necesario para la observancia del domingo, con terribles amenazas para asustar a los desobedientes. Se dijo que el precioso documento había caído del Cielo y había sido hallado en Jerusalén sobre el altar de San Simeón, en el Gólgota. Pero, en realidad, provenía del palacio pontificio de Roma. En todos los siglos se han considerado legales y correctos los fraudes y las falsificaciones por parte de la jerarquía papal.

² Robert Cox, *Sabbath Laws and Sabbath Duties* [Leyes y deberes sabáticos], p. 538.

³ Ver Heylyn, *History of the Sabbath* [Historia del sábado], parte 2, cap. 5, sec. 7.

Pero, a pesar de todos los esfuerzos por establecer la santidad del domingo, los papistas mismos han confesado públicamente la autoridad divina del sábado. En el siglo XVI un concilio papal declaró: “Recuerden todos los cristianos que el séptimo día fue consagrado por Dios, y ha sido recibido y observado, no solamente por los judíos, sino por todos los demás que pretenden adorar a Dios; pero nosotros los cristianos hemos cambiado su sábado al día del Señor [domingo]”.⁴ Los que estaban violando la Ley divina no eran ignorantes del carácter de su obra.

Severas penalidades

Un noble ejemplo de la política papal es la larga y sangrienta persecución de los valdenses, no pocos de los cuales observaron el sábado. La historia de las iglesias de Etiopía y Abisinia es especialmente significativa. En medio de las tinieblas de la edad oscura, el mundo perdió de vista y olvidó a los cristianos del África Central, y por muchos siglos estos gozaron de libertad para su fe. Por fin, Roma llegó a conocer su existencia, y el emperador de Abisinia fue seducido para efectuar un reconocimiento del Papa como el vicario de Cristo. Se emitió un edicto que prohibía la observancia del sábado bajo severas penalidades.⁵ Pero la tiranía papal pronto llegó a ser un yugo tan irritante que los abisinios resolvieron quebrantarlo. Los romanistas fueron expulsados de sus dominios y la antigua fe fue restaurada.

Aunque las iglesias cristianas del África guardaban el séptimo día en obediencia al Mandamiento de Dios, se abstendían de trabajar en domingo según la costumbre de la iglesia papal. Roma pisoteó el sábado de Dios para exaltar su propio día de reposo, pero las iglesias del África, ocultas durante casi mil años, no compartieron esta apostasía. Cuando fueron sometidas a Roma, se las obligó a descartar el verdadero día de reposo para exaltar un falso día. Pero tan pronto como volvieron a obtener su independencia, regresaron a la obediencia del cuarto Mandamiento.

Estos registros revelan claramente la enemistad de Roma hacia el verdadero día de reposo y hacia sus defensores. La Palabra de Dios enseña que estas escenas han de repetirse cuando los católicos y los protestantes se unan para la exaltación del domingo.

La bestia con cuernos de cordero

La profecía de Apocalipsis 13 declara que la bestia con cuernos de cordero hará “que la tierra y sus habitantes” adoren al papado, simbolizado por la bestia que “parecía un leopardo”. La bestia de dos cuernos dirá también “a los moradores de la tierra que hagan una imagen de la bestia”. Además, mandará que “todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos” reciban la marca de la bestia (Apocalipsis 13:11-16, NBLA). Los Estados Unidos son el poder representado por la bestia con cuernos de cordero. Esta profecía se cumplirá cuando los Estados

⁴ Thomas Morer, *Discourse in Six Dialogues on the Name, Notion, and Observation of the Lord's Day* [Discurso en seis diálogos sobre el nombre, la idea y la observancia de día del Señor], pp. 281, 282.

⁵ Ver Michael Geddes, *Church History of Ethiopia* [Historia de la iglesia de Etiopía], pp. 311, 312.

Unidos impongan la observancia del domingo, que Roma presenta como un reconocimiento a su supremacía.

“Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada. Y la tierra entera se maravilló y seguía tras la bestia” (Apocalipsis 13:3, NBLA). La herida mortal señala la caída del papado en 1798. Después de esto, dice el profeta, su herida mortal “fue sanada. Y la tierra entera se maravilló y seguía tras la bestia”. Pablo declara que “el hombre de pecado” continuará realizando su obra de engaño hasta el mismo fin del tiempo (2 Tesalonicenses 2:3-8). “A la bestia la adorarán todos los habitantes de la tierra, aquellos cuyos nombres no han sido escritos en el libro de la vida” (Apocalipsis 13:8). Tanto en el Viejo Mundo como en el Nuevo Mundo, el papado recibirá el homenaje que se le tributará por medio del honor que se rinda al día domingo.

Desde mediados del siglo XIX, los estudiosos de la profecía han presentado este testimonio ante el mundo. Ahora se ve un rápido avance hacia el cumplimiento de la predicción. Los maestros protestantes presentan la misma pretensión de autoridad divina para la observancia del domingo y la misma falta de evidencias bíblicas que los dirigentes papales. La aseveración de que los juicios de Dios caen sobre las personas debido a la violación del reposo dominical se repetirá; y ya se está empezando a insistir en ello.

Es asombrosa la astucia de la Iglesia Romana. Ella puede leer el porvenir: que las iglesias protestantes le están rindiendo tributo al aceptar el falso día de reposo, y que se están preparando para imponerlo por los mismos medios que ella empleó en tiempos pasados. No es difícil conjeturar cuán rápidamente acudirán ella en ayuda de los protestantes para hacer esta obra.

La Iglesia Católica es una vasta organización que está bajo el control de la sede papal, y sus millones de adeptos en todos los países están comprometidos en su lealtad al Papa, cualquiera sea su nacionalidad o su gobierno. Aunque juren lealtad al Estado, en el fondo permanece en forma superior el voto de obediencia a Roma.

La historia testifica de los astutos y persistentes esfuerzos de esa iglesia para introducirse en los asuntos de las naciones y, una vez que ha conseguido entrada, para hacer prosperar sus propios fines, aun a costa de la ruina de los príncipes y del pueblo.⁶

Roma se jacta de que nunca cambia. Poco saben los protestantes lo que están haciendo cuando se proponen aceptar la ayuda de Roma en la obra de exaltar el domingo. Mientras ellos tratan de realizar sus propósitos, ésta tiene su mira puesta en el restablecimiento de su poder, para recobrar su pérdida supremacía. Una vez que se establezca el principio de que la Iglesia puede controlar el poder del Estado, de que las observancias religiosas pueden ser impuestas por las leyes seculares —en suma: que la autoridad de la Iglesia y la del Estado han de dominar la conciencia—, el triunfo de Roma resultará asegurado.

⁶ Ver, por ejemplo, John Dowling, *The History of Romanism* [La historia del romanismo], lib. 5, cap. 6, sec. 55; y Mosheim, lib. 3, siglo 11, parte 2, cap. 2, sec. 9, nota 17.

El mundo protestante llegará a saber cuáles son los propósitos de Roma solo cuando sea demasiado tarde para escapar de la trampa. El catolicismo está creciendo silenciosamente en poder. Sus doctrinas están ejerciendo influencia en los recintos legislativos, en las iglesias y en el corazón de las personas. Está fortaleciendo su poder para impulsar sus propios fines cuando llegue el tiempo de dar el golpe. Todo lo que desea es una posición ventajosa. Entonces, todo aquel que crea y obedezca la Palabra de Dios incurrirá en el oprobio y la persecución.

El conflicto inminente

Desde el mismo comienzo de la Gran Controversia en el Cielo, Satanás ha tenido el propósito de destruir la Ley de Dios. Tanto si se descarta totalmente la Ley, como si se rechaza solamente uno de sus preceptos, el resultado será idéntico. El que peca “en un solo punto” manifiesta menosprecio por toda la Ley; su influencia y su ejemplo están del lado de la transgresión; “se hace culpable de todos” (Santiago 2:10).

Satanás ha tratado de pervertir las doctrinas de la Biblia, y así se han incorporado errores en la fe de miles de personas. El último gran conflicto entre la verdad y el error se librará en torno a la Ley de Dios, entre la Biblia y la religión de las fábulas y las tradiciones. Las Sagradas Escrituras están al alcance de todos, pero pocos las aceptan como la guía de la vida. Muchos en la iglesia niegan los pilares fundamentales de la fe cristiana. La Creación, la caída del ser humano, la Expiación y la Ley de Dios son rechazadas, sea en forma total o parcial. Millares consideran como una evidencia de debilidad el tener una total confianza en la Biblia.

Es tan fácil hacer un ídolo de falsas teorías como fabricar uno de madera o de piedra. Al hacer una errónea representación de Dios, Satanás induce a los seres humanos a formar un concepto falso de él. Se entroniza un ídolo filosófico en lugar del Dios viviente tal como él se revela en su Palabra, en Cristo y en las obras de la creación. El Dios de muchos filósofos, poetas, políticos, periodistas –de muchas universidades, y aun de algunas instituciones teológicas– no es mucho mejor que Baal, el dios sol de los fenicios en los días de Elías.

Ningún error golpea más fuertemente contra la autoridad del Cielo, ninguno es más pernicioso en sus resultados, que la doctrina de que la Ley de Dios ya no está en vigencia. Supongamos que algunos predicadores prominentes enseñaran públicamente que los estatutos que gobiernan su país no son obligatorios, y que estos restringen las libertades del pueblo y no deben ser obedecidos. ¿Por cuánto tiempo serían estas personas toleradas en el púlpito?

Sería más consecuente que las naciones abolieran sus leyes, y no que el Gobernante del universo anulara su Ley. El experimento de invalidar la Ley de Dios fue probado en Francia cuando el ateísmo llegó a ser el poder dominante. Se demostró que quitar las restricciones que Dios ha impuesto equivale a aceptar la norma del príncipe del mal.

La destrucción de la Ley de Dios

Los que enseñan al pueblo a considerar livianamente los Mandamientos de Dios siembran desobediencia para cosechar desobediencia. Quítense completamente las restricciones impuestas por la Ley divina, y las leyes humanas serán pronto desobedecidas. Los resultados de destruir los preceptos de Dios serán peores de lo que se anticipa. La propiedad ya no estaría segura. Las personas tomarían las posesiones de sus vecinos por la violencia, y el más fuerte llegaría a ser el más rico. La vida misma no sería respetada. El voto matrimonial dejaría de ser el baluarte de protección de la familia. El que tuviera el poder de hacerlo se apoderaría de la esposa de su vecino por la fuerza. El quinto Mandamiento sería descartado junto con el cuarto. Los hijos no verían ningún motivo para no quitar la vida de sus padres si al hacerlo pudieran obtener el deseo de su corazón corrupto. El mundo civilizado se convertiría en una horda de ladrones y asesinos, y la paz y la felicidad desaparecerían de la Tierra.

Esta doctrina ya ha abierto las compuertas de la iniquidad en el mundo. La ilegalidad y la corrupción lo invaden todo como una ola abrumadora. Aun en los hogares que profesan ser cristianos hay hipocresía, enajenamiento, traición de los cometidos sagrados y corrupción moral. El principio religioso, el fundamento de la vida social, parece algo vacilante que está listo para caer. Viles criminales a veces reciben atenciones como si hubieran obtenido una distinción envidiable. Se da gran publicidad a sus hechos. La prensa publica detalles repugnantes de su proceder, iniciando de esta manera a otros en el fraude, el robo y el homicidio. La obsesión del vicio, la terrible intemperancia y la iniquidad de toda clase debe despertarnos. ¿Qué puede hacerse para detener la marea de maldad?

La intemperancia ha ofuscado a muchos

Los tribunales de justicia están corrompidos. Los gobernantes son movidos por el deseo de ganancia y el amor por los placeres sensuales. La intemperancia ha nublado las percepciones de muchos, de manera que Satanás los domina casi por completo. Los jueces son pervertidos, sobornados, engañados. La ebriedad, la rebelión y la deshonestidad en todas sus formas se hallan presentes entre los que administran las leyes. Ahora que Satanás no puede mantener al mundo dominado por medio del ocultamiento de las Escrituras recurre a otros medios para realizar el mismo objetivo. Destruir la fe en la Biblia es tan eficaz como destruir la Biblia misma.

Así como ocurrió en épocas pasadas, él ha obrado por medio de las iglesias para hacer progresar sus designios. Al combatir verdades impopulares de las Escrituras, ellas adoptan interpretaciones que siembran y esparcen las semillas de la incredulidad. Aferrándose al error papal de la inmortalidad natural y que el ser humano continúa consciente después de haber muerto, rechazan la única defensa contra los engaños del espiritismo. La doctrina del tormento eterno ha inducido a muchos a rechazar la Biblia. Cuando se presentan las exigencias del cuarto Mandamiento, se descubre que se ordena la observancia del séptimo día de la semana; y como única manera de librarse ellos mismos de un deber que no están

dispuestos a realizar, los predicadores populares descartan la Ley de Dios junto con el sábado. A medida que se extienda la reforma del sábado, este rechazo de la Ley divina para evitar el cuarto Mandamiento llegará a ser casi universal. Los dirigentes religiosos abren la puerta a la incredulidad, al espiritismo, a la desobediencia de la Ley de Dios: una terrible responsabilidad por la iniquidad que existe en el mundo cristiano.

Sin embargo, esta misma clase de personas pretende que la obligación de la observancia del domingo mejoraría la condición moral de la sociedad. Uno de los engaños de Satanás es combinar con la falsedad una cantidad suficiente de verdad como para darle credibilidad. Los dirigentes del movimiento del domingo pueden propiciar reformas que la gente necesita defender, principios que estén de acuerdo con la Biblia; aun así, junto con eso colocan un requisito contrario a la Ley de Dios. Por esto los seguidores de Cristo no pueden unirse a ellos. Nada puede justificar el descartar los mandamientos de Dios para colocar en su lugar ordenanzas de seres humanos.

Por medio de los dos grandes errores, la inmortalidad del alma y la santidad del domingo, Satanás colocará al pueblo bajo sus engaños. En tanto que el primer error coloca el fundamento del espiritismo, el último crea un lazo de simpatía con Roma. Los protestantes de los Estados Unidos serán los primeros en extender las manos a través del abismo para tomar la mano del espiritismo; las extenderán sobre el abismo para estrechar la mano del poder romano; y bajo la influencia de esta triple unión, este país [los Estados Unidos] seguirá en los pasos de Roma para pisotear los derechos de conciencia.

El espiritismo imita al cristianismo de nuestros días, y tiene gran poder para engañar. Satanás mismo se ha “convertido”. Aparecerá como ángel de luz. Por medio del espiritismo, se obrarán milagros, los enfermos sanarán y se realizarán innegables maravillas.

Los papistas que se jactan de los milagros como una señal de la iglesia verdadera serán rápidamente engañados por este poder obrador de señales; y los protestantes, habiendo eliminado el escudo de la verdad, también serán entrampados. Los papistas, los protestantes y los mundanos verán en esta unión un gran movimiento para la conversión del mundo.

Por medio del espiritismo, Satanás aparece como un benefactor de la humanidad que sana enfermedades y presenta un nuevo sistema de fe religiosa, pero al mismo tiempo conduce a las multitudes a la ruina. La intemperancia destrona la razón; siguen en su estela la complacencia de los sentidos, la lucha y el derramamiento de sangre. La guerra excita las peores pasiones del alma y envía a la eternidad a sus víctimas sumergidas en el vicio y la sangre. El gran enemigo tiene el plan de incitar a las naciones a la guerra, porque de esta manera puede distraer a la gente de la preparación necesaria para estar en pie en el Día de Dios.

Satanás ha estudiado los secretos de la naturaleza, y él emplea todo su poder para dominar los elementos hasta donde Dios se lo permite. Es Dios quien protege a sus criaturas del destructor. Pero el mundo cristiano ha manifestado desprecio por su

Ley, y el Señor hará lo que declaró que haría: retirar su cuidado protector de los que se rebelan contra su Ley y obligan a otros a hacer lo mismo. Satanás tiene el dominio de todos aquellos a quienes Dios no protege en forma especial. Él favorecerá y prosperará a algunos, con el fin de hacer adelantar sus propios designios; y traerá aflicciones sobre otros, para inducir a las personas a creer que es Dios el que los aflige.

Aunque aparece como un gran médico que puede sanar todas las enfermedades, Satanás traerá enfermedades y desastres hasta que ciudades populosas sean reducidas a la ruina. Mediante accidentes en mar y tierra, grandes guerras, tornados y tormentas de granizo, tempestades, inundaciones, ciclones, maremotos, terremotos y mil otras formas, Satanás está ejerciendo su poder. Destruye la cosecha que madura, y siguen el hambre y la aflicción. Propaga por el aire un veneno mortífero y miles perecen.

Y entonces el gran engañador persuadirá a las personas a culpar de todos estos males a aquellos cuya obediencia a los mandamientos de Dios es una perpetua reprobación para los transgresores. Se declarará que las personas ofenden a Dios por la violación de la observancia del domingo, que este pecado trajo calamidades y que estas no cesarán hasta que la observancia del domingo sea impuesta estrictamente. “Los que destruyen la reverencia del domingo están impidiendo la restauración del favor divino y la prosperidad”. De este modo se repetirá la acusación hecha en la antigüedad contra el siervo de Dios: “Cuando Acab vio a Elías, le dijo: ‘¿Eres tú, el que está trastornando a Israel?’ ” (1 Reyes 18:17).

El poder obrador de milagros ejercerá su influencia contra los que obedecen a Dios antes que a los seres humanos. Los “espíritus” declararán que Dios los ha enviado a convencer de su error a los que rechazan la observancia del domingo. Lamentarán la excesiva maldad en el mundo, y apoyarán el testimonio de los maestros religiosos en el sentido de que el estado de degradación moral es causado por la violación del domingo.

Bajo el gobierno papal, los que sufrían por el evangelio eran denunciados como obradores de maldad que estaban unidos con el maligno. Así ocurrirá ahora. Satanás hará que los que honran la Ley de Dios sean acusados como personas que acarrearán los juicios sobre la Tierra. Mediante el temor trata de dominar la conciencia e inducir a las autoridades religiosas y seculares a imponer leyes humanas en desafío a la Ley de Dios.

Los que honran el sábado bíblico serán denunciados como enemigos de la ley y del orden, que están quebrantando las restricciones morales de la sociedad, causando anarquía y corrupción, y provocando el derramamiento de los juicios de Dios sobre la Tierra. Serán acusados de desobediencia al gobierno. Predicadores que niegan la obligación de cumplir la Ley de Dios presentarán desde el púlpito el deber de obedecer a las autoridades civiles. Los que guardan los mandamientos serán condenados en los tribunales y en las cortes de justicia. Se dará una falsa interpretación a sus palabras; se atribuirán las peores intenciones a sus motivos.

Los dignatarios de la Iglesia y del Estado se unirán para persuadir o para obligar a todos a honrar el domingo. Aun en la libre nación de los Estados Unidos

los gobernantes y legisladores cederán a la demanda popular para dictar una ley que imponga la observancia del domingo. La libertad de conciencia, que ha costado un sacrificio tan grande, no será ya respetada. En el conflicto inminente veremos ejemplificadas las palabras del profeta: “Entonces el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el resto de sus descendientes, los cuales obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles al testimonio de Jesús” (Apocalipsis 12:17).

Nuestra única protección

Al pueblo de Dios se le indica que busque en las Escrituras su protección contra los falsos maestros y los espíritus de las tinieblas. Satanás emplea todo medio posible para impedir que las personas obtengan el conocimiento de la Biblia. En cada avivamiento de la obra de Dios, se despierta para actuar más intensamente. Pronto se desplegará ante nosotros una lucha final contra Cristo y sus seguidores. La falsificación se asemejará tanto a la verdad que será imposible distinguir entre las dos cosas, a no ser con la ayuda de las Escrituras.

Los que se empeñan en obedecer todos los mandamientos de Dios serán objeto de oposición y burla. Para soportar la prueba deben entender la verdad de Dios tal como está revelada en su Palabra. Solo pueden honrarlo de acuerdo con el concepto correcto que tengan del carácter, el gobierno y los propósitos divinos. Tan solo los que han fortalecido su mente con las verdades de la Biblia permanecerán de pie en el último gran conflicto.

Antes de su crucifixión, el Salvador explicó a sus discípulos que lo matarían y que resucitaría. Hubo ángeles presentes para grabar sus palabras en las mentes y los corazones. Pero las palabras fueron desterradas de la mente de los discípulos. Cuando llegó la prueba, la muerte de Jesús destruyó las esperanzas de estos tan completamente como si no los hubiera advertido de antemano. Así también, en las profecías, el futuro está abierto ante nosotros tan claramente como lo presentó Cristo ante los discípulos.

Cuando Dios envía advertencias exige que cada persona con uso de razón preste atención al mensaje. Los terribles juicios contra el culto a la bestia y su imagen (Apocalipsis 14:9-11) deben inducir a todos a enterarse de lo que es la marca de la bestia y cómo evitar recibirla. Pero las masas del pueblo no quieren la verdad bíblica porque se opone a los deseos del corazón carnal. Satanás proporciona los engaños que aman.

Pero Dios tendrá un pueblo que se aferrará a la Biblia, y únicamente a la Biblia, como la norma de toda doctrina y la base de todas las reformas. Las opiniones de los sabios, las deducciones de la ciencia, las decisiones de los concilios eclesiásticos, la voz de la mayoría; ninguna de estas cosas debe ser considerada como evidencia a favor o en contra de alguna doctrina. Debemos exigir un claro "Así dice el Señor". Satanás induce a la gente a mirar a los pastores y a los profesores de teología como su guía, en lugar de investigar las Escrituras por sí mismos. Al controlar a estos dirigentes, él puede manejar a las multitudes.

Cuando Cristo vino, el pueblo común lo escuchaba con alegría. Pero los principales de los sacerdotes y los dirigentes se encajonaron en sus prejuicios; rechazaron la evidencia de su condición de Mesías. “¿Cómo es que nuestros gobernantes y sabios escribas no creen en Jesús?”, preguntaba la gente. Tales maestros condujeron a la nación judía a rechazar a su Redentor.

La exaltación de la autoridad humana

Cristo vio proféticamente la obra de exaltación de la autoridad humana para regir la conciencia, la cual ha sido una maldición terrible en todas las edades. Sus advertencias a no seguir a los dirigentes ciegos fueron incorporadas en los registros bíblicos como una amonestación para las futuras generaciones.

La Iglesia Romana les reserva a los clérigos el derecho de interpretar la Biblia. Aunque la Reforma proporcionó las Escrituras a todos, el mismo principio que Roma mantuvo impide que multitudes en las iglesias protestantes investiguen la Biblia por sí mismos. Se les instruye a aceptar las enseñanzas tales como las interpreta la iglesia. Millares de personas no se atreven a recibir nada, por claro que resulte en la Biblia, que sea contrario a su credo.

Muchos están listos a encomendar sus almas al clero. Pasan casi completamente por alto las enseñanzas del Salvador. Pero, ¿son infalibles los dirigentes religiosos? ¿Cómo podemos confiar en su dirección espiritual a menos que sepamos por la Palabra de Dios que ellos son los portadores de luz? La falta de valor moral conduce a muchos a seguir a personas eruditas, y quedan irremediabilmente atrapados en el error. Ven en la Biblia la verdad para este tiempo y sienten el poder del Espíritu Santo acompañando su proclamación; sin embargo, le permiten al clero desviarlos de la luz.

Satanás se asegura multitudes atándolas con las cuerdas de seda del afecto a los que son enemigos de la Cruz de Cristo. Este vínculo puede ser el de padres, hijos, esposos o meramente un vínculo social. Las almas que están bajo su dominio no tienen el valor de obedecer sus convicciones del deber.

Muchos pretenden que no importa lo que uno crea, con tal que su vida sea recta. Pero la vida es modelada por la fe. Si la verdad está a nuestro alcance y la descuidamos, en realidad la estamos rechazando, eligiendo las tinieblas antes que la luz.

La ignorancia no es excusa para el error o el pecado cuando existen todas las oportunidades para conocer la voluntad de Dios. Una persona que viaja llega a un lugar desde donde salen distintos caminos y donde hay postes que indican adónde conduce cada uno de ellos. Si la persona no presta atención a las señales y toma cualquier camino que le parezca correcto, puede ser sincera, pero con toda probabilidad se hallará en algún camino equivocado.

El primero y el más alto de los deberes

No es suficiente tener buenas intenciones, hacer lo que uno piensa que es correcto o lo que el ministro le diga que está bien. Uno debe investigar las Escrituras por sí mismo. Tenemos un mapa que contiene todas las indicaciones para el viaje al Cielo, y no necesitamos estar adivinando.

El primero y el más alto de los deberes de todo ser racional es aprender de las Escrituras lo que es verdad, y entonces andar de acuerdo con el conocimiento que tiene y animar a otros a seguir su ejemplo. Debemos formar nuestras opiniones por nosotros mismos, siendo que por nosotros mismos hemos de responder delante de Dios.

Personas instruidas, con la pretensión de tener una gran sabiduría, enseñan que las Escrituras tienen un significado secreto y espiritual que no resulta claro en el lenguaje empleado. Estas personas son falsos maestros. El lenguaje de la Biblia debe explicarse de acuerdo con su sentido obvio, a menos que se emplee un símbolo o una figura. Si los seres humanos solo tomaran la Biblia tal como se lee, se realizaría una obra que traería a las filas del cristianismo a millares y millares que ahora andan extraviados en el error.

Muchos pasajes de las Escrituras –que personas instruidas pasan por alto sin darles importancia– se hallan llenos de consuelo para el que ha sido enseñado en la escuela de Cristo. La comprensión de la verdad bíblica depende no tanto del poder del intelecto que se empeña en la investigación, como de la sencillez de propósito y el anhelo ferviente de lograr justicia.

Resultados del descuido en la oración y el estudio de la Biblia

Nunca se debería estudiar la Biblia sin oración. El Espíritu Santo es el único que puede hacernos sentir la importancia de las cosas que son fáciles de entender, o impedir que torzamos las verdades difíciles. Los ángeles celestiales preparan nuestro corazón para que comprendamos la Palabra de Dios. Seremos cautivados por su belleza y fortalecidos por sus promesas. Las tentaciones a menudo parecen irresistibles porque la persona probada no puede recordar rápidamente las promesas de Dios y hacer frente a Satanás con las armas de las Escrituras. Pero los ángeles se hallan junto a los que están deseosos de aprender, y ellos traerán a su recuerdo las verdades que se necesitan.

“El Espíritu Santo [...] les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho” (S. Juan 14:26). Pero las enseñanzas de Cristo deben haber sido previamente almacenadas en la mente para que el Espíritu de Dios las refresque en nuestra memoria en tiempos de peligro.

El destino de innumerables multitudes de la Tierra está por decidirse. Todo seguidor de Cristo debe preguntarse fervientemente: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6, RVC). Debemos buscar ahora una experiencia profunda y viviente en las cosas de Dios. No tenemos que perder un solo momento. Estamos en el terreno hechizado de Satanás. ¡No se duerman, centinelas de Dios!

Muchos se felicitan por los malos actos que no cometen. Pero no es suficiente que sean árboles en el huerto de Dios. Han de llevar frutos. En los libros del Cielo están anotados como estorbos en el terreno. Sin embargo, el corazón de Dios, lleno de amor paciente, todavía suplica a aquellos que han menospreciado la misericordia divina y han abusado de su gracia.

En el verano no existe una diferencia notable entre los árboles de hojas perennes y los que las dejan caer; pero cuando llegan las ráfagas del invierno, los de hojas perennes permanecen, en tanto que los demás árboles pierden su follaje. Dejen que se levante la oposición y que reine la intolerancia, dejen que se encienda la persecución, y los tibios e hipócritas cederán en su fe; pero los verdaderos cristianos permanecerán firmes, con su fe más fuerte y su esperanza más brillante que en los días de prosperidad.

“Será como un árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces hacia la corriente; no teme que llegue el calor, y sus hojas están siempre verdes. En época de sequía no se angustia, y nunca deja de dar fruto” (Jeremías 17:8).

El mensaje final de Dios

“**D**espués de esto vi a otro ángel que bajaba del cielo. Tenía mucho poder, y la tierra se iluminó con su resplandor. Gritó a gran voz: ¡Ha caído! ¡Ha caído la gran Babilonia! Se ha convertido en morada de demonios y en guarida de todo espíritu maligno, en nido de toda ave impura y detestable. [...] Luego oí otra voz del cielo que decía: Salgan de ella, pueblo mío, para que no sean cómplices de sus pecados, ni los alcance ninguna de sus plagas” (Apocalipsis 18:1-4).

El anuncio hecho por el segundo ángel de Apocalipsis 14 (vers. 8) ha de ser repetido, con la mención adicional de las corrupciones que han estado entrando en Babilonia desde que el mensaje fuera dado por primera vez.

Aquí se describe una terrible condición. Cada vez que se rechaza la verdad, la mente de las personas se oscurece; el corazón se vuelve más empecinado. Continuarán pisoteando los preceptos del Decálogo hasta que lleguen al punto de perseguir a los que los consideran sagrados. Se menosprecia a Cristo cuando se manifiesta desprecio hacia su Palabra y su pueblo.

El profesar ser religioso llegará a ser un manto para ocultar las más bajas iniquidades. La creencia en el espiritismo abre la puerta a doctrinas de demonios, y así la influencia de los malos ángeles se sentirá en las iglesias. Las iglesias apóstatas, designadas como Babilonia en la Biblia, han llenado la medida de su culpa, y la destrucción está por caer.

Pero Dios todavía tiene un pueblo en Babilonia, y los fieles deben ser llamados a salir de ella para que no participen de sus pecados “ni los alcance ninguna de sus plagas”. Un ángel descendiende del Cielo para iluminar la Tierra con su gloria y anunciar los pecados de Babilonia. Se oye el llamamiento: “Salgan de ella, pueblo mío”. Estos anuncios constituyen la advertencia final que ha de ser dada a los habitantes del mundo.

Los poderes de la Tierra, al unirse en guerra contra los mandamientos de Dios, decretarán que todos, “grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos” (Apocalipsis 13:16) tengan que practicar las costumbres de la Iglesia en la observancia de un falso día de reposo. Todos los que rehúsen hacerlo serán finalmente declarados culpables de muerte. Por el otro lado, la Ley de Dios, que proclama el día de descanso del Creador, amenaza con la ira divina a todos los que violan sus preceptos.

Cuando el asunto sea presentado de esta manera clara ante las personas, todo aquel que pisotee la Ley de Dios para obedecer un edicto humano recibirá la marca de la bestia, la señal de lealtad al poder que él elige obedecer en lugar de Dios.

“Si alguien adora a la bestia y a su imagen, y se deja poner en la frente o en la mano la marca de la bestia, beberá también el vino del furor de Dios, que en la copa de su ira está puro, no diluido” (Apocalipsis 14:9, 10).

Nadie sufre la ira de Dios antes que la verdad haya sido presentada a su mente y a su conciencia y haya sido rechazada. Muchos jamás han tenido la oportunidad de escuchar las verdades especiales para este tiempo. El que lee todos los corazones no permitirá que ninguno de los que deseen conocer la verdad sea engañado en cuanto al punto principal de la controversia. Todos han de tener luz suficiente para tomar una decisión inteligente.

La gran prueba de lealtad

El sábado, la gran prueba de lealtad, es la verdad especialmente controvertida. En tanto que la observancia del falso día de reposo es una muestra de lealtad a un poder opuesto a Dios, la observancia del verdadero sábado es una evidencia de lealtad al Creador. Mientras una clase recibe la marca de la bestia, la otra recibe el sello de Dios.

Las predicciones de que la intolerancia religiosa dominará otra vez, que la Iglesia y el Estado perseguirán a los que guardan los mandamientos de Dios, han sido declaradas sin fundamento y absurdas. Pero a medida que la observancia del domingo se va discutiendo ampliamente, se percibe que el acontecimiento que por tanto tiempo se ha puesto en duda se está acercando, y el mensaje producirá un efecto que no podría haber tenido antes.

En toda generación Dios ha enviado a sus siervos a reprender el pecado en el mundo y en la Iglesia. Muchos reformadores, al iniciar su obra, se propusieron ejercer gran prudencia en atacar los pecados de la Iglesia y la nación. Esperaban conducir al pueblo de vuelta al estudio de la Biblia por medio del ejemplo de una vida pura y cristiana. Pero el Espíritu de Dios vino sobre ellos; sin temer las consecuencias, no podían dejar de predicar las claras doctrinas de la Biblia.

Así será proclamado el mensaje. El Señor obrará mediante instrumentos humildes que se consagren a su servicio. Los obreros serán calificados más bien por la unción del Espíritu Santo que por la educación recibida en instituciones de enseñanza. Habrá personas que se sentirán impulsadas a salir con santo celo para declarar las palabras que Dios les dé. Se revelarán los pecados de Babilonia. El pueblo será conmovido. Miles de personas jamás han escuchado palabras semejantes. Babilonia es la Iglesia, caída por sus pecados, debido a su rechazo de la verdad. Cuando la gente vaya a ver a sus maestros con la pregunta: “¿Son estas cosas así?”, los ministros recurrirán a las fábulas para aquietar la conciencia despertada. Pero como muchos demandarán un sencillo “Así dice el Señor”, los ministros populares inducirán a las multitudes amantes del pecado a perseguir y burlarse de aquellos que proclaman la verdad.

El clero hará esfuerzos casi sobrehumanos para quitar la luz, y para suprimir la discusión de estas cuestiones vitales. La Iglesia apelará al brazo poderoso del poder civil y, en esta obra, los papistas y los protestantes se unirán. A medida que

el movimiento en favor de la imposición del descanso dominical se vuelva más atrevido, los que observan los mandamientos serán amenazados con multas y prisión. A algunos se les ofrecerán posiciones de influencia y a otros recompensas para que renuncien a su fe. Pero su respuesta será: “Muéstrennos nuestro error por medio de la Palabra de Dios”. Los que comparezcan ante los tribunales presentarán una poderosa defensa de la verdad, y algunos de los que los escuchen serán inducidos a tomar la decisión de guardar los mandamientos de Dios. Hay millares que de otra manera no sabrían nada acerca de estas verdades.

La obediencia a Dios será tratada como rebelión. Los padres emplearán severidad para con sus hijos creyentes. Los hijos serán desheredados y echados del hogar. “Así mismo serán perseguidos todos los que quieran llevar una vida piadosa en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:12). Cuando los defensores de la verdad rehúsen honrar el domingo, algunos serán arrojados a la cárcel, otros serán exiliados y algunos serán tratados como esclavos. Cuando el Espíritu de Dios sea retirado de los seres humanos, se producirán sucesos extraños. El corazón puede llegar a ser muy cruel cuando el temor y el amor de Dios desaparecen del mundo.

La tormenta se aproxima

A medida que la tormenta se aproxima, una clase numerosa de personas que han profesado tener fe en el mensaje del tercer ángel, pero que no han sido santificadas por la obediencia a la verdad, abandona su lealtad y se une a la oposición. Al unirse con el mundo han llegado a considerar las cosas casi de la misma manera que este, y eligen el lado más popular. Personas que una vez se regocijaron en la verdad emplean sus talentos y su agradable lenguaje para desviar a las almas. Llegan a ser enemigas implacables de quienes antes eran sus hermanos. Estos apóstatas son eficientes agentes de Satanás para calumniar y acusar a los observadores del sábado e instigan a los gobernantes en su contra.

Los siervos de Dios han dado la amonestación. El Espíritu de Dios los ha impulsado. No han consultado sus intereses temporales, ni han tratado de preservar su reputación o su vida. La obra parece sobrepasar grandemente a su capacidad de realizarla. Sin embargo, no pueden volverse atrás. Sintiendo su impotencia, recurren al Todopoderoso en busca de fuerza.

Diferentes períodos de la historia se destacan por el desarrollo de alguna verdad especial, adaptada a las necesidades del pueblo de Dios de ese tiempo. Toda nueva verdad ha tenido que abrirse paso frente a la oposición. Los embajadores de Cristo deben realizar su deber y dejar con Dios los resultados.

La oposición aumenta

La oposición se eleva a niveles feroces; los siervos de Dios se hallan de nuevo perplejos, pues parece que ellos han provocado la crisis. Pero su conciencia y la Palabra de Dios les aseguran que su conducta es correcta. Su fe y su valor se acrecientan con la emergencia. Su testimonio es: “Cristo ha vencido los poderes de la Tierra, y ¿estaremos temerosos frente a un mundo ya conquistado?”

Nadie puede servir a Dios sin despertar la oposición de las huestes de las tinieblas. Los malos ángeles los asaltan, alarmados de que su influencia les arrebathe la presa de sus manos. Las personas perversas tratan de separarlos de Dios con tentaciones seductoras. Cuando estas no tienen éxito, se emplea la fuerza para dominar la conciencia.

Pero mientras Jesús permanezca como intercesor de la humanidad en el Santuario celestial, los gobernantes y el pueblo siguen sintiendo la influencia restrictiva del Espíritu Santo. Aun cuando muchos de nuestros gobernantes son activos agentes de Satanás, Dios también tiene sus representantes entre los dirigentes de la nación. Unos pocos seres humanos mantendrán en jaque una poderosa corriente del mal. La oposición de los enemigos de la verdad será restringida con el fin de que el mensaje del tercer ángel realice su obra. La amonestación final llamará la atención de estos dirigentes, y algunos la aceptarán y echarán su suerte con el pueblo de Dios durante el tiempo de angustia.

La lluvia tardía y el fuerte pregón

El ángel que se une con el tercer ángel ha de alumbrar a toda la Tierra con su gloria. El mensaje del primer ángel fue llevado a cada estación misionera del mundo, y en algunos países se presenció el mayor interés religioso desde la Reforma. Pero esto ha de ser sobrepasado por la última amonestación del tercer ángel.

La obra será similar a la del Día de Pentecostés. Se produjo “la lluvia temprana” en ocasión del comienzo de la predicación evangélica para producir los primeros brotes de la preciosa semilla; de la misma manera, la “lluvia tardía” será dada al final de la proclamación para madurar la cosecha (ver Oseas 6:3; Joel 2:23). La gran obra del evangelio no había de finalizar con una manifestación menor del poder de Dios que la que señaló su comienzo. Las profecías que se cumplieron en el derramamiento de la primera lluvia al comienzo del evangelio han de volver a cumplirse en la lluvia tardía de su terminación. Estos son los “tiempos de refrigerio” mencionados por el apóstol Pedro: (Hechos 3:19, 20, RV60).

Servios de Dios, con sus rostros iluminados por su santa consagración, se apresurarán de lugar en lugar para proclamar el mensaje del Cielo. Seguirán milagros, y los enfermos sanarán. Satanás también obrará con milagros mentirosos, aun haciendo caer fuego del Cielo (Apocalipsis 13:13). Así los habitantes de la Tierra serán llevados a tomar su decisión.

El mensaje avanzará no tanto mediante argumentos sino sobre la base de la profunda convicción obrada por el Espíritu de Dios. Los argumentos han sido presentados, las publicaciones han ejercido su influencia; sin embargo, muchos se han visto impedidos de comprender en forma plena la verdad. Ahora la verdad aparece en toda su claridad. Los vínculos familiares, las relaciones con la Iglesia, son impotentes para detener a los sinceros hijos de Dios. A pesar de las fuerzas combinadas contra la verdad, un gran número de personas tomará su lugar en las filas del Señor.

El tiempo de angustia

“Entonces se levantará Miguel, el gran príncipe protector de tu pueblo. Habrá un período de angustia, como no lo ha habido jamás desde que las naciones existen. Serán salvados los de tu pueblo, cuyo nombre se halla anotado en el libro” (Daniel 12:1).

Cuando finalice el mensaje del tercer ángel, el pueblo de Dios habrá realizado su tarea. Habrá recibido “la lluvia tardía” y estará preparado para la hora de prueba que tiene delante. Se habrá producido la prueba final para el mundo, y todos los que demostraron ser leales a los preceptos divinos habrán recibido “el sello del Dios vivo”. Entonces Jesús deja de interceder en el Santuario celestial y dice en alta voz: “Ya todo está hecho”. “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía” (Apocalipsis 22:11). Cristo ha hecho la expiación en favor de su pueblo y ha borrado los pecados de sus hijos. “La majestad y el poder y la grandeza de los reinos” (Daniel 7:27) están por ser dados a los herederos de la salvación, y Jesús ha de reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando él abandona el Santuario, las tinieblas cubren a los habitantes de la Tierra. Los justos deben vivir a la vista de un Dios santo sin intercesor. Desaparecen las restricciones con respecto a los impíos, y Satanás tiene un dominio total de los impenitentes. El Espíritu de Dios por fin se ha retirado. Entonces Satanás arrojará a los habitantes de la Tierra en una angustia grande y final. Los ángeles de Dios dejan de mantener en jaque los vientos furiosos de las pasiones humanas. Todo el mundo se verá envuelto en una ruina más terrible que la que le sobrevino a Jerusalén en la antigüedad. Están ahora listas las fuerzas que solo esperan el permiso divino para esparcir la desolación por doquier.

Los que honran la Ley de Dios serán considerados como la causa de la terrible lucha y el derramamiento de sangre que llena la Tierra de desgracia. El poder que acompaña a la última amonestación ha enfurecido a los malvados, y Satanás despertará el espíritu de odio y persecución contra todos los que han recibido el mensaje.

Cuando la presencia de Dios se retiró de la nación judía, los sacerdotes y el pueblo aún se consideraban los escogidos de Dios. Los servicios del Templo continuaban; la bendición divina se invocaba diariamente sobre un pueblo culpable de la sangre del Hijo de Dios. De manera que, cuando la decisión irrevocable del Santuario haya sido pronunciada y el destino del mundo haya quedado fijado para siempre, los habitantes de la Tierra no lo sabrán. Las formas de

religión continuarán siendo practicadas por un pueblo del cual se ha retirado el Espíritu de Dios; el príncipe del mal los inspirará para que cumplan sus designios malignos.

A medida que el sábado llegue a ser el punto especial de controversia en toda la cristiandad, se insistirá en que los pocos que se oponen a la Iglesia y al Estado no deben ser tolerados, y que es mejor que sufran ellos y no que todas las naciones sean envueltas en la confusión y la violencia. El mismo argumento se presentó contra Cristo. “Les conviene más que muera un solo hombre por el pueblo, y no que perezca toda la nación” (S. Juan 11:50). Este argumento parecerá ser concluyente; finalmente se emitirá un decreto contra todos los que santifican el sábado del cuarto Mandamiento, denunciándolos y dando al pueblo la libertad, después de cierto tiempo, de darles muerte. Como el romanismo en el mundo antiguo, el protestantismo apóstata en el Nuevo Mundo seguirá la misma conducta. El pueblo de Dios se verá envuelto entonces en las escenas de angustia descritas como el “tiempo de la angustia de Jacob” (ver Jeremías 30:5-7 y Génesis 32:24-30).

El tiempo de la angustia de Jacob

A causa del engaño practicado para asegurarse la bendición que su padre había destinado para Esaú, Jacob había huido, alarmado por las amenazas mortales de su hermano. Después de permanecer por muchos años en el exilio, se había preparado para regresar a su país natal. Al llegar a sus fronteras, se llenó de terror por las noticias de la aproximación de Esaú, con la indudable intención de vengarse. La única esperanza de Jacob residía en la misericordia de Dios; su única defensa debía ser la oración.

A solas con Dios, Jacob confesó su pecado con profunda humillación. Su vida había llegado a una crisis. En la oscuridad continuaba orando. Repentinamente, una mano se apoya sobre su hombro. Pensó que un enemigo estaba tratando de quitarle la vida. Con toda la energía de la desesperación luchó con su asaltante. Cuando empezó a clarear el alba, el desconocido reveló su poder sobrenatural. Jacob pareció paralizado y cayó, indefenso, como un suplicante lloroso, sobre el cuello de su misterioso antagonista. Entonces se dio cuenta de que era el ángel del pacto la persona contra la cual había estado luchando. Durante mucho tiempo, había padecido remordimientos por causa de su pecado; ahora debía tener la seguridad de que había sido perdonado. El Ángel lo insta: “¡Suéltame, que ya está por amanecer!” Pero el patriarca exclamó: “¡No te soltaré hasta que me bendigas!” Jacob confesó su debilidad e indignidad y, sin embargo, confió en la misericordia de un Dios que guarda el pacto. Mediante el arrepentimiento y la entrega del yo, este mortal pecador prevaleció sobre la Majestad del Cielo.

Satanás había acusado a Jacob ante Dios por su pecado y había inducido a Esaú a marchar en contra de él. Durante la noche que el patriarca estuvo luchando, Satanás trató de desanimarlo y quebrantar su confianza en Dios. Casi fue inducido a desesperar; pero él ya se había arrepentido sinceramente de su pecado y se aferró al ángel, e insistió en su petición con fervientes clamores hasta que prevaleció.

Así como Satanás acusó a Jacob, también insistirá en sus acusaciones contra el pueblo de Dios, pero la compañía de los que guardan los mandamientos de Dios resiste su supremacía. Él ve que santos ángeles los protegen, e infiere que sus pecados han sido perdonados. Tiene conocimiento exacto de los pecados que los indujo a cometer, y declara que el Señor no puede con justicia perdonarlos y al mismo tiempo destruirlos a él y a sus ángeles. Demanda que le sean entregados en sus manos para destruirlos.

El Señor le permite probarlos hasta un grado extremo. La confianza que ellos han depositado en Dios –su fe– será severamente probada. Satanás trata de aterrozarlos. Espera así aniquilar su fe, hacerlos ceder a sus tentaciones y apartarlos de su lealtad a Dios.

La angustia de que Dios sea vituperado

Sin embargo, la angustia que los hijos de Dios sufren no es el terror a la persecución. Lo que temen es que, a causa de alguna falta cometida por ellos, dejen de recibir el cumplimiento de la promesa del Salvador: “Yo [...] te guardaré de la hora de tentación, que vendrá sobre el mundo entero” (Apocalipsis 3:10). Si ellos resultaran ser indignos por causa de sus propios defectos de carácter, el nombre santo de Dios resultaría vituperado.

Señalan el arrepentimiento de sus muchos pecados, que experimentaron en el pasado, y oran por el cumplimiento de la promesa del Salvador: “Vuelvan a mí en busca de ayuda. Que se reconcilien conmigo; sí, que se reconcilien conmigo” (Isaías 27:5, NTV). Aunque sufren angustia y aflicción, no cesan en su intercesión. Se aferran de la mano de Dios como Jacob se aferró del ángel; y el lenguaje de su alma es: “¡No te soltaré hasta que me bendigas!”

Los pecados perdonados

En el tiempo de angustia, si los hijos de Dios tuvieran pecados no confesados, que aparecieran ante ellos mientras el temor y la angustia los torturan, serían abrumados. La desesperación haría desaparecer su fe, y no podrían suplicar a Dios que los libere. Pero no tienen males ocultos que revelar. Sus pecados han sido traídos previamente a juicio y han sido borrados, y no pueden recordarlos.

El Señor mostró en su trato con Jacob que de ninguna manera tolerará el mal. Todos los que se excusan u ocultan sus pecados y permiten que permanezcan en los libros del Cielo sin confesarlos y sin que sean perdonados serán vencidos por Satanás. Cuanto más honorable sea la posición que ocupen, tanto más seguro será el triunfo de su adversario. Los que posponen su preparación no la podrán obtener en el tiempo de angustia ni en ningún tiempo subsiguiente. El caso de todos los tales es desesperado.

La historia de Jacob es también una seguridad de que Dios no desechará a quienes, traicionados para caer en el pecado, han vuelto a Dios con sincero arrepentimiento. El Señor enviará ángeles para consolarlos en tiempos de peligro. El ojo del Señor está sobre su pueblo. Aunque pareciera que las llamas del horno están por consumirlos, el Refinador los sacará como oro probado en fuego.

Una fe que soporta la prueba

El tiempo de congoja y angustia que está delante de nosotros requiere una fe que soporte el cansancio, la demora y el hambre, una fe que no falte por severa que sea la prueba. La victoria de Jacob es una evidencia del poder de la oración insistente. Todos los que se aferran a las promesas de Dios, como lo hizo Jacob, tendrán el mismo éxito que él obtuvo. ¡Luchar con Dios! ¡Cuán pocos saben lo que esto significa! Cuando las olas de la desesperación envuelven al suplicante, ¡Cuán pocos se aferran con fe a las promesas de Dios!

Los que ejercen solo poca fe ahora se hallan en el mayor peligro de fallar bajo los engaños del poder satánico. Y aun cuando soporten la prueba, se verán envueltos en una congoja mayor en el tiempo de angustia, ya que nunca aprendieron a confiar en Dios como un hábito. Ahora deben comprobar la seguridad de sus promesas.

A menudo se anticipa una dificultad mayor que la realidad, pero esto no es cierto con respecto a la crisis que nos espera. La presentación más vívida no puede alcanzar la magnitud que tendrá la prueba. En ese tiempo cada alma necesitará mantenerse en pie por sí misma delante de Dios.

Ahora, mientras nuestro Sumo Sacerdote está haciendo intercesión por nosotros, debemos tratar de llegar a ser perfectos en Cristo. Ni siquiera en pensamiento pudo nuestro Salvador ser inducido a ceder al poder de la tentación. Satanás halla en los corazones humanos algún punto en el cual puede afianzarse; algún deseo pecaminoso es acariciado, por medio del cual sus tentaciones afirman su poder. Pero Cristo declaró de sí mismo: “Viene el príncipe de este mundo. Él no tiene ningún dominio sobre mí” (S. Juan 14:30). Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiera obtener la victoria. No había ningún pecado en él que Satanás pudiera emplear para su ventaja. Esta es la condición en que deben hallarse los que permanezcan firmes en el tiempo de angustia.

Es en esta vida cuando debemos separarnos del pecado, por medio de la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro precioso Salvador nos invita a unirnos a él, a unir nuestra debilidad con su fuerza, nuestra indignidad con sus méritos. A nosotros nos corresponde cooperar con el Cielo en la obra de formar nuestros caracteres según el modelo divino.

Pronto aparecerán en los cielos, como una demostración del poder de los demonios obradores de milagros, señales terribles de carácter sobrenatural. Espíritus de demonios “irán a los reyes de la tierra”, en todo el mundo, para instarlos a unirse con Satanás en su última batalla contra el gobierno del Cielo. Surgirán personas que pretendan ser Cristo mismo. Ellas realizarán milagros de sanación y profesarán tener revelaciones del Cielo que contradigan las Escrituras.

El acto culminante

Como acto culminante en el gran drama de engaño, Satanás mismo se hará pasar por Cristo. Por largo tiempo la iglesia ha esperado el advenimiento del Salvador como la consumación de sus esperanzas. Entonces el gran engañador hará

aparecer como que Cristo ha venido. Satanás se manifestará como un ser majestuoso de brillo deslumbrante, imitando la descripción del Hijo de Dios que hay en el Apocalipsis (Apocalipsis 1:13-15).

La gloria que lo rodea superará todo lo que los ojos mortales hayan observado alguna vez. Resuenan los clamores de triunfo: “¡Cristo ha venido!” El pueblo se postra delante de él. Él levanta sus manos y los bendice. Su voz es suave, y a la vez llena de melodía. En tonos compasivos presenta alguna de las verdades celestiales que pronunció el Salvador. Sana a los enfermos, y entonces, en su presunto carácter de Cristo, asevera haber cambiado el reposo del sábado al domingo. Declara que los que observan el séptimo día están blasfemando su nombre. Este es el engaño poderoso, casi irresistible. Multitudes prestan atención a estos actos de magia, y dicen: este es “el gran poder de Dios” (Hechos 8:10, RVC).

El pueblo de Dios no resulta engañado

Pero el pueblo de Dios no resulta engañado. Las enseñanzas de este falso Cristo no están de acuerdo con las Escrituras. Él pronuncia su bendición sobre los adoradores de la bestia y de su imagen, precisamente sobre la clase que, según declara la Biblia, recibirá la ira de Dios sin mezcla de misericordia.

Además, a Satanás no se le permite falsificar la forma en que se producirá el advenimiento de Cristo. El Salvador ha advertido a su pueblo contra el engaño en este punto. “Surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes señales y milagros para engañar, de ser posible, aun a los elegidos. [...] Por eso, si les dicen: ‘¡Miren que está en el desierto!’, no salgan; o: ‘¡Miren que está en la casa!’, no lo crean. Porque así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre” (S. Mateo 24:24-27; ver también S. Mateo 25:31; Apocalipsis 1:7; 1 Tesalonicenses 4:16, 17). No existe posibilidad alguna de falsificar esta venida, pues será presenciada por el mundo entero.

Tan solo los diligentes estudiosos de las Escrituras, quienes han recibido el amor de la verdad, se hallarán escudados contra el poderoso engaño que cautiva al mundo. Por medio del testimonio de la Biblia, estos descubrirán al engañador detrás de su disfraz. ¿Están los hijos de Dios hoy tan firmemente establecidos en la Palabra como para no ceder a la evidencia de sus propios sentidos? En una crisis semejante, ¿se aferrarán ellos a la Biblia, y a la Biblia solamente?

Cuando el decreto emitido por los diversos gobiernos de la cristiandad contra los que guardan los mandamientos de Dios suspenda la protección del Estado y los abandone a merced de aquellos que desean su destrucción, los hijos de Dios huirán de las ciudades y las aldeas y se asociarán en grupos para habitar en los lugares más desolados y solitarios. Muchos, como los cristianos de los valles del Piamonte, hallarán refugio en la fortaleza de las montañas (ver el capítulo 4). Pero muchos, de todas las naciones y de todas las clases, encumbrados y humildes, ricos y pobres, negros y blancos, serán arrojados en la más injusta y cruel servidumbre. Los amados de Dios pasarán días cansadores arrojados detrás de los barrotes de la cárcel, sentenciados a muerte, y aparentemente abandonados para morir en celdas oscuras y sucias.

¿Olvidará el Señor a su pueblo en esta hora de prueba? ¿Olvidó él al fiel Noé, a Lot, a José, a Elías, a Jeremías o a Daniel? Aunque los enemigos los arrojen en la prisión, las paredes de ella no pueden cortar la comunicación entre sus almas y Cristo. Vendrán ángeles a sus celdas solitarias. La prisión se convertirá en palacio, y los lóbregos muros serán alumbrados como cuando Pablo y Silas cantaban a media-noche en el calabozo de Filipos.

Los juicios de Dios caerán sobre los que tratan de destruir a su pueblo. Para Dios, el castigo es “un acto extraño” (Isaías 28:21, VM; ver también Ezequiel 33:11). El Señor es “clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad [...] y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6, 7). Sin embargo, “no deja sin castigo al culpable” (Nahúm 1:3). La nación a la que soporta desde hace tanto tiempo, y que haya llenado la medida de su iniquidad, beberá finalmente de la copa de su ira sin mezcla de misericordia.

Cuando Cristo cese su intercesión en el Santuario, se derramará sin diluir la ira de Dios amenazada contra los que adoran a la bestia. Las plagas de Egipto fueron similares a los juicios más extensos que han de caer sobre el mundo justamente antes de la liberación final del pueblo de Dios. Dice Juan en el Apocalipsis: “A toda la gente que tenía la marca de la bestia y que adoraba su imagen le salió una llaga maligna y repugnante”. El mar “se convirtió en sangre como de gente masacrada”. También “los ríos y los manantiales” se “convirtieron en sangre”. El ángel declara: “Justo eres tú, el Santo, [...] porque juzgas así: ellos derramaron la sangre de santos y de profetas, y tú les has dado a beber sangre, como se lo merecen” (Apocalipsis 16:2-6). Al condenar al pueblo de Dios a la muerte, ellos se han hecho tan ciertamente culpables de la sangre como si la hubieran vertido con sus manos. Cristo declaró a los judíos de su tiempo culpables de la sangre de los santos seres humanos desde los días de Abel (ver S. Mateo 23:34-36), porque estaban animados por el mismo espíritu que el de los que asesinaron a los profetas.

En la plaga siguiente, se da poder al sol para “quemar con fuego a la gente” (Apocalipsis 16:8, 9). Los profetas describen este tiempo terrible con estas palabras: “Se ha perdido la cosecha de los campos. [...] ¡[Se marchitaron] todos los árboles del campo! ¡Y hasta la alegría de la gente acabó por marchitarse!” “¡Cómo brama el ganado! Vagan sin rumbo las vacas porque no tienen donde pastar. [...] Se han secado los arroyos y el fuego ha devorado los pastizales de la estepa” (Joel 1:11, 12, 18-20).

Estas plagas no son universales; sin embargo, serán los más terribles azotes que jamás se hayan conocido. Todos los juicios anteriores al fin del tiempo de gracia estaban mezclados con misericordia. La sangre de Cristo ha protegido al pecador de la medida plena de su culpa; pero en los juicios finales, la ira es derramada sin diluirla con misericordia. Las multitudes desearán el abrigo de la misericordia de Dios que ellos despreciaron.

Aunque perseguidos y afligidos, y sufriendo por falta de alimentos, los hijos de Dios no serán abandonados para perecer. Los ángeles suplirán sus necesidades. “Se le dará su pan, y su agua será segura” (Isaías 33:16). “Yo, el Señor, los oíré. Yo, el Dios de Israel, no los desampararé” (Isaías 41:17, NRV 2000).

Sin embargo, desde el punto de vista humano, parecerá como que el pueblo de Dios pronto tendrá que sellar su testimonio con su sangre, como hicieron los mártires antes que ellos. Es un tiempo de terrible agonía. Los malvados se regocijan: “¿Dónde está ahora su fe? ¿Por qué no los libra Dios de nuestras manos si son verdaderamente su pueblo?” Pero los que esperan recuerdan la escena de Jesús muriendo en la Cruz del Calvario. A semejanza de Jacob, todos están luchando con Dios.

Grupos de ángeles están en guardia

Hay ángeles estacionados en torno a los que han guardado la palabra de la paciencia de Cristo. Ellos han presenciado su angustia y han oído sus plegarias. Esperan la palabra de su Comandante para arrebatarlos del peligro. Pero deben continuar esperando un poco más. El pueblo de Dios debe beber de la copa y ser bautizado con el bautismo (ver S. Mateo 20:20-23, RV77). Sin embargo, por causa de los escogidos, el tiempo de la angustia será acortado. El fin vendrá más rápidamente de lo que la personas esperan.

Aunque un decreto general ha fijado el tiempo cuando los observadores de los mandamientos pueden ser muertos, sus enemigos, en algunos casos, se anticiparán al decreto y tratarán de quitarles la vida. Pero ninguno puede pasar a través de los grupos de guardianes estacionados en torno a cada alma fiel. Algunos son asaltados en su huida de las ciudades, pero las espadas levantadas contra ellos se quiebran como si fueran de paja. Otros son defendidos por ángeles en forma de guerreros humanos.

En todas las épocas seres celestiales han tomado una parte activa en los asuntos de los seres humanos. Han aceptado la hospitalidad de hogares humanos, han actuado como guías de viajeros extraviados, han abierto las puertas de las cárceles y libertado a los siervos del Señor. Vinieron para hacer rodar la piedra de la tumba del Salvador.

Los ángeles visitan las asambleas de los malvados, así como fueron a Sodoma, para determinar si sus habitantes han pasado los límites de la tolerancia de Dios. El Señor, por causa de los pocos que todavía lo sirven, restringe las calamidades y prolonga la tranquilidad de multitudes. Poco se dan cuenta los pecadores de que deben su vida a los pocos fieles que ellos se deleitan en oprimir.

A menudo, en los concilios de este mundo, ángeles han aparecido como oradores. Oídos humanos han escuchado sus discursos, labios humanos han ridiculizado sus consejos. Estos mensajeros celestiales han demostrado ser más capaces de defender la causa de los oprimidos que sus más elocuentes defensores. Han impedido males que habrían causado gran sufrimiento al pueblo de Dios.

Con ferviente anhelo, el pueblo de Dios espera las señales de su Rey que viene. Mientras los que luchan insisten en sus peticiones delante de Dios, el cielo resplandece con el amanecer del día eterno. Como melodía angelical llegan a sus oídos las palabras: “Ya les llega ayuda”. La voz de Cristo sale de las puertas abiertas: “Estoy con ustedes. No teman. Yo he peleado la batalla en favor de ustedes, y en mi nombre son más que vencedores”.

El precioso Salvador enviará ayuda precisamente cuando la necesitemos. El tiempo de angustia es una prueba terrible para el pueblo de Dios, pero todo verdadero creyente puede ver por la fe el arco de la promesa que lo circunda. “Volverán los rescatados del Señor, y entrarán en Sion con cánticos de júbilo; su corona será el gozo eterno. Se llenarán de regocijo y alegría, y se apartarán de ellos el dolor y los gemidos” (Isaías 51:11).

Si se derramara la sangre de los testigos en este tiempo, su fidelidad no resultaría un testimonio para convencer a los demás de la verdad, pues el endurecido corazón ha rechazado las oleadas de misericordia hasta que estas no vuelven más. Si los justos fueran ahora a caer presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas. Cristo ha hablado: “¡Anda, pueblo mío, entra en tus habitaciones y cierra tus puertas tras de ti; escóndete por un momento, hasta que pase la ira! ¡Estén alerta!, que el Señor va a salir de su morada para castigar la maldad” (Isaías 26:20, 21).

Gloriosa será la liberación de los que han esperado pacientemente la venida del Señor y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.

La liberación del pueblo de Dios

Cuando la protección de las leyes humanas les sea negada a los que honran la Ley de Dios, habrá en diferentes países un movimiento simultáneo con el propósito de destruirlos. Cuando el tiempo señalado por el decreto esté cerca, el pueblo conspirará para asestar en una noche un golpe decisivo que acalle la disidencia y la reprobación.

El pueblo de Dios –algunos en las celdas de las cárceles, algunos en los bosques y las montañas– ruega por la protección divina. Personas malvadas, instigadas por los malos ángeles, se están preparando para la obra de muerte. Ahora, en la hora de máxima gravedad, Dios se interpone: “Ustedes cantarán como en noche de fiesta solemne; su corazón se alegrará, como cuando uno sube con flautas la montaña del Señor, a la Roca de Israel. El Señor hará oír su majestuosa voz, y descargará su brazo: con rugiente ira y llama de fuego consumidor, con aguacero, tormenta y granizo” (Isaías 30:29, 30).

Multitudes de personas malvadas están por embestir para atacar a su presa, cuando densas tinieblas, más oscuras que la noche, descienden sobre la Tierra. Entonces un arco iris se extiende de un lado al otro del cielo y parece envolver a cada grupo que está orando. Las encolerizadas multitudes son detenidas. Olvidan a los objetos de su ira. Fijan la mirada en el símbolo del pacto de Dios y anhelan ser protegidos de su brillo.

El pueblo de Dios oye una voz que dice: “Miren hacia arriba”. A semejanza de Esteban, alzan la mirada y observan la gloria de Dios y del Hijo del Hombre sobre su trono (ver Hechos 7:55, 56). Disciernen las señales de su humillación, y escuchan su pedido: “Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy” (S. Juan 17:24). Se oye una voz que dice: “¡Aquí están, santos, inocentes e inmaculados! Guardaron la palabra de mi paciencia y andarán entre los ángeles”.

A medianoche, Dios manifiesta su poder en favor de la liberación de su pueblo. El sol aparece brillando con toda su fuerza. Siguen señales y milagros. Los malvados observan con terror la escena, mientras los justos contemplan las señales de su liberación. En medio de los cielos conmovidos hay un espacio claro de gloria indescriptible, de donde baja la voz de Dios, semejante al sonido de muchas aguas, que dice: “¡Se acabó!” (Apocalipsis 16:17).

Esa voz conmueve los cielos y la Tierra. Ocurre un terrible terremoto: “Nunca, desde que el género humano existe en la tierra, se había sentido un terremoto tan grande y violento” (Apocalipsis 16:18). Las rocas quebrantadas se esparcen por

todos lados. El mar es azotado con furia. Se escucha el rugido de un huracán como voz de demonios. La superficie de la Tierra se quebranta. Parece que sus mismos fundamentos ceden. Puertos marinos que han llegado a ser como Sodoma por su impiedad son tragados por las aguas agitadas. “Dios se acordó de la gran Babilonia y le dio a beber de la copa llena del vino del furor de su castigo” (Apocalipsis 16:19). Grandes piedras de granizo hacen su obra de destrucción. Ciudades orgullosas son arrasadas. Palacios señoriales en los cuales personas han malgastado su riqueza se desploman ante su vista. Los muros de las cárceles se parten de arriba abajo, y el pueblo de Dios es liberado.

Se abren las tumbas, “y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas” (Daniel 12:2). “Quienes lo traspasaron”, los que se mofaron de las agonías del Cristo moribundo, y los más violentos opositores de su verdad, son resucitados para observar el honor que se tributa a los leales y obedientes (Apocalipsis 1:7).

Fieros relámpagos envuelven la Tierra en una cortina de fuego. Por encima del trueno, voces misteriosas y terribles declaran la condenación de los malvados. Los que se mofaban y desafiaban, y se manifestaban crueles con los que observaban los mandamientos de Dios, ahora tiemblan de terror. Los demonios tiemblan, en tanto que los seres humanos claman por misericordia.

El Día del Señor

Dijo el profeta Isaías: “En aquel día la gente arrojará a los topos y murciélagos los ídolos de oro y plata que había fabricado para adorarlos. Se meterá en las grutas de las rocas y en las hendiduras de los peñascos, ante el terror del Señor y el esplendor de su majestad, cuando él se levante para hacer temblar la tierra” (Isaías 2:20, 21).

Los que lo han sacrificado todo por Cristo están ahora seguros. Ante la vista del mundo y desafiando la muerte, han demostrado su fidelidad a aquel que murió por ellos. Sus rostros, hasta hace poco pálidos y demacrados, brillan ahora iluminados por la admiración. Sus voces se elevan en un cántico triunfante: “Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra ayuda segura en momentos de angustia. Por eso, no temeremos aunque se desmorone la tierra y las montañas se hundan en el fondo del mar; aunque rujan y se encrespen sus aguas, y ante su furia retiemblen los montes” (Salmo 46:1-3).

Mientras ascienden estas palabras de santa confianza ante Dios, la gloria de la Ciudad Celestial traspasa los portales abiertos. Luego aparece una mano en los cielos que sostiene dos tablas de piedra. Esa Ley santa, proclamada desde el Sinaí, ahora es revelada como la regla del Juicio. Las palabras son tan claras que todos pueden leerlas. Se despiertan los recuerdos. Se destierran de la mente la oscuridad de la superstición y la herejía.

Es imposible describir el horror y la desesperación de aquellos que han pisoteado la Ley de Dios. Para obtener el favor del mundo, anularon sus preceptos y enseñaron a otros a transgredirlos. Ahora son condenados por la Ley que han

despreciado, y ven que están sin excusa. Los enemigos de la Ley de Dios tienen un nuevo concepto de la verdad y del deber. Ven, demasiado tarde, que el sábado es el sello del Dios vivo. Demasiado tarde ven el fundamento de arena sobre el cual han estado edificando. Han estado luchando contra Dios. Los maestros religiosos han conducido sus almas a la perdición, en tanto que profesaban guiarlos al paraíso. ¡Cuán grande es la responsabilidad de las personas que tienen un oficio sagrado, y cuán terribles los resultados de su infidelidad!

Aparece el Rey de reyes

Se oye la voz de Dios declarando el día y la hora de la venida de Jesús. El Israel de Dios escucha con los ojos elevados al cielo mientras su semblante resplandece con la gloria de Dios. Pronto aparece en el Este una pequeña nube negra. Es la nube que rodea al Salvador. En medio de un silencio solemne los hijos de Dios la miran con atención mientras se acerca, hasta que se convierte en una gran nube blanca, cuya base es una gloria semejante a un fuego consumidor, y su corona, el arco iris del pacto. Jesús marcha al frente como un poderoso conquistador, ya no como “varón de dolores”. Lo asisten santos ángeles, una inmensa e innumerable multitud de ellos, “millares de millares y millones de millones”. Todos los ojos observan al Príncipe de la vida. Una diadema de gloria descansa sobre su frente. Su semblante brilla más que el sol del mediodía. “En su manto y sobre el muslo lleva escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19:16).

El Rey de reyes desciende en la nube, envuelto en llamas de fuego. La Tierra tiembla delante de él. “Nuestro Dios viene, pero no en silencio; lo precede un fuego que todo lo destruye, y en torno suyo ruge la tormenta. Dios convoca a los cielos y a la tierra, para que presencien el juicio de su pueblo” (Salmo 50:3, 4).

“Los reyes de la tierra, los magnates, los jefes militares, los ricos, los poderosos, y todos los demás, esclavos y libres, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de las montañas. Todos gritaban a las montañas y a las peñas: ¡Caigan sobre nosotros y escóndannos de la mirada del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día del castigo! ¿Quién podrá mantenerse en pie?” (Apocalipsis 6:15-17).

Cesan las burlas, callan los labios mentirosos. No se oye otra cosa que la voz de la oración y el sonido de la lamentación. Los malvados ruegan ser enterrados bajo las rocas antes que hacer frente al rostro de aquel a quien han traspasado. Conocen esa voz que penetra el oído de los muertos. ¡Cuán a menudo los ha llamado al arrepentimiento con tonos cariñosos! ¡Cuán a menudo fue oída en la invitación de un amigo, un hermano, un Redentor! Esa voz despierta los recuerdos de advertencias despreciadas y de invitaciones rechazadas.

Están también los que se mofaron de Cristo en su humillación. Él declaró: “De ahora en adelante verán ustedes al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo” (S. Mateo 26:64). Ahora lo contemplan en su gloria; todavía han de verlo sentado a la diestra del poder. Allí está el altivo Herodes que se burló de su título real. Ahí están quienes colocaron sobre su

frente la corona de espinas y en su mano el cetro burlesco, los que se arrodillaron delante de él con burlas blasfemas, los que escupieron en el rostro del Príncipe de la vida. Tratan de huir de su presencia. Los que atravesaron sus manos y sus pies con los clavos contemplan esas marcas con terror y remordimiento.

Con aterradora claridad los sacerdotes y gobernantes recuerdan los sucesos del Calvario, y cómo, meneando sus cabezas con regocijo satánico, exclamaron: “Salvó a otros, ¡pero no puede salvarse a sí mismo!” (S. Mateo 27:42). Con un sonido más alto que el clamor de “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!” que resonó por Jerusalén, se eleva el clamor de la desesperación: “¡Es el Hijo de Dios!” Tratan de huir de la presencia del Rey de reyes.

En la vida de todos los que rechazan la verdad hay momentos cuando la conciencia se despierta, cuando el alma es atacada por vanos remordimientos. ¡Pero qué son estas cosas comparadas con el remordimiento de aquel día! En medio del terror oyen las voces de los santos que exclaman: “¡Este es el Señor, a quien hemos esperado! ¡Él nos salvará!” (Isaías 25:9, RVC).

La voz del Hijo de Dios llama a los santos que duermen. Por toda la Tierra los muertos oirán esa voz, y los que la oigan vivirán, un gran ejército de toda nación, tribu, pueblo y lengua. Desde la cárcel de la muerte salen revestidos de una gloria inmortal, exclamando: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (I Corintios 15:55, RVC).

Cada uno sale de la tumba teniendo la misma estatura que cuando entró en ella. Pero todos se levantan con la frescura y el vigor de la juventud eterna. Cristo vino a restaurar lo que se había perdido. Él cambiará nuestros cuerpos viles y los transformará a la semejanza de su cuerpo glorioso. La forma mortal y corruptible, manchada en otro tiempo por el pecado, llega a ser perfecta, hermosa e inmortal. Las imperfecciones y deformidades quedan en la tumba. Los redimidos “crecerán” (ver Malaquías 4:2, RV 1865) hasta la estatura plena de la raza humana en su gloria primitiva, y los últimos rastros de la maldición del pecado serán quitados. Los fieles de Cristo reflejarán en la mente y en el cuerpo la imagen perfecta de su Señor.

Los justos vivos son cambiados “en un instante, en un abrir y cerrar de ojos”. A la voz de Dios son hechos inmortales y, junto con los santos resucitados, son arrebatados para encontrarse con su Señor en el aire. Los ángeles “reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo” (S. Mateo 24:31). Los niños pequeños son entregados en los brazos de sus madres. Amigos separados por largo tiempo por la muerte se reúnen, para no separarse más, y con cánticos de alegría ascienden juntos a la Ciudad de Dios.

En la Ciudad Santa

Toda mirada de la multitud innumerable de los redimidos se fija en Jesús. Todo ojo contempla la gloria de aquel cuya apariencia “fue desfigurada [...] más que la de cualquier hombre, y su aspecto más que el de los hijos de los hombres” (Isaías 52:14, NBLA). Sobre la cabeza de los vencedores Jesús coloca la corona de gloria. Hay una corona para cada uno, la cual lleva su propio “nombre nuevo” (Apocalipsis 2:17) y la

inscripción: “Santidad al Señor” [Éxodo 28:36, NBLA]. En la mano de todos se coloca la palma de la victoria y el arpa brillante. Entonces, cuando los ángeles encargados dan la nota, todas las manos pulsan hábilmente las cuerdas y prorrumpan en ricos y melodiosos acordes. Todas las voces se elevan en agradecida alabanza: “Al que nos ama y que por su sangre nos ha librado de nuestros pecados, al que ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes al servicio de Dios su Padre, ¡a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos!” (Apocalipsis 1:5, 6).

Ante las multitudes redimidas se encuentra la Santa Ciudad. Jesús abre los portales, y las naciones que han guardado la verdad entran por ellos. Entonces su voz se oye mientras proclama: “Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo” (S. Mateo 25:34). Cristo presenta al Padre la compra hecha con su sangre, declarando: “Aquí estoy, con los hijos que Dios me dio” (Hebreos 2:13). “A los que me diste, yo los cuidé” (S. Juan 17:12, RVC). ¡Oh, qué gozo el de aquella hora cuando el Padre infinito, mirando a los redimidos, contemplará su imagen, con la mancha del pecado desterrada, y a lo humano una vez más en armonía con lo divino!

El gozo del Salvador es ver, en el reino de la gloria, a las almas salvadas por su agonía y su humillación. Los redimidos compartirán su gozo: contemplan a los que ganaron por sus oraciones, trabajos y sacrificio amante. Su corazón se verá lleno de alegría cuando vean que uno ganó a otros, y estos a otros más.

Los dos Adanes se encuentran

Cuando se da la bienvenida a los redimidos en la Ciudad de Dios, resuena un triunfante clamor. Están por encontrarse los dos Adanes. El Hijo de Dios ha de recibir al padre de nuestra raza, a quien creó, el que pecó, aquel por cuyo pecado existen las señales de la crucifixión en el cuerpo del Salvador. Cuando Adán discierne las marcas de los clavos, se arroja con humillación a los pies de Cristo. El Salvador lo levanta y le pide que de nuevo observe el hogar edénico del cual se ha visto excluido por tanto tiempo.

La vida de Adán estuvo llena de dolor. Cada hoja que moría, cada víctima de un sacrificio, cada mancha en la pureza del ser humano, era un recordativo del pecado. Terrible fue la agonía de remordimiento cuando hizo frente a los reproches que se le hacían por causa del pecado. Fielmente, se arrepintió de su pecado, y murió en la esperanza de la resurrección. Ahora, por medio de la expiación, Adán es restablecido.

Transportado de gozo, contempla los árboles que una vez fueron su delicia, cuyo fruto él mismo había recogido en los días de su inocencia. Ve en las viñas que sus propias manos cultivaron las mismas flores que en otro tiempo le encantaba cuidar. ¡Esto es, en verdad, el Edén restaurado!

El Salvador lo conduce al árbol de la vida y lo invita a comer. Adán observa una multitud de su familia redimida, y entonces arroja su corona a los pies de Jesús y abraza al Redentor. Pulsa el arpa, y las bóvedas del Cielo repercuten con el eco de su cántico triunfal: “Digno, digno es el Cordero que fue sacrificado” (Apocalipsis 5:12,

NTV). La familia de Adán echa sus coronas a los pies del Salvador mientras se postra en adoración. Los ángeles lloraron cuando se produjo la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús abrió la tumba en favor de todos los que creyeran en su nombre. Ahora contemplan la obra de la redención realizada y unen sus voces en alabanza.

Sobre el “mar como de vidrio mezclado con fuego” se reúne el grupo de los que “habían vencido a la bestia, a su imagen y al número de su nombre”. Los 144.000 fueron redimidos de entre los seres humanos, y ellos cantan un “cántico nuevo”, el cántico de Moisés y del Cordero (ver Apocalipsis 15:2, 3). Ninguno fuera de los 144.000 puede aprender ese canto, porque es el cántico de una experiencia que ningún otro grupo ha tenido jamás. Estos “son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”. Estos, habiendo sido trasladados de entre los vivos, fueron “rescatados como los primeros frutos de la humanidad para Dios y el Cordero” (Apocalipsis 14:4, 5). Pasaron por el tiempo de angustia tal como no lo hubo desde que existió la humanidad. Soportaron la angustia de Jacob; permanecieron en pie sin un intercesor durante el derramamiento de los juicios de Dios. Ellos “han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:14). “No se encontró mentira alguna en su boca, pues son intachables” delante de Dios (Apocalipsis 14:5). “Ya no sufrirán hambre ni sed. No los abatirá el sol ni ningún calor abrasador. Porque el Cordero que está en el trono los pastoreará y los guiará a fuentes de agua viva; y Dios les enjugará toda lágrima de sus ojos” (Apocalipsis 7:16, 17).

Los redimidos en gloria

En todas las edades los escogidos del Salvador recorrieron sendas estrechas. Fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Cristo soportaron el odio, la calumnia, la abnegación y amargos chascos. Conocieron el mal del pecado, su poder, su culpa, su desgracia; lo miraron con aborrecimiento. Un sentido del infinito sacrificio hecho para curarlo los humilla y llena su corazón de gratitud. Aman mucho porque les ha sido perdonado mucho (ver S. Lucas 7:47). Habiendo sido participantes de los sufrimientos de Cristo, están preparados para participar de su gloria.

Los herederos de Dios vienen de altillos, chozas, cárceles, cadalsos, montañas, desiertos, cavernas. Fueron “pobres, angustiados, maltratados”. Millones descendieron a la tumba cargados de infamia porque rehusaron ceder a Satanás. Pero ahora ya no tienen ninguna aflicción, no están esparcidos ni oprimidos. Por lo tanto, se hallan revestidos de mantos más ricos que los que usaron los seres humanos más honrados de la Tierra, coronados con las diademas más gloriosas que jamás se hayan colocado en la frente de los monarcas terrenales. El Rey de gloria ha limpiado las lágrimas de todos los rostros. Estallan en un cántico de alabanza claro, dulce y armonioso. El himno resuena en las bóvedas del Cielo: “¡La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!”. Y todos responden: “¡Amén! La alabanza, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, la honra, el poder y la fortaleza son de nuestro Dios por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 7:10, 12).

En esta vida solo podemos comenzar a entender el tema maravilloso de la redención. Con nuestra comprensión limitada podemos considerar con toda seriedad la vergüenza y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia que se encuentran en la Cruz; sin embargo, ni aun con el mayor esfuerzo de nuestras facultades mentales alcanzamos a captar todo su significado. La longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor redentor se comprenden solo oscuramente. El plan de redención nunca será plenamente entendido, aunque los redimidos lleguen a ver como son vistos, y lleguen a conocer como son conocidos; pero a través de las edades eternas nuevas verdades continuarán desenvolviéndose ante la mente admirada y deleitada. Aunque las angustias y los dolores y las tentaciones de la Tierra han terminado y su causa ha sido removida, el pueblo de Dios siempre tendrá un conocimiento claro, inteligente, de lo que ha costado su salvación.

La Cruz será el canto de los redimidos por toda la eternidad. En el Cristo glorificado contemplarán al Cristo crucificado. Nunca olvidarán que la Majestad del Cielo se humilló a sí mismo para levantar al ser humano caído, que él soportó la culpa y la vergüenza del pecado y el ocultamiento del rostro de su Padre hasta que los males de un mundo perdido quebrantaron su corazón y acabaron con su vida. El Hacedor de todos los mundos puso a un lado su gloria por amor al ser humano: esto siempre despertará la admiración del universo. Cuando las naciones de los salvados contemplan a su Redentor y comprendan que de su reino no habrá fin, prorrumpirán en este cántico: "¡Digno es el Cordero que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios con su propia preciosísima sangre!"

El misterio de la Cruz explica todos los misterios. Se verá que aquel que es infinito en sabiduría no podía idear otro plan para nuestra salvación fuera del sacrificio de su Hijo. La compensación por este sacrificio es el gozo que tendrá de poblar la Tierra con seres redimidos, santos, felices e inmortales. Tan grande es el valor del alma que el Padre está satisfecho con el precio pagado. Y Cristo mismo, contemplando los frutos de su gran sacrificio, también está satisfecho.

La Tierra en ruinas

Cuando la voz de Dios ponga fin al cautiverio de su pueblo, se producirá un terrible despertar de aquellos que lo han perdido todo en la gran lucha de la vida. Cegados por los engaños de Satanás, los ricos se enorgullecían de su superioridad con respecto a los menos favorecidos. Pero se olvidaron de alimentar al hambriento, vestir al desnudo, actuar con justicia y amar la misericordia. Ahora están despojados de todo lo que los hacía grandes y quedan sin nada. Miran con terror la destrucción de sus ídolos. Han vendido su alma por los deleites de la Tierra y no se hicieron ricos con respecto a Dios. Su vida es un fracaso, sus placeres se convierten en amargura. La ganancia de toda una vida es eliminada en un momento. Los ricos lamentan la destrucción de sus grandes casas, la dispersión de su oro y plata, y el temor de que ellos mismos han de perecer con sus ídolos. Los malvados lamentan que el resultado sea ese, pero no se arrepienten de su maldad.

El ministro que ha sacrificado la verdad por obtener ganancias o el favor de los seres humanos ahora discierne la influencia de sus enseñanzas. Cada línea escrita, cada palabra pronunciada que indujo a los seres humanos a descansar en un falso refugio ha sido una semilla sembrada; y ahora contempla la cosecha. Dice el Señor: “¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan el rebaño de mis praderas! [...] Pues bien, yo me encargaré de castigarlos a ustedes por sus malas acciones” (Jeremías 23:1, 2). “Ustedes han descorazonado al justo con sus mentiras, sin que yo lo haya afligido. Han alentado al malvado para que no se convierta de su mala conducta y se salve” (Ezequiel 13:22).

Los ministros y el pueblo ven que se han rebelado contra el Autor de toda justa ley. Descartaron los preceptos divinos y produjeron millares de fuentes de iniquidad, hasta que la Tierra llegó a convertirse en un abismo de corrupción. Ningún lenguaje puede expresar los anhelos que los desleales sienten por lo que han perdido para siempre: la vida eterna.

Los miembros del pueblo se acusan mutuamente de que se los ha inducido a la destrucción, pero todos se unen en acumular sus más amargas condenaciones contra los pastores infieles que profetizaron “cosas agradables” (Isaías 30:10), que indujeron a los feligreses a anular la Ley de Dios y a perseguir a los que querían observarla como santa. “¡Estamos perdidos –exclaman–, y ustedes son la causa!” Las manos que una vez los coronaron con laureles se levantarán para destruirlos. Por doquiera hay lucha y derramamiento de sangre.

El Hijo de Dios y los mensajeros celestiales han estado en conflicto con el maligno para amonestar, iluminar y salvar a los hijos de los seres humanos. Ahora todos han tomado su decisión; los malvados se han unido plenamente con Satanás en su guerra contra Dios. La controversia no es solamente contra Satanás, sino contra los seres humanos. “El Señor litiga contra las naciones” (Jeremías 25:31).

El ángel de la muerte

Ahora avanza el ángel de la muerte, representado en la visión de Ezequiel por las personas que portan las armas para masacrar, a los cuales se da la orden: “Comiencen por mi santuario y maten a los viejos, a los jóvenes y a las doncellas, a los niños y a las mujeres, hasta que nadie quede vivo. Pero no se acerquen a nadie que tenga la señal”. Ellos comenzaron por matar a los ancianos que estaban delante del templo”, aquellos que profesaban ser los guardianes espirituales del pueblo (Ezequiel 9:6, RVC).

Los falsos centinelas son los primeros en caer. “El Señor va a salir de su morada para castigar la maldad de los habitantes del país. La tierra pondrá al descubierto la sangre derramada; ¡ya no ocultará a los masacrados en ella!” (Isaías 26:21). “En aquel día el Señor los llenará de pánico. Cada uno levantará la mano contra el otro, y se atacarán entre sí” (Zacarías 14:13).

En la furiosa lucha de sus propias pasiones y por el derramamiento de la ira de Dios no diluida con misericordia, caen los impíos: sacerdotes, gobernantes y el pueblo. “En aquel día, los que el Señor haya masacrado llenarán la tierra de un extremo a otro” (Jeremías 25:33, NTV).

A la venida de Cristo, los impíos son destruidos por el resplandor de su gloria. Cristo lleva a su pueblo a la ciudad de Dios, y la Tierra queda vacía de sus habitantes. “Miren, el Señor arrasa la tierra y la devasta, trastorna su faz y dispersa a sus habitantes. [...] La tierra queda totalmente arrasada, saqueada por completo, porque el Señor lo ha dicho. [...] porque han desobedecido las leyes, han violado los estatutos, han quebrantado el pacto eterno. Por eso una maldición consume a la tierra, y los culpables son sus habitantes. Por eso el fuego los consume” (Isaías 24:1, 3, 5, 6).

La Tierra tiene el aspecto de un desierto desolado: ciudades destruidas por el terremoto, árboles desarraigados, rocas escabrosas arrancadas de la tierra y esparcidas por su superficie. Enormes cavernas señalan los lugares donde las montañas han sido arrancadas de sus fundamentos.

El destierro de Satanás

Ahora se cumple el suceso prefigurado en el último y solemne servicio del Día de la Expiación. Cuando los pecados de Israel habían sido quitados del Santuario en virtud de la sangre ofrecida por el pecado, el macho cabrío era presentado vivo delante del Señor. El sumo sacerdote confesaba sobre él “todas las iniquidades de los israelitas, [...] poniéndolos sobre la cabeza del macho cabrío” (Levítico 16:21, NBLA). De igual manera, cuando la obra de la expiación en el Santuario celestial ha sido terminada, en la presencia de Dios y de los santos ángeles, y de la hueste

de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios serán colocados sobre Satanás; él será declarado culpable de todos los males que les hizo cometer. Así como el macho cabrío era enviado lejos, a una tierra deshabitada, Satanás será desterrado a la Tierra desolada.

Después de presentar las escenas de la venida del Señor, el revelador continúa: “Vi además a un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Sujetó al dragón, a aquella serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y tapó la salida para que no engañara más a las naciones, hasta que se cumplieran los mil años. Después habrá de ser soltado por algún tiempo” (Apocalipsis 20:1-3).

El “abismo” representa la Tierra en estado de confusión y tinieblas. Mirando hacia el futuro al gran Día de Dios, Jeremías declara: “Me fijé en la tierra, y la vi desordenada y vacía. Me fijé en los cielos, y no había en ellos luz. Me fijé en los montes, y los vi temblar, y todas las colinas se estremecían. Me fijé, y no había un solo ser humano, y todas las aves del cielo habían desaparecido. Me fijé, y los ricos viñedos eran ahora un desierto, y todas sus ciudades habían quedado en ruinas” (Jeremías 4:23-26, RVC).

Este será el hogar de Satanás y sus ángeles durante mil años. Limitado a la Tierra, no tendrá acceso a otros mundos para tentar e incomodar a los que nunca han caído. En este sentido está “encadenado”. No queda ninguno sobre el cual pueda ejercer su poder. Se lo priva de la obra de engaño y ruina que ha sido su único deleite.

Isaías, considerando el derrocamiento de Satanás, exclama: “¡Cómo caíste de los cielos, oh Lucero, hijo de la aurora! ¡Has sido derribado por tierra, tú que abatiste las naciones! [...] Tú eres aquel que dijiste en tu corazón: ¡Al cielo subiré; sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi trono; [...] seré semejante al Altísimo! ¡Pero ciertamente al infierno serás abatido, a los lados del hoyo! Los que te vieren clavarán en ti la vista, y de ti se cerciorarán, diciendo: ¿Es este el varón que hizo temblar la tierra, que sacudió los reinos; que convirtió el mundo en un desierto, y destruyó sus ciudades; y a sus prisioneros nunca los soltaba?” (Isaías 14:12-17, VM).

Durante seis mil años la prisión de Satanás ha recibido al pueblo de Dios, pero Cristo ha quebrantado sus ataduras y ha puesto en libertad a sus presos. Solo, con sus malos ángeles, él considera los efectos del pecado: “Los reyes de las naciones, sí, todos ellos yacen con gloria cada cual en su propia casa [el sepulcro]; ¡mas tú, arrojado estás fuera de tu sepulcro, como un retoño despreciado! [...] No serás unido con ellos en sepultura; porque has destruido tu tierra, has hecho perecer a tu pueblo” (Isaías 14:18-20, VM).

Durante mil años, Satanás contemplará los resultados de su rebelión contra la Ley de Dios. Sus sufrimientos son intensos. Ahora queda para contemplar la parte que él ha desempeñado desde que se rebeló, y para considerar con anticipación y con terror el espantoso futuro cuando él debe ser castigado.

Durante los mil años que transcurrirán entre la primera y la segunda resurrección ocurre el juicio de los impíos. El apóstol Pablo señala que este acontecimiento sigue a la Segunda Venida (1 Corintios 4:5). Los justos reinan como reyes

y sacerdotes. Juan dice: “Vi tronos donde se sentaron los que recibieron autoridad para juzgar. [...] serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:4-6).

En ese momento, “los santos juzgarán al mundo” (1 Corintios 6:2, RVC). En unión con Cristo juzgan a los impíos, deciden cada caso de acuerdo con las obras hechas en el cuerpo. Entonces la porción que los impíos deben sufrir es medida de acuerdo con sus obras, y se registra frente a sus nombres en el libro de la muerte.

Satanás y los malos ángeles son juzgados por Cristo y su pueblo. Dice Pablo: “¿No saben que aun a los ángeles los juzgaremos?” (1 Corintios 6:3). Judas declara que “a los ángeles que no mantuvieron su posición de autoridad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene perpetuamente encarcelados en oscuridad para el juicio del gran Día” (Judas 1:6).

Al final de los mil años se produce la segunda resurrección. Entonces los malos, levantados entre los muertos, aparecen ante Dios para la ejecución de la “sentencia escrita” (Salmo 149:9). Así dice Juan: “Los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años” (Apocalipsis 20:5). Isaías declara, con respecto a los impíos: “Serán juntados como se juntan los presos en el calabozo, y estarán encerrados en la cárcel; y después de muchos días serán sacados al suplicio” (Isaías 24:22, VM).

Paz eterna: el fin del conflicto

Al final de los mil años, Cristo regresa a la Tierra acompañado por los redimidos y una comitiva de ángeles. Ordena a los impíos que resuciten para recibir su castigo. Ellos se levantan, en número tan incontable como las arenas del mar, mostrando las huellas de la enfermedad y la muerte. ¡Qué contraste con los que fueron levantados en la primera resurrección!

Todas las miradas se concentran en la gloria del Hijo de Dios. A una voz la hueste de los impíos exclama: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (S. Mateo 23:39). No es el amor lo que inspira esta exclamación. La fuerza de la verdad los obliga a pronunciar estas palabras con labios reticentes. Los impíos salen de sus tumbas con la misma enemistad hacia Cristo y con el mismo espíritu de rebelión con que bajaron a ellas. No han de tener una nueva oportunidad para remediar su vida pasada.

Dice el profeta: “En aquel día pondrá el Señor sus pies en el monte de los Olivos [...] y el monte de los Olivos se partirá en dos” (Zacarías 14:4). Cuando la nueva Jerusalén baja del Cielo, descansa en el lugar preparado, y Cristo, junto con su pueblo y los ángeles, entran en la Santa Ciudad.

Mientras estaba privado de realizar su obra de engaño, el príncipe del mal se sentía miserable y abatido. Pero cuando los muertos impíos son resucitados, y él ve las vastas multitudes a su lado, sus esperanzas reviven. Resuelve no ceder en el gran conflicto. Reunirá a los perdidos bajo su estandarte. Al rechazar a Cristo han aceptado la dirección del jefe rebelde, y están listos para obedecerle. Sin embargo, consecuente con su engaño anterior, no se manifiesta como Satanás. Declara ser el dueño legal del mundo cuya herencia le ha sido injustamente arrebatada. Se presenta como un redentor, asegurando a sus engañados súbditos que es su poder el que los ha levantado de la tumba. Satanás fortalece a los débiles, e inspira a todos con su propia energía para conducirlos con el fin de tomar posesión de la ciudad de Dios. Señala los innumerables millones que han sido levantados de entre los muertos, y declara que como dirigente de ellos es capaz de reconquistar su trono y su dominio.

En la vasta multitud se halla la raza longeva que existió antes del diluvio, personas de gloriosa estatura y de gigantesco intelecto; cuyas obras maravillosas indujeron al mundo a idolatrar su genio, pero cuya crueldad e inventos malignos hicieron que Dios los eliminara de su creación. Hay reyes y generales que nunca perdieron una batalla. En la muerte no experimentaron ningún cambio. Al salir

de la tumba, están impulsados por el mismo deseo de conquista que los dominó cuando cayeron.

El asalto final contra Dios

Satanás consulta con estos seres humanos poderosos. Ellos declaran que el ejército que está dentro de la ciudad es pequeño en comparación con el de ellos, y que pueden vencerlo. Hábiles artesanos construyen armas de guerra. Dirigentes militares organizan a las personas en compañías y divisiones.

Por fin se da la orden de ataque, y la hueste innumerable avanza, como ejército que no puede ser igualado ni por todas las fuerzas de todos los tiempos. Satanás conduce la vanguardia, y reyes y guerreros lo acompañan. Con precisión militar las columnas cerradas avanzan sobre la quebrada superficie de la Tierra hacia la ciudad de Dios. Jesús ordena cerrar las puertas de la Nueva Jerusalén, y los ejércitos de Satanás se alistan para el ataque.

Ahora Cristo aparece a la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un fundamento de oro bruñido, hay un trono. Sobre este trono se sienta el Hijo de Dios, y en torno a él están los súbditos de su reino. La gloria del Padre eterno rodea a su Hijo. El fulgor de su presencia irradia atravesando las puertas, inundando la Tierra de claridad.

Cerca del trono se hallan aquellos que una vez fueron celosos en la causa de Satanás pero que, arrebatados como tizones ardientes, han seguido a su Salvador con intensa devoción. Próximos a ellos están los que han perfeccionado sus caracteres en medio de la falsedad y la infidelidad, los que honraron la Ley de Dios cuando el mundo la declaraba abolida, y los millones, de todas las edades, que fueron martirizados por su fe. Más allá sigue la “multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas [...], vestidos de túnicas blancas y con ramas de palma en la mano” (Apocalipsis 7:9). Su lucha ha terminado, la victoria está ganada. La palma es un símbolo de triunfo; el manto blanco, un emblema de la justicia de Cristo que ahora les pertenece.

En toda esa multitud no existe nadie que se atribuya la salvación a sí mismo sobre la base de su propia bondad. Nada se dice de lo que han sufrido; la nota tónica de todos sus cánticos es: Salvación a nuestro Dios y al Cordero.

La sentencia es pronunciada contra los rebeldes

En presencia de los habitantes reunidos de la Tierra y del Cielo ocurre la coronación del Hijo de Dios. Y ahora, investido de suprema majestad y poder, el Rey de reyes pronuncia la sentencia sobre los rebeldes que han transgredido su Ley y oprimido a su pueblo. “Luego vi un gran trono blanco y a alguien que estaba sentado en él. De su presencia huyeron la tierra y el cielo, sin dejar rastro alguno. Vi también a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono. Se abrieron unos libros, y luego otro, que es el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados según lo que habían hecho, conforme a lo que estaba escrito en los libros” (Apocalipsis 20:11, 12).

Cuando la mirada de Jesús se fija en los impíos, se vuelven conscientes de todos los pecados que cometieron alguna vez. Ven sus propios pies apartarse de la senda de la santidad. Las tentaciones seductoras que aceptaron por su complacencia con el pecado, los mensajeros de Dios despreciados, las amonestaciones desoídas, las olas de misericordia rechazadas por un corazón obstinado y endurecido, todo aparece como si estuviera escrito con letras de fuego.

Por encima del trono se revela la Cruz. Como en visión panorámica, aparecen las escenas de la caída de Adán y los pasos sucesivos en el plan de la redención. El nacimiento humilde del Salvador; su vida de sencillez; su bautismo en el Jordán; su ayuno y tentación en el desierto; su ministerio para presentar ante los seres humanos las bendiciones del Cielo; los días llenos de obras de misericordia, las noches de oración en la montaña; las maquinaciones llenas de envidia y de malicia con que fueron pagados sus beneficios; la agonía misteriosa en el Getsemaní bajo el peso de los pecados del mundo; la traición que lo entregó en manos de la turba asesina; los sucesos de la noche de horror –el preso que no ofrece resistencia, abandonado por sus discípulos, acusado en el palacio del sumo sacerdote, en la corte de juicio de Pilato, ante el cobarde Herodes, burlado, insultado, torturado y condenado a morir–: todas estas cosas son presentadas vívidamente.

Y luego, ante las multitudes inquietas se revelan las escenas finales: el paciente Salvador recorriendo el camino del Calvario; el Príncipe del Cielo colgado en la Cruz; los sacerdotes y los rabinos mofándose de su agonía moribunda; la oscuridad sobrenatural que señaló el momento cuando el Redentor del mundo entregó su vida.

El espectáculo horrible aparece tal como es. Satanás y sus súbditos no tienen poder para dejar de observar la escena. Cada actor recuerda el papel que desempeñó. Herodes, que dio muerte a los niños inocentes de Belén; la vil Herodías, sobre quien descansa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, esclavo de las circunstancias; los soldados burladores; la turba enloquecida que exclamaba: “¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!”; todos tratan en vano de esconderse de la majestad divina de su rostro, mientras los redimidos arrojan sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: “¡Él murió por mí!”

Allí está Nerón, monstruo lleno de crueldad y vicios, contemplando la exaltación de aquellos a quienes torturó y cuyas angustias le produjeron satánica delicia. Su madre presencia la propia obra que ella realizó, y cómo las pasiones estimuladas por su influencia y ejemplo han dado como fruto crímenes que han horrorizado al mundo.

Hay sacerdotes y prelados papistas que pretendieron ser embajadores de Cristo y, sin embargo, emplearon la tortura, el calabozo y la hoguera para dominar al pueblo de Dios. Allí están los orgullosos pontífices que se exaltaron por encima de Dios y se atrevieron a cambiar la Ley del Altísimo. Esos supuestos padres de la iglesia tienen una cuenta que rendir delante de Dios. Demasiado tarde ven ahora que el Omnipotente es celoso de su Ley. Se dan cuenta ahora de que Cristo identifica sus intereses con su pueblo sufriente.

Todo el mundo impío se halla en juicio, acusado de alta traición contra el gobierno de Dios. No tienen ningún argumento para defender su causa; no tienen ninguna excusa; y la sentencia de la muerte eterna se pronuncia contra ellos.

Los impíos ven lo que han perdido por su rebelión. “Todo esto –exclama el alma perdida– yo lo habría podido tener. ¡Oh, inexplicable obsesión! He cambiado la paz, la felicidad y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación”. Todos ven que su exclusión del Cielo es justa. Mediante su vida han declarado: “No queremos que este Jesús reine sobre nosotros”.

Satanás derrotado

Como fascinados, los malvados observan la coronación del Hijo de Dios. Ven en sus manos las tablas de la Ley divina que ellos han despreciado. Presencian el clamor de la adoración proveniente de los salvados; y cuando las olas de melodías repercuten por encima de las multitudes que están fuera de la ciudad, todos exclaman: “Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Apocalipsis 15:3, RV95). Y postrándose, adoran al Príncipe de la vida.

Satanás parece paralizado. Habiendo sido una vez el querubín cubridor, recuerda de dónde ha caído. Está para siempre excluido del concilio en donde una vez fue honrado. Ve ahora a otro junto al Padre, un ángel de majestuosa presencia. Él sabe que la exaltada posición de ese ángel podría haber sido suya.

Recuerda el hogar de su inocencia, la paz y el contentamiento que disfrutó hasta su rebelión. Repasa su obra entre los seres humanos y sus resultados: la enemistad del ser humano contra su prójimo, la terrible destrucción de vidas, el derrocamiento de tronos, los tumultos, los conflictos y las revoluciones. Recuerda sus constantes esfuerzos para oponerse a la obra de Cristo. Al mirar el fruto de su trabajo ve solamente fracaso. Una y otra vez en el proceso del gran conflicto él ha sido derrotado y obligado a rendirse.

El propósito del gran rebelde ha sido siempre demostrar que el gobierno divino era responsable por la rebelión. Ha inducido a vastas multitudes a aceptar su versión. Durante miles de años este jefe de conspiraciones ha tramado falsear la verdad. Pero ahora ha llegado el tiempo cuando la historia y el carácter de Satanás han de ser descubiertos. En su último esfuerzo por destronar a Cristo, destruir a su pueblo y tomar posesión de la ciudad de Dios, el archingenador ha sido totalmente desenmascarado. Los que se han unido con él ven el fracaso total de su causa.

Satanás observa que su rebelión voluntaria lo ha descalificado para el Cielo. Él ha desarrollado sus facultades para luchar contra Dios; la pureza y la armonía del Cielo serían para él ahora suprema tortura. Se postra en ese momento y confiesa la justicia de su sentencia.

Ahora está aclarada toda pregunta respecto de la verdad y el error en el milenarismo conflicto. Los resultados de anular los estatutos divinos han sido abiertos a la vista del universo entero. La historia del pecado será por toda la eternidad un testigo de que la Ley de Dios conduce a la felicidad de todos los seres que él

ha creado. El universo entero, leales y rebeldes, en acorde unánime declara: “Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos”.

Ha llegado la hora cuando Cristo es glorificado por encima de todo nombre que se nombra. Por el gozo que le esperaba –para que pudiera traer a muchas almas a la gloria–, soportó la Cruz. Mira a los redimidos, renovados a su propia imagen. Contempla en ellos el resultado del trabajo de su alma, y está satisfecho (Isaías 53:11). Con una voz que alcanza a todas las multitudes, a los justos y a los impíos, él declara: “¡Contemplan la compra de mi sangre! Por estos he sufrido, por estos he muerto”.

El violento final de los impíos

El carácter de Satanás permanece sin cambiar. La rebelión, como poderoso torrente, surge de nuevo. Determina no ceder en la última lucha desesperada contra el Rey del Cielo. Pero, de todos los incontables millones que él ha seducido en la rebelión, ninguno reconoce ahora su supremacía. Los impíos están llenos del mismo odio hacia Dios que inspira Satanás, pero ven que su caso es desesperado. “Porque igualaste tu corazón con el corazón de Dios, he aquí yo traigo contra ti extranjeros, los más crueles de las naciones. Desenvainarán sus espadas contra la hermosura de tu sabiduría y profanarán tu esplendor. Te harán descender a la fosa” (Ezequiel 28:6-8, RVA-2015). “Te destruyo, ¡oh querubín que cubres con tus alas!, y te echo de en medio de las piedras de fuego. [...] Te echo a tierra; te pongo delante de reyes, para que te miren. [...] Te torno en ceniza sobre la tierra, ante los ojos de todos los que te ven. [...] Serás ruinas, y no existirás más para siempre” (Ezequiel 28:16-19, VM).

“El Señor está enojado con todas las naciones”. “Hará llover sobre los malvados ardientes brasas y candente azufre; ¡un viento abrasador será su suerte!” (Isaías 34:2; Salmo 11:6). Desciende fuego de Dios desde el Cielo. La Tierra es quebrantada. Llamas devoradoras surgen por todas partes de grietas profundas. Las mismas rocas están en llamas. Los elementos son destruidos por el fuego, y también la Tierra, con todo lo que hay en ella, es quemada (2 Pedro 3:10). La superficie de la Tierra parece una masa derretida: un inmenso lago de fuego hirviente. “Porque el Señor celebra un día de venganza, un año de desagravio para defender la causa de Sion” (Isaías 34:8).

Los impíos son castigados de acuerdo con sus obras. A Satanás se lo hace sufrir no solamente por su propia rebelión, sino por todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios. En las llamas, los impíos son por fin destruidos, raíz y rama: Satanás, la raíz; sus seguidores, las ramas. La completa penalidad de la Ley se ha pagado; las demandas de la justicia se han cumplido. La obra de ruina de Satanás ha terminado para siempre. Ahora las criaturas de Dios están liberadas para siempre de sus tentaciones.

Mientras la Tierra se halla envuelta en fuego, los justos permanecen seguros en la ciudad santa. En tanto que Dios es fuego consumidor para el malvado, es un escudo para su pueblo (ver Apocalipsis 20:6; Salmo 84:11).

“Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir” (Apocalipsis 21:1). El fuego que consume a los malos purifica la Tierra. Desaparece todo resto de maldición. Ningún infierno que arda perpetuamente recordará a los redimidos las terribles consecuencias del pecado.

Recordativos de la crucifixión

Permanece un solo recordativo: nuestro Redentor llevará para siempre las marcas de la crucifixión, los únicos rastros de la obra cruel hecha por el pecado. Durante las edades eternas las cicatrices del Calvario mostrarán su alabanza y declararán su poder.

Cristo les aseguró a sus discípulos que él iba a preparar mansiones para ellos en la casa del Padre. El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. La conocerán solamente los que la contemplan. ¡Ninguna mente finita puede comprender la gloria del paraíso de Dios!

En la Biblia se da el nombre de “patria” a la herencia de los salvados (Hebreos 11:14-16). Allí el Pastor del Cielo conduce a su rebaño a fuentes de aguas vivas. Allí hay corrientes que fluyen eternamente, claras como el cristal, y sobre sus márgenes se mecen árboles que arrojan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Amplias llanuras alternan con colinas de belleza, y las montañas de Dios elevan sus cumbres majestuosas. En esa pacífica llanura, junto a estas corrientes vivas, los hijos de Dios, por tanto tiempo peregrinos y extranjeros, encontrarán un hogar.

“Construirán casas y las habitarán; plantarán viñas y comerán de su fruto. Ya no construirán casas para que otros las habiten, ni plantarán viñas para que otros coman. [...] mis escogidos disfrutarán de las obras de sus manos” (Isaías 65:21, 22). Allí “se alegrarán el desierto y el sequedal; se regocijará el desierto y florecerá como el azafrán” (Isaías 35:1). “El lobo vivirá con el cordero, el leopardo se echará con el cabrito [...] y un niño pequeño los guiará. [...] No harán ningún daño ni estrago en todo mi monte santo” (Isaías 11:6, 9).

El dolor no puede existir en el Cielo. No habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres. “Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir” (Apocalipsis 21:4). “Ningún habitante dirá: ‘Estoy enfermo’; y se perdonará la iniquidad del pueblo que allí habita” (Isaías 33:24).

Allí está la Nueva Jerusalén, la metrópoli de la Tierra Nueva glorificada. “Resplandecía con la gloria de Dios, y su brillo era como el de una piedra preciosa, semejante a una piedra de jaspé transparente. [...] Las naciones caminarán a la luz de la ciudad, y los reyes de la tierra le entregarán sus espléndidas riquezas” (Apocalipsis 21:11, 24). “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios” (Apocalipsis 21:3).

En la ciudad de Dios “ya no habrá noche” (Apocalipsis 22:5). No habrá cansancio. Siempre sentiremos la frescura de la mañana, la cual nunca llegará a su fin. La luz del sol será sobrepasada por un fulgor que, sin deslumbrar la vista, superará

en forma inmensurable a la claridad del mediodía. Los redimidos caminarán en la gloria del día eterno.

“No vi ningún templo en la ciudad, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo” (Apocalipsis 21:22). El pueblo de Dios tiene el privilegio de mantener una comunión abierta con el Padre y con el Hijo. Ahora contemplamos la imagen de Dios como en un espejo, pero entonces lo veremos cara a cara, sin ningún velo que lo oculte.

El triunfo del amor de Dios

Allí, el amor y la simpatía que Dios mismo ha implantado en el alma encontrarán su expresión más genuina y más dulce. La comunión pura con los seres santos y los fieles de todas las edades, los lazos sagrados que unen a toda la “familia en el cielo y en la tierra” (Efesios 3:15); todo eso constituirá la felicidad de los redimidos.

Allí, mentes inmortales contemplarán con delicia incesante las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. Toda facultad será desarrollada; toda capacidad, acrecentada. La adquisición de conocimientos no abrumará las energías. Las mayores empresas se llevarán a cabo, las más altas aspiraciones se alcanzarán, las más elevadas ambiciones se realizarán. Y aún surgirán nuevas alturas que alcanzar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que desafiarán las facultades de la mente, del alma y del cuerpo.

Todos los tesoros del universo estarán abiertos a los redimidos de Dios. Libres de la mortalidad, emprenden un vuelo incansable hacia los mundos lejanos. Los hijos de la Tierra entran en el gozo y la sabiduría de los seres no caídos y comparten los tesoros de conocimiento obtenidos durante siglos y siglos. Con visión nítida, contemplan la gloria de la creación: soles y estrellas y sistemas, todos marchando en el orden señalado en torno al trono de la Divinidad.

Y a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán nuevas y más gloriosas revelaciones de Dios y de Cristo. Cuanto más conozcan los seres humanos acerca de Dios, mayor será su admiración por su carácter. Cuando Jesús abra delante de ellos las riquezas de la redención y les revele los hechos asombrosos del gran conflicto con Satanás, el corazón de los redimidos se estremecerá con devoción, y miles y miles de voces se unirán para engrosar el majestuoso coro de alabanza.

“Y oí a cuanta criatura hay en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, a todos en la creación, que cantaban: ¡Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la alabanza y la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos!” (Apocalipsis 5:13).

El gran conflicto ha terminado. Ya no existe ni el pecado ni los pecadores. El universo entero está limpio. Una sola pulsación de armonía y alegría late en la vasta creación. De aquel que lo creó todo fluyen vida y luz y alegría que recorren los confines del espacio ilimitado. Desde el átomo más insignificante hasta el mayor de los mundos, todas las cosas animadas e inanimadas, con su belleza sin mancha y con gozo perfecto, declaran que Dios es amor.



Para saber más sobre el tema de este libro, accede al código QR o al enlace: **<https://estudielabiblia.com/>**



Si tienes alguna duda o quieres conversar sobre este tema, habla con nosotros a través del WhatsApp. Accede ahora al código QR o al enlace: **<http://adv.st/quieroconversar>**

La historia que tienes en tus manos es real. En cierto modo, incluye todas las demás, hasta la tuya. Este libro explica por qué el mundo es como es, al responder las preguntas más inquietantes de la mente humana: ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué sufre la gente? ¿Hay esperanza para la humanidad? ¿Cuál es el futuro del planeta?

En esta obra estimulante y cautivadora, descubrirás qué hace que alguien sea un ganador o un perdedor en el intenso conflicto en el que todos estamos involucrados. Este conocimiento te proporcionará paz interior y fortaleza moral para que avances en el camino de la vida sin miedo al futuro. Por todo esto y mucho más, lee este libro inmediatamente.

Elena de White, una de las personalidades más influyentes del mundo, ha escrito decenas de libros y es la autora más traducida de la historia.

PUBLICADO EN
74 IDIOMAS
Y CON MÁS DE
150 MILLONES
DE EJEMPLARES
VENDIDOS

EDICIÓN EN
LENGUAJE
ACTUAL



editorialaces.com



H0000013140